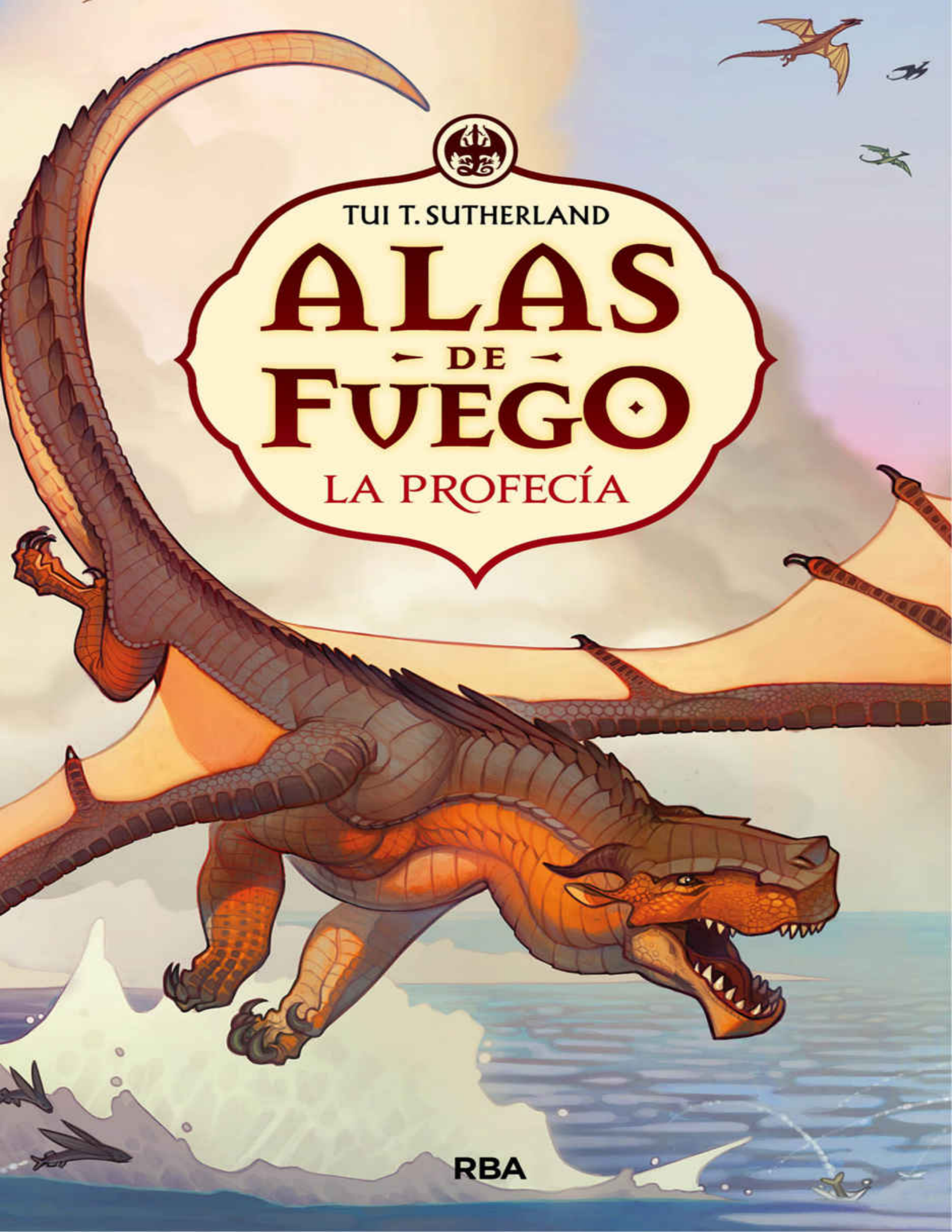

TUI T. SUTHERLAND
ALAS DE FUEGO
LA PROFECÍA
RBA

Título original: *Wings of Fire. The Dragonet Prophecy*

© Tui T. Sutherland, 2012.
© de la traducción: Leara Martell, 2015.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2017.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

REF.: ODBO068
ISBN: 9788427211940

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

Dedicatoria
Mapa
Guía de los alas nocturnas sobre los dragones de Pirria
- Alas arenosas
- Alas lodosas
- Alas celestes
- Alas Marinas
- Alas heladas
- Alas lluviosas
- Alas nocturnas

La profecía de los dragonets
Prólogo
Primera parte. Bajo la montaña
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Segunda parte. El reino celeste
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Tercera parte. Un huevo del color de la sangre de dragón
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Tui T. Sutherland

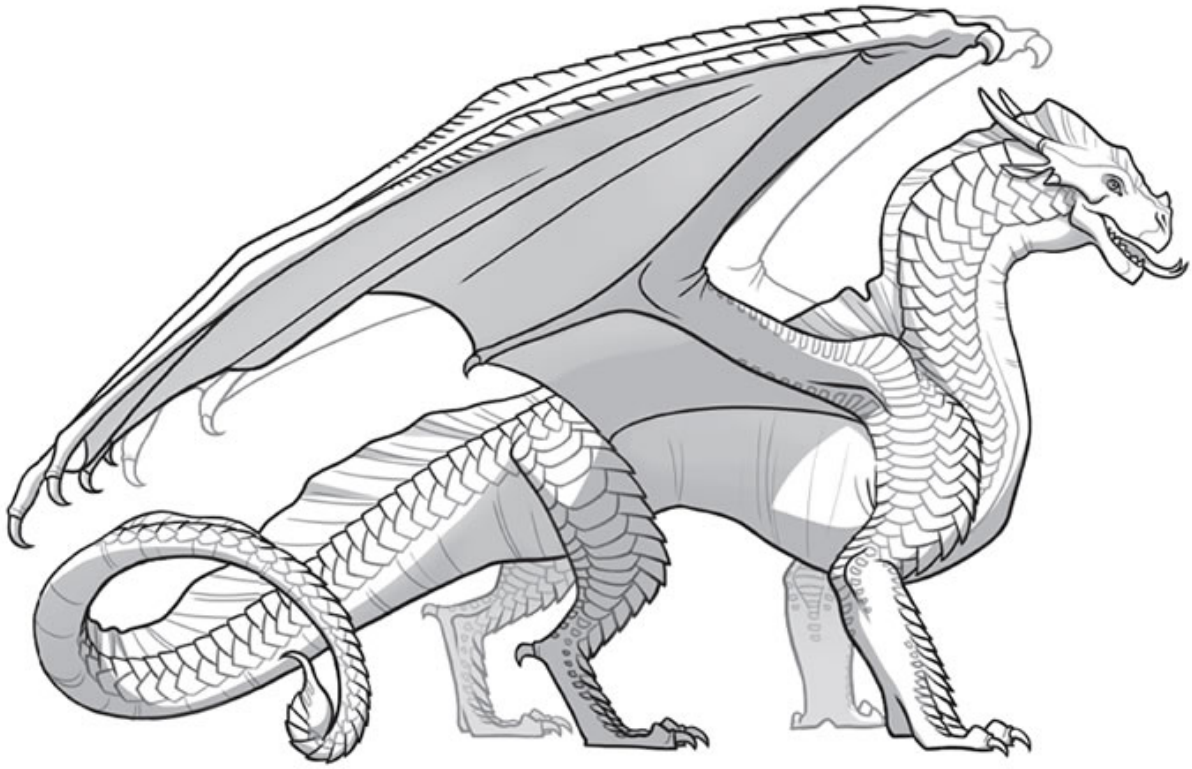
PARA JONAH,

MI PEQUEÑO ALASGRANDES

Palacio de la reina Glaciar
Reino Helado
Reino Celeste
Fortaleza de Brasas
Bajo la Montaña
Reino de Arena
Madriguera del Escorpión
Montaña de Jade

Palacio de la reina Escarlata
Río de Espuma Diamantina
Reino del Mar
Delta de Espuma Diamantina
Reino Lodoso
Madriguera de los Carroñeros
Madriguera de los Carroñeros
Reino del Bosque Tropical

GUÍA DE LOS ALAS
NOCTURNAS SOBRE LOS
DRAGONES DE
PIRRIA
lta de Espuma



ALAS ARENOSAS

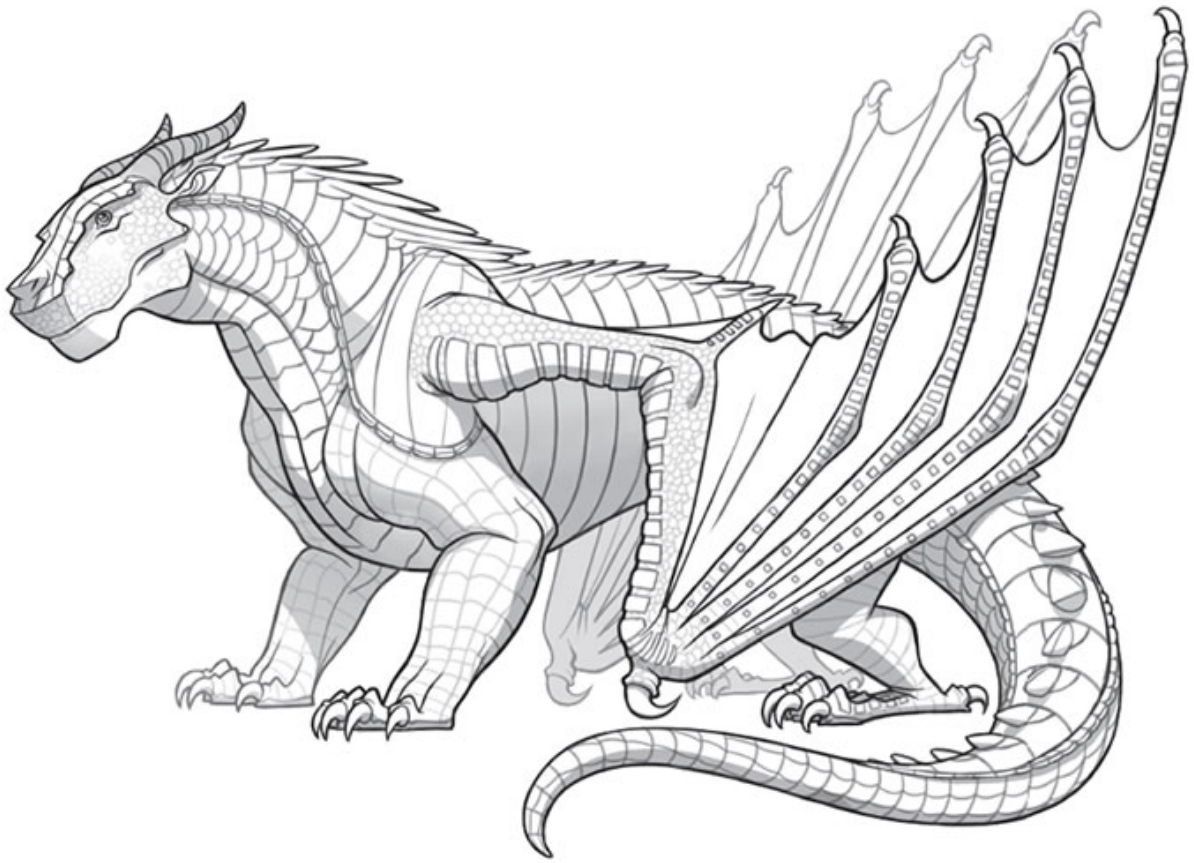
Descripción: escamas dorado claro o blancas, del color de la arena del desierto. Cola con púas venenosas. Lengua bífida negra.

Características: pueden sobrevivir largas temporadas sin agua. Envenenan a sus enemigos con la punta de la cola, como los escorpiones. Se entierran a sí mismos en las arenas del desierto para camuflarse. Respiran fuego.

Reina: desde la muerte de la reina Oasis, la tribu se dividió entre las tres rivales al trono: las hermanas Brasas, Ampolla y Llamas.

Alianzas: Brasas tiene de su parte a los Alas Celestes y a los Alas Lodosas, los aliados de Ampolla son los Alas Marinas y Llamas cuenta con el apoyo

de la mayoría de los Alas Arenosas, además de haber formado una alianza con los Alas Heladas.



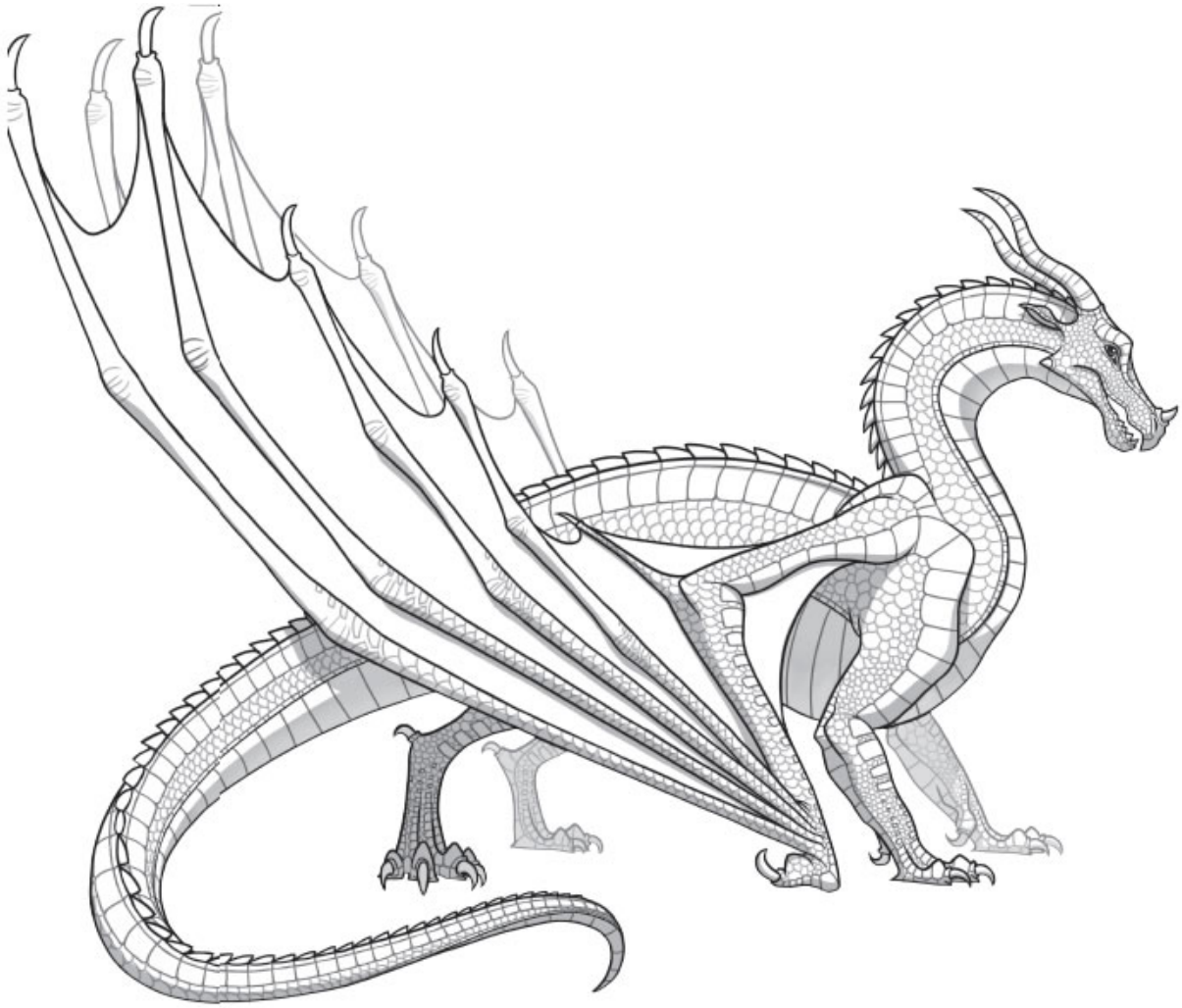
ALAS LODOSAS

Descripción: dragones fuertes con escamas marrones reforzadas con algunos reflejos dorados y ámbar. Grandes, de cabeza chata y con los orificios nasales en la parte superior del hocico.

Características: pueden respirar fuego (si alcanzan una temperatura lo bastante alta). Son capaces de aguantar la respiración casi una hora entera. Habitan en grandes charcos de lodo. Suelen ser muy fuertes.

Reina: la reina Gallareta.

Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Celestes en la gran guerra.



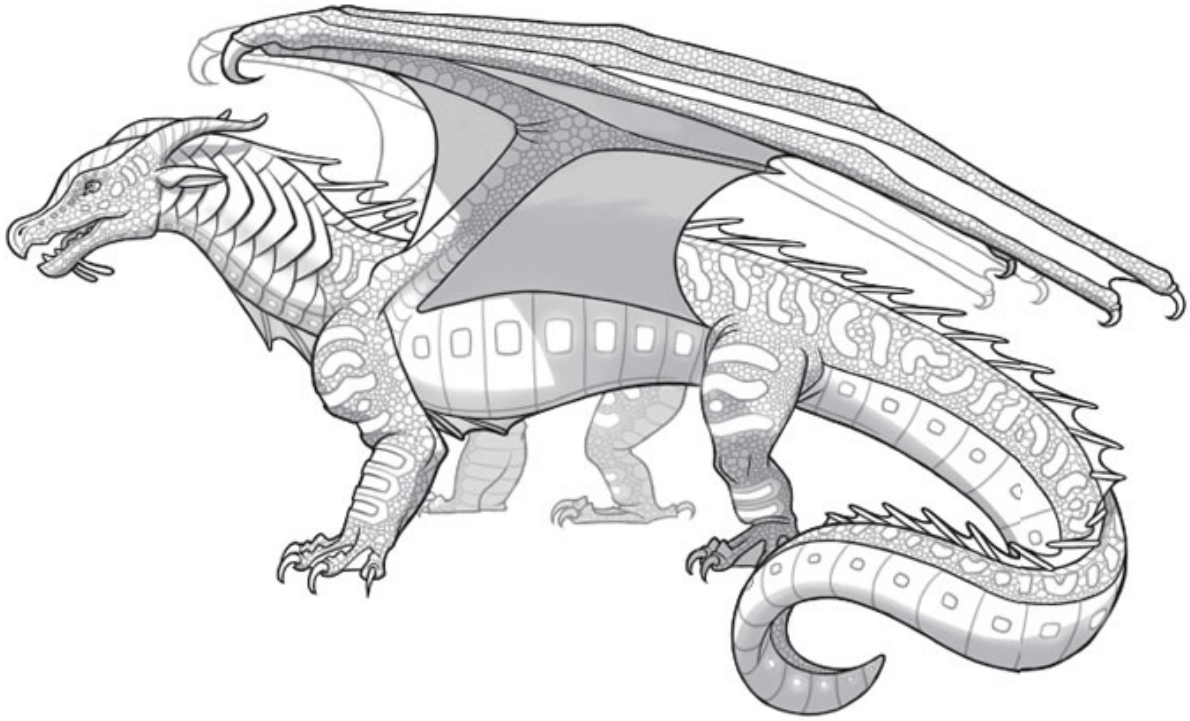
ALAS CELESTES

Descripción: escamas doradas, rojizas o naranjas. Alas enormes.

Características: poderosos luchadores y expertos voladores. Pueden respirar fuego.

Reina: la reina Escarlata.

Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Lodosas en la gran guerra.



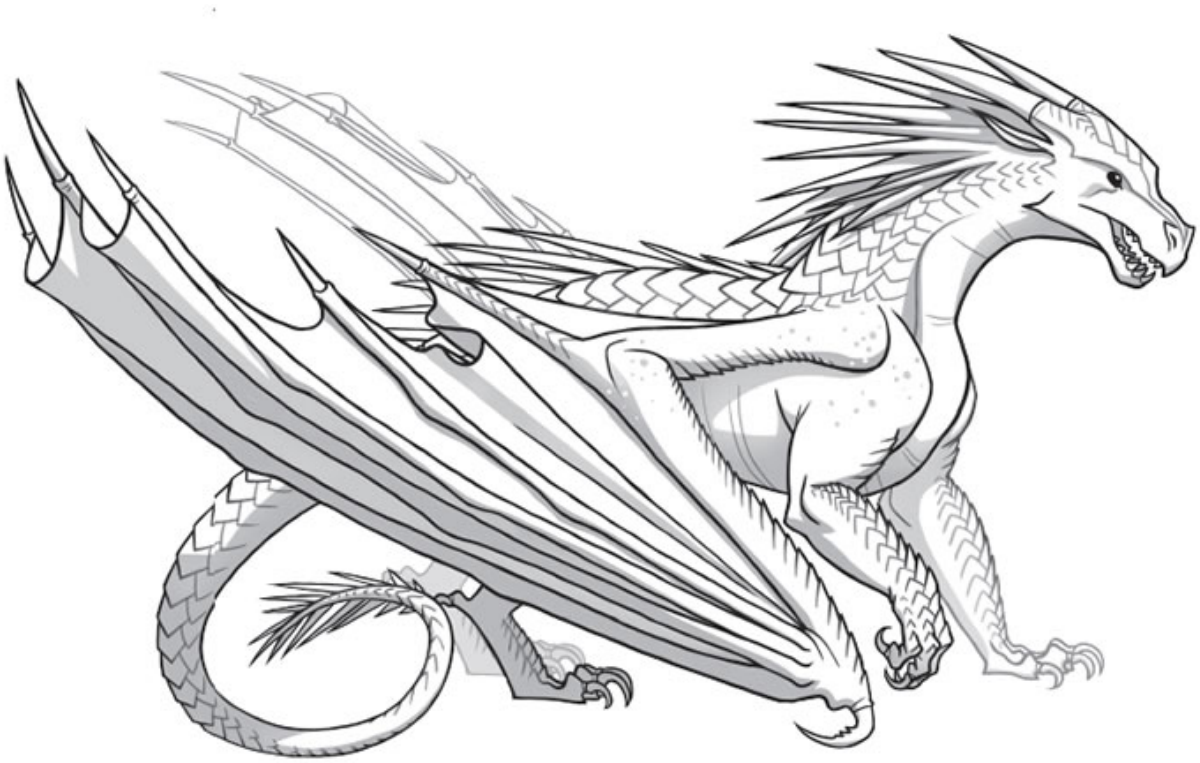
ALAS MARINAS

Descripción: escamas azules, verdes o aguamarina. Membranas entre las garras. Agallas en el cuello. Rayas en la cola/hocico/ estómago que brillan en la oscuridad.

Características: pueden respirar bajo el agua, ver en la oscuridad, crear olas enormes con un solo golpe de su poderosa cola y son excelentes nadadores.

Reina: la reina Coral.

Alianzas: actualmente, aliados de Ampolla en la gran guerra.



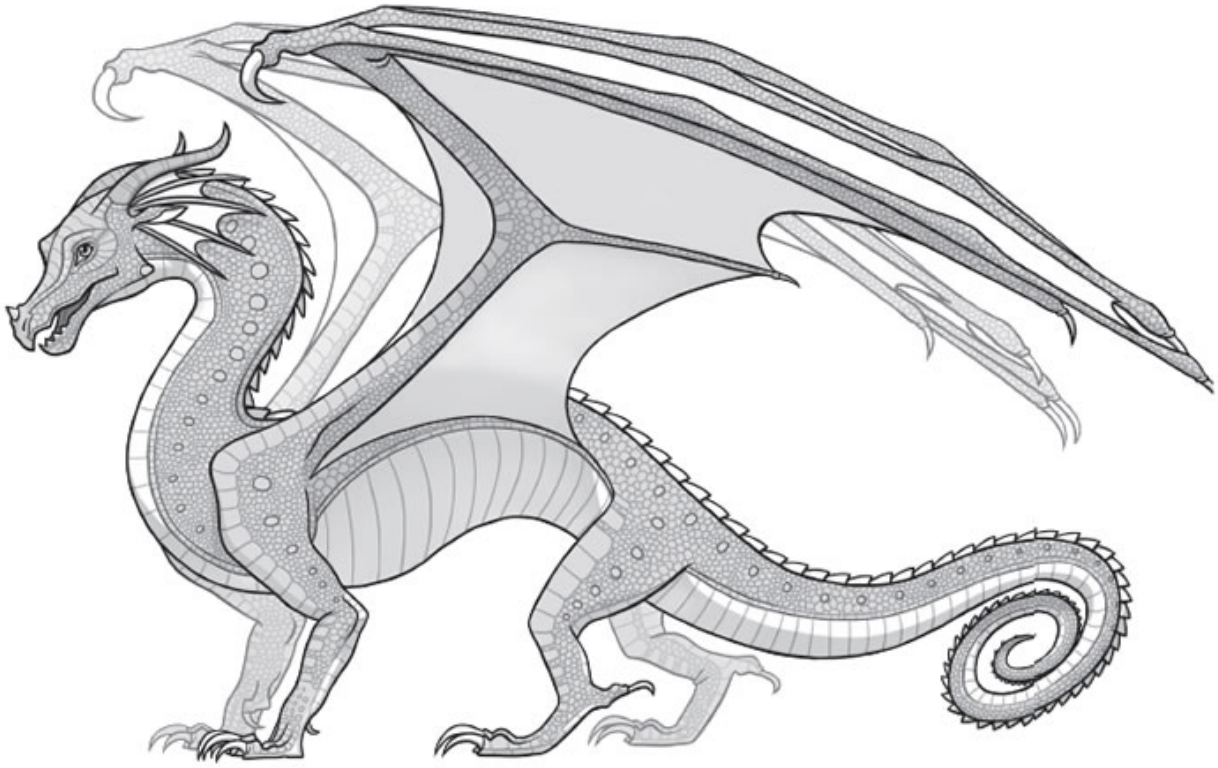
ALAS HELADAS

Descripción: escamas plateadas del color de la luna o azul claro como el hielo. Garras rugosas para sujetarse a las superficies heladas. Lengua bífida azul. Cola estrecha acabada en forma de látigo.

Características: pueden soportar temperaturas bajo cero y la luz brillante. Exhalan un mortífero aliento helado.

Reina: la reina Glaciar.

Alianzas: actualmente aliados de Llamas y la mayoría de los Alas Arenosas en la gran guerra.



ALAS LLUVIOSAS

Descripción: sus escamas cambian constantemente de color. Suelen brillar como las aves del paraíso. Cola prensil.

Características: pueden camuflarse adaptando el color de sus escamas a aquello que los rodea. Usan la cola prensil para escalar. No se les conoce ningún arma natural.

Reina: la reina Destello.

Alianzas: no participan en la gran guerra.

ALAS NOCTURNAS

Descripción: escamas negras violáceas y, bajo las alas, algunas escamas plateadas diseminadas, como un cielo nocturno salpicado de estrellas. Lengua bífida negra.

Características: pueden respirar fuego. Desaparecen en las sombras oscuras. Leen la mente. Ven el futuro.

Reina: es un secreto celosamente guardado.

Alianzas: demasiado misteriosos y poderosos como para formar parte de la gran guerra.

LA PROFECÍA DE LOS DRAGONETS

Cuando la guerra veinte años haya durado... los dragonets se alzarán.
Cuando la tierra se empape de sangre y lágrimas... los dragonets se alzarán.

Encuentra el huevo Ala Marina azul oscuroy las alas de la noche vendrán a tu encuentro. El huevo más grande de la más alta montaña traerá consigo las alas del cielo.
Para unas alas de tierra, buscad en el lodo un huevo del color de la sangre de dragón.
Y escondido de los ojos de las rivales reinas, el huevo de Alas Arenosas aguarda a la espera.

De las tres reinas que hieren y queman y arden, dos morirán y la otra aprenderá el juego :
si se inclina ante un destino poderoso e inabarcable, conseguirá el poder de las alas de fuego .

Cinco huevos que se abrirán en la noche más brillante, cinco dragones destinados a terminar la lucha.
La oscuridad se alzará para traer la luz. Los dragonets se acercan...

PRÓLOGO

Un dragón trataba de esconderse en el corazón de la tormenta.

Los relámpagos rugían entre las nubes oscuras cuando Hvitur abrazó con fuerza su frágil cargamento. Si conseguía dejar atrás las montañas, estaría a salvo. Ya había logrado lo más difícil de toda la misión: escapar del Palacio Celeste sin ser visto por ninguno de sus dragones. Además, la cueva secreta estaba ya bastante cerca...

Pero el robo no había sido tan sigiloso como él imaginaba y unos ojos negros como la obsidiana le seguían el rastro de cerca.

Las escamas de la enorme dragona que se dibujaba sobre el saliente de la montaña eran de un color dorado pálido e irradiaban el calor del desierto lejano. Entornó los negros ojos al ver el destello de unas alas plateadas entre las nubes. Movió la cola de un lado a otro y, tras ella, dos dragones más alzaron el vuelo y se precipitaron hacia el interior de la tormenta. Un alarido profundo y punzante retumbó entre las montañas cuando clavaron las garras en el dragón plateado del hielo.

—Amarradle la boca —ordenó la dragona cuando sus soldados tiraron a Hvitur sobre el saliente húmedo y resbaladizo de la montaña. El dragón respiraba con dificultad, listo para atacar—. ¡Rápido!

Uno de los soldados cogió una cadena de la pila de brasas calientes y la enrolló en torno al hocico del dragón del hielo, sujetándole así la mandíbula y dejando en el aire un olor a escamas quemadas. Hvitur dejó escapar un grito ahogado.

—Demasiado tarde —dijo la dragona de la arena, que no dejaba de

mover la lengua bífida entre los dientes—. No vas a usar tu mortífero aliento helado con nosotros, dragón de hielo.

—Llevaba esto consigo, reina Brasas —añadió uno de los soldados entregándole un huevo de dragón.

Brasas entornó los ojos para poder ver el huevo a través del aguacero de la tormenta.

—No es un huevo de Ala Helada —siseó—. Lo has robado del palacio de los Alas Celestes.

El Ala Helada la miró fijamente. Su hocico desprendía volutas de vapor allí donde la cadena caliente le oprimía las gélidas escamas.

—Creías que habías conseguido escapar sin que te vieran, ¿verdad? —le espetó Brasas—. Mi aliada Ala Celeste no es idiota. La reina Escarlata sabe todo lo que ocurre en su reino. Sus secuaces la avisaron de que un ladrón Ala Helada se estaba escapando y decidí que darte caza le daría un toque de violencia a esta visita tan aburrida.

Brasas alzó el huevo y lo sostuvo a la luz del fuego, girándolo lentamente. El rojo y el oro brillaban sobre la pálida y suave superficie.

—Sí. Es un huevo de Ala Celeste a punto de eclosionar —musitó Brasas —. ¿Por qué te enviaría mi hermana a robar un dragonet Ala Celeste? Llamas odia a cualquier dragón más joven y hermoso que ella. —Guardó silencio un momento, pensativa, mientras la lluvia retumbaba en el suelo a su alrededor—. A menos que... la noche más brillante será mañana...

Desplazó la cola con un movimiento rápido y certero como el de un escorpión, dejando su aguijón venenoso a escasos centímetros de los ojos de Hvitur.

—Tú no formas parte del ejército de Llamas, ¿verdad? Eres uno de esos estúpidos e insípidos criminales que quieren acabar con la guerra.

—¿Los Garras de la Paz? —preguntó uno de los soldados—. ¿Eso quiere

decir que son reales?

Brasas bufó.

—Unas pocas larvas llorando sobre un charco de sangre. Quitadle las cadenas. No podrá congelarnos hasta que se le enfríen las escamas. —La enorme dragona de la arena se acercó a Hvitur mientras sus soldados le quitaban las cadenas—. Dime, dragón de hielo, ¿de verdad crees en esa vieja y pomposa profecía de los Alas Nocturnas?

—¿No han muerto ya suficientes dragones por vuestra guerra? —rugió Hvitur, haciendo una mueca por el dolor en las mandíbulas—. Toda Pirria lleva sufriendo los últimos doce años. La profecía dice que...

—No me importa. Ninguna profecía dicta lo que me ocurra —lo interrumpió Brasas—. No voy a dejar que un puñado de palabras o un bebé de dragón decidan cuándo muero o ante quién debo inclinarme. Habrá paz cuando mis hermanas mueran y yo sea la reina de los Alas Arenosas —dijo, acercando aún más su cola venenosa al dragón plateado.

La lluvia empapó las escamas de Hvitur, que alzó la mirada hacia la reina.

—Los dragonets vendrán, lo quieras o no, y ellos decidirán quién debe ser la reina de los Alas Arenosas.

—¿Eso crees? —Brasas retrocedió unos pasos y le dio vueltas al huevo de dragón entre las garras. La lengua bífida aparecía y desaparecía entre sus labios, desplegados en una sonrisa—. Dime, Ala Helada, ¿acaso este huevo forma parte de tu patética profecía?

Hvitur se quedó petrificado.

Brasas le dio unos golpecitos con una garra larga a la cáscara del huevo.

—¿Hola? —se mofó—. ¿Hay un dragonet del destino ahí dentro dispuesto a salir de una vez y acabar con esta guerra tan horrible?

—Déjalo en paz —le ordenó Hvitur.

—Dime —preguntó ella—, ¿qué le pasaría a tu preciosa profecía si uno de tus cinco dragonets nunca eclosionara?

—No serías capaz... —susurró—. Nadie le haría daño a un huevo de dragón.

Hvitur, desesperado, tenía sus azules ojos fijos en las garras de la reina.

—Ningún Ala Celeste para ayudaros a salvar el mundo —soltó Brasas—. Qué historia tan, tan triste —dijo, al tiempo que empezaba a pasarse el huevo de una garra a otra—. Supongo que eso quiere decir que debes ser muy, muy cuidadoso con este huevo tan importan... ¡oops!

Con un movimiento exagerado, Brasas fingió que el huevo se le escurría de las garras... y entonces lo tiró por un lado del risco, directo a la oscuridad rocosa que se extendía bajo sus pies.

—¡No! —gritó Hvitur, deshaciéndose de los dos soldados y volando hacia el saliente de la montaña.

Brasas le rodeó el cuello con su enorme garra.

—Demasiado peligroso para dejarlo en manos del destino —sonrió con suficiencia—. Demasiado tentador para dejarlo en manos de tu pequeño y patético grupo.

—Eres un monstruo —jadeó el Ala Helada, retorciéndose bajo la garra de la reina. Le embargó la desesperación y se le quebró la voz—. Nunca nos rendiremos. Los dragonets... los dragonets se alzarán y acabarán con esta guerra.

Brasas se inclinó y le siseó al oído:

—Aunque lo consigan... ya será demasiado tarde para ti.

Desgarró con sus zarpas las alas plateadas de Hvitur, destrozándolas, mientras el dragón gritaba de dolor. Con un movimiento fluido, le clavó el aguijón venenoso en la cabeza y lanzó el enorme cuerpo plateado por el precipicio.

Los gritos del dragón de hielo dejaron de oírse mucho antes que el eco de su propio cuerpo rebotando contra las rocas del fondo del acantilado.

La reina desvió sus ojos negros hacia los soldados.

—Perfecto —dijo—. Debería ser la última vez que oímos hablar de la estúpida profecía —añadió, mientras alzaba las garras y dejaba que la lluvia se llevara con ella la sangre de dragón que las manchaba—. Vamos a buscar a alguien más a quien matar.

Los tres dragones desplegaron las alas y alzaron el vuelo.

Un poco más tarde, allí abajo, una gran dragona del color de la herrumbre escaló las rocas hacia el cuerpo inerte del dragón de hielo. Apartó la cola de Hvitur a un lado, cogió un trozo de cáscara de huevo que había debajo y volvió al laberinto de cuevas que estaban ocultas en el acantilado. Acarició con sus alas los muros de piedra y exhaló una pequeña llamarada de fuego para que iluminara su camino hacia el interior oscuro de la montaña.

—Camino con los Garras de la Paz —susurró una voz entre las sombras —. ¿Rapaz? ¿Eres tú?

—Mientras esperamos a los alas de fuego —contestó la dragona roja. Un Ala Marina turquesa emergió de un lado de la cueva, al tiempo que ella tiraba la cáscara de huevo a sus pies—. Aunque eso no nos beneficiará mucho ahora —espetó—. Hvitur ha muerto.

El Ala Marina miró fijamente la cáscara.

—Pero... el huevo de Ala Celeste...

—Se ha roto —contestó ella—. Ya no hay huevo. Se acabó, Membranas.

—No puede ser —añadió él, incrédulo—. Mañana será la noche más brillante. Habrá tres lunas llenas por primera vez en un siglo. Los dragonets de la profecía tienen que eclosionar mañana.

—Bueno, uno de ellos ya está muerto —dijo ella, con una mirada de rabia en los ojos—. Sabía que tenía que haber robado el huevo de Ala

Celeste yo misma. Conozco el Reino Celeste. No me hubieran cogido una segunda vez.

Membranas hizo una mueca, acariciándose con las garras las agallas del cuello.

—Asha también ha muerto.

—¿Asha? —dijo Rapaz, mientras expulsaba una llamarada de fuego por la nariz—. ¿Cómo?

—Se vio envuelta en medio de una batalla de las fuerzas de Brasas y las de Ampolla mientras venía hacia aquí. Consiguió traer el huevo de Ala Lodosa rojo, pero murió por culpa de sus heridas poco después.

—Así que solo quedamos Desierto, tú y yo para criar a las larvas —rugió Rapaz—. Por una profecía que nunca podrá cumplirse. Rompamos esos malditos huevos y acabemos con todo esto ahora mismo. Estaremos muy lejos cuando los Garras de la Paz vengan a buscar a los dragonets.

—¡No! —siseó Membranas—. Mantener con vida a los dragonets durante los próximos ocho años es lo más importante. Si no quieres formar parte de esto...

—Tienes razón. Sí —le cortó Rapaz—. Soy la dragona más poderosa dentro de los Garras de la Paz. Me necesitáis. No importa cómo me sienta respecto a estos asquerosos dragonets —dijo. Le echó un vistazo a la cáscara que había en el suelo y unió sus palmas, llenas de cicatrices—. Aunque pensaba que al menos uno de ellos sería un Ala Celeste.

—Encontraré a un quinto dragonet —dijo Membranas.

La apartó a un lado, pasó de largo y sus escamas chocaron contra la roca.

—No podrás volver al Reino Celeste, cabeza de chorlito —le espetó Rapaz—. Ahora debe de haber guardias por todo el nido, custodiándolo celosamente.

—Entonces conseguiré un huevo en otra parte —dijo con gravedad—.

Los Alas de Lluvia ni siquiera cuentan sus huevos... Podría coger uno del bosque tropical y ni se enterarían. —De todas las ideas horribles que podías haber tenido... esta es la peor —dijo Rapaz, encogiéndose de hombros—. Los Alas de Lluvia son criaturas despreciables, nada que ver con los Alas Celestes.

—Tenemos que hacer algo —siseó Membranas, mientras con la cola lanzaba la cáscara de huevo al otro lado de la cueva—. Dentro de ocho años, los Garras de la Paz vendrán en busca de los cinco dragonets. La profecía habla de cinco y nosotros haremos que se haga realidad... cueste lo que cueste.

PRIMERA PARTE

BAJO LA MONTAÑA

CAPÍTULO 1

Cieno no se consideraba el dragón más adecuado para el Gran Destino Heroico que le esperaba.

¡Oh, por favor! No lo malinterpretéis. No es que él no quisiera serlo, más bien lo contrario. Cieno daría lo que fuera por ser el glorioso y valiente Ala Lodosa que salvara el mundo de los dragones. Quería poder hacer todas las cosas maravillosas que se esperaban de él. Quería poder mirar al mundo, saber qué era lo que no funcionaba y arreglarlo.

Pero la realidad era que Cieno no era ningún héroe. De hecho, no tenía ninguna clase de espíritu ni deseo legendario de serlo. Le gustaba dormir más que estudiar y solía perder los pollos en los pasadizos de las cuevas durante las prácticas de caza porque prestaba más atención a sus amigos que a buscar plumas. Luchar se le daba bien, pero «dársele bien» no iba a servirle para acabar con la guerra ni para salvar a las tribus de dragones. Tenía que ser un combatiente extraordinario, para eso era el dragonet más grande. Se suponía que tenía que ser el más duro y aterrador de todos sus compañeros. Sus entrenadores querían que fuera *terroríficamente peligroso* .

El problema era que Cieno se consideraba a sí mismo tan peligroso como una coliflor.

—¡Lucha! —le gritó su atacante, lanzándolo al otro lado de la cueva.

Cieno chocó contra el muro de piedra y trató de ponerse en pie de nuevo,

intentando recuperar el equilibrio desplegando sus alas del color del lodo. Unas garras rojas se le clavaron en la cara y retrocedió de un salto.

—Venga —le espetó la dragona—. Deja de contenerte. Encuentra al asesino que llevas dentro y déjalo salir.

—¡Lo estoy intentando! —le contestó Cieno—. Quizá, si pudiéramos parar y hablar sobre ello...

La dragona volvió a cargar contra él.

—¡Finta hacia la izquierda! ¡Gira a la derecha! ¡Usa tu fuego!

Cieno intentó escabullirse bajo el ala para atacarla desde atrás pero, por supuesto... giró hacia el lado que no debía. Unas garras lo lanzaron contra el suelo y gritó de dolor.

—¿NO TE HE DICHO YO A LA IZQUIERDA, INÚTIL? —Rapaz se inclinó y le gritó directamente en el oído—. ¿Es que todos los Alas Lodosas sois así de estúpidos o solo eres tú que estás sordo?

«Bueno, si sigues gritándome así seguro que lo estaré», pensó él. La Ala Celeste apartó su garra y lo dejó libre.

—Obviamente, no sé nada sobre los otros Alas Lodosas —protestó, lamiéndose sus doloridas zarpas—, pero podríamos intentar luchar sin todos esos gritos y ver...

Se interrumpió al oír uno de los conocidos siseos que emitía Rapaz cuando estaba a punto de lanzar uno de sus ataques de fuego.

Cieno se cubrió la cabeza con las alas, doblando el largo cuello para quedar oculto, y se lanzó hacia el laberinto de estalagmitas que conformaban una de las esquinas de la cueva. Las llamas abrasaron las rocas a su alrededor, chamuscándole la punta de la cola.

—¡Cobarde! —le gritó la dragona, golpeando una de las columnas de roca que tenía cerca y mandando una lluvia de guijarros negros y afilados hacia él.

Cieno se cubrió los ojos y no tardó en sentir la fuerza de su instructora en la cola.

—¡AY! —aulló de dolor—. ¡Dijiste que pisar la cola del otro era hacer trampas!

Se agarró a la estalagmita más cercana y trepó por ella. Luego miró a su guardiana, desde su refugio cercano al techo.

—Soy tu profesora —gruñó Rapaz—. Nada de lo que yo haga se considera trampa. Baja y pelea como un Ala Celeste.

«Pero yo NO soy un Ala Celeste —pensó Cieno con rabia—. ¡Soy un Ala Lodosa! No me gusta prenderle fuego a las cosas ni volar en círculos mordiendo cuellos ajenos». Aún le dolían los dientes por culpa de las escamas de Rapaz, tan duras como el diamante.

—¿No puedo luchar con ninguno de los otros? —preguntó—. Soy mucho mejor con ellos.

Los otros dragonets eran (casi) de su mismo tamaño y no hacían trampas (al menos no en la mayoría de los casos). Bien pensado, a Cieno le gustaba pelear con ellos precisamente por eso.

—¿Ah, sí? ¿Y qué oponente preferirías? ¿A la raquítica Ala Arenosa o a la vaga Ala Lluviosa? —soltó Rapaz—. Estoy segura de que en una batalla podrás elegir con quién quieres luchar.

Su cola brilló como las ascuas mientras se movía adelante y atrás.

—Gloria no es una vaga —dijo, con lealtad—. Lo que pasa es que no está hecha para luchar. Eso es todo. Membranas dice que no hay muchas batallas en el bosque tropical porque los Alas Lluviosas tienen toda la comida que desean. Dice que esa es la razón por la que se han mantenido tan al margen de la guerra. Porque, de todas maneras, ninguna de las reinas rivales quiere a los Alas Lluviosas en su ejército. Dice que...

—¡DEJA DE LLORIQUEAR Y BAJA AHORA MISMO! —rugió la

dragona.

Se irguió sobre las patas traseras y abrió las alas de forma que, de repente, parecía tres veces más grande de lo que en realidad era.

Con un gruñido de alarma, Cieno trató de volar hasta la siguiente estalagmita, pero desplegó las alas demasiado despacio y chocó contra ella en vez de agarrarse. Saltaron chispas cuando trató de asirse con las zarpas a la escarpada roca. El dragonet dejó escapar otro grito de dolor cuando la cabeza de Rapaz asomó entre las columnas, le agarró la cola con los dientes y lo arrastró de nuevo a la zona de lucha.

Le sujetó el cuello con las garras y le acercó los labios a la oreja.

—¿Dónde está el violento monstruito que vi cuando eclosionaste del huevo? Ese es el dragón que necesitamos para cumplir la profecía.

—¡Aaargh! —graznó Cieno, tratando de zafarse de ella.

En ese momento, notó en las escamas el roce de las raras cicatrices de quemaduras que tenía su instructora en las garras.

Así era como acababan siempre los entrenamientos con Rapaz, con él inconsciente y dolorido y cojeando durante unos días más cuando se despertaba. «Lucha —se dijo—. ¡Cabréate! ¡Haz algo!». Pero aunque era el más grande de los dragonets, aún les quedaba un año para alcanzar la madurez. Rapaz le sobrepasaba con creces en tamaño.

Intentó reunir un poco de rabia primitiva que le sirviera en aquellos momentos, pero todo en lo que podía pensar era: «Pronto acabará todo y entonces podré ir a cenar».

Vale, tenía que admitir que no era el pensamiento más heroico que podría haber tenido.

De repente, Rapaz dejó escapar un gruñido y lo soltó. El fuego refulgió sobre la cabeza de Cieno mientras se golpeaba contra el suelo. La dragona se giró. Tras ella, jadeando y con aire desafiante, se encontraba la dragonet

Ala Marina, Tsunami, sujetando una escama de oro rojo entre los dientes. Al cabo de un momento, la escupió y miró a su profesora.

—Deja en paz a Cieno —gruñó la recién llegada— o volveré a morderte.

Sus escamas azul oscuro brillaban como el cobalto a la luz de las antorchas. Las agallas del cuello le temblaban como siempre ocurría cuando se enfadaba.

Rapaz se sentó y se examinó el mordisco de la cola. Le rugió a Tsunami, enseñándole los dientes.

—¡Qué dulce eres! Protegiendo a un dragón que trató de matarte cuando aún estabas en el huevo.

—Afortunadamente, vosotros estabais allí para salvarnos la vida —le contestó la Ala Marina—, y os aseguro que os lo agradecemos mucho, sobre todo porque no hay día que no lo oigamos.

Tsunami se colocó entre Cieno y Rapaz.

El dragonet hizo una mueca de dolor. Odiaba tener que oír aquella historia. No la entendía. Nunca sería capaz de hacer daño a los otros dragonets. Así pues... ¿por qué había atacado los huevos durante la eclosión? ¿De verdad había un asesino dentro de él?

Los otros cuidadores, Membranas y Desierto, le habían contado que cuando eclosionó era un animal tan violento y feroz que habían tenido que lanzarlo al río para proteger a los otros huevos de él. Lo peor era que Rapaz quería que se reencontrara con aquel monstruo y lo usara durante la lucha, pero Cieno tenía miedo: si lo hacía, tal vez acabara odiándose a sí mismo y, por consiguiente, al resto de sus amigos. Siempre que pensaba en lo que casi le había hecho a los demás dragonets, sentía como si le hubieran succionado todo el fuego del cuerpo.

La verdad era que Cieno no deseaba convertirse en un monstruo violento y lleno de ira, a pesar de que Rapaz lo considerara una mejora. Aunque

quizás esa era la única manera de que la profecía se hiciera realidad. Quizás aquel monstruo era su destino.

—Está bien —soltó Rapaz, en tono displicente—. De todas formas ya habíamos acabado. Anotaré otro fracaso en tu pergamino, Ala Lodosa —dijo, tras lo cual exhaló una pequeña llamarada al aire y salió de la cueva.

Cieno se tumbó en el suelo en cuanto la cola roja se perdió de vista. Por culpa de las quemaduras, le escocían todas las escamas del cuerpo.

—Mañana, durante tu entrenamiento, se cebará contigo —le dijo a Tsunami.

—¡Oh, no! —bufó la dragonet Ala Marina—. ¡Rapaz nunca se ha cebado conmigo! ¡Será algo muy inesperado y nada que ver con su carácter!

—Ay —gimoteó Cieno—. No me hagas reír. Creo que me he roto las costillas.

—No te has roto las costillas —dijo Tsunami, mientras le daba unos golpecitos en el costado derecho con la nariz—. Los huesos de los dragones son casi tan duros como los diamantes. Estás perfectamente. Levántate y métete en el río.

—¡No! —dijo Cieno, enterrando la cabeza bajo el ala—. ¡Está demasiado frío!

«Meterse en el río» era la solución de Tsunami para todo. ¿Aburrimiento? ¿Dolor de huesos? ¿Escamas secas? ¿El cerebro sobresaturado con la historia de la guerra? «¡Métete en el río!», gritaba cada vez que alguno de los otros dragonets se quejaba. Daba igual que ella fuera la única capaz de respirar bajo el agua o que la mayoría de los dragones de las otras tribus odiara mojarse. A Cieno aquello no le importaba, pero odiaba el frío y el río que fluía por aquellas cuevas siempre estaba congelado.

—Métete —le ordenó Tsunami. Le agarró la cola con las garras y empezó a tirar de él hacia el agua—. Te sentirás mejor.

—¡No me sentiré mejor! —gritó el Ala Lodosa, clavando sus zarpas en el suelo de piedra—. ¡Me sentiré frío! ¡Para! ¡Aléjate de mí! ¡Aaaargh!

Sus protestas se convirtieron en un montón de burbujas cuando Tsunami lo lanzó al agua helada. Cuando volvió a salir a la superficie, ella ya estaba flotando a su lado, sumergiendo la cabeza y echándose agua sobre las escamas como un hermoso pez gigante. A su lado, Cieno se sentía como una masa amorfa torpe y marrón. Chapoteó cerca de la orilla y se tumbó sobre una roca, con la cabeza apoyada en un saliente del río. Nunca lo admitiría, pero lo cierto era que el agua sí aliviaba las quemaduras y los dolores. La corriente se llevaba todo el polvo que se le quedaba entre las escamas.

Aun así, seguía estando demasiado fría. Cieno arañó la roca en la que estaba tendido. ¿Por qué no podía haber *un poco* de lodo allí abajo?

—Algún día seré la reina de los Alas Marinas y entonces, Rapaz lo lamentará —anunció Tsunami, mientras nadaba por el estrecho canal.

—Creía que solo las hijas o hermanas de la reina podía desafiar a una reina por su trono.

Tsunami nadaba muy rápido. Cieno deseó tener también membranas en sus garras o, ya puestos, unas agallas y una cola como las de ella, tan poderosa que podría vaciar el río de un solo golpe.

—Bueno, quizá la reina Ala Marina es mi madre y yo soy la princesa perdida —dijo—. Como en el cuento.

Todo lo que los dragonets sabían sobre el mundo exterior era lo que habían leído en los pergaminos que habían recogido los Garras de la Paz. Su favorito era el de la Princesa Perdida, la leyenda de una dragonet Ala Marina que había huido de casa y cuya familia había puesto patas arriba el océano para encontrarla. Al final, había encontrado el camino de vuelta a

casa y sus padres la habían recibido con las alas abiertas y un banquete para celebrar su alegría.

Cieno siempre se saltaba las aventuras centrales de aquella historia. A él solo le gustaba el final... el padre y la madre felices. Y el banquete. El banquete también sonaba muy bien.

—Me pregunto cómo son mis padres —dijo.

—Yo me pregunto si alguno de nuestros padres sigue con vida —fue la respuesta de Tsunami.

A Cieno no le gustaba pensar en ello. Sabía que cada día morían dragones por culpa de la guerra. Rapaz y Membranas solían traerles noticias del mundo exterior. Noticias sobre batallas sangrientas, tierras devastadas y pilas enormes de cadáveres de dragones calcinados. A pesar de todo, Cieno se obligaba a creer que sus padres estaban a salvo.

—¿Crees que nos echan de menos?

—Sin duda —dijo Tsunami, mientras le lanzaba un chorro de agua con la cola—. Estoy segura de que mis padres se enfadaron cuando Membranas robó mi huevo. Como en aquella historia.

—Y los míos rebuscaron por toda la ciénaga.

Todos se habían imaginado distintas escenas de sus padres buscándolos desesperadamente desde que eran unos dragonets. A Cieno le gustaba la idea de que hubiera alguien allá afuera que estuviera buscándolo... La idea de que alguien lo extrañara y deseara que volviera a casa.

Tsunami se tumbó sobre su espalda, mirando fijamente el techo de piedra con sus brillantes ojos verdes.

—Bueno, los Garras de la Paz sabían lo que estaban haciendo —añadió la dragonet con amargura—. Nadie nos encontrará nunca aquí abajo.

Escucharon un momento el borboteo del río y el crepitar del fuego de las antorchas.

—No nos quedaremos aquí abajo siempre —dijo Cieno, para intentar animarla—. Quiero decir... si los Garras de la Paz quieren parar esta guerra, llegará el momento en el que tendrán que dejarnos salir de aquí —añadió, rascándose detrás de la oreja con cuidado—. Nocturno dice que solo tenemos que esperar dos años más. —Solo tenía que aguantar ese tiempo—. Y entonces podremos irnos a casa y comernos todas las vacas que queramos.

—Bueno, primero tenemos que salvar al mundo —dijo la dragona—. Y entonces podremos irnos a casa.

—Cierto.

Cómo se suponía que iban a salvar al mundo era algo que aún estaba un poco difuso, pero todo el mundo pensaba que ya se les ocurriría la manera de hacerlo cuando llegara el momento.

Cieno salió del río, con las alas mojadas, pesadas y chorreando agua. Las extendió delante de una de las antorchas y torció el cuello en un intento de entrar en calor. Unas débiles olas de vapor le acariciaron las escamas.

—A menos que... —añadió Tsunami.

Cieno bajó la cabeza para mirarla.

—¿A menos que qué?

—A menos que nos vayamos antes —dijo.

Giró sobre sí misma y salió del agua con un movimiento grácil.

—¿Irnos? —repitió Cieno, sorprendido—. ¿Cómo? ¿Nosotros solos?

—¿Por qué no? —respondió ella—. Si podemos encontrar la forma de largarnos de aquí... ¿Por qué deberíamos esperar otros dos años? Yo estoy lista para salvar al mundo ahora mismo, ¿tú no?

Cieno no estaba seguro de que alguna vez estuviera listo para salvar al mundo. Estaba seguro de que los Garras de la Paz le dirían qué tenía que hacer para lograrlo. Solo los tres guardianes (Rapaz, Membranas y

Desierto) sabían dónde estaban escondidos los dragonets, pero había toda una red enorme de Garras ahí fuera preparándose para el cumplimiento de la profecía.

—No podemos parar la guerra nosotros solos —fue lo que dijo—. No sabríamos por dónde empezar.

Tsunami agitó las alas ante él, exasperada, bañándolo con un montón de gotas congeladas.

—Nosotros también podemos parar la guerra solos —dijo—. Es lo que dice la profecía.

—Quizá dentro de dos años —dijo Cieno.

«Quizá para entonces me haya reencontrado con mi lado peligroso. Quizás entonces sea el feroz guerrero que Rapaz quiere que sea».

—Quizás antes —repitió, obstinada—. Solo te pido que lo pienses, ¿vale?

Cieno movió los pies.

—Vale. Lo pensaré —dijo.

Al menos, así podía dejar de discutir con ella.

Tsunami ladeó la cabeza.

—¡He oído la cena! —exclamó. El leve sonido de un mugido apagado les llegó a través del túnel que tenían a sus espaldas. Tsunami le dio un golpecito amistoso—. ¡Te echo una carrera hasta el comedor!

Se giró sobre sus talones y echó a correr sin esperar una respuesta. Las antorchas de la sala de batallas parecían más tenues y un charco de agua helada se estaba formando bajo los pies de Cieno. El dragonet plegó las alas y barrió con la cola los guijarros de roca machacada que tenía alrededor.

Tsunami estaba loca. Los cinco dragonets no estaban listos para frenar la guerra. Ni siquiera sabrían cómo sobrevivir ellos solos. Quizá Tsunami fuera tan valiente y dura como todo héroe debía ser, pero ni Sol ni Gloria ni

Nocturno... Cieno pensó en todas las cosas que podían herirlos y deseó poder darles sus propias escamas, sus garras y sus dientes como protección extra.

Además, no había forma de escapar de las cuevas. Los Garras de la Paz se habían asegurado de ello.

Aun así, una parte de él no podía evitar preguntarse cómo sería volver a casa en vez de quedarse allí esperando dos años más. De vuelta a las ciénagas, a los pantanos, a una tribu entera de Alas Lodosas que se parecieran a él y pensaran como él... De vuelta a sus padres, quienes quiera que fueran...

¿Y si pudieran conseguirlo?

¿Y si los dragonets pudieran escapar y sobrevivir y salvar el mundo... a su manera?

CAPÍTULO 2

Cieno barrió con la cola los huesos de la cena y los echó al río. Las sombras blancas y alargadas se balanceaban alejándose en la corriente.

Había varios fuegos ardiendo en las esquinas de la gran cueva central. Cualquier ruido que hicieran resonaba sobre sus cabezas, amplificados de alguna manera por las estalactitas con forma de enormes dientes. La cúpula de la cueva era lo suficientemente grande como para albergar seis dragones adultos con sus alas completamente extendidas. El río subterráneo corría junto al muro más alejado, susurrando y burbujeando como si él también estuviera planeando su propia huida.

Cieno miró fijamente el pasillo, echándole un vistazo a las dos cuevas que les servían de dormitorios —ahora vacías— y se preguntó adónde habrían ido los otros dragonets mientras él limpiaba.

—¡Te pillé! —exclamó una voz a su espalda.

Cieno se cubrió la cabeza con las alas.

—¿Qué he hecho? —gimoteó—. ¡Lo siento! ¡Ha sido un accidente! Y si te refieres a la vaca extra que me he comido, Desierto dijo que podía hacerlo porque Membranas estaría fuera hasta tarde. Lo siento. Mañana no cenaré, lo prometo.

Notó cómo un hocico le golpeaba ligeramente entre las alas.

—Cálmate, tonto —contestó Sol—. No te estaba regañando.

—Oh.

Cieno relajó la cresta y se giró para mirar a los ojos a la dragonet más pequeña, la última que había salido del huevo. Fascinado, vio desaparecer la cola de un lagarto entre sus fauces.

Ella le sonrió.

—Se suponía que era mi fiero y aterrador gruñido de caza —soltó—. ¿Te ha gustado? ¿No te parece lo suficientemente terrorífico?

—Bueno... un poco sorprendente sí que ha sido —contestó el dragonet—. ¿Has vuelto otra vez a cazar lagartos? ¿Qué les pasa a las vacas?

—Bah. Pesan demasiado —fue la respuesta de la dragonet—. Estabas demasiado serio.

—Solo pensaba.

Menos mal que ni Rapaz ni Desierto podían leer la mente como los Alas Nocturnas, porque Cieno no había podido quitarse de la cabeza la idea de escapar durante toda la cena.

Cieno alzó una de sus alas y Sol se acurrucó junto a él. Podía sentir perfectamente el calor que desprendían sus escamas doradas, pegadas a las de él. Sol era demasiado pequeña y del color equivocado —de un dorado leonado en vez de color arena como la mayoría de los Alas Arenosas—, pero irradiaba el mismo calor que el resto de su tribu.

—Desierto dice que deberíamos estudiar una hora antes de acostarnos —dijo—. Los otros ya están en la cueva de estudio.

Desierto, el dragón lisiado que les enseñaba técnicas de supervivencia, era un Ala Arenosa, al igual que Sol... al menos en teoría. Había algo en la pequeña dragonet que no encajaba. No era solo que sus alas fueran demasiado doradas, sino que tenía los ojos de un tono verde grisáceo, en vez de negro brillante. Lo más raro de todo era que su cola era bastante ordinaria, al igual que la de la mayoría de los dragones, en vez de acabar en un aguijón venenoso, el arma más peligrosa de los Alas Arenosas.

Como solía decir Rapaz bastante a menudo, Sol era inofensiva... ¿y de qué servía un dragón inofensivo? Pero su huevo formaba parte de la profecía, así que Sol era sus «alas de arena», tanto si les gustaba a los Garras de la Paz como si no.

Por supuesto, la profecía no hablaba de ningún «alas de lluvia». Los dragonets habían escuchado muchas veces la historia de cómo Gloria había sustituido a última hora al huevo de Ala Celeste que se había roto. Rapaz y Desierto la consideraban un error y no paraban de hacérselo saber.

Nadie sabía si la profecía aún podía llegar a cumplirse con un Ala Lluviosa en vez de un Ala Celeste. Aunque por lo que Cieno sabía de los Alas Celestes, se alegraba de que los dragonets contaran con Gloria entre sus filas y no que tuvieran bajo la montaña a otra Rapaz gruñona y con aliento de fuego.

Además, si alguien tenía que fastidiar la profecía era él. Ni Gloria ni Sol.

—Vamos —dijo Sol, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos al darle un golpecito juguetón con la cola.

Cieno la siguió a través de la cueva central.

Había cuatro tortuosos túneles de piedra que llevaban a cuatro lugares diferentes: uno a la zona de batalla, otro a la cueva de los guardianes, otro a la cueva de estudio y otro al mundo exterior. El último estaba bloqueado por una piedra demasiado grande para que ninguno de los dragonets pudiera moverla.

Cieno se paró frente a la roca y la empujó con el hombro. A veces, cuando ninguno de los adultos estaba a la vista, intentaba moverla. Algún día se movería. Lo sabía. Puede que no mucho, pero incluso unos milímetros le demostrarían que al fin estaba convirtiéndose en un adulto. Ya se *sentía* adulto y demasiado grande. Chocaba con todo y tiraba cosas accidentalmente con las alas o la cola.

«Hoy no será el día», pensó con pena cuando la roca no se movió. «Mañana quizás».

Siguió a Sol por el túnel hasta que llegaron a la sala de estudio. Sus enormes pies y sus voluminosas garras resonaban y arañaban el suelo de piedra de la cueva. Incluso después de haberse criado y vivido toda su vida en aquella cueva, seguía doliéndole caminar sobre la roca desnuda. No había día que no se golpeara las garras con el suelo y, cuando caía la noche, siempre le dolían.

Tsunami estaba pavoneándose por toda la habitación gritando órdenes a diestro y siniestro. Sol y Cieno se sentaron junto a la puerta, plegando sus alas a la espalda. Les llegó una bocanada de aire procedente del agujero que había en el techo, muy por encima de sus cabezas, procedente de la única ventana al exterior que había en las cuevas. Por las noches, cuando no entraba la claridad del sol, la habitación se volvía más fría y siniestra. Cieno se irguió y olisqueó la oscuridad que se adivinaba al otro lado del agujero. Olía a estrellas.

Había un mapa de Pirria colgado de la pared, entre dos antorchas. Tsunami y Nocturno adoraban pasarse las horas mirándolo, intentando adivinar dónde estaba escondida su cueva secreta. Nocturno estaba seguro de que se encontraban en algún lugar bajo las Garras de las Montañas de las Nubes. Los Alas Celestes preferían vivir en las montañas más altas, así que podía suceder cualquier cosa en las profundidades de las cuevas que se hallaban bajo sus dominios sin que se dieran cuenta.

—Toda esta historia es demasiado liosa —le murmuró Sol a Cieno, deslizando la cola de un lado a otro—. ¿Por qué no se sientan las tres reinas juntas, hablan entre ellas y acaban de una vez con esta guerra?

—Eso sería maravilloso —dijo Cieno—. Así podríamos dejar de estudiarla.

Sol soltó una risita.

—¡Parad! —dijo Tsunami, que había adoptado una actitud bastante mandona—. ¡Nada de susurros! Prestad atención. Estoy asignando los papeles de cada uno.

—Así no se puede estudiar —señaló Nocturno. Sus escamas negras de Ala Nocturna lo hacían casi invisible en las sombras oscuras que se formaban entre las antorchas. Reunió unos cuantos pergaminos bajo sus garras y empezó a dividirlos en montoncitos—. Quizá debería leeros algo en voz alta.

—Benditas lunas, cualquier cosa menos eso, por favor —dijo Gloria desde el saliente, por encima de Nocturno—. Déjalo para después, cuando intentemos dormirnos.

Contrariada, apoyó el largo y delicado hocico, que emitía un resplandor verde esmeralda, sobre las garras delanteras. Entre sus escamas, brillaban ondas de azul eléctrico. Esa noche, la cola de Gloria era una espiral de distintos tonos morados, llenos de vida.

Si no fuera por Gloria, Cieno creía que ninguno de ellos sabría cuántos colores había en el mundo. Se preguntó cómo sería visitar el bosque tropical, donde existía una tribu entera de dragones tan hermosos como ella.

—Shhh —les regañó Tsunami—. Obviamente, yo sería la mejor reina que pudiéramos elegir, pero vamos a dejar que Sol lo sea esta vez, ya que ella es una auténtica Ala Arenosa.

Gloria se acercó a ella y la empujó hasta el centro de la cueva.

—Bueno... algo así —susurró Gloria.

Nocturno la apuntó con la cola y la mandó callar. Los dragonets jamás hablaban sobre por qué Sol no se parecía a un Ala Arenosa. La teoría de Cieno era que habían sacado su huevo de la arena demasiado pronto. Puede que los huevos de los Alas Arenosas necesitaran el sol y la arena del

desierto para que los mantuviera calientes hasta el momento de la eclosión y, si no los dejaban madurar lo suficiente, de ellos salían dragones a medio cocinar y con un aspecto bastante cómico. Aunque, para él, Sol no tenía nada de malo.

Tsunami dio unos cuantos golpecitos con las garras sobre el suelo de la cueva, mientras estudiaba atentamente a sus amigos.

—Cieno, ¿quieres hacer del carroñero?

—Eso no es justo, ¿no crees? —apuntó Nocturno—. Mide el doble que Sol. Un carroñero de verdad sería más pequeño que ella, según este pergamino de aquí. Dice que los carroñeros no tienen escamas ni alas ni cola y que andan sobre dos patas. Lo que, a mi modo de ver, no les debe dar demasiada estabilidad. Me apuesto lo que queráis a que se están cayendo todo el tiempo. Les gustan los tesoros casi tanto como a los dragones. Los pergaminos dicen que los carroñeros atacan a los dragones cuando estos se encuentran solos y que les roban los...

—¡DIOS MÍO! ¡ESO YA LO SABEMOS! —lo cortó Gloria—. Todos estábamos presentes durante esas fascinantes lecciones sobre los carroñeros. No me obligues a bajar ahí abajo y a darte un mordisco, Nocturno.

—¡Me encantaría toparme con un carroñero auténtico! —dijo Cieno—. ¡Le arrancaría la cabeza y me la comería! —añadió, mientras arañaba con las patas delanteras la piedra sobre la que se erguía—. Estoy seguro de que sabría mejor que todos esos bichos llenos de plumas que nos trae Rapaz.

—Pobrecito Cieno... siempre tan hambriento —bromeó Sol.

—Cuando salgamos de aquí y seamos libres, iremos a buscar un nido de carroñeros y nos los comeremos a todos —le prometió Tsunami dándole un golpecito con su ala.

Sol la miró extrañada.

—¿Cuando seamos libres?

«Uy». Tsunami y Cieno intercambiaron una mirada. Sol era dulce y confiada y muy mala guardando secretos.

—Me refiero a cuando se cumpla la profecía, por supuesto —fue la respuesta que le dio Tsunami—. Cieno, tú serás el carroñero. Toma, esto te puede servir de garra.

Tsunami movió la cola rápidamente y, con fuerza, trazó un arco perfecto y golpeó una de las estalagmitas, que se partió. Un montón de trozos de roca volaron por toda la cueva y golpearon a los otros dragonets. Cieno cogió la estalagmita afilada entre sus garras y le hizo una mueca extraña a Sol.

—No me hagas daño de verdad —dijo ella con nerviosismo.

—Claro que no te lo hará —la tranquilizó Tsunami—. Esto no es más que una representación. Los demás seremos las princesas. Yo seré Brasas, Gloria puede ser Ampolla y Nocturno será Llamas.

—Yo ya hice de princesa la última vez —observó Nocturno—. No estoy muy seguro de que me guste este juego —añadió.

Estiró las alas y las escamas plateadas que tenía debajo refulgieron como estrellas en el oscuro firmamento.

—No es un juego, es historia —replicó Tsunami—. Y si dispusiéramos de otros amigos, el juego podría ser diferente, pero las cosas son así. Hay tres princesas dragonas de la arena y a ti te toca ser una de ellas. Así que deja de quejarte.

Nocturno se encogió de hombros y se adentró aún más en las sombras, algo que siempre hacía cuando sabía que no podía ganar una pelea.

—Venga... vamos allá —lo animó Tsunami saltando hasta el saliente y poniéndose al lado de Gloria.

—Um... —dijo Sol, mirando a Cieno con cautela—. Vale. Allá voy... la la

la... reina Oasis de los Alas Arenosas. Soy muy importante y... esto... real... y todo eso.

Tsunami suspiró. Gloria y Nocturno tuvieron que contener una sonrisa.

—He sido reina durante décadas —siguió la pequeña dragonet, trotando por el suelo de la cueva—. ¡Nadie se atreve a retarme para arrebatarme el trono! ¡Soy la reina Arenosa más fuerte que jamás ha vivido entre los dragones!

—No te olvides del tesoro —siseó Tsunami, señalando la pequeña montaña de rocas apiladas.

—Ah, sí —añadió Sol—. ¡Seguro que es por mi tesoro! ¡Tengo tantos tesoros porque soy una reina muy importante!

Acercó las rocas con la cola y las protegió con las garras.

—¿Alguien ha mencionado un tesoro? —rugió Cieno, saliendo de detrás de una enorme roca.

Sol retrocedió muerta de miedo.

—¡No! —gritó Tsunami—. ¡No deberías estar asustada! Eres la gran reina Oasis, la reina malvada de los dragones de la arena.

—Va... vale —contestó Sol—. ¡Raaaaaargh! ¿Qué está haciendo un pequeño carroñero como tú en mi Reino de Arena? ¡No me asustan los diminutos carroñeros! ¡Saldré ahí y te comeré de un bocado!

Gloria empezó a reírse con tanta fuerza que tuvo que tumbarse sobre la roca y cubrirse la cabeza con las alas. Incluso Tsunami tuvo que controlarse para no soltar una carcajada.

Cieno trazó un círculo perfecto con su estalagmita.

—¡Pío, pío, pío! —gritó—. ¡Y otros estúpidos ruidos de carroñero! ¡Estoy aquí para robarle el tesoro a tan magnífico dragón!

—¡El mío no! —gritó Sol, enfureciéndose.

Dio un paso adelante, extendiendo las alas, y alzó la cola

amenazadoramente. Sin el aguijón venenoso que poseían los otros Alas Arenosas, la cola de Sol no era muy amenazadora, pero a nadie se le ocurrió decir nada al respecto.

—¡Aaaaaaaaargh! —gritó Cieno, lanzándose hacia ella con su garra de roca.

Sol se apartó a un lado y empezaron una lucha silenciosa, trazando un círculo en la cueva, mirándose fijamente, fintando y esquivando. Esta era la parte favorita de Cieno. Cuando Sol se olvidaba de que estaba interpretando a una reina y se concentraba en la batalla, era una adversaria bastante divertida. Su tamaño le permitía escabullirse y saltarse todas las defensas de Cieno.

Pero, al final, la reina Oasis tenía que perder. Así era cómo había ocurrido en la historia real. Cieno la arrinconó contra la pared de la cueva y le clavó la garra falsa entre el cuello y el ala, fingiendo que le había atravesado directamente el corazón.

—Aaaaaaaaargh —gritó Sol—. ¡Imposible! ¡Una reina vencida por un mísero carroñero! ¡El reino se desmoronará! Tesoro mío... oh, mi tesoro...

Se deslizó hasta el suelo y dejó que sus alas cayeran sin vida a ambos lados del cuerpo.

—¡Muajajajaja! —dijo Cieno—. ¡Y pío, pío! ¡El tesoro es mío!

Recogió las rocas y se alejó de allí, moviendo la cola con orgullo.

—Nuestro turno —anunció Tsunami, saltando del saliente donde estaba. Se acercó corriendo a Sol, unió las garras delante de ella y dejó escapar un grito de angustia—. ¡Oh, no! Mi madre ha muerto y el tesoro ha desaparecido. Pero lo peor de todo es que ninguna de nosotras la ha matado... ¿quién debería ocupar ahora su lugar?

—Yo estaba a punto de retarla —gritó Gloria, moviendo sus alas con

demasiado dramatismo—. Hubiera luchado con ella hasta la muerte por el trono. ¡Yo debería ser la reina!

—¡No! ¡Yo debería ser la reina! —insistió su compañera—. ¡Soy la mayor y la más grande y yo soy la que hubiera debido retarla!

Ambas se giraron para mirar a Nocturno que seguía escondido entre las sombras. Parecía que el dragón negro intentaba volverse más invisible de lo que ya era.

—Vamos, Nocturno —se quejó Tsunami—. No seas un vago... —calló antes de soltar «Ala Lluviosa».

Los profesores siempre decían cosas parecidas: «Si no estudias, serás peor que un Ala Lluviosa»; «¿Qué pasa? ¿Alguien te ha cambiado el cerebro y ahora tienes el de un Ala Lluviosa en esa cabeza hueca tuya?»; «¿Todavía estás durmiendo? ¡Cualquiera diría que eres un Ala Lluviosa!». Eso último solían reservarlo para Cieno.

Pero todos los dragonets sabían que Gloria odiaba esos comentarios. Aunque lo intentara, era incapaz de ocultar cuánto le molestaban. Eran comentarios bastante injustos. Gloria era el único Ala Lluviosa que habían conocido y ella estudiaba y entrenaba más que cualquiera de ellos.

—Eh... dragón —terminó Tsunami, bastante incómoda por la situación, mientras le lanzaba una mirada rápida a Gloria—. Nocturno, sal de ahí.

El Ala Nocturna salió de las sombras y miró a Sol, que seguía tirada en el suelo y tenía los ojos cerrados con fuerza.

—¡Dios mío! ¡Dios...! —murmuró—. Bueno, ahora debo convertirme en reina. Como soy la princesa más joven, podría tener el reinado más longevo. Eso sería bueno para los Alas Arenosas. Además... —guardó silencio y soltó un largo suspiro, cargado de sufrimiento—. Además, soy la más bella con diferencia.

Sol soltó una risita y Tsunami le dio un golpecito con la cola para que se

quedara quieta sin hacer ruido. Cieno amontonó su «tesoro» con las garras y se sentó sobre la pila de rocas.

—Debería mataros a las dos ahora mismo —gruñó Gloria.

—¿Tú y qué ejército? —le contestó Tsunami.

Gloria irguió el cuello y enseñó los dientes.

—Buena idea. Iré a por ese ejército... un ejército de Alas Marinas... y lo lamentaréis.

—No eres la única que puede establecer alianzas —contraatacó Tsunami —. Los Alas Celestes están de mi parte. ¡Y los Alas Lodosas! Y ya veremos quién gana esta guerra.

Hubo una pausa y ambas volvieron a girarse hacia Nocturno.

—Eh... sí, vale —dijo—. Hacedlo y entonces yo me aliaré con el ejército de los Alas Heladas. Además, de paso, os diré que la mayoría de los Alas Arenosas quieren que yo sea su reina.

—¿Ah, sí? —dijo Sol, abriendo los ojos—. ¿Quién lo dice?

—Deja de hablar —le ordenó Tsunami, dándole un golpecito con la garra —. Estás muerta.

—Hay un montón de pergaminos nuevos que hablan de ello —explicó Nocturno con demasiada pomposidad—. Llamas es muy popular en su propia tribu.

—¿Entonces por qué no puede ser reina? —preguntó Sol—. Si es a ella a quien quieren...

—Porque Brasas es más grande y da más miedo y podría aplastarla como a un insecto si lucharan cara a cara —intervino Gloria—. Y Ampolla... esa soy yo... es más inteligente que sus dos hermanas juntas. Sabía que nunca podría matar a Brasas en un duelo normal. Fue idea suya incluir a todas las tribus y convertir su lucha por el trono arenoso en una guerra mundial. Seguramente esté esperando a que las otras dos se maten entre sí.

—¿Cuál de las tres queremos que sea reina? —preguntó Sol—. Se supone que tenemos que elegir, ¿no? Cuando se cumpla la profecía.

—Ninguna de ellas —le contestó Nocturno secamente—. Llamas es tan inteligente como una oveja con conmoción cerebral; Ampolla, de alguna manera, planea convertirse en la reina de todas las tribus; y si Brasas gana, probablemente siga adelante con la guerra solo por diversión. Todas son bastante despreciables. Supongo que tendremos que esperar a ver qué deciden los Garras de la Paz.

—Los Garras de la Paz no son nadie para decidir nada —soltó Tsunami —. Piensan que solo están cuidando de nosotros.

—Aun así debemos escucharlos —continuó Nocturno—. Lo único que quieren es lo mejor para nosotros y para Pirria.

—Para ti es fácil decirlo —contestó Gloria. La gorguera de plumas del cuello le empezó a brillar con un naranja resplandeciente—. A ti no te arrebataron tu hogar. Los Alas Nocturnas les entregaron tu huevo gustosos, ¿no es así?

Nocturno esbozó una mueca de dolor, como si con aquella frase le hubiera quemado.

—¡Qué aburrido! —gritó Cieno desde su pequeña montaña de rocas—. ¡Dejad de pelearos entre vosotros! ¡Venid y pelead conmigo para conseguir mi tesoro!

—Nadie sabe lo que el carroñero hizo con el tesoro de los dragones de la arena —añadió Nocturno con su voz de sabelotodo, alejándose de Gloria—. Entre otras muchas cosas, robó la Lazulita Dragón, el cetro de oro de los Alas Arenosas y el Ojo de Ónix, que habían pertenecido al tesoro de los Alas Arenosas desde hacía siglos.

Cieno se puso en pie. Las lecciones de Nocturno siempre hacían que le picaran las escamas.

—¡Quiero pelearme con alguien! —dijo.

Preferiblemente, alguien que no intentara machacarlo llevado por una rabia primigenia.

Como si aquel pensamiento la hubiera invocado, Rapaz aterrizó de repente ante la puerta de la cueva.

—¿Qué está ocurriendo aquí?

La voz de Rapaz los hizo salir de su ensimismamiento y saltar de miedo. Sol se resbaló al intentar ponerse de pie y Nocturno dio un salto hacia atrás para intentar agarrarla.

La enorme Ala Celeste roja se deslizó al interior de la cueva, clavando una mirada dura en cada uno de los dragonets.

—No me parece que estéis estudiando —siseó.

—Lo s-se-sen-sentimos —tartamudeó Sol.

—No lo sentimos —dijo Tsunami, lanzándole una mirada reprobatoria a su compañera—. Sí que estábamos estudiando. Solo interpretábamos la muerte de la reina que empezó toda esta guerra.

—Cuando dices interpretar, quieres decir que estabais jugando, ¿verdad? —gruñó—. Ya sois mayorcitos para juegos de larvas.

—¿Cuándo hemos sido lo suficientemente jóvenes para juegos? —murmuró Gloria.

—No era un juego —dijo Tsunami—. Era una forma distinta de estudiar historia. ¿Qué tiene de malo?

—Y no te callas... —la cortó Rapaz. Se la veía muy segura de sí misma, altiva, como solía ponerse siempre que Tsunami se metía en problemas—. Eso significa que no dormirás en el río esta noche.

Tsunami frunció el ceño. Rapaz golpeó la pila de pergaminos que había a la entrada con una de sus garras.

—El resto de vosotros... —prosiguió Rapaz— aprended del error de la

Ala Marina y estudiad cómo hay que hacerlo.

—Eso no es justo —dijo Cieno, en el preciso instante en que Rapaz se giraba para marcharse de allí—. Todos estábamos estudiando de la misma forma. Nos deberías castigar a los cinco.

Gloria se giró rápidamente hacia él, pero Sol, a espaldas de Cieno, asintió con convicción.

Rapaz miró a Cieno desde la posición de ventaja que le daba su altura.

—Sé quién es el artífice de este nefasto comportamiento. Muerto el dragón, se acabó la rabia.

—¿Vas a matar a Tsunami? —lloriqueó Sol.

Gloria suspiró.

—Es una metáfora, cabeza de chorlito.

—Y ahora marchaos a la cama —dijo Rapaz.

Se giró y salió de la cueva golpeando deliberadamente las pilas de pergaminos de Nocturno al marcharse.

Cieno le dio un empujoncito en el hombro a Tsunami con el hocico.

—Lo siento. Lo hemos intentado.

—Lo sé. Gracias —le contestó ella, acariciándole el ala con una de las suyas—. Eh, Sol, ¿te importaría llevarte esos pergaminos a nuestro dormitorio?

La pequeña dragona dorada sonrió.

—¡Claro que puedo hacerlo! —dijo.

Salió corriendo hacia la entrada y cogió un puñado de pergaminos con las patas delanteras antes de echar a correr hacia la cueva donde dormían todos los dragonets.

—No voy a poder soportarlo mucho más —confesó Tsunami en cuanto Sol se perdió de vista—. Tenemos que largarnos de aquí y pronto.

Cieno le dedicó una mirada a Gloria y a Nocturno, que no parecían

haberse sorprendido demasiado por la confesión de su amiga.

—¿Les has hablado de tu idea?

—Por supuesto —confesó la dragonet—. Necesitaba su ayuda para urdir un plan de huida.

Cieno no pudo evitar darse cuenta de que ella no le había pedido *a él* que la ayudara con ningún plan de huida. Incluso los dragones a los que les caía bien lo consideraban un inútil.

—No estoy seguro de que estemos preparados —dijo Nocturno, arrugando la frente—. Aún nos falta mucho por aprender...

—¡Eso es lo que los guardianes quieren que pensemos! —exclamó Tsunami. Las escamas le vibraron cuando sacudió el cuerpo de cola a cabeza—. Nunca lo sabremos hasta que salgamos de estas malditas cuevas y veamos el mundo exterior con nuestros propios ojos.

—¿Y qué pasa con la profecía? —preguntó Cieno—. ¿No deberíamos esperar dos años más?

—No veo por qué —contestó Gloria—. Yo estoy con Tsunami. El destino es el destino, ¿verdad? Así que hagamos lo que hagamos será lo correcto. No necesitamos que un puñado de viejos dragones nos diga cómo salvar el mundo. Ellos no están en la profecía.

—¿Cuándo se lo decimos a Sol? —fue la pregunta de Nocturno, que no había apartado la vista de la oscura entrada de la cueva.

—Se lo diremos en el último momento —dijo Tsunami. Su respuesta no dejaba lugar a réplica—. Sabes que no es capaz de mantener un secreto. Nocturno, prométenos que no le dirás nada.

—No lo haré —dijo al cabo de un momento—. A Sol no le va a gustar esto. Piensa que todo lo que ocurre aquí dentro es maravilloso.

—Claro que lo piensa —gruñó Tsunami—. No le importa que nos traten

como a huevos rotos incluso cuando se supone que somos la llave que abrirá las puertas a la paz.

—Sí que le importa —la defendió Nocturno—. Es solo que no le gusta quejarse.

—Upssss —siseó Gloria.

Tsunami se giró para mirar a Nocturno, con las agallas hinchadas.

—Repíteme eso a la cara.

—Te lo he dicho a la cara, ¿o acaso le estaba hablando a tu culo? Es fácil confundirse.

El dragonet se escondió detrás de Cieno antes incluso de que Tsunami pudiera mostrarle los dientes.

—Parad. Dejad de echaros rocas encima como si fuerais mini Rapaces —dijo Cieno. Se irguió para afianzarse en el suelo y hacer de barrera entre sus dos amigos—. Nadie es feliz aquí abajo. Sol se enfrenta a ello de manera diferente a nosotros, eso es todo. Pero recordad que, decidamos lo que decidamos, debemos mantenernos unidos o todo empeorará. ¿Entendido?

Nocturno recogió sus alas a su espalda, murmurando.

—Cieno tiene razón —le apoyó Gloria—. Lo último que queremos es ser como Rapaz, Membranas o Desierto.

Tsunami siseó unos segundos y luego sacudió el cuerpo.

—Vale, lo sé. Lo estoy intentando. Pero este sitio me está matando muy lentamente —dijo.

Cieno tembló bajo la fuerza de su mirada. Por nada del mundo querría ser el dragón que tuviera que enfrentarse a ella.

—Tan pronto como tracemos un plan, nos largamos de aquí —agregó la dragonet, mirándolos a los ojos uno por uno—. Veremos cómo intentan obligarnos a cumplir nuestro destino cuando no sepan dónde estamos.

CAPÍTULO 3

De pronto, se oyó como si un trueno hubiera descargado su furia en la cueva central. Cieno escuchó el ruido de la roca de la entrada al volver a su sitio y luego el sonido de unas pisadas que recorrían la estancia. Por el sonido de succión, sabía que debía de tratarse de Membranas.

—Ocurre algo —dijo Tsunami. Corrió hasta la puerta. Le picaban las orejas y tenía las púas del lomo erizadas—. Tenemos que salir y escuchar lo que dicen.

Nocturno abrió las alas, despacio.

—Estoy seguro de que nos enteraremos de qué pasa por la mañana.

—No quiero esperar tanto —dijo Tsunami, mientras se giraba para golpearle la barriga con la cola. El dragonet soltó un gruñido—. ¡No seas un besahumo! ¡Vamos!

Tsunami salió de la cueva.

Cieno hizo una mueca de dolor cuando sus agarrotados músculos entraron en acción. Siguió a Gloria hasta la cueva central. Las escamas de Gloria estaban cambiando de color para adaptarse a las rocas grises y negras que los rodeaban. En breve sería casi imposible de distinguir. Nocturno se puso a su lado y los dos se apresuraron a recorrer el túnel que los comunicaba con la cueva de los adultos. Casi al instante, se desvanecieron entre las sombras. Ocultos gracias al color de sus escamas, se acercarían todo lo posible para espiar a sus guardianes.

Pero Cieno y Tsunami tenían una oportunidad aún mejor para escuchar lo que pasaba si se apresuraban. Tsunami ya estaba atravesando la cueva en dirección al río.

—¿Y qué pasa con Sol? —susurró Cieno.

Aún podía escuchar a la pequeña Ala Arenosa rebuscando en su dormitorio mientras ordenaba los pergaminos.

—Ya nos inventaremos algo luego —le contestó en voz baja.

Cieno lamentaba que Sol fuera la única que no supiera nada de sus juegos de espías, pero los dragonets habían aprendido la lección sobre contarle o no sus secretos hacía bastantes años. Sol no había tenido intención de decirle a Desierto nada de las rocas que los dragonets habían estado reuniendo. Su plan era construir una torre hasta el agujero del cielo cuando aún eran demasiado pequeños para volar. Lo único que querían era sacar la cabeza y echar un vistazo al mundo exterior. Pero un día, Sol se olvidó de tener cuidado cuando Desierto andaba cerca y, al día siguiente, habían desaparecido todas las rocas del escondite. Ese fue el final de ese plan... y de que Sol supiera todo lo que pasaba con los dragonets.

Tsunami se hundió en el río con un salto que apenas se escuchó. Las motas verde claro que tenía bajo las escamas azules brillaron mientras nadaba río arriba. Cieno se lanzó al río tras ella, deseando con todas sus fuerzas poder ver en la oscuridad al igual que ella. Al menos, Tsunami se había acordado de activar la raya de su cola que brillaba en la oscuridad.

Los Alas Lodosas no podían respirar bajo el agua como los Alas Marinas, pero podían aguantar la respiración casi una hora. Así que, cuando los dragonets querían espiar a sus guardianes, Cieno y Tsunami podían usar el río para acercarse más que los otros.

Cieno alcanzó a la Ala Marina cuando esta estaba atravesando el hueco en la pared de la cueva que había bajo el agua. Aquel espacio tan pequeño

siempre ponía nervioso al Ala Lodosa. Ojalá no se hubiera comido aquella vaca extra en la cena.

Hundió las garras en las rocas y se fue agarrando a las grietas que encontraba. Hubo un horrible momento en el que creyó que se había quedado atascado por el estómago. ¿Se ahogaría allí abajo? ¿La profecía se iría al garete por una vaca de más?

Entonces, acompañado de un torrente de burbujas, dejó atrás el hueco y siguió nadando tras Tsunami.

La cola se le volvió a oscurecer en cuanto llegaron a la cueva de los guardianes. Los tres dragones adultos apenas prestaban atención al río. Solo Membranas lo usaba a veces para dormir en la orilla. Jamás se les ocurriría pensar que allí abajo había dos pares de orejas de dragonets, escuchando.

Cieno se quedó cerca de la entrada, mientras que Tsunami nadó hasta el lado más alejado de la habitación. Así al menos uno de ellos lo oiría todo, sin importar dónde estuvieran hablando los guardianes.

Aquella noche, sin embargo, Cieno estaba bastante seguro de que todos podrían oír lo que ocurría, incluidos Gloria y Nocturno, que aguardaban en el pasillo que comunicaba aquella cueva con las otras. Por la forma en la que Rapaz estaba gritando, incluso los Alas Celestes podrían oírla desde los picos de las altas montañas.

—¿Que viene hacia aquí? ¿Sin avisar? ¿Después de seis años, de repente siente curiosidad? —dijo.

Una llamarada de fuego salió disparada de su hocico, quemando una columna de roca cercana.

—Quizá solo quiera asegurarse de que están preparados para poner fin a la guerra —sugirió Membranas.

Desierto soltó un bufido.

—¿Estos dragonets? Entonces se va a llevar una gran desilusión —dijo,

sentándose en un saliente cercano.

El gran Ala Arenosa jamás hablaba de sus cicatrices ni de cómo había perdido el pie, pero por la rabia que se adivinaba en su voz cada vez que hablaba de la guerra, los dragonets podían hacerse una idea. Su incapacidad para volar era, seguramente, la razón por la que lo habían elegido para la tarea de cuidarlos a ellos bajo tierra. Estaba claro que no lo habían elegido por su personalidad cálida y paternal.

—Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido —dijo Membranas—. La profecía eligió a esos dragonets, no nosotros.

—¿Sabe al menos lo que ocurrió? —preguntó Rapaz—. ¿Sabe lo del huevo roto y lo del Ala Lluviosa? ¿O lo del Ala Arenosa defectuoso?

Cieno frunció el ceño. Pobre Sol. Buceó hasta acercarse un poco más, asegurándose de que su enorme cuerpo quedara bien oculto en las profundidades del río. A través del agua podía ver las formas borrosas de los tres dragones moviéndose alrededor del fuego.

Membranas batió las alas.

—No sé lo que sabe ni por qué se preocupa ahora. El mensaje solo decía «Oráculo va para allá». Se supone que tengo que ir a buscarlo y traerlo aquí mañana.

«Oráculo». Aquel nombre le resultaba familiar. Cieno intentó hacer memoria. ¿Un dragón de la clase de historia? ¿Un dirigente de las tribus? No. Todas las tribus estaban gobernadas por reinas.

—No estoy preocupada por lo de Sol —siguió Desierto—. Seguimos las instrucciones de la profecía al pie de la letra. No es culpa nuestra que sea como es. Pero lo del Ala Lluviosa... no le va a gustar.

A Rapaz se le escapó un profundo gruñido de la garganta.

—A mí tampoco me gusta. Nunca me ha gustado.

—Gloria no es tan mala —la defendió Membranas—. Es más lista de lo

que nos quiere hacer creer.

—La sobrevaloras porque fuiste tú quien la trajo aquí —lo acusó Desierto—. Es una vaga inútil, como el resto de su tribu.

—Y no es un Ala Celeste —añadió Rapaz—. Se supone que deberíamos tener un Ala Celeste.

Cieno deseó que Gloria no tuviera que oír todo aquello. Los guardianes nunca ocultaban sus sentimientos hacia ella y ella siempre actuaba como si no le importara. El dragonet deseó poder decirle que ella era tan importante e inteligente como cualquier Ala Celeste.

—Bueno... ¡nunca pensé que Oráculo vendría a verlos! —se defendió Membranas—. Después de que trajera el huevo de Nocturno, pensé que nunca más lo volveríamos a ver. Los Alas Nocturnas no tienen nada que ver con esta guerra.

«Así que es un Ala Nocturna. Lo que significa que será superpoderoso y misterioso y muy pagado de sí mismo». Eso era todo lo que Cieno podía recordar sobre los Alas Nocturnas. De hecho, deseó poder escuchar en ese momento una de las lecciones de Nocturno. La genialidad épica de los Alas Nocturnas era el tema favorito del dragonet negro.

—¿Han dicho los Garras qué es lo que quiere? —preguntó Rapaz.

—Bueno, es su profecía —contestó Membranas—. Supongo que quiere asegurarse de que se cumpla.

«Oráculo». Cieno notó una descarga que le recorrió todo el cuerpo, como el estallido de sorpresa y dolor que sentía cuando Desierto lo golpeaba con su cola llena de púas cada vez que no prestaba atención.

Oráculo era el Ala Nocturna que había vaticinado la profecía de los dragonets hacía diez años. Lo habían estudiado en clase de historia, pero era una de aquellas cosas que nunca era capaz de recordar. Quién había augurado la profecía nunca era tan importante como quién salía en ella.

Pero Oráculo podía ser más importante de lo que Cieno había creído nunca. Después de todo, estaba a punto de ir a verlos. Puede que incluso fuera él quien les mostrara al fin el mundo exterior. Quizá, después de todo, no tuvieran que escaparse.

Quizá todo estuviera a punto de cambiar.

CAPÍTULO 4

Cieno nunca se había llegado a creer la leyenda sobre los Alas Nocturnas. ¿Reservados dragones que podían leer la mente? ¿Un reino escondido que nadie era capaz de encontrar? Una reina misteriosa, el poder de ver el futuro, la forma en la que eran capaces de salir de entre las sombras con sus profecías destinadas a moldear de nuevo el mundo... todo aquello sonaba a cuentos de hadas. Era tan disparatado como que el mundo lo gobernaran los carroñeros en vez de los dragones.

Además, Cieno conocía a Nocturno y este era muchas cosas (molesto, bocazas, inteligente, demasiado serio...) pero no tenía ninguna clase de poder mágico y no daba, ni por asomo, ninguna clase de miedo.

Pero al día siguiente, cuando un dragón tan negro como el fondo de un agujero apareció entre las sombras de la entrada del túnel, todos los rumores sobre los Alas Nocturnas se atropellaron en la mente de Cieno, como las rocas de un muro al desmoronarse.

Oráculo era incluso más grande que Rapaz y cinco veces más terrorífico. Batió sus irregulares alas, parecidas a las de los murciélagos, y aterrizó ante los dragonets. Las escamas que tenía debajo de las alas eran plateadas y parecían un cielo plagado de estrellas. Nocturno también tenía las alas así, pero en Oráculo parecían brillar desde una gran distancia con un resplandor helado.

Daba la impresión de que, en cualquier momento, podría arrancarles la

cabeza uno a uno y comérselas de un simple bocado. También parecía que, por alguna razón, los odiaba. Algo que Cieno no se había esperado en absoluto. ¿Tan horribles y decepcionantes le parecían?

Puede que Oráculo estuviera leyéndoles la mente y supiera lo confusos que se sentían por la profecía. O puede que estuviera viendo el futuro y solo encontrara fracaso tras fracaso en ellos.

Cieno podía sentir a Sol temblando a su lado. Él se sentía igual. Petrificado en su sitio, sin poder moverse, como si estuvieran arrancándoles las escamas lentamente, una a una, mientras el gigante Ala Nocturna los estudiaba.

Por otro lado, Nocturno estaba más erguido de lo que Cieno lo había visto nunca. El dragonet siempre se quedaba petrificado en el sitio cuando tenía miedo. Era como si creyera que permaneciendo inmóvil podría desaparecer, fundirse con el paisaje, y que el peligro pasara de largo y lo dejara atrás.

Desde donde estaba, Cieno no podía ver a Gloria, pero supo el momento exacto en el que Oráculo la vio. El enorme dragón miró fijamente a la dragonet Ala Lluviosa durante lo que pareció una eternidad. Arrugó el hocico en una mueca de asco y dejó entrever su lengua bífida entre los dientes.

Cieno deseó tener las alas tan grandes como la cueva y así poder esconder a sus amigos de Oráculo bajo ellas. Deseó tener unas garras enormes como las estalagmitas y tan afiladas como las rocas que los rodeaban. Deseó ser lo suficientemente grande para ser valiente y lo suficientemente valiente para ser grande. Nunca había deseado nada tanto como poder defender a sus amigos en aquel momento del enorme, siseante, presuntuoso e inmensamente peligroso dragón.

De verdad esperaba, ¡no!... deseaba que Oráculo no estuviera leyéndole

la mente en aquel momento. «Piensa en vacas. Vacas bonitas. Deliciosas y gorditas vacas para cenar...».

Oráculo giró la cabeza lentamente para mirar a Rapaz. Levantó una larga garra y señaló a Gloria.

—¿Qué... es... ESO? —preguntó con una voz tan cargada de veneno que hubiera podido matar a veinte dragones en pleno vuelo.

Nocturno retrocedió un paso y Cieno al fin pudo ver a Gloria. Estaba sentada sobre sus cuartos traseros con la enorme cola enroscada entre las garras. Retazos de violeta y oro bañaban sus escamas. Solo un resquicio de naranja brillante alrededor de las plumas de las orejas revelaba que estaba enfadada. Lo único que veían quienes no la conocían lo suficiente era la serena mirada que Gloria le devolvía al Ala Nocturna.

—Sufrimos un pequeño accidente —contestó Rapaz—. Perdimos el huevo de Ala Celeste, así que tuvimos que conseguir otro en otro sitio...

—¿De los Alas Lluviosas? —la interrumpió Oráculo con rabia.

—Fue idea suya —murmuró Rapaz, señalando con la cola a Membranas —. ¡Él fue quien trajo su huevo aquí!

—Al menos tenemos cinco dragonets —se defendió Membranas—. Y eso es lo que importa.

Oráculo acercó el hocico a Gloria y desvió rápidamente los ojos hacia Sol, que dejó escapar un gritito y se encogió un poco más sobre sí misma.

—Yo diría más bien que cuatro y medio —gruñó—. ¿Y tú eres el Ala Arenosa? ¿Es que no comes? ¿Qué te ocurre?

Se produjo un horrible momento de silencio cuando Sol intentó esbozar una respuesta.

—Sí que come —soltó Tsunami—. Come lo suficiente. Tanto como cualquiera de nosotros.

—No es culpa suya ser así de pequeña —corroboró Nocturno, para

sorpresa de Cieno.

—Es una buena luchadora —dijo Cieno—. Y también lo es Gloria.

—Callaos —les ordenó Oráculo y el silencio se hizo entre ellos.

Su afilada y amenazadora mirada recayó en Cieno.

«PIENSA EN VACAS. NO SE TE OCURRA PENSAR EN NADA QUE NO SEAN VACAS. VACAS, VACAS, SABROSAS VACAS...».

El Ala Nocturna se giró para dirigirse a los tres guardianes.

—Algo se ha torcido mucho aquí.

—¡Sí! —explotó Tsunami—. Y yo te diré qué ha sido. ¡Nos tratan como a prisioneros! Nunca hemos estado fuera de estas cuevas. Ni una sola vez. Todo lo que sabemos sobre el mundo que se supone que tenemos que salvar es lo que hemos aprendido en los pergaminos. Se supone que somos los dragonets más importantes del mundo, pero ¡esos tres de ahí nos tratan como si fuéramos simples salamandras ciegas!

Cieno no se lo podía creer. ¿Acaso Tsunami no le tenía miedo a Oráculo?

—Tsunami, vigila esa lengua —la reprendió Desierto.

—No tengo por qué —gritó ella—. Por favor, déjanos salir... —le suplicó a Oráculo—. Llévanos contigo.

«Por favor, NO —pensó Cieno—. Quiero decir... piensa en vacas, bonitas y jugosas vacas...». Ahora que conocía a aquel Ala Nocturna, prefería quedarse atrapado en aquella cueva para siempre.

—¡Lagartija desagradecida! —gruñó Rapaz.

Sin previo aviso, Oráculo se lanzó al cuello de Tsunami y en sus dientes apareció un destello de un blanco puro y mortífero. «Es igual que un cielo nocturno cayendo sobre ti», pensó Cieno, y entonces descubrió que él también se estaba moviendo. Se lanzó sobre el enorme Ala Nocturna antes de que pudiera pensar en lo que estaba haciendo.

Hundió las garras en los pequeños huecos que habían entre las escamas

negras, buscando desesperadamente un sitio donde agarrarse, mientras intentaba equilibrarse con la cola. Al mirar hacia abajo, vio a Tsunami revolviéndose y cogiendo velocidad para pelear también contra Oráculo. Clavó sus garras azules en la nariz y el estómago del Ala Nocturna.

Cieno intentó con todas su fuerzas recordar sus clases de lucha. Se echó sobre la larga espalda del dragón negro, cogió impulso inclinando el cuello hacia atrás y lo mordió con todas sus fuerzas.

«Ay». Un dolor insoportable se le extendió por la mandíbula, justo antes de soltarle. Era imposible encontrar un punto débil en las escamas de aquel enorme dragón.

Oráculo se deshizo de Tsunami y sacudió el cuerpo con vehemencia. Cieno perdió agarre y salió volando por los aires. Aterrizó con un terrible estrépito y terminó con la mitad del cuerpo en el río.

Cuando consiguió ponerse en pie, vio a Tsunami y a Oráculo, uno frente al otro, adoptando sus posiciones de batalla. Oráculo dejó escapar un chirrido amenazador desde lo más profundo de la garganta. Retrocedió y movió la cola para dejarla a la vista. Colgando de ella, con los dientes firmemente clavados en el único punto vulnerable al final de la cola del Ala Nocturna, estaba Sol. Cieno deseó haber sido él quien se acordara de aquel punto débil que tenían todos los dragones, sin importar a qué tribu perteneciera.

—¡Ja! —murmuró Oráculo—. Eso sí que ha sido una sorpresa.

Cogió a Sol con las garras delanteras sin hacer ningún esfuerzo, como si no fuera más que una sanguijuela, y se la acercó al hocico.

—Esa de ahí servirá —dijo Oráculo señalando a Tsunami.

Ninguno de los dragones adultos se había movido cuando Oráculo había atacado a los dragonets. Gloria tampoco se había movido. Ni Nocturno.

Cieno se acercó a su compañero Ala Nocturna, que en ese momento

imitaba una estalagmita a la perfección. Nocturno bajó la cabeza, incapaz de mirar a Cieno a los ojos.

—Y ese también servirá —dijo refiriéndose a Cieno.

Rapaz gruñó.

¿El Ala Nocturna lo aprobaba? Cieno estaba confuso. No es que el ataque de Cieno hubiera servido de gran cosa. Incluso cuando estaba defendiendo a sus amigos parecía incapaz de exteriorizar la rabia que supuestamente llevaba dentro. Seguía siendo incapaz de dejar salir a su monstruo interior. ¿Acaso Oráculo no podía leer la mente de los guardianes y ver que todos pensaban que Cieno acabaría dejándolos en la estacada?

—Este... —Oráculo estudió a Sol de cerca. Observó su cola, que seguía siendo tan inofensiva como siempre, sus extrañas escamas doradas y sus ojos verde musgo— aún está por decidir.

—Seguimos al pie de la letra lo que decía la profecía —insistió Desierto —. Encontré su huevo solo, no en un nido, enterrado en el desierto. Tal y como decía la profecía.

Los guardianes nunca les habían contado dónde habían encontrado los huevos. Sol miró a Desierto esperanzada, pero el guardián se calló al ver la siniestra mirada de Oráculo.

—Y tú —dijo el Ala Nocturna dirigiéndose a Nocturno—. Asumiré que usaste tus poderes de Ala Nocturna para averiguar que no planeaba hacerle daño al Ala Marina. Puede que incluso hayas tenido una visión sobre mi visita. Sin duda ya debes de saber que voy a llevarte a otra de las cuevas para que podamos tener una conversación privada.

Cieno se encogió de hombros. Una «conversación privada» con Oráculo sonaba tan divertido como que le quemaran a uno las orejas. No envidió a Nocturno cuando vio cómo los dos Alas Noctunas se escabullían de la cueva. Oráculo se paró en la entrada y se giró para mirar a los guardianes.

—Ya hablaremos de ella luego —dijo.

No miró a Gloria, pero todos los demás sí. La dragonet enderezó las orejas y alzó el mentón, orgullosa, mientras los pasos de Oráculo se perdían en la distancia.

«¿Qué había querido decir con aquello?». Cieno estaba preocupado. ¿De qué se suponía que tenían que hablar?

—Estúpida Ala Marina —dijo Rapaz, para después cruzar la cueva y abofetear a Tsunami en el hocico—. ¡Quejándote ante el primer dragón desconocido que ves! ¡Intentando dejarnos mal a nosotros! ¡Quejándote de vuestra vida después de todo a lo que hemos renunciado por vosotros!

—Si tú también odias toda esta situación, ¿por qué no nos dejáis marchar? —contraatacó Tsunami.

—Todo esto es por vuestra seguridad —intervino Membranas. Su voz sonaba mucho más amable que la de Rapaz, pero por la furia con que golpeaba el suelo con su enorme cola verdeazulada, Cieno supo que estaba enfadado—. Esa es la razón por la que hacemos todo esto. Los Garras de la Paz necesitan que sobreviváis lo suficiente para cumplir la profecía. No tenéis ni idea de cuántos dragones desearían poder clavar sus garras en vuestros cuerpos de larvas.

—Ni de lo que os harían si os atraparan —rugió Desierto.

—Nuestro trabajo es manteneros con vida —siguió Rapaz—. De otra manera, yo misma os hubiera estrangulado hace mucho tiempo.

—Genial —dijo Tsunami—. Bueno, hemos gozado de una vida horrible. Muchas gracias.

Rapaz siseó, avisando que el fuego se avecinaba. Cieno agarró a Tsunami de la cola y, de un tirón, la arrojó al río.

—Os estamos agradecidos —dijo Sol saltando delante de Rapaz. Alzada sobre sus patas traseras, Sol no era ni la mitad de grande que su guardiana

—. Preferimos estar vivos a no estarlo, de verdad. Nos alegra que nos hayáis mantenido con vida.

—Vamos —dijo Membranas arrastrando a Rapaz y a Desierto hasta su cueva—. Tenemos que hablar.

—Ahora sí que quiere hablar —murmuró Rapaz mientras pasaba por encima de los trozos rotos de estalagmita.

Tsunami se sumergió en el río y buceó hasta el fondo del mismo envuelta en una corriente de furiosas burbujas. La cueva de pronto se quedó en silencio. Cieno y Sol intercambiaron una mirada y, luego, ambos miraron a Gloria.

La Ala Lluviosa estaba sentada en el mismo sitio en el que había estado todo este tiempo, con la cola aún descansando a sus pies. Bostezó. Cieno se preguntó cómo sería poder estar tan calmado. Era como si nada pudiera molestar a su compañera. Nada.

—¿Estás bien? —le preguntó Cieno, acercándose a ella y sentándose justo delante para observarla atentamente.

Sol se acercó por detrás y empezó a masajearle las alas violeta con sus pequeñas alas doradas.

—Claro que sí —contestó la dragonet—. Quiero decir... todos sabíamos que esto tenía que ocurrir. No es que los guardianes se hayan pasado toda la vida diciendo lo maravillosa que soy.

—Pero sí que lo eres —la intentó animar Cieno. Gloria lo observó con la cabeza ladeada—. Eres maravillosa —insistió—. Es solo que ellos no son capaces de ver...

—Ellos ven a una Ala Lluviosa —dijo Gloria, encogiéndose de hombros —. No me importa. Es culpa suya por traerme aquí.

—¿Por qué no luchaste contra Oráculo cuando nosotros lo hicimos? —le preguntó Sol—. Puede que así hubiera visto lo valiente y fuerte que eres.

—¿Por qué molestarme? Era obvio que era una prueba y yo ya la había suspendido de antemano.

Una explosión de escamas azul cielo se le empezó a extenderse por la espalda, comiéndose poco a poco los tonos violetas y dorados.

—Bueno, a nosotros no nos importa lo que diga esa estúpida profecía o lo que piense Oráculo —añadió Cieno con rotundidad—. Tú eres nuestra quinta dragonet. No queremos a nadie más.

Gloria le dedicó una mirada triste.

—Eso es muy dulce por tu parte —bostezó otra vez—. Voy a echarme una siesta.

—¿Ahora? —Sol parecía alarmada—. ¿Crees que eso es una buena idea?

Todos los días Gloria dormía un par de horas después del almuerzo, pero por alguna extraña razón, Cieno esperaba que se quedara despierta mientras Oráculo estuviera en la cueva. A él no le hubiera gustado que el gran dragón lo pillara durmiendo. Le echó un vistazo al túnel que conducía a la sala de estudio y se preguntó si el Ala Nocturna sería capaz de leerle la mente desde tan lejos.

—Estoy cansada —fue lo único que dijo Gloria—. Y, de todas maneras, todos piensan que soy una vaga. Nada de lo que haga cambiará esa idea.

Cieno sabía que Gloria no era ninguna vaga. Ella se esforzaba más que cualquiera en los entrenamientos y en el estudio de las guerras de los dragones, aunque ninguno de los dragones adultos se fijara jamás en ese detalle. Solo necesitaba una pequeña siesta durante el día. Algo que ver con los Alas Lluviosas, seguro. Aunque tampoco pareciera ayudar demasiado, pues Gloria solía estar tan irritable y cansada después de dormir como lo estaba antes de hacerlo.

—Despertadme si ocurre algo emocionante —dijo—, pero aseguraos de

que sea emocionante de verdad... no algo que solo Sol considerara emocionante.

Le dio a Sol un golpecito amistoso con el hocico y la Ala Arenosa intentó protestar.

—¡No creo que todo sea emocionante! —extendió sus alas—. El problema es que para vosotros hay muy pocas cosas emocionantes.

—Te lo diré de esta manera —le dijo Gloria—. Que haya llegado la hora de largarnos de aquí y cumplir la profecía: emocionante. Que tú cojas otro extraño cangrejo blanco del río: no emocionante. ¿Lo pillas?

Volvió a darle un golpecito a Sol, se desperezó moviendo la cola, ahora de un azul brillante, y se escabulló hasta su dormitorio.

Sol miró a Cieno.

—Lo sé —dijo el dragonet—. El cangrejo de la última vez era verdaderamente extraño.

—¿A que sí?

—No me habría importado que me hubieras despertado para verlo —añadió amablemente.

—Sí, bueno, lo sé. Y esa es la razón por la que fuiste tú quien se comió la mitad y no ninguno de los otros.

Se dirigió hacia su estalagmita favorita y empezó a escalarla, hundiendo las garras en los agujeros que configuraban la irregular forma.

Cieno trepó hasta situarse a su lado.

—Eh, Sol —la llamó—. ¿Nunca has pensado en escapar?

Frenó y clavó en él sus sorprendidos ojos verdes.

—¿Hablas de abandonar las cuevas? ¿Sin nuestros guardianes? No, no... No podríamos hacerlo. Tenemos que hacer lo que dice la profecía.

—¿Ah, sí? —preguntó—. Bueno, claro —agregó rápidamente, cuando ella estuvo a punto de soltarse de la estalagmita debido a la sorpresa—.

Pero ¿qué pasa si los Garras de la Paz no entienden la profecía tan bien como creemos? Puede que tengamos que salir de aquí y poner fin a la guerra nosotros mismos.

Sol llegó a lo más alto de la estalagmita y la rodeó con la cola, apoyándose sobre las patas traseras. Alcanzó una de las estalactitas que colgaban, afiladas, desde el techo de la cueva.

—No creo que sea una buena idea, Cieno. Si seguimos la profecía, todo se cumplirá.

Rozó con las garras la punta de la estalactita más cercana... pero seguía siendo demasiado pequeña para llegar hasta ella. Desistió y dejó escapar un suspiro frustrado.

Cieno observó el pálido brillo azul proveniente de la cueva de Gloria. «Sigue la profecía», repetían todos, pero él no podía dejar de pensar que una profecía de verdad habría incluido también a Gloria.

¿Y si la profecía estaba equivocada?

CAPÍTULO 5

Parecía que había pasado una eternidad cuando Nocturno reapareció por el pasillo principal, seguido de Oráculo. Por la cara de ambos, Cieno no hubiera sabido decir si su amigo le había contado la verdad al Ala Nocturna. ¿Habría confesado Nocturno que era incapaz de ver el futuro o de leer la mente? Solo era un dragonet normal y corriente, como el resto de ellos. En su lugar, ¿tendría Cieno el valor necesario para confesárselo a Oráculo?

El enorme dragón se adentró en la cueva de los guardianes sin dedicarle una sola mirada a Cieno ni a Sol. Nocturno los miró fijamente, para luego girarse y encaminarse a su dormitorio.

Cieno corrió tras él.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó—. ¿Qué te ha dicho?

—Se supone que no debo decir nada —le contestó muy serio, incómodo.

Se sentó en el centro de su cueva, plegó las alas a la espalda y empezó a ojear los pergaminos que tenía allí.

—Está aquí —le dijo Cieno, dándole un empujoncito a un grueso pergamino con letras plateadas que había llegado rodando hasta debajo del saliente donde él solía dormir.

Nocturno lo cogió con una garra, se lo colocó debajo del ala y lo llevó a su propio saliente. Se hizo un ovillo con la cola por encima de la nariz y empezó a leer.

—Caray... —le dijo Cieno—. ¿Tan mal ha ido?

Cuentos de los Alas Nocturnas era el pergamino favorito de Nocturno y era el que siempre leía cuando estaba enfadado o acababa de pelearse con alguno de los dragonets.

Nocturno sacudió la punta de la cola.

—Aún tengo mucho que aprender —murmuró.

—¡Pero si ya lo sabes todo! —insistió su amigo—. Debes de ser el dragonet más listo de Pirria. ¿Acaso Oráculo no ha podido verlo leyéndote la mente?

Nocturno no contestó.

—Pensaba que le gustabas —dijo Cieno—. Estoy seguro de que ha dicho que, siendo un Ala Nocturna, debes de ser un dragón maravilloso y noble.

Nocturno dejó escapar un largo suspiro cansado.

—Sí —soltó—. Eso ha sido exactamente lo que me ha dicho.

—Oh. Bien... eso es bueno, ¿no? ¿Te ha dicho cuándo obtendrás tus poderes?

Nocturno se removió inquieto en su saliente, doblando sin querer una de las esquinas del pergamino con sus enormes garras. Cieno nunca lo había visto tan enfadado como para dañar uno de sus preciosos pergaminos sin darse cuenta. Deseó poder decir algo útil, que ayudara a su amigo, pero no se le ocurrió nada.

—Al menos no eres un Ala Lluviosa —probó—. ¿Ha dicho Oráculo algo sobre Gloria?

Nocturno le hizo una mueca.

—No mucho. Ha dicho: «No te preocupes por el Ala Lluviosa. Yo me ocuparé de ella».

Cieno sintió un escalofrío que le recorrió desde las patas traseras hasta las orejas.

—¿Qué significa eso? ¿Qué pretende hacer?

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Nocturno, mientras volvía a hundir el hocico en el pergamino—. Puede que al final la manden para casa. Seguramente acabe siendo la que más suerte tenga de todos nosotros.

El miedo que sentía Cieno en aquellos momentos lo impulsaba a decir justo lo contrario. No podía imaginarse a los guardias liberando a Gloria sin más. No después de tantos años y tantos secretos.

—Tengo que espiarlos —fue lo que dijo, poniéndose en pie—. Tenemos que averiguar qué es lo que planean —añadió. Justo cuando estaba a punto de cruzar la puerta, se paró en seco y le dio una patada a una roca cercana —. ¡Oh, no! Si lo hago, Oráculo sabrá que estoy allí.

—Exacto —dijo Nocturno—. Oirá todas tus enormes y ruidosas preocupaciones.

—Tú no sabes si son enormes y ruidosas. Puede que sean pequeñas y muy silenciosas.

Nocturno soltó una risita, la primera muestra de felicidad que le había visto desde la llegada de Oráculo. A pesar de lo preocupado que Cieno estaba, aquello lo alegró.

—¿Qué estás haciendo? —La voz ansiosa de Sol resonó entre las paredes de roca del pasillo—. ¿Para qué es eso? —El ruido de las pesadas pisadas de dragón le llegó hasta los oídos, como si fuera un chirrido metálico—. ¡Parad! ¡Espera! ¡No tenéis por qué hacerlo!

Un ruido de salpicaduras.

Cieno corrió hacia la gran cueva, seguido de Nocturno. El dragonet frenó de golpe, horrorizado. Rapaz y Desierto estaban en la orilla del río, sosteniendo una enorme cadena de hierro entre las garras. Tras ellos, Oráculo estaba sujetando a Sol con la cola mientras la pequeña dragonet trataba desesperadamente de trepar por su espalda.

Membranas salió del río, arrastrando con él una bola de escamas azules que no paraba de retorcerse. Rapaz y Desierto pasaron la cadena alrededor del cuello de Tsunami y se la enrollaron en torno a una de las piernas. Los tres guardianes la llevaron hasta una de las columnas de roca que se elevaban hasta el techo. Desierto la encadenó a la columna con una vuelta doble, dejándole apenas a Tsunami espacio para que se moviera de un lado a otro. La dragonet no podía dar más de tres pasos sin que las cadenas se lo impidieran.

Rapaz derritió los extremos de la cadena con una llamarada de fuego. El metal se fundió dando lugar a una bola deforme.

Tsunami estaba atrapada.

—Puede que un tiempo alejada del río te enseñe a ser más agradecida por lo que tienes —gruñó Rapaz.

Todo ocurrió tan rápido, que Cieno no tuvo tiempo de entender qué es lo que estaba ocurriendo. Mucho menos tuvo tiempo de frenarlo antes de que fuera demasiado tarde. Cieno lanzó un gruñido de rabia y cargó contra sus guardianes.

—¡Soltadla!

Cogió la cadena, tiró con fuerza y masculló entre dientes al sentir un calor abrasador en las garras.

—Lo lamentaréis —chilló Tsunami. Tiró de la cadena que le rodeaba el cuello, pero solo consiguió que le apretara con más fuerza. Masculló entre dientes, frustrada, y dejó de ahogarse a sí misma—. Cuando seamos libres... cuando mi familia sepa todo esto... cuando el resto del mundo descubra cómo habéis tratado a los dragonets del destino...

—Todos esos sueños que tienes sobre una familia maravillosa... —se rio Rapaz—. A ellos no les importas. Cuando llegue la hora de cumplir con la

profecía, estarás viva y los Garras de la Paz dispondrán de ti. Eso es lo que importa.

—¿Por qué hacéis todo esto? —gritó Sol—. ¡Tsunami es la buena! ¡Es maravillosa! Si alguien puede salvar el mundo, es ella.

—De hecho, pequeña Ala Arenosa —susurró Oráculo—, el dragonet en el que deberías confiar es Nocturno —señaló con el hocico a Nocturno, que aún seguía inmóvil junto al dormitorio. Nocturno bajó la cabeza—. Los Alas Nocturnas son líderes naturales. Si hacéis lo que él diga, triunfaréis.

Cieno le dirigió una mirada a Nocturno y vio a Gloria bajo el arco del dormitorio. Oráculo siseó cuando la vio.

—Volveré mañana —informó a los guardianes—, para asegurarme de que os habéis encargado de todo.

—Lo entendemos —dijo Rapaz.

Ella y Desierto quitaron la roca de la entrada. Oráculo desapareció entre las sombras sin mirar una sola vez atrás.

—Esto es por tu propio bien —le dijo Membranas, parándose delante de Tsunami. Ella intentó arañarle con las zarpas, pero el guardián se apartó justo a tiempo—. Solo queremos que estéis a salvo. Puede que no sea la mejor manera de lograrlo, pero...

—Pero los dragonets no saben lo que es mejor para ellos —terminó Desierto por él cuando la roca volvió a estar en su lugar—. Os guste o no, nos necesitáis.

—Hoy habéis dejado mucho que desear —dijo Rapaz, que estaba más enfadada que de costumbre—. No habrá cena para ninguno de vosotros. Idos a la cama y no quiero oír ni un gruñido de ninguno de vosotros hasta mañana.

—¿Ah, sí? ¿Qué otra cosa podéis hacerme? —la retó Tsunami—. ¿Qué pasa si me da por cantar toda la noche? —empezó a vociferar con su tono

más desafinado—. «¡Ahí vienen los dragonets! ¡Vienen a salvarnos a todos! ¡Vienen a luchar, porque saben qué es lo correcto! ¡Vivan los dragonets!».

—Culpa tuya —acusó Desierto a Membranas—. Te dije que no les enseñaras esa horrible canción de taberna.

—¡AHÍ VIENEN LOS DRAGONETS! —gritó Tsunami más fuerte todavía.

—¡Tenemos más cadenas! —le gritó Rapaz directamente al oído—. Como tenga que obligarte a que te calles, te pondremos una en torno al hocico.

Tsunami calló, mirándola en silencio; luego tomó otra bocanada de aire y abrió la boca.

—O podríamos encadenar a cualquiera de tus amigos —ofreció Rapaz—. Puede que Cieno quiera pasarse la noche colgado de una estalactita para que goces de un poco de compañía.

Cieno se retorció nervioso, preguntándose si sería capaz de esconderse en algún sitio antes de que Rapaz pudiera alcanzarlo.

Tsunami cerró el hocico y se tumbó de espaldas a los dragones. Estaba furiosa y se le hincharon las agallas, pero no dijo nada.

—Mucho mejor —le dijo Rapaz, marchándose por el túnel hasta su habitación.

Sus escamas rojas brillaron por el reflejo de las llamas. Membranas la siguió dejando un reguero de agua con la cola.

Sol se subió a la cola de Desierto antes de que él también pudiera marcharse.

—Por favor, no la dejéis así —suplicó—. Sé que no sois tan malos.

Desierto se la sacudió de encima.

—Hacemos lo que tenemos que hacer —contestó el guardián antes de marcharse por donde lo habían hecho los otros.

En cuanto se fueron, Cieno intentó volver a soltar las cadenas de Tsunami, pero todo resultó inútil.

—Cieno, para —susurró Tsunami—. Ya sabes lo que tienes que hacer. ¡Vete, corre!

Cieno tembló, pensando en el agua helada que lo esperaba, pero Tsunami tenía razón. Por primera vez, espiar a los guardianes era de vital importancia.

Corrió hacia el río y se zambulló en él. A través del agua, mientras nadaba a contracorriente hacia el muro de piedra, pudo oír los débiles gimoteos de Sol. Sin las escamas de Tsunami que brillaban en la oscuridad, le costó más de lo habitual encontrar el agujero que comunicaba con la otra cueva. Pero al final notó un espacio abierto bajo las garras y se deslizó a través de él.

El corazón le martilleaba en el pecho cuando entró en la cueva. Lentamente se acercó a la superficie y sacó las orejas fuera del agua.

Aquello no era como la furiosa pelea que había escuchado la noche anterior. Esta vez, los tres grandes dragones estaban dando vueltas alrededor del fuego, susurrando. Ninguno de ellos miró ni una sola vez al río mientras Cieno se acercaba a ellos.

—¿Mañana cuándo? —preguntó Membranas.

Rapaz se acercó aún más al fuego y sus escamas refulgieron más que nunca.

—Volverá a mediodía. Para entonces, ya tiene que estar hecho. Oráculo no quiere volver a verla.

Cieno apretó las garras bajo el agua. Estaba seguro de que estaban hablando de Gloria.

—Pues yo no pienso hacerlo —dijo Membranas.

Desierto le dedicó una mirada gélida.

—Nadie confiaba en que lo hicieras.

—Aunque todo esto sea culpa tuya —añadió Rapaz.

—Aún creo que necesitamos a cinco dragonets —se defendió Membranas—. ¿Qué cree que va a hacer al respecto?

—Nos encontrará un Ala Celeste. Y esta vez uno que merezca la pena. No un sustituto colorido.

Todos guardaron silencio un momento, mirando fijamente el fuego.

—Entonces... ¿cómo y cuándo? —dijo Desierto, utilizando su tono militar—. Ahogarla sería lo más fácil.

Desierto miró a Membranas.

—Me uní a los Garras de la Paz para dejar de matar dragones —dijo Membranas—. No voy a discutir las órdenes de Oráculo, pero no seré yo quien se encargue del trabajo sucio.

—Entonces lo haré yo —sentenció Rapaz con una voz tensa—. Solo es una Ala Lluviosa, pero aun así puede que logre huir de ti.

Señaló con la cabeza el pie que le faltaba a Desierto y la gran cicatriz que le cruzaba el ala.

—¿Pero puedes hacerlo? —le preguntó su compañero—. ¿No se parece demasiado a...? Quiero decir, todos sabemos qué ocurrió.

—Eso fue totalmente diferente —gruñó Rapaz—. Gloria es solo una Ala Lluviosa. No me importa. Ni siquiera me gusta —concluyó.

Lanzó una bocanada de fuego a la hoguera y esta refulgió con fuerza.

—Si tan segura estás... —comenzó Membranas.

—Lo haré esta noche, mientras esté dormida —dijo la dragona—. Puedo entrar ahí y romperle el cuello antes de que los otros sepan lo que estoy haciendo. Más aún cuando la cabecilla del grupo está encadenada en la cueva principal. Tsunami es la única que podría detenerme.

Una oleada de horror sacudió a Cieno tan violentamente que tuvo miedo

de que alguno de los dragones viera las olas que estaba formando en el agua. Empezó a nadar lentamente hacia atrás, alejándose de allí, hasta que se quedó petrificado al oír su nombre.

—¿Y Cieno no? —preguntó Desierto—. Puede que al menos lo intente.

—Claro que lo hará —agregó Membranas—. Es más tonto que una piedra, pero es fiel a sus cuatro compañeros.

—No es normal toda esa lealtad en un dragón —fue la aportación de Desierto—. Especialmente con dragones que no son de tu tribu.

—Puedo con él —dijo Rapaz, sin vacilar—. Incluso si consigue enfadarse tanto como esperamos, no puede hacer nada para detenerme.

Cieno ya había oído suficiente. Se hundió un poco más en el fondo y nadó hasta el agujero del muro.

«¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer yo?».

«Apenas queda tiempo».

«¿Cómo la salvo?».

CAPÍTULO 6

—No es verdad —dijo Sol—. Ellos no serían capaces de hacer algo así.

—Claro que lo harían —dijo Tsunami—. Harían cualquier cosa, si lo creyeran necesario para que se cumpla la profecía.

Todos los dragonets miraron a Gloria, cuyas escamas se habían vuelto de un verde pálido. Hasta su perenne mirada despreocupada había desaparecido. Dio vueltas alrededor de la columna de Tsunami, arrastrando la cola.

—Pero no les dejaremos —soltó Cieno. El agua helada aún le caía de las escamas, empapando el suelo—. ¿Verdad, Tsunami? Se lo impediremos.

—No tenéis por qué meteros en esto —dijo Gloria—. Es problema mío, no vuestro.

—¿Y cómo se supone que vas a impedírselo? —le preguntó Tsunami a Cieno ignorándola deliberadamente—. Ni siquiera todos juntos sois rivales para Rapaz, más aún si Desierto está ayudándola. Y yo no puedo hacer nada.

Enseñó los dientes con un gruñido y tiró de las cadenas, haciéndose daño en el cuello.

—Nos largaremos de aquí —fue la respuesta del Ala Lodosa—. Tal y como tú querías. Te sacamos de ahí y nos vamos. Esta noche. Ahora mismo.

—¿Largarnos? —gimoteó Sol.

—En serio —dijo Glory. Destellos de escamas rojas le recorrieron el

cuerpo—. No tenéis por qué hacer nada. Yo soy la que no encaja aquí. Lucharé contra ella o... o ya se me ocurrirá algo.

—Por supuesto que tenemos que hacer algo —dijo Cieno, colérico.

—Si escapar fuera tan fácil, ya lo habríamos hecho —señaló Nocturno. Rodeó a Gloria y le dio un par de golpes con la cola a la roca que tapaba la entrada y la salida de aquella montaña—. Esta es la única salida y han conseguido encontrar la forma de que solo los adultos sean capaces de abrirla. Hay un mecanismo y...

—¿Un mecanismo?

Nocturno asintió.

—Ya sabéis que Desierto nunca sale de las cuevas porque no puede volar, ¿verdad? Él tiene una piedra que encaja en este hueco de aquí —lo señaló —. Lo gira para desbloquear algo y así pueden hacer que la roca ruede hacia un lado. Pero cuando Rapaz y Membranas vuelven, debe de haber una palanca o interruptor también al otro lado para que ellos la puedan abrir desde allí.

—Oh —dijo Cieno.

En ese momento, se sintió como un idiota por haber intentado tantas veces mover la roca él solo todos estos años. Ni siquiera se había dado cuenta de que Desierto desbloqueaba algo antes de moverla. Nunca se había parado a pensar en la piedra tan extraña que colgaba siempre del cuello del dragón de la arena.

—Entonces... ¿por qué no le robamos la piedra a Desierto? —sugirió Sol.

—Una idea horrible —arguyó Gloria inmediatamente.

—Nos pillarían enseguida —le explicó Nocturno a Sol más amablemente —. Sobre todo esta noche, cuando están sobre aviso por la vuelta de Oráculo.

—Bueno, ¿y qué me decís del agujero en...?

—¿Hay alguna forma de mover la roca sin la piedra? —la interrumpió Tsunami.

Nocturno negó con la cabeza.

—Solo desde fuera. Desde aquí es imposible. Créeme, ya lo he pensado.

—Quizás el agujero... —repitió Sol.

—¿Y no podríamos abrirla por la fuerza? —le preguntó Cieno a Nocturno—. Podríamos empujar todos a la vez muy fuerte.

Nocturno volvió a negar con la cabeza, mientras Gloria decía:

—Es muy amable por vuestra parte, chicos, pero no deberíais meteros en problemas por mi culpa. Le caéis bien a Oráculo. Dejad que yo me ocupe de esto.

—Para —la regañó el Ala Marina—. Que te hagas la mártir no nos ayudará en nada ahora mismo.

Gloria se enfureció.

—No estoy haciéndome la mártir. Solo intento asegurarme de que nadie muere por mi culpa.

—Entonces —le contestó Tsunami—, no importa si eres tú la que mueres por nada.

—No importa. Yo ni siquiera salgo en la profecía, así que, ¿qué importa lo que me pase?

—Te juro que te mataré yo misma —gruñó Tsunami.

—Gloria, lo que Tsunami intenta decirte es que a nosotros sí nos importas —intervino Cieno—. Solo que es demasiado amable para decírtelo.

—Chicos... ¿Y qué pasa con el agujero del cielo? —soltó Sol de sopetón, aprovechando la pequeña pausa en la conversación—. ¿En la cueva de estudio? ¿No podríamos volar y salir por allí?

—Sol, no seas ridícula —empezó Tsunami.

—Es demasiado pequeño —le explicó Nocturno—. Es imposible que quepamos... Y, mucho menos, Cieno.

—Pero puede que yo sí —respondió Sol—. Puedo volar hasta allí y luego venir y abrir la roca desde el otro lado, tal y como Nocturno nos ha explicado, ¿verdad? Así podríais salir todos de aquí.

Cieno le acarició el ala y la rodeó con la cola. Sol jamás había pensado en escaparse hasta aquel momento y ahí estaba, presentándose voluntaria para la parte más peligrosa del plan sin dudarlo un momento.

—No funcionará —la cortó Nocturno—. Lo siento, Sol. Volé hasta el agujero cuando nadie estaba mirando.

—Yo también —dijo Tsunami.

—Y yo —afirmó Gloria.

Cieno se sintió como un tonto. Había estado sentado muchas veces bajo el agujero viendo las estrellas, las nubes o la lluvia, pero nunca se le había ocurrido volar hasta allí e intentar salir. Aparentemente, los otros dragonets llevaban mucho más tiempo que él pensando en la huida.

—El agujero es más pequeño de lo que piensas —le dijo Nocturno—. Apenas me entra la cabeza... no podemos escapar por ahí.

—Los guardianes no habrían permitido que existiera si pudiéramos escapar por ahí tan fácilmente. —Gloria se acercó a Tsunami—. Son muy cuidadosos. No hay forma de escapar.

—Debe de haberla —dijo Cieno, desesperado.

Se les estaba agotando el tiempo. Rapaz podía llegar en cualquier momento dispuesta a matar a Gloria y no le importaría que los demás la vieran haciéndolo.

Tsunami estaba dándole vueltas a algo. Lo miró como si quisiera decirle algo, pero en el último momento se arrepintió y se quedó callada.

—¿Y si intentamos hablar con ellos? —se ofreció Sol, no muy segura de

lo que decía—. Quizá podamos convencerlos de que la dejen ir.

Gloria soltó un bufido. Nadie contestó y Sol suspiró, plegando las alas a la espalda.

—Tú tienes una idea —le dijo Cieno al Ala Marina—. Lo sé. Se te nota en la cara. Llevas una eternidad pensando en escapar.

Tsunami hundió las zarpas en las cadenas.

—Es demasiado peligroso —dijo—. Se supone que debo hacerlo yo.

Siguió la mirada de su amiga y reparó en que esta no paraba de lanzar miradas furtivas al río.

El río.

Solo lo habían explorado corriente arriba, hacia la cueva de los guardianes. La corriente del río seguía desde la cueva principal hasta la sala de entrenamiento y de ahí a... Cieno no tenía la menor idea. El techo de la cueva de batalla se estrechaba y se hacía cada vez más pequeño hasta que el río desaparecía. Cieno nunca había explorado aquella parte bajo el agua. Nunca se había preguntado hacia dónde fluía el río.

Pero Tsunami sí que lo había hecho.

—¿Sabes dónde desemboca el río? —le preguntó.

—No... Es decir, he visto el agujero en el muro, pero es más pequeño incluso que el de la cueva de los guardianes —dijo—. Nunca lo he cruzado por miedo a quedarme atrapada al otro lado, pero el río tiene que acabar en algún sitio.

—¿Podemos salir por ahí? —preguntó.

—Todos no —dijo ella—. Solo yo.

—Y yo.

Sacudió la cabeza.

—Cieno, no. No tenemos ni idea de lo que hay al otro lado y solo puedes aguantar la respiración una hora. Podrías quedarte atrapado sin aire y morir

ahogado. Ni tampoco puedes ver en la oscuridad como yo. Estarías nadando a ciegas vete tú a saber dónde. Tiene que ser un Ala Marina el que se adentre ahí. Tengo que ser yo.

—Imagínate que consigues liberarte —preguntó Nocturno—. ¿Cómo nos encontrarías de nuevo? ¿Cómo volverías hasta esta cueva desde fuera?

—El agujero del cielo —dijo Cieno, que al fin podía aportar alguna idea propia—. Tenéis que encender un fuego en la cueva de estudio y yo me guiaré por el humo. Así sabré que la entrada está cerca y, cuando la encuentre, podré abrir la roca y vosotros podréis salir.

Los ojos de Gloria brillaron con malicia.

—Yo conozco unos cuantos pergaminos que podemos quemar.

Cieno se rio por la cara de sorpresa y dolor que se le había quedado a Nocturno.

—Sí, yo también —bromeó—. Lanza *Las cualidades babosiles de los Alas Lodosas* al fuego y acuérdate de mí.

—Dejad de bromear con algo así —gritó Tsunami—. Cieno, no puedes ir allí y punto final. Hay demasiadas posibilidades de que no lo consigas.

—Pero si no lo hago, Gloria morirá. No hay otra alternativa.

Tsunami gruñó y volvió a tirar con todas sus fuerzas de las cadenas que la apresaban. Los eslabones le presionaron las escamas del cuello y un ataque de tos la obligó a cejar en su intento.

—Espera... no verás el humo hasta que sea de día. —Sol sonaba preocupada—. ¿No se supone que Rapaz vendrá a por Gloria antes?

Las esperanzas de Cieno se disiparon como el humo en el viento. No había pensado en eso. Puede que no consiguiera llegar a tiempo... que todo lo que hiciera al final resultara en vano.

Entonces Gloria sonrió y sus escamas se volvieron de un bonito y cálido rosa palo.

—Sé qué podemos hacer —dijo—. Lo haremos siguiendo el método Nocturno.

—¿Actuar como un carcamal y rezar para que nadie se dé cuenta? —dijo Tsunami, en un tono cargado de sarcasmo.

—¡Eh!

—Exacto —dijo Gloria, tumbándose en el suelo.

Despacio, como si la roca se la estuviera comiendo viva, sus escamas empezaron a teñirse de tonos grises, marrones y negros. Todos sus hermosos colores habían desaparecido. Las sombras y peñascos que había tras ella se veían a la perfección, como si los dragonets estuvieran mirando a través de su amiga. Gloria cerró los ojos y desapareció.

—Caray... —Sol estaba maravillada—. Sí, claro, sabía que tú podías... pero nunca imaginé que... nunca vi...

—Los guardianes no saben que puedo hacer esto. —Todos se sobresaltaron cuando la voz de Gloria les llegó desde lo alto de una estalagmita—. Supongo que, después de todo, va a ser bueno que nunca hayamos estudiado a los Alas Lluviosas. Encontraré un rincón y me esconderé allí. Ni siquiera tienes que intentar lo del río, Cieno. Puedo quedarme así todo el tiempo que sea necesario.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó Nocturno—. ¿Hasta que te mueras de hambre o alguno de ellos te encuentre por casualidad?

—Tsunami tenía razón —aportó Cieno—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Sol le dedicó a Tsunami una mirada triste.

—¿Por qué nadie me lo había dicho? —preguntó, pero nadie fue capaz de contestarle.

—Vale —Gloria suspiró. Sus ojos verdes volvieron a aparecer en mitad de la cueva. Miraba directamente a Cieno—. Haz lo que te dé la gana

siempre y cuando no lo hagas solo por mí. Me quitaré de en medio hasta que Cieno vuelva a por nosotros.

Cieno sintió que eran sus propias escamas las que ahora debían de estar volviéndose de color rosa. Gloria confiaba en él. Lo creía capaz de hacerlo.

Cieno podía salvarla. Podía salvarlos a todos.

Lo único que tenía que hacer era sobrevivir primero a aquel río.

CAPÍTULO 7

—Odio todo esto —susurró Tsunami con suavidad—. Lo odio mucho.

Batió las alas contra las cadenas que la tenían presa.

—A mí no es que me guste demasiado —le contestó Gloria.

—Shhhhh —las regañó Nocturno desde la orilla del río.

Cieno estaba junto a él, esperando, tiritando por culpa del agua helada que le bañaba las garras. Deseó poder llevarse el fuego con él bajo el agua. Ojalá supiera en qué se estaba metiendo y deseó con todas sus fuerzas no tener que hacerlo él solo. Pero sabía que tenía que hacerlo.

Miró al rincón de la cueva por donde Gloria había desaparecido.

—¿Estamos seguros de que esta es nuestra única oportunidad? —preguntó Sol, golpeando el agua del río con su cola—. Estoy segura de que puedo pensar más cosas, solo necesito un poco de tiempo.

—Sigue la corriente —le dijo Nocturno a Cieno—. No salgas del río. Si desemboca en algún sitio fuera de estas cuevas, la corriente debería llevarte hasta allí.

«Debería», pensó Cieno.

—Párate y descansa cada vez que encuentres un sitio para respirar —siguió su amigo—. Si no encuentras ningún sitio, no te dejes llevar por el pánico o te quedarás sin aire mucho más rápidamente.

Cieno ya sentía que se estaba dejando llevar por el pánico. Cuando

pensaba en lanzarse a un río, a oscuras y sin saber si habría aire esperándolo al otro lado, el terror le paralizaba el cuerpo.

Sintió la caricia de unas alas muy próximas a las suyas y se giró. El río seguía su curso alrededor de la forma borrosa del cuerpo de Gloria.

—Ve a esconderte —susurró.

—Gracias, Cieno —dijo ella en voz baja—. Nunca admitiré haberlo dicho, pero... quiero que sepáis que no habría conseguido sobrevivir estos seis años sin vosotros.

—Lo mismo digo —respondió Cieno, mientras pensaba en lo horrible que habría sido crecer bajo aquella montaña sin Gloria, Nocturno, Sol o Tsunami.

—Y yo —se sumó Nocturno.

Sol asintió, entrelazó su cola con la de Gloria y acarició la garra de Cieno con la suya.

—Buena suerte —le deseó la Ala Lluviosa, saliendo del río y desvaneciéndose de nuevo en las sombras.

—Ten mucho, mucho cuidado, Cieno —lo advirtió Tsunami. Las cadenas le presionaron las piernas y el cuello cuando intentó acercarse—. Vuelve si tienes que hacerlo. No sigas adelante si es demasiado peligroso.

—Ni se te ocurra morirte —agregó Sol, abrazándolo con fuerza.

—Vosotros también tened cuidado —fue lo único que dijo Cieno. Respiró hondo un par de veces—. Estaré ahí detrás, quitando esa estúpida roca, antes de que os deis cuenta.

No podía posponerlo más. Asintió a sus amigos y se zambulló en el río.

Nadar lo ayudó a entrar un poco en calor, pero aún tenía las escamas congeladas cuando consiguió alcanzar el túnel que llevaba a la cueva de entrenamiento. Nadó hasta el muro más alejado, donde la roca se hundía en

el agua. Flotó un momento, consciente de que la corriente intentaba arrastrarlo. Momentos después, cogió aire y se hundió.

Gracias al ligero resplandor de las antorchas que podían apreciarse más arriba, le resultó fácil distinguir la parte del muro que era más oscura que el resto. Tsunami tenía razón, aquel agujero era mucho más pequeño que el de la cueva de los guardianes. Bueno, era más estrecho, pero también más profundo, bastante parecido a la boca de un dragón y con afilados salientes en la roca que se asemejaban bastante a los dientes. Lo único que veía al otro lado era la más absoluta oscuridad.

Cieno metió un brazo por el agujero y no sintió nada salvo el vacío. El agua oscura lo rodeaba por todas partes.

Volvió a salir a la superficie y tomó la bocanada de aire más larga y profunda que había tomado en su vida, con la esperanza de que no fuera la última. El agua volvió a engullirlo en una especie de horrible final.

Intentó ahuyentar ese pensamiento de su mente.

Con un par de brazadas, volvió al agujero y se agarró a las rocas que había a cada lado para impulsarse. Replegó las alas, dejándolas lo más pegadas al cuerpo que pudo, y metió la cabeza por el hueco. Primero la cabeza, luego los hombros y entonces, cuando los dientes de piedra le arañaron las alas, notó un intenso dolor. Encontró un saliente de roca con las garras delanteras, lo tanteó y lo usó para impulsarse.

Sintió cómo los hombros pasaban y se liberaban, justo antes de que las caderas se le quedaran atascadas. Luchó desesperadamente con las garras traseras por encontrar algo a lo que agarrarse. Intentó todo lo que se le ocurrió que, en aquel estado, tampoco fue demasiado. Se retorció cuanto pudo, recordando las instrucciones de Nocturno. No te dejes llevar por el pánico. Nada de pánico. Pánico no...

Se relajó tan de repente, que tuvo que recurrir a las alas para recuperar el

equilibrio. Al hacerlo, notó el roce de la piedra en la punta de las alas, a ambos lados. Con cuidado, consiguió liberarse y salir de nuevo a las aguas oscuras.

Estaba rodeado de roca por todas partes. Allí, el río era estrecho y la corriente muy fuerte. Lo arrastraba, a pesar de que ni siquiera estaba intentando nadar. Estaba oscuro como boca de lobo.

Intentó nadar para alcanzar la superficie, pero chocó con la cabeza contra el techo de roca de la cueva. Allí no había ni una pizca de aire que pudiera utilizar, solo un canal bastante estrecho ocupado en su totalidad por el agua del río. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera espacio necesario para girarse si quisiera darse la vuelta.

«Pero yo no quiero darme la vuelta. No puedo volver».

Cieno se obligó a sí mismo a nadar, moviendo las patas traseras y las alas todo lo que aquel minúsculo espacio le permitía. Se le metió agua en las orejas, como si el agua quisiera reírse de todos sus esfuerzos. El corazón le latía con una fuerza que jamás antes había notado.

No sabía cuánto tiempo había estado nadando en aquel oscuro túnel, pero después de un rato empezó a dolerle el pecho. Nunca había intentado aguantar la respiración una hora entera. Los dragonets creían que podía hacerlo solo porque era lo que decía en uno de los pergaminos sobre los Alas Lodosas. ¿Y si necesitaba entrenarse para lograrlo? ¿Y si solo los Alas Lodosas adultos podían hacerlo? ¿Y si sus pulmones eran aún demasiado pequeños?

¿Y si moría ahogado allí abajo, solo, sin que sus amigos supieran jamás lo que le había ocurrido? Rapaz mataría a Gloria y él se convertiría en el dragonet más inútil de toda Pirria.

«No me dejaré llevar por el pánico».

Cieno intentó subir a la superficie por centésima vez, apretando la

mandíbula. A terco no le ganaba nadie, eso estaba claro. Pero lo único que seguía encontrando era roca mojada, nada de aire. Pero... parecía que le roca se inclinaba hacia arriba. ¿Estaría en lo cierto? Estiró las alas y empezó a nadar más rápido.

El canal se estaba agrandando, de eso no cabía duda. Ya no podía tocar los muros con las alas. De repente, el techo de roca sobre su cabeza también desapareció. Era como si hubiera ido a parar a una poza muy ancha.

Cieno batió las alas, subiendo cada vez más por las oscuras aguas, impulsándose con la cola para avanzar con más rapidez. Estaba más profundo de lo que se había imaginado, demasiado lejos de la superficie.

Pero... ¿acaso eso que veía por encima de su cabeza eran estrellas? Casi se tragó una bocanada de aire por culpa de la emoción. ¿Era posible que ya hubiera salido de la montaña? Algo brillaba sobre su cabeza. Podía ver pequeñas motas de luz, como el cielo nocturno que se veía desde el agujero en el techo de la cueva de estudio.

Finalmente, asomó la cabeza fuera del agua. Cieno gritó de alegría cuando tomó varias bocanadas y agradeció, como nunca antes lo había agradecido, el aire que en ese momento le llenaba los pulmones.

Pero su voz volvió a él gracias al eco. Ese aire no olía a cielo ni tampoco oía nada que no fuera la quietud de la roca o sus gritos desvaneciéndose a lo lejos.

Flotó sobre la superficie de la poza. La corriente seguía moviéndose bajo sus pies. Todo era oscuridad a su alrededor, excepto las lucecitas que brillaban sobre su cabeza.

Gusanos de luz.

Aún seguía bajo la montaña, en una cueva llena de miles de gusanos de luz.

Aquellos espeluznantes y pequeños insectos brillaban con una luz verde.

Unos tirabuzones brillantes colgaban de algunos ellos, como una cortina de estrellas sobre él que se reflejaba en el agua de la poza. En aquella débil luz, Cieno vislumbró el arco que formaba el techo de la cueva.

No había llegado al exterior, pero al menos ahora podía respirar algo de aire. Siguió el consejo de Nocturno y descansó todo lo que se atrevió. El agua estaba tan fría que ya no sentía la punta de la cola ni los extremos de las alas. Intentó soltar una bocanada de fuego, pero tenía el pecho tan helado que apenas expulsó una pequeña llama. Aquello le hizo volver a sumergirse enseguida en el agua.

Durante un momento de angustia, pensó que había perdido la corriente. No tenía ni idea de por dónde había llegado. Ni siquiera sabía si el río salía de aquella cueva. ¿Y si aquella poza gigantesca era el final? ¿Sería capaz de dar marcha a atrás, nadando contra aquella infernal corriente, y volver con sus amigos?

Entonces se dio cuenta de que, cuando se dejaba flotar, había algo que lo impulsaba hacia un lado. Era débil, pero la corriente seguía allí. Extendió las alas y se relajó, dejándose arrastrar como una hoja seca hasta estar seguro de la dirección que seguía.

En el lado opuesto de la cueva, bajo la escasa luz de los gusanos, encontró un pequeño túnel por donde el río salía de aquella poza. El techo seguía muy lejos. Aún podría nadar y respirar un poco más.

Cieno batió las alas para impulsarse con fuerza por el agua. Aquella situación era al mismo tiempo espeluznante y relajante, con todos aquellos gusanos estrella brillando sobre su cabeza como un millón de ojos. Aun así era bastante mejor que la roca desnuda, que solo le ofrecía un montón de oscuridad y ni una pizca de aire.

Después de un rato, la corriente empezó a ganar fuerza. Las alas de Cieno chocaron contra la pared de roca y un montón de piedras sueltas cayeron al

río. Los gusanos de luz eran cada vez más escasos y estaban cada vez más alejados entre sí. Tuvo la sensación de que la oscuridad le aplastaba tal y como había hecho Rapaz en los entrenamientos.

Entonces escuchó un rugido.

Aguzó el oído. ¿Habían sido dragones? Su primer pensamiento fue que estaba escuchando a Rapaz, rugiendo por la furia que sin duda habría sentido al descubrir que había perdido a Cieno y a Gloria. Pero luego cayó en la cuenta de que estaba demasiado lejos para escuchar nada parecido.

Entonces empezó a preocuparse. ¿Qué haría Rapaz cuando se diera cuenta de que faltaban Cieno y Gloria? ¿Castigaría a los otros... especialmente a Tsunami, encadenada y sin ninguna posibilidad de plantarle cara?

Estaba tan distraído preocupándose por sus amigos que tardó más de lo previsto en darse cuenta de que el rugido se escuchaba cada vez más cerca. De repente, chocó contra una roca que sobresalía del río. Retorciéndose de dolor, Cieno salió a la superficie, tratando de encontrar algo a lo que agarrarse.

Chocó contra otra roca, perdió el equilibrio y chocó contra otra más. El río corría con tanta fuerza que no era capaz de frenar y recuperar un poco el aliento ni el control. Estaba siendo arrastrado hasta el rugido a toda velocidad.

Con una fuerte sacudida, se golpeó contra una piedra y trató de aferrarse a ella con todas las garras. El agua fluía a su alrededor, lo arañaba y le tiraba de la cola y de las alas con dedos helados. Cieno luchó con garras y dientes para salir del río hasta que, finalmente, estuvo de pie, jadeando sobre la roca desnuda.

Movió la cola a su alrededor, intentando adivinar el tamaño de la roca en la que se encontraba. Era grande... más de lo que él pudiera adivinar

simplemente tocando. Retrocedió con cuidado hasta que estuvo seguro de que estaba en la orilla del río. A su lado, una pendiente de roca sobresalía del agua.

Notó una pequeña corriente que burbujeaba bajo la pendiente y se unía a la corriente principal, junto a sus garras. Cieno dejó caer la cabeza, cansado, tratando de pensar. Ahora que estaba fuera del agua, el frío empezaba a calarle muy hondo y se le metía en todos y cada uno de sus huesos.

Tosió, esperando poder convocar una llama, pero fue inútil. Algunos dragones eran capaces de expulsar fuego siempre... los Alas Celestes y los Alas Nocturnas por ejemplo. Ni los Alas Marinas ni los Alas Heladas podrían respirar fuego jamás. Pero otros, como los Alas Lodosas, necesitaban cumplir una serie de requisitos y presentar unas condiciones específicas... calor por ejemplo.

Al recordar todas las veces que había fracasado a la hora de intentar echar fuego, a Cieno le pareció oír la odiosa voz de Rapaz siseando lo decepcionante que era. «Esta vez no —pensó—. Voy a conseguirlo».

Podía imaginarse qué era aquel rugido, aunque nunca hubiera visto una cascada. Y la verdad era que no quería tener que toparse con una de ellas en la más completa oscuridad. Incluso aunque pudiera volar, a oscuras, acabaría chocando con algo y cayendo.

Pero... no podía dejar el río atrás, ¿verdad?

Hundió una de las garras en la pequeña corriente que bajaba de la pendiente y se sorprendió al encontrarla más caliente que la del río. ¿De dónde venía? De arriba... y seguramente arriba significaba más cerca de la superficie y del mundo exterior.

Olfateó el aire, esperando captar algún olor procedente del exterior. Pero a lo único que olía era a huevos podridos.

Apretó las mandíbulas. La corriente tenía que llegar hasta algún sitio.

Algún sitio lejos de la cascada. Cieno extendió las alas para rozar los muros de la cueva y se acercó sigilosamente a la corriente, resbalándose varias veces sobre la roca.

Enseguida notó un saliente sobre su cabeza. Trepó a él y cayó a una poza mucho más profunda. El olor a huevos podridos se hizo mucho más intenso. Intentó vadear la poza y el agua se le enroscó entre las patas. De repente, sintió un dolor punzante en las escamas más suaves de su estómago. Con un siseo volvió a subirse al saliente.

Sus alas chocaron contra algo puntiagudo sobre su cabeza y notó en los tendones el mismo dolor que había sentido antes en el estómago. Plegó las alas hacia el cuerpo, rápidamente, pero la sensación pegajosa persistió y se le pegó a las escamas, como si se trataran de enormes y asquerosas sanguijuelas. Era como notar el veneno del aguijón de la cola de Desierto en mil sitios distintos, como si le estuviera disolviendo la piel desde dentro hacia fuera.

Cieno gritó de agonía y trató de dar marcha atrás para hundirse en el río. Pero ya no sentía la corriente bajo las garras. Lo único que hacía era moverse a ciegas sobre una roca. Lo único en lo que podía pensar era en escapar del dolor. Impulsado por un sentimiento indescifrable, se lanzó hacia la cascada.

Chocó contra algo con la cabeza y cayó sobre el suelo de la cueva.

Mientras notaba cómo perdía el conocimiento, solo podía pensar en una cosa: «Les he fallado a todos».

CAPÍTULO 8

Cieno se despertó cuando un chorro de agua congelada le cayó sobre la cara. Jadeó, dándose cuenta de que aún tenía el resto del cuerpo sumergido en el río. Unas garras fuertes le agarraban de los hombros y lo hundían en el agua.

Se revolvió, aterrado, y la corriente casi lo arrastró. El otro dragón volvió a sacarle la cabeza del agua y gritó:

—¡Deja de moverte! ¡Estoy salvándote la vida!

Cieno se calmó y dejó que lo sumergieran de nuevo. Notó cómo el veneno abandonaba sus escamas, aunque el dolor seguía allí. Una vez desaparecido el pánico, la memoria hizo acto de presencia. Volvió a salir a la superficie.

—¡Tsunami! —gritó.

Movió las alas e intentó abrazarla en la oscuridad. La dragonet le hundió las garras en la espalda.

—¡En serio, Cieno, deja de moverte! —Hundió la cola del Ala Lodosa en el agua, junto a a la suya—. No sé qué es esto blanco, pero huele que apesta y creo que intenta disolverte las escamas. Quédate en el agua hasta que desaparezca.

Le acercó las garras hasta el saliente de la roca y lo ayudó a quedarse colgando contra la fiera corriente mientras ella le echaba agua sobre la cabeza. Cieno entrecerró los ojos, intentando distinguir a su amiga o, al

menos, a la sombra oscura que se suponía que debía ser ella. Se sobresaltó cuando notó sus escamas frías contra las suyas. Tsunami estaba allí, con él.

—¿Cómo has conseguido liberarte? —preguntó entre dientes, mientras tiritaba. Tenían que gritar para hacerse oír por encima del ruido de la cascada.

—Fuego —contestó escuetamente Tsunami—. Me di cuenta de que, si las llamas de Rapaz podían unir las cadenas, quizá más fuego podría romperlas. Ella sabía que yo no podía hacerlo y, como siempre, debía de pensar que no nos ayudaríamos entre nosotros, porque esa no es «la naturaleza de los dragones» o como se diga. Sol y Nocturno tuvieron que unir sus fuegos para alcanzar el calor necesario, pero al final las rompieron. Entonces me lancé a por ti.

Cieno apoyó la cabeza sobre las garras de su amiga y descansó. Tenía la sensación de que sus escamas cantaban arias de dolor mientras el agua trataba de borrar toda aquella sustancia blanca que lo rodeaba.

—Bueno —dijo—, como puedes ver... me ha ido muy bien. Estaba a punto de salvaros la vida.

—Lo hubieras hecho —agregó Tsunami—. Estoy segura de que te hubieras despertado y habrías llegado rápidamente al río.

Cieno batió una de sus alas contra ella. No sabía si hubiera llegado a conseguirlo él solo, pero no estaba dispuesto a agregar «llorica» a su lista de defectos.

—¿Viste los gusanos de luz? —le preguntó—. Bastante chulos, ¿verdad?

—Pff... yo lo puedo ser más.

Tras un momento en silencio, las escamas de Tsunami empezaron a brillar. Alas, cola... Incluso el hocico le brilló en la oscuridad.

La cueva empezó a tomar forma lentamente a su alrededor. En toda su vida, Cieno nunca se había alegrado tanto de ver algo.

—Gracias —dijo—. Me parece bastante injusto. Vosotros podéis ver en la oscuridad... somos el resto de nosotros los que *necesitamos* escamas que brillen en la oscuridad.

Tsunami bajó la cabeza en un gesto avergonzado.

—Bueno, se supone que no son para ayudarnos a ver —dijo.

Cieno movió las piernas y la cola bajo el agua. El pringue por fin había abandonado sus escamas, pero el picor seguía allí, perenne, formando un extraño dúo con la rigidez muscular que le había provocado el agua helada.

—¿De verdad? —contestó, intentando olvidarse del dolor—. ¿Entonces por qué brilláis?

—Bueno, para...

Nunca en su vida había visto a Tsunami tartamudear de aquella manera. Ahora sí que sentía curiosidad.

—Suéltalo —le dijo, salpicándola con el agua.

—Sabes que estás haciendo lo que haces siempre, ¿verdad? —le dijo ella —. Hablar sobre algo ridículo para no tener que enfrentarte a lo serio de verdad.

—¡Yo no hago eso! —protestó el dragonet—. Eres tú quien está intentando desviar la pregunta.

—¡Vale! ¡Está bien! —dijo con una mueca—. Brillar en la oscuridad... Membranas dice que es para atraer a otros Alas Marinas. Así es como elegimos a nuestras parejas o algo así —añadió, para después hundirle la cabeza de nuevo en el agua. El dragonet no podía parar de toser en busca de aire—. ¿A que ahora te arrepientes de haberlo preguntado?

Sí que se arrepentía, un poquito al menos. La idea de que Tsunami los abandonara por otro Ala Marina con escamas brillantes molonas lo ponía triste.

—Así que no podemos ir por las rocas de ahí arriba —comentó—. ¿Qué

podemos hacer con la cascada?

Cieno esperaba que no le preguntara si las escamas aún le dolían. Quería ser el dragonet duro y fiero que todos esperaban de él. Aguantaría aquel dolor hasta que desapareciera por sí mismo.

Ella sonrió.

—¡Saltaremos desde ella! —dijo—. ¿Cuánto medirá?

—¿Y cuántas rocas afiladas nos encontraremos en el fondo? —añadió en tono lúgubre el dragonet—. Me gustaría verla primero, por favor. Si voy a saltar, quiero ver hacia dónde lo hago.

—Está bien. Vamos a investigar un poco.

Lo soltó y, luego, ella misma saltó al agua. La corriente la arrastró lejos de Cieno y el dragonet tuvo que soltarse rápidamente de la roca para seguirla, antes de que las luces de sus escamas desaparecieran.

—¡Tsunami! —la llamó.

Era imposible que ella lo oyera por encima del rugido de la cascada. Se golpeó el estómago con una piedra y tragó una gran bocanada de agua. Tosiendo y atragantándose, intentó nadar hacia el bulto brillante que veía cada vez más lejos.

De repente, el brillo se desvaneció y Cieno volvió a sumirse en la oscuridad.

—¡TSUNAMI! —rugió.

Un segundo después, Cieno sintió que el aire le golpeaba de nuevo la cara. Su instinto le obligó a luchar inútilmente contra la corriente con garras y dientes. Con una zarpa se agarró a una roca y la abrazó, intentando asirse a ella mientras el resto de su cuerpo se quedaba colgando.

Estaba suspendido en el aire por encima de la cascada.

Usó toda su fuerza para agarrarse con las zarpas a la roca, pues apreciaba demasiado su vida como para desprenderse de ella tan rápidamente. Tenía

los ojos cerrados, aunque tampoco es que hubiera mucha diferencia con tenerlos abiertos. El veneno que aún le bañaba la piel lo hizo retorcerse de agonía. Ni siquiera se atrevía a pensar desde qué altura habría caído Tsunami. Se imaginaba su cuerpo hecho pedazos, solo, ahí abajo...

Algo le tiró del pie.

—¡Cuidado, Cieno! —Tsunami era única para burlarse de la gente usando solo las palabras—. ¡Es muy peligroso! ¡Puedes romperte una garra!

Cieno abrió los ojos.

La cascada seguía pasando junto a él y caía sobre una marejada de burbujas a poca distancia de sus garras traseras. Tsunami no paraba de chapotear y dar volteretas en el agua, salpicando a Cieno con la cola.

—¡Agárrate fuerte! —gritó—. ¡Hagas lo que hagas... no te sueltes!

—Ja. Ja. Ja —fue su respuesta.

Hundió la cola en el agua para comprobar que no hubiera rocas y luego se dejó caer. El agua de la cascada le cayó con suavidad en la cara cuando salió a la superficie.

—Sabías que no era muy alta —la acusó.

—Puede —sonrió—. Vale, sí, pero volví a por ti cuando te oí gritar.

—Menos mal que no soy el tipo de dragón que sufre y muere en silencio —bromeó él también.

Sin embargo, en lo único que pensaba era... «¿Qué hubiera pasado si no hubiera gritado? ¿Y si nos hubiéramos separado?».

—Vamos, el río sigue corriendo por aquí —le dijo su amiga.

Utilizó sus pies con membranas para impulsarse por el agua y alejarse de él. Cieno la siguió hasta otro estrecho pasaje con orillas rocosas a ambos lados.

—Pero... —dijo. Ladeó la cabeza y aguzó el oído—. Creo... que esa cascada tan pequeña no podía hacer tanto ruido. ¿Hay otra más adelante?

Escucharon ruidos bastante extraños que retumbaban en las paredes de la cueva. Cieno era incapaz de asegurar si lo que oía era el ruido de la pequeña cascada intensificado o si, mucho se temía, había otra cosa más adelante.

De repente, Tsunami abrió las alas y se paró en secó, mirando hacia el techo.

—¿Has visto eso?

Cieno entrecerró los ojos para ver en la oscuridad. Las escamas luminosas de Tsunami no alumbraban demasiado lejos. Ni siquiera podía ver las estalactitas que seguramente había allí arriba.

—No.

—¡Era un murciélago!

Emocionada, Tsunami golpeó el agua con la cola y sumergió a Cieno bajo una ola de agua. Volvió a salir a la superficie jadeando, en busca de aire.

—¿Un murciélago? ¿Por qué intentas ahogarme por un simple murciélago?

Una vez, un murciélago se había colado en la cueva por el agujero del cielo. Lo único que hizo fue dar vueltas patéticamente por la sala de estudio hasta que Sol le pidió a Desierto que lo cogiera y lo devolviera de nuevo fuera, libre, a su hogar. Cieno creía que Desierto, en vez de sucumbir a los ruegos de su amiga, se lo había comido, pero al menos lo había hecho donde Sol no pudiera verlo.

—Porque debe de haber venido de algún sitio —dijo Tsunami—. Los murciélagos salen a cazar. Así que si los murciélagos pueden salir y entrar, me apuesto lo que quieras a que nosotros también podemos. Debemos de estar cerca.

—Los murciélagos son mucho más pequeños que nosotros –señaló Cieno, pero Tsunami ya había empezado a nadar.

Él encogió las alas bajo el agua, preocupado. El dolor no desaparecía. Era como si tuviera diminutos dientes afilados bajo las escamas, mordiéndole todo el cuerpo.

—Mira —le gritó Tsunami un poco más adelante—. ¡Veo luz!

Cieno movió las alas y cogió velocidad para intentar alcanzarla. Ayudaba que la corriente hubiera recuperado su fuerza.

Pero entonces... oyó que el rugido también se intensificaba.

Dobló una curva del río y vio un círculo de luz plateada a lo lejos. Una sombra oscura, que debía de ser Tsunami, se estaba aproximando a él. Cieno no podía creer lo que veía. Era la luz de la luna, tal y como la había visto tantas veces a través del agujero del cielo. Era verdad que había una forma de salir de allí y ellos la habían encontrado.

Iba cogiendo velocidad, nadaba más rápido, sin apenas usar las patas para impulsarse por el río, camino a la luz.

De repente, un grito espeluznante retumbó por toda la cueva y Tsunami desapareció.

«Por favor, que sea otra broma, que sea otra broma», rezó Cieno, nadando todo lo rápido que podía. La entrada por la que se veía la luna apareció ante él y, de repente, sin esperárselo, empezó a caer al vacío.

El río salía de la cueva e iba a parar directamente a un precipicio.

Cieno extendió sus alas y las batió, llenándolas de aire.

¡Estaba volando!

CAPÍTULO 9

Cieno había volado con anterioridad... Pequeños saltos alrededor de la cueva, sorteando las estalactitas y planeando en círculos... pero aquello no era nada, NADA, comparado con lo que estaba experimentando en aquel momento.

Todo era *muy grande* .

El cielo estaba por todas partes, simplemente... Se extendía más y más, como si nada pudiera contenerlo. Era de noche, pero la luz de las tres lunas era cegadora comparada con una vida de cuevas y luces de antorchas. Los picos escarpados de las montañas se alzaban alrededor de Cieno y arañaban el cielo con su magnificencia. El dragonet creyó ver un destello de mar a lo lejos.

¡Y las estrellas!

Cieno creía que conocía de sobra cómo eran las estrellas después de observarlas tantas noches a través del agujero del cielo, pero no se había dado cuenta de que existieran tantas ni de que se parecieran a una red plateada que surcaba sin descanso el cielo.

Sentía que podría estar volando toda la vida y llegar hasta las lunas. Se preguntó si algún dragón lo habría intentado alguna vez.

«Esto es lo que nos hemos estado perdiendo todo este tiempo...».

Ni siquiera el dolor que notaba bajo las escamas podía arruinar la emoción que sentía en aquellos momentos.

—¿Puedes creer lo que ves? —gritó, dando vueltas en el aire—. ¡Tsunami! ¿No es maravilloso?

No hubo respuesta.

Cieno usó la cola para dejar de dar vueltas y se quedó quieto en el cielo, buscando a su alrededor. No veía a Tsunami por ninguna parte. Ella no se habría ido sin él... ¿verdad?

Quizás había visto el mar a lo lejos. Quizás había divisado su hogar y no había podido resistirse. Cieno sabía que ella no abandonaría nunca a sus amigos, pero también sabía lo desesperadamente que quería volver a casa.

Miró a lo lejos, al horizonte, y la vio volando muy lejos de él, en una extraña espiral que caía.

Algo no marchaba bien.

Era como si solo le funcionara una de las alas.

Cieno no perdió el tiempo y se lanzó a por ella. Pegó las alas al cuerpo, luchando contra el miedo que sentía y cayendo en picado al mismo tiempo. El viento le arañó la cara... ¡el viento! Estaba equivocado. Lo había entendido todo mal. El viento era como un ser vivo: lo agarraba por la cola y le hacía perder el equilibrio, se le metía en los ojos para cegarlo, se le colaba bajo las alas para frenarlo... Era como si el viento tratara de abrirse paso a través de las escamas para llegar hasta la piel.

La cascada y el acantilado pasaron por su lado a toda velocidad. ¿Acaso estaba cayendo demasiado rápido? El suelo se acercaba, las sombras y la luz de la luna se fundían y creaban formas que jamás había visto y que tampoco entendía. No tenía ni idea de lo lejos que estaba del suelo ni de cuándo la alcanzaría. Nunca había tenido que enfrentarse a distancias así.

¿Podría parar a tiempo? ¿Le dolería cuando lo hiciera?

Pero veía a Tsunami allí abajo, retorciéndose, así que aún no había chocado contra el suelo y eso le infundió confianza.

Cieno caía y caía y caía... mientras Tsunami estaba cada vez más cerca.

Abrió las alas en cuanto cayó por debajo de ella. Salió disparado hacia arriba, como si hubiera chocado contra un muro. Unos segundos después, volvió a ser golpeado, esta vez por el pesado cuerpo de una Ala Marina que le había caído del cielo.

Tembló y casi perdió a Tsunami por el camino, pero ambos se agarraron con fuerza y se abrazaron. Con las garras de Tsunami clavadas en el cuello, Cieno luchó por mantenerse en el aire, aleteando con fuerza. Aunque no era lo bastante fuerte para volar con ella, al menos podía frenar su caída.

Tsunami dejó escapar un grito y Cieno sintió una especie de garras que se le clavaban en las alas y en la cola. Se soltaron cuando cayeron entre los árboles, rompiendo ramas y hojas a su paso antes de tocar tierra.

Cieno tardó un minuto en poder respirar. Tenía la cola de Tsunami sobre el hocico. La hizo a un lado y se sentó, rabiando de dolor. Tsunami giró sobre sí misma y quedó tendida de espaldas, con las alas descansando a ambos lados del cuerpo. Desde cerca, Cieno vio que no se había equivocado. Una de sus alas celestes estaba destrozada, como si se le hubiera salido del hombro.

La tocó con una garra y ambos saltaron de dolor.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó.

—Fue al liberarme de las cadenas —le contestó—. Creo que me la he dislocado.

—¿Y aun así viniste a por mí? —Cieno se sintió fatal—. ¿Por qué no me has dicho que estabas herida?

La dragonet se encogió de hombros y volvió a sonreír.

—Apenas me dolía en el río, pero cuando he intentado volar...

—¡Tierra! —gritó de repente Cieno—. ¡Estoy pisando tierra!

Hundió las garras en el suelo y la emoción le recorrió el cuerpo entero, de

la cola al hocico.

Tsunami se sentó y lo miró.

—¿Y?

—¡Es increíble! —gritó—. ¡Mira lo suave que es!

Cogió un poco entre las garras y se la acercó a su amiga.

—¡Eh, para! —se quejó ella, intentando protegerse con su ala buena.

Cieno se tumbó sobre la hierba y notó la tierra pegada a las patas, metiéndosele entre las escamas. El olor de las plantas, los animales y el sol lo abrumaban. No podía compararse ni lo más mínimo con la roca desnuda, fría y dura que había bajo la montaña. Aquel suelo lo acariciaba, lleno de vida. Un gusano estaba escarbando en la tierra, junto a su hocico, y él lo apartó.

—Bueno, ahora estamos en paz —volvió a hablar la dragonet—. Yo te he salvado y tú me has salvado a mí.

—¡Desde aquí oigo el río! —gritó Cieno, saltando y sacudiéndose la tierra de encima. Tsunami fue lo bastante rápida como para esquivar la gran cantidad de barro que voló hacia ella—. Río más tierra... ¡lodo!

Se giró sobre sus patas y empezó a correr en dirección al agua.

Tsunami lo encontró revolcándose en la orilla lodosa del río. Nunca había visto a su amigo tan feliz.

—No creo que existan muchos dragones que se emocionen tanto por ensuciarse —dijo con sequedad.

—Te apuesto lo que quieras a que los de mi especie sí —le contestó su amigo ignorando deliberadamente el sarcasmo—. Nunca he notado tanto calor en toda mi vida.

Por primera vez desde que podía recordar, no le dolían las garras ni le picaban las escamas, no notaba las alas demasiado secas y no le preocupaba golpearse las zarpas a cada paso que daba. Notó cómo el lodo se le metía

bajo las escamas y se dio cuenta de que el dolor del veneno de la cueva estaba desapareciendo, como si el lodo lo estuviera curando. Suspiró, feliz, hundiéndose aún más en aquella orilla llena de barro.

—Vaya —se asombró Tsunami, mientras hundía las garras delanteras en el río—. Y ni siquiera hemos llegado a las ciénagas de los Alas Lodosas. Me pregunto si yo me emocionaré tanto cuando llegue al mar.

—Lo harás —dijo Cieno, que de pronto se sentía seguro de sí mismo, valiente y confiado—, y cuando puedas volar. ¿Podemos curarte el ala?

Acercó la cabeza al ala de la dragonet y examinó la herida.

La cascada caía por un acantilado que se alzaba por encima de ellos, coronado por una cordillera de montañas aún más altas. Las tres lunas estaban bajas en el cielo. Cieno se imaginó que pronto amanecería y entonces podrían empezar a buscar la señal de humo que los guiaría hasta sus amigos. Pero si Tsunami no podía volar, tendría que quedarse allí abajo... una presa fácil para cualquier dragón que volara por allí.

Cieno miró fijamente el cielo, recordando que ahora estaban en un mundo en guerra. Allí todo estaba demasiado en paz. Por la forma en la que hablaban los guardianes, se había imaginado un mundo más parecido a un campo de batalla. Era extraño hallarse en un claro silencioso, sin rastro ni sonido alguno de guerra, ni tampoco de otros dragones.

Pero sabía que los Garras de la Paz y, por consiguiente los dragonets, tenían enemigos en todas partes. Las tres reinas arenosas no creían en la profecía y matarían a cualquiera que se pusiera en su camino. Y había una lista enorme de dragones capaces de hacer cosas terribles a los dragonets del destino si alguna vez los encontraban.

Tsunami se giró para mirarse el ala dislocada.

—Estoy segura de que puedo arreglarla —dijo—. Vi algo parecido en un

pergamino una vez. Solo necesito recolocarlo en su sitio. Quizá, si choco contra un árbol...

Miró a su alrededor y, de repente, corrió hasta el tronco más cercano.

Cieno salió del lodo, la agarró de la cola y tiró de ella antes de que se estrellara contra el árbol.

—¡Ay! ¡Déjame en paz! ¡Puedo arreglarlo! ¡Funcionará! —gruñó, enseñándole los dientes.

—Deja de actuar como una Ala Celeste gruñona. Lanzarte contra un árbol es uno de los peores planes que he escuchado en mi vida. ¿Puedo echarle un vistazo?

Tsunami se sentó de nuevo sobre la hierba, refunfuñando, con las alas abiertas de par en par. Cieno la rodeó, luego retrocedió un paso y se quedó mirando la línea irregular que formaban sus alas y sus hombros.

—Si te quedas quieta, creo que puedo devolverlo a su sitio.

—¿Crees que es buena idea? —le preguntó, encogiéndose.

—Mucho mejor que lanzarte contra un árbol, eso seguro. Esconde las garras y abrázate a ti misma.

Tsunami se agarró con fuerza al suelo y cerró los ojos. Con las garras delanteras, Cieno le palpó delicadamente el hombro. Era fácil encontrar el punto exacto donde el hueso se había salido de su sitio. Lo tocó con cuidado hasta que estuvo seguro de saber dónde estaba y, lo más importante, dónde debía estar. Entonces agarró firmemente el ala y devolvió el hueso a su sitio con un movimiento rápido y fuerte.

—¡Aaaaaaaargh! —rugió la Ala Marina, alejándose de él.

Sacudió su poderosa cola y lanzó a Cieno hacia un puñado de arbustos secos.

—¡Lo siento! Lo siento —se disculpó, saliendo de entre los árboles—. Estaba seguro de que funcionaría.

Calló. Tsunami estaba dando vueltas sobre sí misma, flexionando y extendiendo las dos alas. Ambas volvían a ser idénticas.

—Ha funcionado —se limitó a decir—. Aún está un poco sensible y me molesta, pero puedo moverla sin problemas. Muy bien, Cieno —dijo, ayudándolo a sacar la cola de entre los arbustos—. Siento haberte golpeado.

Cieno abrió la boca para responder, pero Tsunami de pronto le cerró el hocico con las garras y se lo impidió. Levantó una garra y escuchó atentamente.

—¿Qué es eso? —susurró.

Cieno intentó girar la cabeza, pero Tsunami lo tenía agarrado con demasiada fuerza. Él también se puso alerta.

Algo estaba cruzando el bosque y se acercaba a ellos con rapidez.

CAPÍTULO 10

—No es lo suficientemente grande como para ser un dragón —susurró Tsunami—. O eso espero.

Cieno oyó algo parecido a un jadeo o un resuello, acompañado del chasquido de varias ramas al partirse. Por aquellos sonidos, lo que se acercaba parecía más una presa que el cazador. Se zafó de Tsunami, que lo tenía agarrado por el cuello, y susurró:

—Quizá podamos comérnoslo.

De todas formas, no podían rescatar a los dragonets hasta que amaneciera y Cieno quería probar sus aptitudes para la caza fuera de las cuevas.

Una criatura pequeña y pálida apareció ante ellos en el claro, bajo la luz de las lunas. La parte alta de su peluda cabeza apenas le llegaba a Cieno al hombro. Tenía dos piernas largas y delgadas y dos brazos huesudos que acababan en zarpas sin garras.

En uno de los brazos sostenía algo puntiagudo, parecido a la garra gigante de un dragón, mientras que con el otro sujetaba un saco.

Miró a Tsunami y a Cieno, tiró todo lo que tenía entre las manos, y gritó alto y fuerte con una voz aguda, como la de los pájaros que Cieno había visto alguna vez a través del agujero del cielo.

—Es un carroñero —gritó Tsunami llena de emoción—. ¡Mira, Cieno! Es la primera vez que pisamos el mundo real y nos encontramos con nuestro primer carroñero vivo.

—Es muy pequeño —contestó este—. Y mira, estaba carroñeando por ahí.

Cieno dio un paso y se acercó a la bolsa que momentos antes tenía aquella extraña criatura entre las manos. El carroñero gritó de nuevo, retrocediendo y cubriéndose la cabeza con los brazos.

—Pensé que serían más terroríficos. —La Ala Marina parecía decepcionada. Agachó el hocico para olerlo—. ¿Uno de estos mató a la reina Oasis? ¿Te estás quedando conmigo? —dijo. Cogió la garra de metal que llevaba el carroñero y comprobó que era cuatro veces más grande que la garra de un dragón—. Estas cosas están bastante afiladas, pero aun así... debe de haber sido alguna clase de accidente desafortunado.

—¿Nos lo podemos comer? —preguntó Cieno, sacando la lengua y relamiéndose el hocico.

—Nocturno nos dijo que están en peligro de extinción, pero también es culpa suya que estemos metidos en esta guerra, así que cómete todos los que quieras.

Tsunami miró al carroñero y se dio cuenta de que no paraba de emitir extraños sonidos y de hacer movimientos aún más raros, mientras señalaba el saco y la garra. Algunos de sus movimientos se parecían bastante a los de un dragón: era como si aquel ser intentara comunicarse con ellos.

—Puede que quiera que cojamos lo que sea que haya en el saco.

Cieno levantó aquel trozo de tela, lo abrió y de él cayeron un montón de joyas y de baratijas, que se esparcieron por la hierba. El Ala Lodosa distinguió tres rubíes enormes y varios diamantes blancos entre una gran cantidad de oro.

—Un tesoro —gritó Tsunami.

Cogió un medallón de plata adornado con pequeños zafiros.

—A Gloria le encantaría ese.

—¡Y a mí! Sé que te gusta llevarle cosas bonitas para animarla, pero yo lo he visto primero.

—Está bien —dijo Cieno diplomáticamente—. Entonces alguna otra cosa. ¿Nos podemos quedar todo este tesoro?

—Claro que no —contestó una nueva voz—. A menos que queráis luchar contra mí, algo que de ninguna de las maneras os aconsejaría.

Una Ala Celeste naranja, un poco más grande que Cieno, aterrizó sin hacer ni un solo ruido detrás del carroñero. Sus cuernos estaban ocultos por volutas de humo. Cuando el carroñero volvió a gritar, la dragona se inclinó y le arrancó la cabeza de un bocado.

—Puaj —dijo, escupiéndola de inmediato.

Los dos dragonets observaron cómo la cabeza daba vueltas por la hierba mientras el cuerpo caía sin vida, chorreando sangre por el cuello.

—No es justo —dijo la dragona naranja—. Para empezar, los ladrones siempre intentan robarme mi tesoro y luego, ni siquiera resultan apetitosos cuando los atrapo —dijo, mientras le daba un golpecito al cadáver—. Demasiado fibrosos y, encima, saben a pescado. Requetepuaj.

Cieno se alejó un paso de aquel aspersor de sangre. De pronto ya no tenía hambre.

—¿Quién eres? —le preguntó Tsunami, sin parar de darle vueltas al medallón entre las garras como si de verdad estuviera sopesando si valía la pena luchar por él.

La dragona la miró y entornó los ojos amarillos hasta convertirlos en dos rendijas sobre su hocico. Cieno se fijó en la fina cadena de oro que le colgaba del torso, adornada con rubíes y gotas de ámbar. Una fila de rubíes diminutos le bordeaban las escamas, por encima de los ojos, formando unas extrañas cejas. Tenía más rubíes incrustados en las alas. Fuera quien fuera

aquella dragona, tenía un gran tesoro, lo que significaba que debía de ser alguien importante.

—¿No sabéis quién soy? —dijo la recién llegada—. ¡Qué poco halagador! Me duele mucho oír eso. O yo necesito salir más o vosotros no sois demasiado buenos espías, ¿verdad, Ala Marina?

—¡Yo no soy una espía! Ni siquiera sabemos dónde estamos. Nosotros... hemos estado prisioneros durante mucho tiempo... más o menos... y nos acabamos de escapar.

La dragona naranja giró el rostro hacia Cieno.

—Una Ala Marina y un Ala Lodosa juntos —dijo—. Veamos. Sé que no habéis salido de mis mazmorras, a menos que de pronto me haya vuelto muy olvidadiza. Así que... ¿quién os retenía prisioneros? ¿Llamas? No creo que esa dragona estúpida tenga campos de prisioneros. No pegaría con su actitud de todo-el-mundo-me-quiere-y-me-idolatra.

Cieno retrocedió otro paso. No le gustaba en absoluto la idea de un dragón que tuviera sus propias mazmorras.

—Tsunami —susurró—, dale su tesoro y larguémonos de aquí.

—Un Ala Lodosa que piensa con la cabeza... ¡qué sorpresa! No es algo que se vea demasiado a menudo —dijo.

Se acercó amenazadoramente a Tsunami, pasando por encima de la sangre del carroñero y dejando las marcas rojas de sus zarpas sobre la hierba. A través de los orificios nasales, los dragonets pudieron ver las pequeñas llamas que se estaban formando dentro de ella.

—Está bien —dijo Tsunami, tendiéndole el medallón—. No queremos problemas.

—Oh, yo tampoco —contestó la dragona—. Por eso me pongo tan triste cuando son los problemas los que vienen a mí.

Con una rapidez que jamás hubieran podido prever, la dragona se

abalanzó sobre Tsunami y le agarró la zarpa con la que aún sujetaba el medallón. Apretó. Cieno intentó acercarse, pero una llamarada de fuego lo hizo retroceder. La dragona clavó su mirada amarilla en Tsunami.

—Nadie toca mi tesoro.

—¡No lo sabíamos! —protestó la dragonet—. ¡Ni siquiera sabemos quién eres!

—Oh —siseó la dragona—. ¿No os lo he dicho? ¡Qué maleducada! Me llamo Escarlata, pero os recomiendo encarecidamente que me llaméis «su majestad» si es que apreciáis vuestras miserables vidas.

Cieno apenas podía respirar. Incluso *él* era capaz de reconocer aquel nombre.

Los dragonets se hallaban cara a cara ante la reina de los Alas Celestes.

CAPÍTULO 11

Era más pequeña de lo que había imaginado (más pequeña que Rapaz), pero Cieno sabía que, bajo ninguna circunstancia, debían subestimar a la reina de los Alas Celestes. Llevaba treinta años en el poder y, durante ese tiempo, la habían retado catorce veces. Catorce contrincantes valientes, estúpidos y, ahora, muy muertos. Era la reina más longeva y más mortal de toda Pirria. Por no mencionar que posiblemente era uno de los peores dragones que podrían ponerle la garra encima a los dragonets del destino, sobre todo desde que era una buena aliada de Brasas, que odiaba la profecía y había destruido el huevo de Ala Celeste seis años atrás.

Cieno intentó recordar algo más de lo que habían aprendido sobre la reina Escarlata, pero en lo único en lo que podía pensar era en lo aterradora que era.

La reina soltó a Tsunami y se colgó el medallón del cuello. Se giró y le acarició el hocico a Cieno con una garra.

—Y tú, Ala Lodosa, me haces preguntarme una cosa. Si estamos en el mismo bando, ¿por qué no me has reconocido?

—Como ya he dicho... —intervino Tsunami.

La reina Escarlata la silenció con un azote de su cola.

—Me gusta la voz del Ala Lodosa. Temblorosa, profunda y nerviosa.

—Nosotros... mmmm... —tartamudeó Cieno—. Hemos estado cautivos mucho tiempo... más bien una eternidad...

Tsunami le hizo muecas a espaldas de la reina, lo que Cieno interpretó como que no debía darle demasiada información a esta. ¿Pero qué se suponía que debía decirle, entonces?

Alzó la mirada y la fijó en las montañas que se elevaban sobre sus cabezas y se dio cuenta de que una luz dorada empezaba a bañarlas. Estaba saliendo el sol. Por fin. Tenían que ir a rescatar a sus amigos, rápido, antes de que Rapaz pudiera descargar su rabia sobre los dragonets que pudiera encontrar.

—Solo estamos de paso —le dijo a la reina. La dragona arqueó sus cejas de rubíes, en un gesto de incredulidad—. Quiero decir... ha sido todo un honor conocerla... ha sido muy... —«terrorífico» era el único adjetivo que se le ocurría—. Tenemos que irnos —barbotó.

—¿Tan pronto? —dijo la reina—. Me rompéis el corazón. Odio que me dejen plantada en mitad de una conversación. Hay mucho que quiero que me contéis sobre vosotros. —Deslizó la punta de la garra por debajo de la barbilla de Cieno—. Creo que al único sitio al que deberíais ir es a mi Palacio Celeste. ¿No os parece emocionante? No os neguéis, me dolería mucho. Sois justo lo que llevo tanto tiempo buscando.

Cieno no tenía ni idea de a qué se refería, pero estaba demasiado petrificado de miedo como para responderle. Miró directamente a los ojos ambarinos y nada amistosos de la reina, pensando por primera vez en su vida que quizá Rapaz tuviera razón en todo lo que les había dicho. Y, especialmente, en lo de que tenían que quedarse bajo la montaña y evitar a todos los dragones malvados del mundo exterior.

Detrás de Escarlata, Tsunami levantó la afilada garra del carroñero. Cruzó una mirada con Cieno. El Ala Lodosa sentía el mismo miedo que debía de estar sintiendo ella. Si atacaban a la reina Ala Celeste, tendrían otro enemigo extremadamente peligroso que los odiaría a muerte.

Pero, hicieran lo que hicieran, no podían decirle la verdad sobre quiénes eran. Los capturaría y los vendería a su aliada Brasas o los mataría solo para arruinar la profecía. Tampoco podían irse con ella. Su prioridad era rescatar a sus amigos.

Él asintió suavemente. «Hazlo. No tenemos otra opción».

Tsunami le clavó la garra de metal a Escarlata en la cola, justo en el punto vulnerable de los dragones, y la hundió en la tierra.

La reina rugió de furia y dolor. Giró la cabeza a su alrededor y empezó a escupir fuego en todas direcciones.

—¡Vuela! —gritó Tsunami.

Se escabulló por debajo de las llamas y le tiró de la cola a Cieno. Él abrió las alas y se elevó en el cielo, mientras el fuego de la reina le chamuscaba las garras traseras. Tsunami se puso a su lado. Sus aleteos eran débiles pero llenos de determinación.

—No tardará en liberarse —exclamó Tsunami—. Rápido, tenemos que huir de ella y perderla entre los picos de las montañas.

Tsunami se elevó por el precipicio y Cieno la siguió.

Volaron por encima de la cascada, por donde el río manaba del agujero del precipicio. Se elevaron más hasta llegar a la cima y se escabulleron por el terreno rocoso, ocultándose entre los árboles verdes y los arbustos. Incluso allí arriba, las montañas seguían por encima de sus cabezas, imposiblemente altas y tremendamente grandes. Los picos zigzagueaban de norte a sur como los afilados dientes de un dragón. Filas y filas que no parecían tener fin.

La grandeza de todo seguía apabullándolo. ¿Cómo volverían a encontrar a sus amigos en medio de todo aquello? E incluso aunque consiguieran encontrarlos, ¿cómo podrían cinco dragonets salvar un mundo tan grande?

Tsunami iba abriendo el camino, volando bajo sobre las copas de los

árboles, escondiéndose en los desfiladeros cuando los encontraban. Sus aleteos cobraban fuerza a cada momento. La luz del sol irrumpió con fuerza y deslumbró a Cieno. El dragonet no estaba acostumbrado a tanta claridad... y aquello solo era el amanecer. La ferocidad del mediodía aún estaba por llegar.

—¡Ahí! —le gritó Tsunami, girando la cabeza hacia una concavidad de la montaña.

Descendieron y aterrizaron al lado de una pequeña cueva. Desde allí podían observar la meseta de piedra con los valles y los picos de la montaña a su alrededor. Cieno no paraba de mirar a todos lados, nervioso. El rugido de la cascada era un mero susurro en la distancia. No había ni rastro de la reina Escarlata.

—No me puedo creer que lo hicieras —le dijo a la Ala Marina.

—Era lo que tenía que hacer, ¿no? —preguntó sin su seguridad habitual.

Se rascó las agallas, preocupada. Luego se deslizó por las sombras de la cueva y entró para comprobar si estaba vacía.

Cieno quería reconfortarla, pero también estaba preocupado. El dragonet cerró los ojos y dirigió el rostro hacia la salida de sol. El calor se le fue colando por entre las escamas hasta calentarle los huesos.

—Deberías verte —le dijo Tsunami desde la cueva—. Casi brillas. No sabía que los Alas Lodosas tuvieran tantos colores.

Cieno abrió los ojos y miró hacia abajo. Siempre se había visto de color marrón: escamas marrones lisas, garras marrones ordinarias, de color barro desde los cuernos hasta la cola. Pero ahora, a plena luz del día por primera vez en su vida, podía ver destellos dorados y ambarinos entre sus escamas y debajo de ellas. Incluso los distintos tonos de marrón parecían más ricos y profundos, como el arcón caoba donde Membranas guardaba los pergaminos más delicados.

—Ah...

—Eres precioso —bromeó Tsunami, saliendo de la cueva.

Cieno tuvo que reprimir una exclamación. Si el sol lo hacía relucir a él con nuevos colores, a Tsunami la hacía brillar como una joya, como si fuera una dragona hecha de zafiros y esmeraldas u hojas de verano y océanos.

Cieno pensó en Gloria y en lo hermosa que era ya en las cuevas oscuras. Ninguno de ellos sería capaz de mirarla directamente a la luz del sol. Después de hacerlo estarían tan maravillados que serían incapaces de volverle a hablar.

Gloria. Cieno se asomó al filo de la montaña. Había salientes y huecos en la ladera, que seguramente conducían a túneles que llevaban a cualquier lado. No tenía ni idea del aspecto que tenía la entrada de su hogar. Desde donde estaban podían ver muchas montañas a su alrededor, pero ninguna señal de humo.

El sol casi se había alzado del todo por el horizonte, trepando por el cielo lentamente y persiguiendo sin descanso a las tres lunas. Cieno vio tres manchas rojas entre los picos lejanos. Al principio pensó que serían pájaros, hasta que vio el fuego que refulgía alrededor de las manchas, como relámpagos, y se dio cuenta de que eran dragones.

Aquel, sin lugar a dudas, era el territorio de los Alas Celestes. Nocturno no se había equivocado al situar la cueva secreta. Pero ahora que la reina de los Alas Celestes estaría buscándoles sin descanso, no sabía cómo conseguirían escapar de allí.

Tsunami lo agarró del hombro.

—¡Allí! —gritó, señalándole un punto lejano.

Una delgada columna de humo se elevaba desde un hueco que se hallaba a medio camino de la pendiente. El sitio estaba escondido entre matorrales

y arbustos, así que no podían aterrizar cerca de allí. Pero, por el tamaño que tenía el agujero, Cieno no le cupo duda de que era el Agujero de Cielo.

Tenían que ser sus amigos.

Tsunami pasó corriendo a su lado. Ambos se lanzaron a plena carrera hasta el agujero.

—Nocturno y Sol deben de estar allí —dijo el dragonet—. ¡Justo debajo de nosotros!

El humo olía a papel viejo. Cieno sintió una punzada de pena por Nocturno. Al final habían tenido que quemar sus queridos pergaminos.

—Estamos cerca, pero tenemos que encontrar la entrada —dijo la Ala Marina—. El túnel tiene que desembocar por aquí cerca.

Tsunami aterrizó sobre el suelo de piedra cerca del agujero. Empezó a dar zancadas en una dirección, como si estuviera intentando contar los pasos que había desde la sala de estudio a la entrada del túnel.

Cieno se quedó en el aire, sobrevolándola en círculos. Tenía la misma sensación que había sentido cuando había visto el ala rota de Tsunami. Si se relajaba y observaba lo suficiente, al final sabría cómo hacer encajar todas las piezas. Había recorrido las cuevas más de un millón de veces. Las conocía mejor que a sus propias escamas.

Aún podía oír el murmullo de la cascada a lo lejos, así que se podía imaginar por dónde corría el río. En su mente, vio el mapa del túnel desde la cueva de estudio a la cueva principal.

—Aquí —oyó a Tsunami por debajo de él—. La roca que tapona la salida debe de estar justo aquí debajo. Así que el túnel que da al exterior tiene que ir por ahí...

Cieno se volvió para mirar hacia donde señalaba Tsunami.

—El desfiladero —agregó la dragonet.

Una grieta se abría entre las piedras a muy poca distancia. Cuando se

adentraron en ella, pudieron ver un hilillo de agua que corría sobre los guijarros y el lodo—. La entrada debe de estar en algún sitio ahí abajo.

Cieno voló hasta el suelo del desfiladero con las alas extendidas para un aterrizaje suave. El lodo le manchó las garras cuando llegó. Sintió cómo una oleada de rabia lo barría por dentro. Había lodo y sol y aire fresco caliente tan cerca de su cueva. ¿Por qué los guardianes nunca los habían llevado allí fuera?

Unas pocas excursiones a aquel desfiladero hubiera hecho que sus vidas fueran muy diferentes.

Sabía lo que dirían, que lo habían hecho por seguridad. Dirían que lo había hecho para proteger a los dragonets por si los Alas Celestes alguna vez los veían. Pero Cieno sospechaba que, en realidad, los guardianes no se fiaban ni de él ni de sus amigos. No confiaban en ellos y pensaban que a la mínima oportunidad se escaparían. No creía que pudieran ser lo suficientemente inteligentes como para pasar inadvertidos.

Dejó marcas profundas de garras en el lodo. Los dragonets nunca habían tenido la oportunidad de demostrar que eran dignos de confianza. Quizá Cieno no se lo mereciera después de haber atacado a los otros cuando eclosionaron. Quizá los guardianes creían que había algo dentro de él que podía explotar en cualquier momento. Pero no había ninguna razón para mantener a Sol, ni a Nocturno, ni a Gloria ni a Tsunami en la oscuridad todos esos años.

Tsunami aterrizó a su lado y señaló la montaña de rocas que se hallaba un poco más lejos.

—Miremos allí.

Cieno vio algo en el lodo, justo delante de ellos. Extendió un ala y frenó a Tsunami antes de que pudiera seguir acercándose.

—¡Mira! —le dijo—. ¡Rastros de dragón!

Había huellas frescas de dragón en la orilla del río, seguidas por el profundo surco de una cola, que desaparecían de repente como si el dragón hubiera alzado el vuelo.

Cieno colocó una de sus garras sobre las huellas. Parecía un enano comparado con las garras de los otros dragones.

—Si venía de nuestra cueva —empezó Tsunami— y estoy segura de que sí... deben de ser de Rapaz.

—¿Cómo lo sabes?

Tsunami acercó uno de sus pies a las huellas.

—No hay membranas entre las garras —dijo sencillamente—, así que no son de un Ala Marina. Son demasiado recientes para ser de Oráculo y hay cuatro garras, así que no son de Desierto.

Cieno se sintió como un estúpido.

—Claro.

—Las huellas son de alguien que se marcha, pero no hay huellas de su regreso —dijo, con una voz cargada de emoción—. Quizás haya salido a buscarnos esta mañana. Si aún sigue fuera, esta es nuestra mejor oportunidad para sacar a los demás de ahí dentro —dijo. Echó a correr siguiendo las huellas hasta el lugar donde empezaban—. Vamos, Cieno, ¡date prisa!

Cieno corrió tras ella. Las huellas iban a parar directamente a una agrupación de rocas. Cuando treparon por las rocas, pudieron ver un túnel oscuro a un lado del desfiladero. Estaba totalmente oculto a la vista, a menos que uno observara desde el ángulo correcto.

—Ahí está —susurró Tsunami.

—¿Por qué no ha borrado mejor sus huellas? —preguntó Cieno, preocupado—. ¿Y si es una trampa?

—No lo es —respondió Tsunami, que parecía segura—. Rapaz no podía

saber que volveríamos a por los otros. No es su forma de pensar. Si fuera uno de nosotros, escaparía y dejaría a los demás atrás sin pensárselo dos veces.

Cieno pensó que tenía razón. Rapaz no creía que los dragones pudieran mantener su palabra ni que se pudieran preocupar por otros dragones.

—Tenía prisa por encontrarnos. Eso es todo —fue la explicación que encontró su amiga.

Cieno miró al cielo, nervioso. Si Rapaz no se había preocupado por ser cuidadosa, debía de estar muy enfadada con ellos.

Tsunami se adentró en el túnel y Cieno la siguió. Había alcanzado la temperatura necesaria como para expulsar fuego, así que escupió una pequeña llamarada para iluminar el túnel. Siguieron caminando. Las escamas de Tsunami empezaron a brillar.

El túnel giraba abruptamente hacia la derecha, luego a la izquierda, luego descendía un par de metros. Pero enseguida el terreno se allanó, giraron otra vez y acabaron ante una enorme piedra gris.

A Cieno se le desbocó el corazón en el pecho. La habían encontrado.

Estaban ante la puerta de su prisión, observándola desde fuera.

CAPÍTULO 12

Tsunami se alzó sobre las patas traseras y comenzó a arañar los muros de piedra con las zarpas.

—Busca algo que mueva la piedra —dijo.

Cieno escupió otra llamarada de fuego directa al muro de su izquierda. No parecía más que roca plana y ordinaria con unas pocas fisuras que la atravesaban del techo al suelo. Cieno hundió las garras en los huecos de las fisuras probándolas. No ocurrió nada, salvo que acabó con un intenso dolor de garras.

Olisqueó alrededor de la gran piedra y, a continuación, arremetió contra ella, pero no se movió más de lo que se había movido todas las otras veces que la había empujado desde el otro lado.

—Espero que Nocturno no estuviera equivocado —soltó, ignorando el miedo que empezaba a pesarle en el estómago—. También espero que de verdad podamos abrirla desde aquí.

—Podremos —la voz de Tsunami resonó en la cueva con fiereza—. Debe de haber una palanca o algo, o puede que...

La dragonet retrocedió un par de pasos, mirando fijamente la parte de arriba de la piedra.

—... magia —terminó Cieno por ella—. ¿Y si hace falta una palabra mágica? ¿O algún tipo de talismán que, evidentemente, nosotros no tenemos?

Tsunami siguió mirando fijamente la piedra, frunciendo el ceño. Entonces sacudió la cabeza.

—Hubieran necesitado un dragón animus para encantarla. Además, ni siquiera estamos seguros de que esos dragones existan de verdad.

Lo único que recordaba Cieno de la clase que les habían dado sobre magia y dragones animus era que tenían poder sobre los objetos. Lo recordaba porque Nocturno se había pasado el resto del día moviendo la nariz en el aire por todas partes, proclamando que los Alas Nocturnas eran más poderosos y mágicos que cualquier tipo de dragón animus mitológico.

—Si son tan maravillosos, ¿por qué los Alas Nocturnas viven en algún sitio misterioso donde nadie puede encontrarlos? —le había preguntado Cieno.

—Fácil —le había respondido el otro dragonet con altivez—. Es porque tenemos todos esos poderes especiales y no queremos que los otros dragones se sientan inferiores.

«Aunque lo sean», era lo que decía a las claras su rostro.

Cieno había soltado una risilla.

—¿Poderes especiales como cuáles? —le había preguntado.

—Ya lo sabes —le había dicho Nocturno, que parecía enfadado—. ¿Telepatía? ¿Precognición? ¿Invisibilidad? ¿Hola?

—Tú no puedes hacerte invisible. A ver, sí, eres un dragón negro. Así que es difícil distinguirte cuando te ocultas en las sombras. Eso no es un poder. Yo también me haría invisible si me escondiera en una charca de barro.

—Sí, vale —le había contestado su amigo—, ¡nosotros podemos aparecer por sorpresa en la oscuridad de la noche! ¡Abalanzarnos sobre ti como si de pronto te hubiera caído encima toda la fuerza del cielo nocturno! —había dicho, mientras abría sus alas majestuosamente.

—Aún sigue sin ser un poder. Solo os comportáis como unos raritos espeluznantes.

—¡No somos espeluznantes! —le había gritado Nocturno, elevando la voz—. Somos magníficos e impresionantes. —Guardó silencio un momento para respirar una honda bocanada de aire—. Además, somos los únicos que podemos ver el futuro.

—Bueno, hasta que los Alas Nocturnas no se nos echen encima apareciendo entre las nubes, lo único que tenemos son rumores y una profecía rimbombante que podría significar cualquier cosa. —En ese momento, Cieno se había bajado del saliente de la roca y había mirado a Nocturno—. Lo que quiero decir es que tú no tienes ningún poder especial, ¿verdad? Si no contamos tu inteligencia singular, claro.

—Bueno, algún día conseguiré mis poderes —había refunfuñado el Ala Nocturna—. Quizá sea algo que los míos desarrollan cuando crecen. ¡Se supone que deberías estar estudiando, no riéndote de mí!

—No me estaba riendo de ti —había protestado el dragonet.

Lo cierto era que sí había intentado distraer a Nocturno de sus estudios, pero nunca surtía efecto demasiado tiempo.

De vuelta al presente, Cieno empezó a escarbar por debajo de la piedra. La verdad era que ya echaba de menos a Nocturno. Más que eso, estaba preocupado por él. ¿Cómo habría reaccionado Rapaz al no encontrar ni a Cieno ni a Tsunami ni a Gloria? No le habría hecho nada a Nocturno, ¿verdad?

De repente, tocó algo con las garras. Se tumbó en el suelo y echó un vistazo debajo de la piedra. Había un palo largo y fuerte atascado debajo de la roca, aguantándola en su sitio.

—Aquí —le susurró a Tsunami.

Agarró el palo y tiró de él con todas sus fuerzas. Después de unos

cuantos intentos, se dio cuenta de que no se soltaría tan fácilmente, pero advirtió que se movía a un lado y a otro. Probó a moverlo hacia un lado y la roca empezó a deslizarse. Frenó de inmediato y miró a Tsunami.

—¿Y si Membranas y Desierto nos están esperando? —preguntó.

—No podrán detenernos. No a los cinco. No si todos luchamos. La única forma que tenían de retenernos ahí dentro era bloqueándonos la salida. Una vez que la abramos... seremos libres —dijo Tsunami, mientras dejaba escapar un largo suspiro.

—Vale. —Cieno apretó los dientes—. Vamos allá.

El dragonet tiró del palo con todas sus fuerzas. La piedra se deslizó a un lado, con un suave chasquido. Por fin la cueva principal estaba a la vista, pero Cieno no pudo evitar sentir un escalofrío por lo extraña que parecía vista desde fuera.

Una pequeña figura con aire triste estaba sentada en la orilla del río, zambullendo sus garras en el agua. Se volvió cuando oyó el movimiento de la piedra y abrió de par en par sus ojos verde grisáceo ante aquella visión.

—Shhh —siseó Tsunami en voz baja, acercándose a la dragonet.

Sol se levantó en aquel momento, extendió las alas, llevándose las garras al hocico, sonriendo.

—¡Lo habéis conseguido! —susurró.

Cieno inspeccionó el túnel que conducía a la cueva de los guardianes. Aunque Tsunami tuviera razón y ni Membranas ni Desierto pudieran detenerlos, no quería quedarse a comprobarlo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó en voz baja.

—Iré a buscar a Nocturno —dijo Sol, dirigiéndose a la cueva de estudio —. Gloria... ella no sé dónde está.

Sol alzó la mirada y la dirigió a las estalactitas. Cieno se preocupó. ¿Estaría bien Gloria? ¿Y si le había ocurrido algo mientras estaba

camuflada? Y en tal caso... ¿seguiría siendo invisible si eso hubiera ocurrido? ¿Y si se había caído de una estalagmita o había chocado con un saliente y se había hecho daño? ¿Y si...?

—Estoy aquí —le susurró una voz directamente en la oreja.

Notó la caricia de unas alas suaves como el terciopelo y la gran figura de Gloria apareció, finalmente, ante él. Sus escamas pasaron del gris y del negro a un cálido color dorado anaranjado, salpicado de azul oscuro.

—Estás bien.

Cieno estaba tan aliviado que enroscó su cola con la de la Ala Lluviosa sin darse cuenta de lo que hacía.

Gloria se tensó, incómoda, pero no se apartó de inmediato como hubiera hecho normalmente. En vez de eso, lo acarició con su elegante hocico.

—Claro que lo estoy —dijo—. También lo hubiera conseguido yo misma, ya lo sabes —afirmó. Tal vez pensó que al dragonet se le habían desinflado un poco las alas, porque añadió—: Pero gracias por hacer algo condenadamente peligroso por mí.

—No pasa nada —respondió Cieno, feliz.

Gloria retrocedió unos pasos y señaló al túnel que llevaba a la sala de estudio, donde apareció Nocturno.

—Rapaz estaba bastante furiosa —dijo—. La oí desde mi escondite. Estos dos se han llevado una buena bronca.

Cieno empezó a acercarse a Nocturno, pero Sol y Tsunami se colocaron a ambos lados del Ala Nocturna, flanqueándolo. Durante una horrible fracción de segundo, Cieno creyó que Nocturno estaba cojeando... que lo habrían golpeado o quemado o que Rapaz le habría causado alguna espantosa herida. Pero entonces se dio cuenta de que Nocturno andaba de aquella manera tan rara porque cargaba a la espalda un enorme saco de pergaminos.

—Ni lo pienses —le advirtió Tsunami arrebatándoselos—. No los necesitamos. Además, ya los has leído todos al menos mil veces.

—Puede que los necesitemos —protestó el dragonet, cargándolos de nuevo—. Nos dirán qué no debemos comer o las costumbres más extrañas del resto de las tribus o cómo debemos volar con mal tiempo o...

—Tú puedes decirnos todas esas cosas —se unió Cieno—. Lo piensas hacer de todas formas.

—Pero ¿y si olvido algo importante? —preguntó Nocturno, que no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.

—Ja. Nos caerías mejor si alguna vez olvidaras algo —bromeó Gloria.

—Lo único que importa es que salgamos de aquí ahora mismo —los apremió Tsunami—. Antes de que se despierten Membranas o Desierto.

—Y antes de que vuelva Rapaz —añadió Gloria.

—¡Qué noticias más maravillosas! ¿Rapaz forma parte de todo esto? No os podéis ni imaginar cuánto tiempo llevo buscándola.

Los cinco dragonets se giraron hacia la entrada.

La reina Escarlata llenaba todo el marco de la puerta de la cueva. Tras ella, el túnel estaba bloqueado por una larga fila de Alas Celestes, cuyas escamas reflejaban los distintos colores de las llamas. Todos eran gigantes. Todos escupían pequeñas volutas de humo y fuego. Y todos estaban muy enfadados con ellos.

Pero ninguno parecía tan enfadado como su reina.

CAPÍTULO 13

—No he visto a Rapaz desde hace cuánto... ¿siete años? —dijo la reina, con una mirada de rabia que no se reflejaba en la dulzura de su voz—. Va a ser una reunión muy divertida —añadió, meneando la cola de un lado a otro, a su espalda—. Todos mis dragones favoritos reunidos en un mismo lugar.

Cieno era el dragonet que tenía más cerca. El Ala Lodosa retrocedió un paso acercándose a sus amigos y desplegó las alas. La reina tendría que pasar por encima de su cadáver para llegar hasta ellos. Lo único que esperaba era que la dragona no se diera cuenta de lo mucho que le temblaban las garras.

—Nos has seguido hasta aquí —dijo Tsunami, que no podía creérselo.

—Oh... ni siquiera lo he tenido que hacer —respondió la reina—. Alguien fue tan amable de mandarme una encantadora señal de humo. Así que solo hemos tenido que seguirla hasta aquí. ¿A quién debo felicitar por tan brillante idea?

«A mí —pensó Cieno horrorizado—. Es culpa mía. Yo he traído a los Alas Celestes hasta aquí».

—¿Quién... quién eres tú? —tartamudeó Sol.

—Ahora sí que me siento muy insultada —espetó la reina—. Sois vosotros los que estáis en mi territorio. De hecho, parece ser que lleváis tiempo viviendo bajo mi montaña. Solo soy la dragona más importante entre cientos de miles. ¿Cómo os atrevéis a no saber quién soy?

La reina Escarlata arqueó el cuello y abrió sus enormes alas.

—La reina Escarlata de los Alas Celestes —murmuró Nocturno sin apenas respiración.

Se inclinó ante ella, tocando el suelo de piedra con la cabeza, cruzando las garras delanteras.

—Eso me gusta más —dijo la reina, entrando en la cueva—. Por las tres lunas, qué tétrico es este sitio.

Escarlata echó un vistazo a su alrededor, se fijó en el saco lleno de pergaminos de Nocturno y con una llamarada de fuego lo convirtió en cenizas. El dragonet se quedó paralizado en su sitio, sin poder apartar los ojos de los pergaminos quemados. Cieno se movió a un lado, tratando de cubrir a su amigo, a Sol y a Gloria con su cuerpo. ¡Ojalá fuera más grande!

—¡Dios mío! —exclamó la reina, entornando los ojos—. ¡Tú, el de ahí! ¡Eres un Ala Nocturna!

Escarlata apartó a Cieno a un lado como si no fuera más que un puñado de hojas secas y agarró a Nocturno de la barbilla. Cieno volvió a erguirse y se acercó de nuevo a ella, pero el sonido de las armaduras y los gruñidos de los Alas Celestes lo obligaron a frenar en seco.

—Un Ala Nocturna que aún no ha cumplido los diez años —añadió, haciéndolo girar delante de ella y examinando sus escamas como si no fuera más que una vaca que estuviera planeando comerse—. ¡Qué emocionante! Normalmente no dejan que sus dragonets salgan al mundo exterior. Tienen miedo de que corrompamos su perfección suprema o algo parecido, ya sabéis —dijo, lanzándole una bocanada de humo a la cara. Nocturno tosió —. Nunca antes había tenido a un Ala Nocturna en mi territorio. ¡Qué emocionante! ¡Qué excitante! Dime qué es lo que estoy pensando ahora mismo.

Nocturno esbozó una expresión de puro terror.

—¿Demasiado complicado? —se burló la reina—. Te daré una pista. Estoy tratando de averiguar qué hacen un Ala Nocturna, una Ala Marina y un Ala Lodosa escondidos bajo mi montaña. Sin contar con esos dos que el Ala Lodosa intenta tapar y que no tengo ni idea de qué tribu son —dijo, señalando con la cola a Gloria y a Sol y acercándose aún más a Nocturno—. Esto no tendrá nada que ver con cierta profecía, ¿verdad?

—¿Qué está ocurriendo aquí? —murmuró Desierto, apareciendo en ese momento en la cueva.

Se paró en cuanto vio a los Alas Celestes. Clavó sus ojos negros en la reina y, por primera vez en su vida, Cieno vio el miedo dibujado en ellos.

—¡Membranas! —gritó, justo antes de lanzarse a por la reina.

—¡Detente! —gritó Sol—. ¡Van a hacerte daño!

Desierto pareció no oírla. En cambio, agarró a la reina Escarlata y la alejó con todas sus fuerzas de Nocturno.

—Ni se te ocurra tocarlos —rugió—. Nunca les pondrás tus asquerosas garras encima.

La reina consiguió enderezarse en el aire y aterrizó sobre las patas traseras. Se enfrentó a él, siseando de rabia.

—Ahora son míos —gruñó y entonces se lanzó a por el Ala Arenosa lisiado.

Membranas apareció en la cueva justo en el mismo momento en que los Alas Celestes entraban en la cueva para apoyar a su reina. Apenas redujo el paso antes de lanzarse a por ellos. Repelió a tres Alas Celestes con la cola y le hundió las garras en el estómago a otro soldado. Cieno nunca lo había visto pelear. Ni siquiera sabía que Membranas pudiera resultar peligroso.

—Quédate ahí —le dijo a Sol—. Y tú, Gloria, escóndete.

—¿Desaparecer mientras tú intentas que te maten otra vez por mi culpa? —respondió la Ala Lluviosa—. Muchas gracias, pero ni de broma.

Gloria lo empujó y fue a reunirse con Tsunami, que ya estaba luchando garra a garra junto a Membranas. Cieno subió a Sol a una roca enorme y corrió a reunirse con sus amigos.

—¡Espera, puedo ayudar! —gritó la Ala Arenosa mientras lo veía alejarse.

—Estos dragonets son sagrados —gritó Desierto cuando la reina Escarlata lo estrelló contra una estalagmita. Era bastante más pequeña que él, pero mucho más fuerte. Además, sus antiguas heridas lo hacían ser mucho más lento en la lucha. Se puso en pie con dificultad, jadeando y arrastrando tras él el ala torcida—. Son los dragonets del destino. ¡No puedes llevártelos!

—Pero... ¿y si mi destino es jugar con ellos? —dijo la reina, clavándole las garras en el muñón. Desierto gritó de agonía y un reguero de sangre brotó de la nueva herida—. Oh, espera... tienes razón. A mí no me importa el destino. No me preocupan las profecías ni las estupideces que puedan decir los Alas Nocturnas.

Le agarró las alas con las zarpas y tiró, abriéndole las cicatrices.

—Además, ahí fuera me han cabreado demasiado y luego han huido de mí. Eso suele ocurrirme bastante a menudo, pero sabes ¿qué? Siempre acabo encontrando a los que me traicionan. Incluso si tengo que esperar siete años —dijo la reina, mientras agarraba a Desierto del cuello y lo estrellaba contra el muro de piedra—. ¿Verdad, Rapaz?

Cieno dio un traspié. El Ala Celeste contra el que estaba luchando lo golpeó con fuerza en el pecho y le atrapó la cola y las alas bajo cuatro garras enormes. La batalla pareció congelarse durante una fracción de segundo y, desde su posición en el suelo, vio a Rapaz entrar dignamente en la cueva.

—Pobrecita la reina Escarlata —dijo con veneno en la voz—. Todo el

mundo te traiciona. Bueno, ahora me tienes delante de ti. Deja que estos inútiles se vayan.

Rapaz ni siquiera se dignó a mirar a los dragonets.

Cieno consiguió moverse lo suficiente para volver la cabeza y mirar a Tsunami. Nunca, jamás, se habría esperado que Rapaz se sacrificara a sí misma para salvarlos a ellos. Tal vez sí hubiera hablado en serio cuando había dicho que lo único que había pretendido durante todos estos años era mantenerlos a salvo. Tal vez eso fuera lo único importante para ella, por mucho que odiara a los dragonets.

—Rapaz —preguntó la reina—. Eso me ha sonado a una orden. ¿Has pasado de desobedecer las órdenes a darlas?

—No lucharé contra ti —dijo Rapaz, con voz fría y dura, desapasionada —. Me iré contigo. Solo déjalos marchar. Estos dragonets no tienen nada que ver con los Alas Celestes.

—Vendrás conmigo —fue la respuesta de la reina—. Me hace gracia que pienses que tenías la oportunidad de elegir. Tengo para ti un juicio la mar de interesante. ¡Te va a encantar! ¿Sabes qué es lo mejor? La ejecución que vendrá después. Llevo mucho tiempo planeando lo que te haría cuando te encontrara, Rapaz. Pero con estos dragoncitos... —Señaló con la cola a Cieno y sus amigos—. No puedes hablar en serio cuando me pides que renuncie a unos trofeos así.

—No son trofeos —dijo Rapaz, que seguía sin mirarlos—. Son unas larvas inútiles. Todos y cada uno de ellos.

—Y, encima, mi aspecto es muy raro —añadió Sol desde lo alto de su roca.

La reina sacó su lengua bífida y la movió entre los dientes.

—Pero, Rapaz —dijo, con voz engañosamente dulce—, estos dragonets

son la sangre fresca que necesita mi arena. Sería terrible dejarlos escapar. Me entristecería tanto...

Cieno intentó quitarse al Ala Celeste de encima, pero el soldado que lo tenía preso era demasiado pesado. Apenas se percató de los patéticos intentos de rebelión de Cieno. «Este momento sería ideal para dejar salir a tu monstruo interior», pensó, pero ningún golpe de fuerza o violencia o rabia le respondió.

—Cogedlos a todos —ordenó Escarlata—. Menos a este —dijo, sacudiendo a Desierto como si no fuera más que el cadáver de una paloma. Él intentó liberarse, pero no sirvió de nada—. ¿De qué puede servir un dragón lisiado que no puede volar? Me sorprende que no te hayas suicidado ya, Ala Arenosa. Si lo prefieres, yo puedo ayudarte con ese tema.

—¡No! —gritó Sol, lanzándose hacia ellos.

Pero ya era demasiado tarde. Con un aterrador crujido, la reina Escarlata le rompió el cuello a Desierto y lo tiró al suelo como si no fuera más que un saco viejo.

—¡Desierto!

Sol pasó al lado de la reina y se inclinó ante el cuerpo sin vida de su guardián, zarandeándolo con las garras. El ala rota se movió de un lado para otro y las escamas chocaron contra el suelo de piedra, pero en sus ojos negros ya no quedaba rastro de vida

—¡Desierto! ¡Levántate!

Cieno estaba tan asustado que no se atrevía siquiera a moverse para intentar escapar del Ala Celeste que aún tenía encima. «Desierto está muerto y todo es por mi culpa. Yo fui quien sugirió lo de la señal de humo. Yo he traído a los Alas Celestes hasta aquí».

«¿Quién más morirá por mi culpa?».

De repente, Rapaz embistió a los soldados Celestes, agarró al que tenía

atrapado a Membranas y se lo quitó de encima.

—Díselo a los Garras —le gritó, lanzándolo al río.

Antes de que nadie pudiera detenerlo, Membranas se hundió en el agua y desapareció. Una ola enorme se elevó sobre las rocas y los empapó. La superficie se calmó, tragándose con ella a su guardián, antes de que Cieno pudiera dejar de pestañear.

En lo único en lo que Cieno podía pensar en aquel momento era en el estrecho agujero de la pared del túnel por el que él mismo había tenido que pasar. ¿Entraría Membranas por ahí? ¿Conseguiría llegar al exterior?

—Guauuu —exclamó la reina secándose la cresta con una zarpa—. Los Garras de la Paz. Espero que intenten irrumpir en mi palacio para rescataros. Eso sería increíblemente divertido. Especialmente la parte en la que los despedazamos a todos.

Los Alas Celestes trajeron unas cadenas y empezaron a atar a todos los dragonets con ellas. Cieno consiguió captar la atención de Gloria en el último momento.

—Escóndete —articuló sin emitir sonido alguno.

Ella negó con la cabeza.

—Ni hablar. Voy con vosotros.

El peso de las cadenas obligó a Cieno a bajar la cabeza y las alas mientras atravesaban el túnel y salían de nuevo a la luz del amanecer. El sol brillaba alto en el cielo, arrancando suaves destellos dorados de las montañas que los rodeaban.

Cieno alzó la mirada y creyó ver una figura oscura allí arriba. Fuera quien fuera el dragón, los observó un momento y luego se alejó. Seguramente fuera Oráculo, pero no le sorprendió que el Ala Nocturna no hubiera hecho nada por ayudarlos en aquellos momentos. Los de su clase nunca se ensuciaban las garras. Ellos dictaban las profecías y les decían a

los otros dragones qué era lo que tenían que hacer, pero se mantenían al margen de la guerra y evitaban los enfrentamientos a toda costa.

A Cieno le dolió en lo más profundo de su ser. Habían estado muy cerca de la libertad y ahora estaban metidos en algo mucho peor que toda su vida de cautiverio. La vida bajo la montaña había sido como vivir en una prisión... pero sabía que no sería nada comparado con estar atrapados bajo las garras de la reina Ala Celeste.

SEGUNDA
PARTE
EL REINO CELESTE

CAPÍTULO 14

El cielo era el lugar donde tenían encerrados a los prisioneros de la reina.

Durante el primer día, Cieno no abrió los ojos ni una sola vez. Tenía las garras clavadas con tanta fuerza en la roca sobre la que estaba subido que había empezado a perder la sensibilidad de las patas. Bastaba un solo vistazo por el borde de la montaña, hacia la caída mortal que se abría ante él, para hacerle perder el conocimiento y caer.

Con las alas atrapadas y encadenadas por el metal de los Alas Celestes, caer significaría irremediablemente la muerte. Una horrible y dolorosa muerte que le machacaría prácticamente todos los huesos del cuerpo.

Aun así, no estaba demasiado seguro de que de aquella muerte fuera peor que lo que la reina Escarlata le tenía preparado.

La celda de su prisión estaba en lo más alto del capitel de una torre de piedra. Una pequeña plataforma de roca en la que apenas tenía el espacio necesario para caminar en pequeños círculos y tumbarse. No había paredes ni techo. Solo estaba el cielo azul y la fiereza del viento que le rugía en los oídos día y noche.

El segundo día, un trozo de carne le golpeó la cara.

El hambre le obligó a abrir los ojos. Una Ala Celeste a la que no había visto nunca no paraba de volar en círculos alrededor de él. Cieno supuso que debía de ser apenas un año o dos mayor que él. Tenía los cuernos completamente desarrollados, pero aún conservaba los dientes blancos y

afilados, no romos y manchados como los de la mayoría de los dragones adultos. Venas doradas surcaban y adornaban sus alas, y parecía como si le saliera humo de las escamas y de la boca. Se paró y empezó a planear por encima de él.

Tenía unos ojos deslumbrantes, como dos pequeñas hogueras azules que refulgían a través del humo. Cieno estaba bastante seguro de que los Alas Celestes, normalmente, tenían los ojos naranjas o amarillos. Se preguntó si le pasaría algo, como a Sol.

Algo muerto, sanguinolento y chamuscado descansaba a sus pies. Cieno miró la sangre, se acordó del cuello roto de Desierto y vomitó por el borde de la plataforma.

Para su sorpresa, la dragona empezó a reírse.

—¡Qué asco! —dijo entre risas—. Qué pena que los barracones no estén ahí debajo. Los guardias se lo hubieran merecido.

Un poco reticente, Cieno se asomó al vacío por el que había caído su vomitona.

Su prisión de piedra era una entre cientos de capiteles dispuestos en un enorme círculo. Casi todos tenían a un dragón preso en ellos. Como él, todos tenían las alas sujetas con cadenas. En el centro del círculo, había una hondonada de roca que parecía un lago vacío, con arena en el fondo y muros escarpados. Por encima de estos, había bancos, balcones y cuevas desde donde los espectadores podían ver lo que ocurría en la arena.

Por debajo de su torre solo había roca, pero por encima, Cieno podía ver la magnificencia del Reino Celeste que se alzaba sobre las montañas. El gran palacio de la reina Escarlata estaba excavado en las rocas grises y negras de sus picos, la mitad dividido en túneles y cuevas y la otra mitad abierta al cielo y rodeada de defensas. Dragones del color del fuego volaban por la cara de la montaña, excavando y creando nuevas extensiones del

palacio, hasta que acababan cubiertos por el polvo de la gravilla y tan sucios que no parecían más que meros Alas Lodosas.

La guerra había atravesado aquel reino con garras afiladas. Cieno se fijó en las torres destruidas, en las marcas de quemaduras a lo largo de los muros y en un barranco lleno de huesos de dragones adultos. En ese mismo instante, Cieno vio a dos Alas Celestes que cargaban el cuerpo sin vida de un dragón rojo y lo arrojaban al barranco. Le prendieron fuego al cuerpo y se quedaron volando un momento por encima del humo, entrechocando las alas. Después se giraron y se alejaron de allí, mientras el cuerpo quedaba reducido a cenizas y huesos chamuscados.

A lo lejos, hacia el este, Cieno vislumbró la fina línea azul que debía de ser el océano.

También se percató, por primera vez, de los cables tan finos que tenía en torno al cuello y las piernas. Estaba tan aterrorizado y confuso que apenas se había fijado en lo que los Alas Celestes le habían hecho cuando lo habían llevado allí.

Los cables le salían del cuerpo para enrollarse en las piernas y el cuello de los otros prisioneros, que de ese modo también quedaban cautivos. Uno de esos cables, el de su izquierda, lo unía a la pierna de una Ala Helada plateada como la luna, que estaba dormida con la cola sobre la nariz en la torre contigua. Otro de los cables iba a parar al dragón de su derecha, un enfurecido Ala Arenosa que no paraba de dar vueltas en su plataforma, haciendo que los cables temblaran. Los últimos tres cables serpenteaban por todo el círculo. Cieno era incapaz de adivinar adónde iban a parar, ya que desaparecían en una enorme red de cables enredados por encima de la hondonada y que unían a todos los dragones atrapados.

Así que, aunque los prisioneros de la reina Escarlata pudieran huir volando, todos deberían alzarse a la vez... quedando los cien prisioneros

ligados entre sí. Así no llegarían demasiado lejos. Cieno se preguntó qué pasaría si uno de los dragones se cayera de su capitel. ¿Harían los cables que todos los demás se cayeran también?

—¿No vas a comer? —preguntó la Ala Celeste que no paraba de revolotear a su alrededor.

—No tengo hambre —le contestó el dragonet escondiendo la cabeza bajo el ala.

Oyó el susurro de sus alas mientras la dragona seguía volando en círculos sobre él.

—¿Me he equivocado de presa? —preguntó la desconocida—. No sé lo que coméis los Alas Lodosas. Nunca antes hemos tenido uno aquí. Ya sabes... se supone que estamos en el mismo bando. Así que tener un prisionero lodoso sería muy desconsiderado por nuestra parte. Pero tú perteneces a los Garras de la Paz, así que a los Alas Lodosas no les importará lo que hagamos contigo. Venga, tienes que comer algo.

—¿Por qué?

Cieno seguía con la cabeza enterrada en el ala.

—Porque no quiero que mueras antes de que te mate —dijo la Ala Celeste, en un tono tan neutro, tan normal, que a Cieno le llevó un par de segundos darse cuenta de lo que había dicho.

Sacó el hocico de su escondite y la miró.

—Nunca he luchado con un Ala Lodosa —dijo la dragona, que evitaba hábilmente los cables mientras seguía volando a su alrededor—. Porque somos aliados y todo eso. Me muero de curiosidad por hacerlo. Me apuesto lo que quieras a que es muy diferente a luchar con los Alas Marinas o los Alas Heladas. Pero su majestad te hará luchar primero contra otro de los prisioneros y, si mueres, no podré luchar contigo.

—Y eso sería una pena.

—¿A que sí? No molaría nada. Aunque lo más molón sería luchar contra el Ala Nocturna. Nunca hemos visto nada como él. ¿Y si puede leerme la mente y saber lo que voy a hacer antes de que lo haga? —dijo, mientras plegaba las alas y volaba por debajo de Cieno—. Al menos él está comiendo algo. Eh, me pregunto si la reina os hará luchar entre vosotros. Oh, no... Si lo hace, solo podré luchar contra uno. ¿Crees que podrías ganarle a un Ala Nocturna? Seguramente no.

—¿Nocturno? —Cieno se puso alerta—. ¿Está bien? ¿Dónde está?

Se puso en pie y recorrió con la vista el círculo de prisioneros. Siempre y cuando no mirara hacia abajo, las consecuencias no serían tan malas.

Desde su posición, Cieno vio varios dragones azules y verdes que debían de ser Alas Marinas, pero ninguno estaba lo suficientemente cerca para saber se trataba de Tsunami. La mayoría de los prisioneros eran Alas Marinas, Alas Heladas o Alas Arenosas. Seguramente serían prisioneros de guerra. Solo unos pocos eran Alas Celestes rojos y naranjas. Dio por hecho que esos estaban ahí por haber molestado a la reina de alguna manera.

Solo un prisionero era tan negro como la medianoche y estaba casi en el lado opuesto del círculo. «Demasiado lejos», pensó. No podía verle la cara, pero sí que podía adivinar desde allí que su amigo estaba sentado muy rígido y con la cabeza gacha, en su siempre útil pose de «estalagmita aterrada».

«¡Ojalá pudiera leerme la mente!».

Cieno deseó desesperadamente que el dragonet pudiera recibir un mensaje. Aunque tampoco es que supiera lo que le iba a decir... Puede que solo quisiera decirle que lo sentía por todas las veces que se había burlado de él o por haberle escondido su pergamino favorito. Incluso por las veces que se había quejado de tener que estudiar.

—¿Lo ves? —le preguntó la Ala Celeste—. No habla demasiado.

Cieno soltó una risilla.

—Pídele que te dé un sermón sobre algo... Sobre cómo los dragones le arrebataron el control de Pirria a los carroñeros durante el Ardor, por ejemplo. Después no conseguirás que se calle.

—Lo haré —contestó la dragona, como si no se hubiera dado cuenta de que Cieno estaba bromeando.

El dragonet se giró hacia ella y la miró. La luz allí arriba era demasiado brillante y se volvía aún más brillante al reflejarse en sus humeantes escamas cobrizas.

—¿Quién eres tú? ¿Un guardia?

—Puaj, no. Soy Peligro —dijo con orgullo—. La Campeona de la reina. ¿Cómo te llamas tú?

—Cieno. ¿Qué querías decir con pelear conmigo? ¿Por qué tenemos que pelear?

—Vaya. ¿Hablas en serio? ¿Qué pasa contigo? ¿Has estado viviendo bajo una roca o qué?

—Algo así. —Cieno hizo una mueca.

—¿De verdad? —dijo Peligro, mientras inclinaba la cabeza, curiosa, y pensaba durante un segundo—. Vale. Eso de ahí abajo es la arena de la reina —dijo, señalando con su enorme cola la hondonada que se veía más abajo—. Casi todos los días se lleva a cabo un combate para el disfrute de su majestad. Si ganas suficientes batallas, quedas libre.

—¿Y cuántas batallas son esas? —preguntó el Ala Lodosa.

—No lo sé —admitió Peligro, encogiéndose de hombros—. Nunca nadie lo ha logrado. Si algún dragón empieza a ganar demasiado, su majestad me manda a mí y yo siempre los mato —dijo, como si no le importara lo más mínimo—. Soy muy peligrosa.

«Y seguramente estés loca —pensó Cieno para sí—. ¿Cuántas vidas

habrá arrebatado? ¿Lleva la cuenta? ¿Le importa hacerlo?».

—¿Qué buscas? —le preguntó la dragona.

Cieno había estado inspeccionando el círculo desde que había dado con Nocturno, pero no veía a ningún diminuto dragón dorado, ni tampoco a ninguno de colores extraños. ¿Dónde estaban Sol y Gloria?

—A los otros dragones que trajeron conmigo... —dijo, sin mirarla—. ¿Sabes dónde están?

—La Ala Marina está justo ahí —respondió Peligro, mientras señalaba a un dragón azul oscuro que se encontraba a medio camino entre él y Nocturno.

Cieno reconoció casi de inmediato el enfurecido movimiento de cola tan propio de Tsunami.

—Qué aburrimiento —añadió Peligro—. He luchado con un montón de Alas Marinas. Son fáciles una vez descubres sus trucos.

«Estoy seguro de que Tsunami guarda un par de trucos que no has visto en tu vida», pensó Cieno.

—¿Y la Ala Lluviosa?

Ella giró la cabeza hacia Cieno y luego la ladeó un poco, confundida.

—¿Han traído a una Ala Lluviosa?

—No puedes luchar contra ella —se apresuró a añadir—. No tienen defensas. No sería justo.

—Yo hago todo lo que su majestad me pide que haga —fue todo lo que dijo—. Pero no he visto a ninguna Ala Lluviosa. No la han traído a la arena.

—También hay una Ala Arenosa —dijo Cieno, que empezaba a desesperarse—. Es muy pequeña y dorada y con una pinta un poco rara...

—No he visto a ningún dragón así, pero echaré un vistazo y mantendré los ojos bien abiertos si quieres —dijo, mientras daba una pequeña voltereta en el aire y lo señalaba con las alas—. Mejor me voy a calentar. ¡Anímame!

Peligro voló hacia la arena. Allí había unos cuantos dragones que barrían, comprobaban los muros o vigilaban los asientos. Cieno vio cómo todos se apresuraban para quitarse del camino de Peligro. Allí donde iba, los dragones huían, como si una invisible nube venenosa rodeara a la dragona. Ni uno solo se atrevió a mirarla.

A Peligro parecía no importarle. Recorrió la arena como si supiera que todo el mundo se quitaría de su vista. Giró una y otra vez la cabeza hacia el amplio balcón de piedra que sobresalía de una cueva y que constituía un perfecto mirador para la arena. Finalmente, saludó con la cola y desapareció en la oscuridad de una de las entradas del muro de piedra.

Cieno se acercó un poco más al filo de su prisión. Se sujetó bien fuerte con las garras, mientras trataba de reprimir las náuseas que le provocaba la vista desde allí. El olor que desprendía el conejo muerto tampoco es que ayudara demasiado. Se preguntó si sería capaz de alcanzar a uno de los guardias con el cadáver si se lo tiraba desde allí. Cieno no recordaba la última vez que había comido (¿había sido antes de que Oráculo apareciera bajo la montaña? ¿Aquello no había ocurrido en una vida anterior?), pero su apetito voraz parecía haber desaparecido.

Bajo su atenta mirada, los dragones iban ocupando todos los sitios vacíos de la arena. Casi todos ellos eran Alas Celestes, pero también vio, aquí y allá, el característico color amarillo claro y blanco de los Alas Arenosas. Incluso había uno o dos Alas Lodosas. Se le aceleró el corazón. ¡Dragones de su misma especie! ¿Sabían que él estaba allí arriba? ¿Pedirían que lo liberaran aunque él perteneciera a los Garras de la Paz?

Así que los Alas Lodosas y los Alas Celestes eran aliados en la guerra. Cieno nunca había conseguido memorizarlo en las clases, pero estaba bastante seguro de que ahora ya no lo olvidaría. «Solo hacía falta encadenarme a una torre gigantesca sobre una arena de gladiadores. Si a

Nocturno se le hubiera ocurrido hacerme algo así, hubiese sido un estudiante excelente».

Cieno no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que habían llegado los primeros espectadores hasta que se ocuparon todos los asientos, pero el sol ya le caía a plomo sobre la cabeza cuando sonó el rugido de una trompeta. Todos los dragones prestaron atención. A todo lo largo del estadio, las cabezas se inclinaron, las alas se recogieron y las garras se cruzaron en señal de respeto mientras todos guardaban silencio.

La reina Escarlata apareció en el balcón de piedra y desplegó las alas, captando el reflejo del sol con sus escamas naranjas. La recibió el siseo con aliento de fuego de todo el público. Cieno solo había oído aquel sonido cuando Rapaz había estado a punto de escupirle una llamarada. Por eso le llevó un par de minutos darse cuenta de que los dragones estaban siseando en señal de respeto.

Observó a los dragones que rodeaban a la reina. Varios guardias Alas Celestes tomaron sus posiciones a todo lo largo del balcón, mientras otros dos sacaban algo de la cueva y lo colocaban bajo el sol. Lo que fuera que habían sacado parecía un árbol sin hojas, una forma curvilínea sinuosa con cuatro ramas que salían de un único tronco de mármol gris pálido. Enredada en las ramas, con la cola bien sujeta al tronco, descansaba una dragona con las escamas del color de los pétalos de rosa. Pero cuando el sol la iluminó, una nueva explosión de color le recorrió las escamas: constelaciones de brillos dorados, galaxias de violeta, cambiantes nebulosas azul celeste...

Cieno respiró hondo, mientras escuchaba los jadeos y los murmullos de la multitud a sus pies.

Aquella dragona era Gloria y, bajo la luz del sol, era aún más espectacular de lo que nunca se hubiera imaginado.

Una delicada cadena de plata la ataba a la escultura del árbol. Desde allí

parecía bastante endeble y fácil de romper, pero Gloria no parecía demasiado interesada en escapar. Estiró el cuello y miró directamente al sol, ignorando deliberadamente al público. Después volvió a enredarse entre las ramas y cerró los ojos.

Los guardias arrastraron el árbol de Gloria hasta una esquina del balcón. La reina se acercó a la barandilla y se dirigió a sus súbditos.

—¿Y bien? —dijo, con una voz astuta y risueña que llegó hasta el último rincón de la arena—. ¿Qué pensáis de mi nueva obra de arte?

«¡Arte!». Cieno estaba furioso. «Como si Gloria no fuera más que un tapiz en la pared y no un dragón con sentimientos e ideas, por no hablar ya de un destino y de unos amigos que se preocupan por ella».

¿Pero por qué no se resistía Gloria?

¿Y dónde estaba Sol?

Los dragones de los asientos más bajos empezaron a aplaudir y, enseguida, el estadio entero retumbó como un trueno con el sonido del batir de alas y del choque de garras. La reina Escarlata se acomodó en una gran piedra plana, complacida, mientras movía la cola para pedir silencio.

—Traed a los combatientes —ordenó.

Peligro salió del túnel, saludando a la multitud. Cieno notó que el aplauso había bajado de intensidad, como si la mayoría de los dragones no estuvieran muy seguros de querer animarla.

Mientras tanto, tres guardias Alas Celestes volaron hacia el prisionero que Cieno tenía a su derecha. Uno de ellos, agarró la cola venenosa del dragón y la mantuvo lejos de ellos. El Ala Arenosa luchó, maldiciéndolo a gritos, mientras los otros dos guardias le soltaban los cables y los enganchaban a una anilla en el centro de la plataforma.

Durante un segundo, Cieno creyó que el prisionero se tiraría por la

cornisa, a pesar de las cadenas que aún le aprisionaban las alas. Pero los guardias lo agarraron con fuerza y lo arrojaron a la arena.

Peligro se giró para mirarlo. Los ojos le centellearon con fuerza.

A Cieno se le encogió el estómago y se dio cuenta de que estaba a punto de ver morir a un dragón.

CAPÍTULO 15

Cieno no quería mirar, pero sabía que existía la posibilidad de enfrentarse a Peligro algún día y, en ese caso, lo más sensato sería estudiar su técnica. Alzó la vista y la fijó en las formas distantes de Tsunami y Nocturno. Ellos tampoco perdían detalle del espectáculo, al igual que la mayoría de los prisioneros que lo rodeaban.

Uno de los guardias Celestes se colocó en el centro de la arena y empezó a aplaudir con las alas hasta que se hizo el silencio a su alrededor. Se inclinó ante la reina y anunció:

—Después de cuatro victorias, Horizonte el Ala Arenosa, antiguo y poco inteligente soldado del ejército de Llamas, ha sido retado a un combate con la Campeona de la reina, Peligro. ¡Alzad las garras! ¡Que ruja el fuego! ¡LUCHAD!

Salió de la arena, dejando a Peligro y al Ala Arenosa cara a cara. Horizonte retrocedió hasta el muro más lejano, siseando.

Peligro se acercó a él lentamente, moviendo sus alas para reflejar la claridad. Su larga cola serpenteaba por la arena. Seguía pareciendo que le salía humo de las escamas.

Horizonte tomó impulso y saltó por encima de la cabeza de Peligro para situarse al otro lado de la arena. No intentó clavarle la garra ni golpearla mientras pasaba a su lado. Ni siquiera intentó aguijonearla con su cola venenosa. Solo huía.

«¿Por qué le tiene tanto miedo?», se preguntó Cieno con una horrible sensación en el interior.

Peligro se giró despacio, sin prisa alguna, y le sonrió a su oponente. Desesperado, Horizonte movía sus ojos negros de izquierda a derecha, buscando alguna ruta de escape. De pronto, reparó en el túnel.

De repente, Peligro le bloqueó el paso, le clavó las garras en el pecho y se lo rasgó de arriba abajo. Desde donde estaba Cieno, no parecía ser más grave que un simple rasguño, pero Horizonte gritó de agonía y cayó hacia atrás, arrastrándose sobre la arena.

Peligro lo siguió, arañándolo de nuevo en un costado. Horizonte volvió a gritar. A pesar de tener las alas atrapadas, las batía con desesperación, como si intentara volar. Con calma y casi con dulzura, Peligro se acercó y le tocó una de las alas, pegándosela al cuerpo.

Los gritos de Horizonte se intensificaron, convirtiéndose en un lamento capaz de partir un corazón en dos.

Cieno no lo entendía... solo lo estaba tocando. Nada más.

Luego Peligro lo soltó y retrocedió un paso, momento en el que Cieno pudo distinguir la marca de las garras que había dejado sobre las escamas de Horizonte. Era como si lo hubiera marcado, pero sin haber utilizado su fuego. Cieno agudizó la vista y se fijó en que a Horizonte le salían humo de las marcas. ¿Acaso tenía Peligro fuego en las garras? ¿Cómo era eso posible?

Cieno miró la figura encogida de Nocturno, deseando que el Ala Nocturna estuviera lo suficientemente cerca como para poder explicárselo.

Entonces, Horizonte atacó. Se lanzó hacia Peligro, e intentó arañarle los ojos y clavarle el aguijón de su cola en el corazón.

Peligro se giró, esquivando sus zarpas. Después lo golpeó y lo hizo caer sobre la arena. La cola de Horizonte le tocó las escamas a la dragona

Celeste y se produjo un chispazo, como el de un relámpago pequeño, luego estalló en llamas. El fuego envolvió el aguijón venenoso y Horizonte gritó de dolor. Cieno nunca había visto nada parecido. Jamás había oído hablar de dragones capaces de hacer arder a otros solo con tocarlos.

Horizonte trató de apagar su cola golpeándola con la arena, a sus pies, mientras Peligro lo rodeaba. Se le acercó para volver a arañarlo, pero antes de que pudiera alejarse de nuevo, Horizonte se giró y le agarró las muñecas. El Ala Arenosa la envolvió con las alas y enterró la cara en el hombro de Peligro con un sonido agudo.

Peligro se quedó paralizada en el sitio. Empezó a salir humo de los dos dragones y una marcas negras se empezaron a extender por las alas de Horizonte, hasta que se le desintegraron y acabaron convertidas en cenizas. Empezó a perder fuerza y a caer al suelo, arrastrando a Peligro consigo. La dragona intentó mantenerlo en pie con la fuerza de sus alas.

Una violenta sacudida recorrió el cuerpo del Ala Arenosa. Horizonte se soltó de Peligro y cayó de lado sobre la arena. Las quemaduras de la cara lo hacían ahora casi irreconocible y las alas habían quedado reducidas a simples cartílagos negros entre grandes agujeros. Las garras presentaban marcas de quemaduras en el centro de las palmas.

De pronto, Cieno recordó algo. Rapaz tenía las mismas marcas de quemaduras en las garras. ¿Es que Rapaz había luchado contra Peligro cuando vivía en el reino de los Alas Celestes? ¿Cómo había sobrevivido?

Peligro se quedó de pie, mirando el cuerpo sin vida del Ala Arenosa. Un murmullo de descontento empezó a extenderse entre las gradas. La luchadora sacudió sus alas cobrizas y se giró para mirar directamente a la reina Escarlata.

La reina suspiró y se puso en pie.

—Menudo aburrimiento —dijo. Luego elevó la voz para dirigirse a todos

los prisioneros—. Espero que alguno de vosotros sea más valiente que esa patética criatura.

Cieno jamás se había sentido menos valiente. Claramente, Peligro era una nueva categoría de monstruo. Si Horizonte no había podido con ella, quizás una muerte buscada —aunque fuera horrible— era mejor que ser asesinado lentamente para el entretenimiento de la reina.

—No os preocupéis —dijo la reina, dirigiéndose al público—. Mañana tendremos un espectáculo un poco especial. ¡Algo que nunca hemos visto antes! Esperemos que esta vez alguien intente divertirme, a diferencia de otros.

La reina Escarlata contempló el cuerpo de Horizonte con una mirada asqueada y dirigió su desprecio también hacia Peligro. Esta inclinó la cabeza ante su señora y miró fijamente la arena.

—Puedes retirarte —dijo Escarlata, sin molestarse siquiera en mirarla.

Peligro se giró y se marchó de allí.

Cieno se inclinó por fuera de su plataforma tanto como se atrevió y vio a Gloria durmiendo sobre el árbol, mientras los soldados volvían a introducirla en el túnel. Puede que la hubieran drogado. Quizá la reina la había amenazado de alguna forma. O podía ser que estuviera enferma o alguna otra cosa igual de horrible.

Cieno no sabía por quién preocuparse más. ¿Por Gloria? ¿Por Sol que aún estaba desaparecida? ¿O por Nocturno, que podía protagonizar su propia pelea al día siguiente? ¿Era eso a lo que se refería la reina con su «algo que nunca hemos visto antes»?

Nocturno era bueno con los mapas, las fechas, los datos y los exámenes, pero sus tácticas de combate garra a garra eran pésimas.

Cieno no estaba muy seguro de que Nocturno pudiera sobrevivir a un combate en la arena.

CAPÍTULO 16

Cuando el sol empezó a ponerse tras las montañas, Cieno se quedó dormido, muerto aún de preocupación por sus amigos.

Lo despertó el olor a comida chamuscada y el rugido de hambre que emitió su estómago. Dos de las tres lunas estaban ya altas en el cielo, mientras que la otra no era más que un débil borrón marfil brillando tras un pico lejano. Por fin se le empezaban a acostumbrar los ojos a la grandiosidad de todo cuanto lo rodeaba. Aquella vista era justo lo contrario de lo que estaba acostumbrado, después de haber pasado todo su vida bajo la montaña.

Cieno giró la cabeza hacia el olor a comida que percibía tras él y casi se cayó de la plataforma por la sorpresa.

Peligro estaba de pie en la zona más alejada de la plataforma de piedra con su cola alrededor de las patas y las alas plegadas, como si estuviera intentando parecer lo más pequeña posible. Aun así, solo estaban a una cola de distancia y Cieno podía sentir claramente el calor que salía de sus escamas. No era un calor cómodo y reconfortante como el de Sol o Desierto. Era más bien como estar demasiado cerca de un volcán en erupción.

—¡Bueno! ¡Por fin! —dijo, señalando con la cabeza el trozo de carne que había en el suelo, cerca del dragonet—. Te he traído algo diferente. Bueno,

he obligado al guardia a dejarme traértelo. Espero que no te importe que esté un poco churruscado.

Peligro alzó las garras delanteras e hizo un extraño gesto de impotencia con ellas.

Cieno miró el animal muerto, que olía a pato ahumado. Lo quería, pero tenía miedo de acercarse demasiado a Peligro. ¿Y si lo quemaba? Aunque fuera por accidente seguiría doliendo igual.

—Tendré cuidado —dijo Peligro, que obviamente había adivinado lo que Cieno estaba pensando—. Me quedaré muy quieta. Te lo prometo. —Le echó un vistazo al resto de los prisioneros—. Pensé que quizá llamaría mucho menos la atención si me sentaba aquí, quietecita, en vez de estar volando a tu alrededor.

Peligro no sonaba como un monstruo. Cieno era incapaz de relacionar a esta dragona tranquila y amistosa con la asesina brutal que había visto antes.

Atrapó el pato, se lo acercó y lo devoró en dos bocados. Sabía a cenizas y crujía de una forma muy extraña entre sus dientes.

—Vaya —se sorprendió Peligro—. Sí que te lo has comido rápido. ¿Quieres otro?

—Estoy bien.

Ella jugueteó con una garra sobre la roca.

—¿Quieres que me vaya?

—No —le contestó Cieno y ella alzó la mirada, sorprendida—. Quédate y habla conmigo —ofreció.

—Ahora que has visto lo que puedo hacer... ¿no me tienes miedo?

—Claro que sí —dijo Cieno, que había decidido ser honesto—. Pero aun así, eres mejor compañía que las palomas. De lo único que quieren hablar es de diseño de nidos y de sobre quién les gustaría cagarse.

Peligro soltó una carcajada. Parecía mucho más sumisa que la primera vez que se habían visto. Cieno estudió su cara bajo la luz de la luna.

—Y tú, ¿estás bien? —le preguntó.

Peligro pestañeó varias veces con rapidez. En vez de contestar directamente a su pregunta, dijo:

—Lo de hoy ha sido raro, ¿verdad?

—¿El qué?

—El Ala Arenosa... Horizonte... La forma en la que simplemente se ha rendido. —Peligro abrió y cerró las alas, y Cieno se encogió—. ¿Por qué lo habrá hecho? Es algo muy triste. Supongo que debería haberlo alejado de mí para que pudiéramos seguir luchando. Su majestad estaba bastante enfadada.

—¿Contigo? Eso no es justo.

Peligro volvió a pestañear.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿No lo es? —dijo, pero luego sacudió la cabeza—. No, la reina tiene razón. Es responsabilidad mía hacer que la pelea sea emocionante si los otros dragones no están dispuestos a hacerlo.

—¿Por qué siempre haces lo que te dice? ¿A ti... a ti te gusta pelear?

Lo que de verdad quería preguntarle Cieno era si de verdad le gustaba asesinar a los dragones, pero tenía miedo de la respuesta. ¿Le gustaría a *él* matar a otros dragones si hubiera podido hacerlo una y otra vez sin consecuencias? ¿Era esa la clase de dragón que se suponía que debía ser? ¿Le gustaría si tuviera que hacerlo al día siguiente en la arena?

—Por supuesto —le contestó Peligro—. Soy buena luchando... y eso es todo. Y ella es mi reina. Soy su campeona.

—¿Por qué tú? —le preguntó, arriesgándose a acercarse demasiado a lo que de verdad quería preguntar: «¿Qué le pasaba en la cabeza?».

—Nadie más me quiere —dijo llanamente—. Ni siquiera pueden

tocarme. Ya lo has visto. Nací con demasiado fuego. Normalmente, cuando los dragones como yo salen del huevo, los Alas Celestes los tiran desde el pico de la montaña más alta. Eso era lo que mi madre estuvo a punto de hacer, pero la reina Escarlata me salvó y la mató para castigarla.

Al hablar de *su madre* , desapareció la calidez de su mirada.

—Vaya —dijo el Ala Lodosa; no sabía qué otra cosa decir.

—Sí. Y si quieres saberlo todo... quemé a mi gemelo cuando estábamos incubando. Le absorbí todo el fuego que él poseía y lo achicharré.

Peligro se encogió de hombros, pero aun así Cieno notó cómo le temblaba la voz.

—Yo ataqué a los otros huevos del nido cuando eclosioné —le contó él. Se le hizo muy raro decirlo en voz alta—. Al menos eso es lo que los adultos me han dicho. Que intenté asesinar a mis compañeros de nido. Yo no lo recuerdo.

Peligro ladeó la cabeza.

—Así que quizá los dos nacimos para asesinar a otros dragones —le dijo.

Cieno hubiera preferido que no pareciera tan contenta al pronunciar aquellas palabras. «Puede que tenga razón. Puede que ella sea el monstruo que yo estoy destinado a ser si me dejo llevar».

—Yo no quiero hacerlo —admitió—. Me gusta luchar, pero lo único que he matado alguna vez ha sido a algún animal para la cena.

—Su majestad me dijo que debía aceptar mi verdadera naturaleza —dijo Peligro, aunque no parecía muy segura—. Así es como me crio, dejándome ser yo misma, dándome dragones a los que matar. Quizá te sientas mejor si eres quien de verdad estás destinado a ser.

—Pues espero que esa no sea también mi verdadera naturaleza —dijo. Bajo la luz de la luna, la expresión de Peligro cambió y Cieno se dio cuenta de que había herido sus sentimientos—. No... no es eso —tartamudeó.

«Buen trabajo, Cieno. ¿Cómo se supone que vas a terminar esa frase? ¿"No tiene nada de malo ser una asesina"? O tal vez... "A ti parece que te va bastante bien"».

—Quiero decir... puede que haya nacido así, pero eso no quiere decir que no pueda cambiar, ¿verdad? Supongo que espero tener elección, eso es todo. Quiero ser quien de verdad quiera ser, no quien tenga que ser. ¿Verdad? ¿Alguna vez...? Quiero decir, si pudieras elegir... ¿no te gustaría ser otro dragón?

—No —le contestó Peligro clavando con fuerza las garras en la roca—. Me he aceptado a mí misma y me gusta tal y como soy. Tú deberías hacer lo mismo —añadió. Algo retumbó bajo ellos y Peligro saltó—. Mejor me voy.

—Espera —la llamó Cieno—. Por favor. ¿Quién se supone que va a pelear mañana? ¿Puedes hablar con la reina? Dile que no elija al Ala Nocturna. No está listo para la arena.

—¿Lo dices en serio? —se sorprendió—. Se pondría furiosa. Está muy emocionada por verlo pelear.

—Dile que me presento voluntario por él —soltó Cieno de pronto—. Dile que yo sí estoy preparado y que yo sí que le daré un espectáculo emocionante.

Peligro negó con la cabeza.

—No puedo. Me han prohibido que hable contigo. Ya se enfadó muchísimo cuando se enteró de mi visita anterior. Supongo que no eres como el resto de los prisioneros.

Cieno calló un momento, pensativo. Eso era muy raro. ¿Por qué le preocupaba a la reina Escarlata que Peligro hablara con él?

—¿Y aun así has venido a verme?

Arrastró las garras sobre la roca. Parecía bastante avergonzada.

—No sé por qué. Es decir... no parecía muy justo. Me gusta hablar

contigo. Su majestad nunca tiene tiempo de hablar conmigo y mi único amigo es viejo y siempre está contándome las mismas historias día tras día. Tú molas.

«Así que Peligro no cumple todas las órdenes que le da la reina Escarlata. Es bueno saberlo».

Se dio cuenta de que la dragona lo estaba mirando con un brillo especial.

—Esto... tú también molas, ¿vale?

Peligro esbozó una gran sonrisa haciendo que sus afilados dientes brillaran bajo la luna llena.

—Eso es lo que dice su majestad. A ella le gusto tal y como soy. Y nunca le he gustado a nadie más, excepto a ti.

«Uy», pensó Cieno. No estaba seguro de que ella le gustara por ser como era ni tampoco sabía si quería ser el mejor amigo de una dragona que tarde o temprano acabaría asesinándolo.

Aun así, había algo que no era del todo malo en Peligro... una especie de tristeza y sentimiento de incomodidad que él mismo entendía muy bien. Tal vez tuviera una oportunidad de quitarle de la cabeza aquello de matar. Y tal vez esa fuera la razón por la que la reina Escarlata no quería que hablara con él.

Mientras tanto, Cieno debía concentrarse en salvar a Nocturno.

—Escucha —comenzó—, ¿podrías hablarle de Nocturno? ¿Y si haces como si la idea fuera tuya? Un Ala Lodosa sigue siendo algo que nunca habéis visto, ¿verdad? Así que haced que vaya yo antes y reservaros a Nocturno para después. Además, si muere en su primera pelea... sería un pérdida espantosa, ¿verdad?

Cieno se tragó el nudo de miedo que se le había formado en la garganta ante la sola idea de la muerte de Nocturno.

—¿Crees que lo sería? —dijo Peligro, mientras inspeccionaba el círculo

de prisioneros. Incluso con la luz brillante de las lunas, era difícil ver a Nocturno en su pedestal—. ¿No puede usar sus poderes? ¿Leer la mente y todo eso?

«Pobre Nocturno».

Cieno se preguntó si un Ala Nocturna normal, criado entre otros Alas Nocturnas, ya tendría sus poderes. No quería ni que Peligro ni que la reina supieran que Nocturno estaba desprotegido, sin ninguna clase de poder, pero tampoco quería que arriesgaran la vida de su amigo porque pensaran que tenía algo especial que ofrecer a su espectáculo.

—Son un poco impredecibles —tanteó—. Aún no es un adulto, ya sabes. Aún está aprendiendo a usarlos. Aunque, por supuesto, son bastante terroríficos cuando los usa.

Esperaba que los Alas Celestes no tuvieran más información sobre los Alas Nocturnas que la que podía encontrarse en los pergaminos de Nocturno.

—Oh —susurró Peligro—. Eso tiene sentido —añadió, pensativa, mientras enroscaba la cola entre las garras. Cieno intentó alejarse un poco más, lejos del fuego abrasador que desprendía. Finalmente dijo—: Está bien. Lo intentaré.

—Gracias —le agradeció Cieno.

Peligro extendió las alas para alejarse volando. Luego, dudó y lo miró.

—Tú no lo harías, ¿verdad?

Cieno intentó adivinar a qué se refería.

—Suicidarte así —le aclaró ella—. Como lo hizo Horizonte.

Peligro tosió y le salió un pequeño anillo de humo del hocico.

Cieno no tenía ni idea de lo que haría si alguna vez tenía que luchar contra Peligro. Parecía mucho más terrorífico que atravesar el río de la

cueva. Contempló sus preciosos ojos azules y se dio cuenta de que estaba muy preocupada.

—No lo creo —dijo al fin.

Y lo pensaba de verdad. No podía imaginarse eligiendo aquella clase de muerte. Aunque tampoco creía que fuera lo suficientemente valiente como para hacerlo.

—Vale. Preferiría darte una muerte justa. Venga, buenas noches.

Se lanzó por el filo y empezó a mover las alas, enviándole olas de calor a Cieno.

El dragonet se sintió bastante inquieto mientras la veía descender hasta la arena. Peligro era la primera dragona que había conocido fuera de la montaña. Sin contar a la reina, claro. Puede que no fuera tan extraña como él pensaba. Puede que pasar de una conversación amistosa a la más pura violencia fuera algo normal en un dragón.

Había algo que le decía que no era así.

¿Tenía ella razón sobre su verdadera naturaleza? Si lo hubieran criado como a ella, matando dragones y alimentando al monstruo de su interior, quizá no estaría tan preocupado todo el tiempo. Quizá solo tenía que aceptar aquella parte de sí mismo, como había hecho Peligro.

Si lo hacía... ¿sus amigos seguirían queriéndolo? ¿Seguiría siendo merecedor de la profecía?

Una cosa sí era segura. Cuando tocara la arena, no tardaría en adivinar lo que se sentía al matar a alguien.

CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente, tres guardias rojos como la sangre vinieron a desencadenar a Cieno.

—¿Qué ocurre? —preguntó él, nervioso, mientras le quitaban los cables de las patas.

Se había acostumbrado a tener algo que lo sujetara por si acaso se caía, aunque acabara doliéndole.

—Audiencia privada con la reina —gruñó uno.

—¿Eso es algo bueno? ¿O malo? Nunca antes he sido prisionero de nadie. Aunque, bueno, en realidad, en cierta forma sí que lo he sido. Aunque aquí hace... mucho más viento. Además, hay una reina. Eso es nuevo. ¿Normalmente habla con sus prisioneros? ¿Puede que justo antes de dejarlos marchar?

—Cállate —le ordenó el guardia que le había contestado antes.

—Vale, sí. Solo me estaba preguntando dónde estarían los otros dragonets que venían conmigo y si por casualidad podría verlos...

Uno de los guardias apretó con fuerza el cable que tenía alrededor del cuello y siseó:

—Otra palabra más y se va a producir un desafortunado accidente en el camino de aquí a la sala del trono.

Cieno echó un vistazo por el borde y cerró la boca con fuerza. Hasta ahora, todos los Alas Celestes le parecían tan gruñones como Rapaz.

Se sorprendió al darse cuenta de que se había olvidado de su guardiana. La reina le había hablado como si ya se conocieran de otro tiempo. Retorció el cuello en un ángulo extraño y la buscó entre los prisioneros, mientras los guardias lo bajaban a la arena. Pero ninguno de los prisioneros rojos o naranjas de los capiteles era del color o del tamaño adecuado.

Con un escalofrío de miedo se dio cuenta de que el lugar donde debería estar Nocturno estaba vacío. Debían de habérselo llevado mientras Cieno estaba dormido, pero... ¿por qué?

Cuando aterrizaron en el suelo de arena, Cieno miró hacia el capitel de Tsunami y vio a otros tres dragones que en ese momento la rodeaban. Les estaba costando acercarse. Tsunami no paraba de pelear y dar latigazos furiosos con la cola.

«Uy. ¿Debería yo haber hecho lo mismo?».

Cieno no había opuesto ninguna resistencia. Miró a su alrededor, sopesando si debería echar a correr en aquellos momentos. Pero seguía teniendo las alas apresadas y solo había una puerta para salir de la arena. Y ya que los guardias lo estaban arrastrando hasta allí, no parecía demasiado inteligente liberarse para huir justamente hacia donde lo llevaban.

Así que los dejó que lo guiaran por el túnel lleno de humo, iluminado por antorchas y algún que otro agujero ocasional en el techo. El túnel era lo suficientemente ancho para que caminaran tres dragones por él, uno al lado de otro, con las alas extendidas. Subía por la montaña, hacia el palacio que Cieno había visto desde su prisión.

Dejaron atrás una gran cueva con altas ventanas estrechas en las paredes, que proyectaban franjas de luz solar en el suelo. De una de las paredes colgaba un retrato enorme de la reina Escarlata, que miraba majestuosamente por encima de la nariz. Cieno reparó en unas cuantas escamas cobrizas en el suelo y se preguntó si aquella sería la habitación de

Peligro. No había nada más en la cueva. De pronto se le ocurrió que posiblemente no podría dormir sobre pieles de animales ni leer pergaminos porque el contacto con su piel los quemaría hasta hacerlos desaparecer.

Pero si luchar era lo único que se le daba bien, ¿por qué la reina no había mandado a Peligro a la guerra? ¿Por qué la mantenía allí como parte de su espectáculo de gladiadores?

Quizás la reina Escarlata no estuviera cien por cien segura de su influencia sobre Peligro. Si la dejaba salir al mundo, puede que Peligro se diera cuenta de que no tenía por qué ser una asesina... o puede que decidiera matar a quien ella quería, sin esperar el permiso de la reina.

De repente, Cieno empezó a oír ruidos y murmullos por encima de la cabeza, como si hubiera allí una multitud de dragones. Entonces el túnel dio paso a un amplio salón y Cieno comprendió qué era lo que había estado escuchando.

Estaba de pie en un gran balcón sin barandillas, dos pisos por encima del suelo. El balcón recorría todo el espacio del salón, de dimensiones cuadradas, y, sobre él, Cieno podía ver cinco balcones más. Más allá, solo se veía el cielo abierto.

Por todas partes se veían dragones que corrían de un lado para otro, cuyas escamas brillaban bajo la luz del sol. Había ventanas a todo lo largo de las paredes, así que el salón estaba inundado de sol. Los suelos refulgían como si estuvieran cubiertos por ríos de fuego.

Cuando Cieno se fijó mejor, vio bajo sus propias zarpas el dibujo de unas huellas doradas. También se apreciaban vetas de oro grabadas en los muros, algunas de las cuales imitaban la forma de una llama y otras la de una nube.

Cieno recordó que aquella reina era rica. Aquello solo demostraba lo poderosa que era. Incluso con todo aquel oro a su alrededor, tan cerca de sus garras, ningún dragón se atrevería a escarbar y robarlo.

Los guardias lo condujeron en la dirección de las huellas de oro. Cieno se dejó llevar, mirando a los dragones que no paraban de revolotear por el salón. Los Alas Celestes volaban de piso en piso, saltando de un lado a otro y esquivando alas y colas. Algunos de ellos intercambiaban pequeños pergaminos en el aire; otros llevaban cubos de agua o pieles limpias de animales o comida. Todo el mundo parecía muy ocupado o fingía estarlo.

Cieno vio a una pequeña dragonet naranja en el piso superior que llevaba un cubo de agua con jabón entre las garras. Cuando alcanzó el balcón superior, la cola se le enredó con la de otro dragón y perdió el equilibrio. Intentó sujetarse al borde del balcón y dejó caer el cubo, que pasó al lado de Cieno y sus guardias.

Un momento más tarde, se escuchó un sonido metálico y, a continuación, un rugido furioso silenció todo el alboroto que se había formado.

Un furioso y *familiar* rugido.

Cieno se giró de nuevo hacia el balcón y miró hacia abajo. Al final del pasillo, bajo una reja de metal, había un dragón atrapado como una ardilla. El cubo no seguía rodando sobre los barrotes de hierro. Todo el agua y el jabón estaban sobre la prisionera.

Era Rapaz. La guardiana se agarró a los barrotes y los sacudió con furia mientras un murmullo de risas se extendía por todo el salón.

Cieno no tuvo oportunidad de ver nada más. Los guardias volvieron a cogerlo y lo arrastraron de nuevo por el camino de huellas doradas.

Se preguntó si aquella sería una celda especial para prisioneros peligrosos y, si era así, qué era lo que había hecho Rapaz para merecer estar allí. Ella nunca les había hablado de su vida antes de los Garras de la Paz ni de por qué había abandonado el reino de los Alas Celestes. Cieno siempre se había imaginado que la habían echado por ser demasiado gruñona.

Aunque ahora estaba seguro de que su carácter encajaba en aquel sitio a la perfección.

Dejó de pensar en Rapaz mientras los guardias lo empujaban hacia la sala del trono de la reina Escarlata.

La reina estaba sentada en la parte de arriba de una columna de roca con forma de nube, contemplando desde las alturas a los dragones que se movían bajo ella. El muro que tenía delante estaba completamente abierto al exterior, por lo que se veían el precipicio y las rocas de más abajo. En aquella sala, los adornos de oro de las rocas y del suelo llegaban hasta el techo, como si un dragón gigante hubiera estado vomitando oro por todas partes. Al principio, Cieno apenas podía ver por culpa de los reflejos y del fulgor.

Luego los ojos se le acostumbraron y localizó a Gloria, tumbada en su árbol bajo el sol. Tenía los ojos cerrados y parecía más relajada que nunca. Un reguero de gotas carmesíes se abría paso entre sus escamas azul marino y dorado oscuro. Dos soldados Alas Celestes estaban delante de ella con aspecto amenazador, bloqueándole el camino a Cieno.

Nocturno estaba de rodillas ante la reina, en una reverencia sumisa. Cieno se deshizo de sus guardias y se acercó corriendo a su amigo.

—¿Estás bien? —susurró.

Nocturno miró a la reina y sacudió ligeramente la cabeza.

—El Ala Nocturna intenta decirte que es de muy mala educación hablarle a alguien antes que a la reina. Más cuando esta está sentada en su trono —le explicó la Ala Celeste—. Primero te inclinas ante mí y luego te quedas ahí quieto hasta que yo esté dispuesta a dirigirme a ti. Sinceramente, ¿qué os enseñan a los dragonets estos días? Eres muy irrespetuoso.

—Lo siento —murmuró Cieno, intentando imitar la reverencia que le estaba haciendo Nocturno.

Por algún motivo, no consiguió adoptar con las garras la misma postura elegante de su amigo. Tuvo la sensación de que las alas le sobresalían en un ángulo muy extraño. Intentó señalar a Gloria con un brazo y a punto estuvo de darse de bruces contra el suelo.

La reina Escarlata arqueó una de sus cejas de rubíes e hizo un ruidito de desaprobación.

Cieno intentó quedarse tan quieto como pudo.

Pasó una eternidad. No había ningún otro dragón en la sala del trono excepto ellos dos, los guardias que vigilaban a Gloria y los tres que lo habían traído a él, los cuales custodiaban la puerta en ese momento. No había ni rastro de Sol por ningún lado.

La reina Escarlata se estudió las garras con detenimiento, una a una. De vez en cuando se las afilaba en la roca que tenía al lado.

Al final, oyeron todo el alboroto que se estaba formando en el túnel de fuera. Cieno no pudo evitar mirar por encima del hombro cuando reconoció la voz de Tsunami, que estaba soltando palabrotas. Una manada entera de Alas Celestes entraron en la sala del trono arrastrando a la Ala Marina con ellos. La dragonet tenía varios cables enrollados a su alrededor, que le sujetaban las garras a los costados y le inmovilizaban la poderosa cola. No paraba de mover la cabeza hacia los guardias, así que a estos les estaba costando mucho trasladarla.

Por fin consiguieron colocarla al lado de Cieno, tras lo cual los guardias retrocedieron rápidamente sobre sus pasos. Cieno observó con cierto regocijo que varios guardias parecían tener marcas de garras y mordiscos, obra de Tsunami.

—Vaya. Hola —dijo la reina, que parecía divertida—. Te estábamos esperando. ¿Debo suponer que estás disfrutando de tu estancia?

—Esto es un ultraje —siseó Tsunami—. ¿Cómo puedes tratar a los

dragones así? ¡Especialmente a nosotros! Por si no lo sabías somos los...

—... dragonets del destino, sí, lo sé. Qué emocionante —la cortó la reina —. Entiendo que habéis estado bajo tierra los últimos seis años, así que puede que no lo hayáis oído pero... no todo el mundo quiere que esta guerra acabe.

Nocturno se removió al lado de Cieno y este supo que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no corregir a la reina. El Ala Nocturna guardó silencio.

—Personalmente, creo que esta guerra es bastante entretenida —siguió la reina—. Consigo a muchos contendientes para la arena del campo de batalla. Y es una distracción maravillosa para todos esos dragones que, sin ella, podrían querer retarme por el trono. Nadie lo ha intentado en los últimos ocho o nueve años. Me ahorra un montón de problemas.

—Así que no te importa que cientos de dragones hayan muerto por esta guerra —escupió Tsunami.

La reina le dedicó una mirada de pena.

—Como si supieras algo al respecto. ¿Has estado alguna vez en una batalla de verdad? ¿Has visto alguna vez morir a cientos de dragones? ¿Sabes, acaso, algo sobre la guerra?

Tsunami abrió y cerró la boca unas cuantas veces.

—La hemos estudiado —dijo, segura de sí misma—. Sabemos que es algo horrible. Tantos dragones inocentes son heridos y asesinados cada día.

—Bueno, es fácil decir que la guerra es horrible —dijo la reina, moviendo una de sus garras—. Pero es mucho más complicado resolver estos problemas sin una guerra. Especialmente cuando estamos hablando de dragones. La lucha es algo natural para nosotros. Deberías saberlo... Me atacaste cuando apenas me conocías.

Movió la cola y Cieno vio un feo tajo rojo entre las escamas. Se sintió

culpable. ¿Podrían haber hecho alguna otra cosa en vez de atacarla? ¿Habría sido todo diferente si hubieran encontrado alguna solución más pacífica?

Tsunami parecía enfadada.

—¿Y quién debería ser la siguiente reina Arenosa? —preguntó Escarlata —. ¿Brasas, Ampolla o Llamas? Me encantaría saber si ya lo has decidido desde la sabia y amplia experiencia de la vida que te habrá dado vivir bajo tu segura cueva.

—Eso no es culpa nuestra —contraatacó Tsunami—. Nosotros queríamos vivir en el mundo exterior.

La reina parecía estar divirtiéndose otra vez.

—Piensas eso de verdad —dijo—. Hilarante. ¿De verdad crees que hubierais sobrevivido tanto de haber vivido aquí fuera? Vuestros guardianes os han contado qué les pasó a todos los dragonets que nacieron durante la noche más brillante, ¿verdad?

Nocturno inhaló aire profundamente. Tsunami y él intercambiaron una mirada que Cieno no entendió. Los guardianes nunca habían mencionado a ningún otro dragón que hubiera nacido aquella misma noche.

—Vaya —exclamó con una sonrisa la reina al ver la sorpresa en las caras de sus prisioneros—. Bueno, no voy a entrar en detalles, pero fue algo muy triste.

—Perdonadme —dijo Cieno, sin poder evitarlo. Nocturno le dio un fuerte pisotón, intentando hacerlo callar, pero el Ala Lodosa no le hizo el menor caso—. ¡Eh, para! ¡Tengo una pregunta! Perdóneme, su majestad —dijo dirigiéndose a la reina—. ¿Dónde está Sol? ¿Está bien?

–Oh, el Ala Arenosa con aspecto gracioso. Creo que a Brasas le encantará. Colecciona rarezas. Deberíais ver su palacio. Es bastante horripilante: está lleno de lagartos de dos cabezas y garras de dragón de

siete dedos y carroñeros con la piel más pálida que hayas visto jamás —dijo, encogiéndose de hombros—. Esa dragonet deforme será el regalo perfecto para ella.

—¡No puedes entregarle Sol a Brasas! —rugió Tsunami—. ¡Tenemos que permanecer juntos!

—Puedo hacer lo que me plazca —le contestó la reina—. Este es mi reino.

—¿Y qué pasa con Gloria? —le preguntó Cieno—. ¿Qué le ocurre?

—No le ocurre nada. Está bastante bien. Es un accesorio precioso para mi sala del trono.

—Pero... ¿por qué duerme tanto?

—Los Alas Lluviosas son criaturas vagas por naturaleza —dijo la reina con simpleza—. ¿No lo has notado? Bueno... tampoco es que los Alas Lodosas sean muy conocidos por su cerebro.

Cieno miró a Gloria. ¿Había abierto los ojos? ¿Acababa de imaginar el ligero movimiento de sus alas? ¿Estaba dormida o estaba escuchando? ¿Acaso no le importaba lo que la reina dijera sobre ella?

—Tienes que dejarnos marchar —le rogó Tsunami—. No puedes frenar la profecía y nosotros...

—Shhh —le dijo la reina. Uno de los soldados golpeó a Tsunami con una vara—. Tu altivez empieza a aburrirme. Ahora me vais a escuchar. Dentro de dos días, organizaremos una gran fiesta para celebrar mi día de la salida del huevo. Quiero que vosotros dos lo deis todo en la arena y nos ofrezcáis un gran espectáculo. Pero también le había prometido a mis súbditos que el combate de hoy valdría la pena, así que si os mando a alguno de vosotros a la arena, os agradecería que ganarais. Bien. ¿El Ala Nocturna está preparado para luchar? ¿Cuál de vosotros tiene más facilidad de ganar un combate a muerte contra... digamos... un Ala Helada?

—Yo —dijeron Cieno y Tsunami al mismo tiempo.

Nocturno agachó la mirada y la fijó en sus garras, avergonzado.

—Adorable —soltó la reina, entrecerrando los ojos—. Pero hablo en serio.

—¡Yo! —dijo Cieno—. Soy un gran luchador. Cógeme a mí.

No estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados mientras despedazaban a Tsunami. Especialmente cuando los otros la necesitarían mucho más a ella para escapar de aquel lugar que a él.

—Tú flipas —le contestó esta—. Siempre te gano en las peleas. Soy la más fuerte de todos nosotros.

—¡No siempre! Además un Ala Lodosa será mucho más interesante que otra Ala Marina, ¿verdad? —le dijo a la reina.

— Cierto —musitó esta.

—¡Otra Ala Marina! —le recriminó Tsunami—. ¿Cómo te atreves? ¡Sabes que soy la mejor luchadora!

—Adoro vuestro entusiasmo, pequeños dragonets —dijo la reina, aplaudiendo con las alas—. ¡Guardias! ¡Llevaos a esos dos! —ordenó, al tiempo que señalaba a Tsunami y a Nocturno con la cola. Los Alas Celestes se acercaron y miraron los dientes de Tsunami con aprensión.

—Y a este... —dijo Escarlata, señalando a Cieno. Sus ojos eran dos rendijas amarillas y maliciosas—. Preparadlo para la arena.

CAPÍTULO 18

Cuando Cieno notó la arena bajo las garras y escuchó el rugido de los dragones del público, se dio cuenta de que quizás hubiera necesitado darle un par de vueltas más a su plan.

No tenía ni idea de cuáles serían sus armas contra un dragón desconocido. Se le quedó la mente en blanco cuando los guardias Alas Celestes soltaron a un siseante Ala Helada al otro lado de la arena. ¿Sabía algo sobre los Alas Heladas?

El sol estaba alto en el cielo y allí abajo, en la arena, hacía mucho más calor que en los capiteles. Cieno veía las gotas de líquido plateado que le caían al Ala Helada entre las escamas azules. Por encima de ellos, la reina Escarlata les sonrió desde su balcón, con Gloria durmiendo apaciblemente a su lado.

Aterrizó en medio de ellos el mismo presentador del día anterior y se inclinó ante la multitud.

—Desde la batalla del mes pasado con el ejército de Llamas, las mazmorras de nuestra reina han estado repletas de prisioneros de guerra Alas Heladas. Solo nueve han sobrevivido. Después de dos victorias, aquí os traigo a... ¡Fjord de los Alas Heladas!

Fjord azotó el aire con su cola y la dirigió hacia Cieno.

—Y en la otra esquina, algo fuera de lo común... un Ala Lodosa, pero no uno de nuestros aliados. No, a este dragonet lo encontraron escondido bajo

una de nuestras montañas, protegido por los Garras de la Paz. ¿Es uno de los dragonets del destino? ¡No lo será como pierda esta batalla!

Un murmullo de risas recorrió los asientos ocupados, pero vio expresiones de incomodidad y de preocupación en las caras de los dragones que tenía más cerca. Se fijó en un Ala Lodosa sentado en uno de los balcones cercados, con el ceño fruncido. «Intenta pararlo —le pidió en silencio, rezando para que pudiera entenderlo—. ¡Haz algo! ¡Soy uno de los vuestros!».

Pero el Ala Lodosa apartó la vista, como si no quisiera ver lo que iba a ocurrir y, sin embargo, no pudiera irse de allí.

El presentador siguió hablando.

—Si estos dragonets proféticos son tan maravillosos y legendarios como se supone que deben ser, esta será una pelea memorable. Espero que estés preparado para impresionarnos, dragón del lodo. Os presento a... ¡Cieno de los Alas Lodosas! ¡Garras alzadas! ¡Dientes listos! ¡Luchad!

Cieno parpadeó cuando el Ala Celeste salió volando de la arena. Nunca se habían referido a él como el «de los Alas Lodosas». Podría haber sido más emocionante si no hubiera estado rodeado por más de doscientos dragones, incluidos Alas Lodosas, listos para aplaudir su muerte inminente.

No se sentía nada maravilloso ni legendario mientras el Ala Helada se acercaba a él. A eso se reducía todo: matar o morir. Era el momento perfecto para averiguar si llevaba dentro un monstruo y si era del tipo que le resultaría útil o del que le haría odiarse para el resto de su vida.

Claro, que también podría ser ambas cosas.

Las escamas azul claro de Fjord eran del color del cielo reflejado en el hielo de los picos lejanos de las montañas. Tenía los ojos de un azul un poco más oscuro y estaban llenos de malicia. Tenía varios cuernos de más, como si llevara una corona de carámbanos sobre la cabeza. Lucía un arañazo de

garras en el cuello, que ya había empezado a cicatrizar. Aún tenía sangre seca en las escamas de alrededor. Siseó, sacando su lengua azul entre sus dientes, afilados como carámbanos.

—Esto... hola —fue lo único que se le ocurrió a Cieno mientras se le acercaba el Ala Helada—. ¿Eres Fjord, verdad?

Fjord dejó de avanzar y lo miró, sacando sin cesar la lengua. Solo era una cabeza más alto que Cieno, pero parecía mucho más viejo y aterrador.

—Nunca he conocido a un Ala Helada —continuó, retrocediendo un paso —. De hecho, nunca he conocido a nadie. Quiero decir que... Una vez leí que erais de todos los colores del hielo, pero nunca me había dado cuenta de que había tantos colores en el hielo. Como... ya sabes... el azul. Es muy sorprendente. Es escalofriante. Oh, perdona, no intentaba hacer una gracia.

—¡Buuuuuuuu! —gritaron algunos dragones desde sus balcones—. ¡Más sangre! ¡Más muerte! ¡Que alguien muerda a alguien!

—¿Estás intentando que nos maten a los dos? —gruñó el Ala Helada—. Cállate y déjame que te mate.

—Preferiría que no lo hicieras —dijo Cieno, tambaleándose al retroceder otro par de pasos.

Un pequeño movimiento captó su atención y miró hacia el cielo. Nocturno se asomaba en ese momento desde su plataforma, casi a punto de caer de ella, y movía la cola y las alas en dirección a Cieno. Estaba intentando decirle algo, pero ¿el qué?

Era algo sobre los Alas Heladas. Algo que debían de haber aprendido en sus pergaminos y sus clases. Algo muy importante, a juzgar por lo asustado que parecía Nocturno.

El Ala Nocturna se señalaba la boca. *¿Fuego?* Cieno miró a Fjord no muy convencido. No creía que los Alas Heladas pudieran escupir fuego. ¿No acabarían derritiendo su palacio cada vez que lo hicieran?

Se dio cuenta de que Fjord volvía a hacer algo extraño con la boca. Que fuera una sonrisa estaba completamente descartado.

Cieno se agachó y rodó alejándose del dragón cuando de su boca salió una explosión de algo que parecía humo brillante. Un poco de ese humo le rozó el ala y Cieno notó una punzada horrible recorriéndole el cuerpo.

«Vale, bien. Aliento letal helado. Eso es importante. Gracias, Nocturno».

Al fin recordaba las llamaradas heladas de aire frío que los Alas Heladas podían expulsar por la boca. Pero claro, lo ideal sería que recordara cómo combatirlo. No iba a tener tanta suerte.

Seguramente el fuego ayudara. Cieno respiró hondo, extrayéndose el calor del pecho, mientras Fjord volvía la cabeza hacia él. El Ala Helada volvió a abrir la boca, dispuesto a escupir su aliento mortal de nuevo, cuando Cieno respondió con una explosión de fuego.

Fjord retrocedió, trastabillando sobre la arena, y se golpeó la boca con las alas. Las llamas habían sido absorbidas casi al instante por sus escamas, pero el Ala Helada parecía ahora mucho más enfadado que antes.

—Lo siento —se disculpó—. Escúchame, ¿de verdad tenemos que luchar? ¿Qué nos podría pasar si...?

Fjord lo interrumpió al echar a correr hacia él con las garras delanteras alzadas. Cieno tuvo que cerrar la boca y apartarse de su camino, esquivando las garras solo por poco. La larga cola de Fjord lo golpeó en la cara y lo cegó momentáneamente.

Instintivamente, Cieno alzó las alas sobre la cabeza y atacó con las patas traseras. Notó cómo golpeaba algo y escuchó el rugido de dolor de Fjord. Cuando se le aclaró la vista, vio que había golpeado por error la herida del cuello de Fjord y la había hecho sangrar de nuevo.

Fjord se echó hacia atrás y se tocó el cuello con cuidado. No paraba de mover la cola, al tiempo que batía en el aire sus alas atadas entre sí.

¿Cómo voy a salir de esta?

No sentía a ningún monstruo despertándose dentro de él. Lo que fuera que le hubiera motivado a atacar a los otros dragonets en el nido estaba enterrado bien profundo. No quería matar a Fjord. No quería matar a nadie.

Se preguntó si debería haber dejado a Tsunami luchar en su lugar. «No, yo soy el primero que eclosionó y el más grande. No podía dejar que ninguno de los otros arriesgara la vida cuando yo podía luchar por ellos». Clavó las garras en la arena y bajó la cabeza para mirar al Ala Helada a los ojos. «Tengo que matarlo, ¿no? Debe de haber una parte de mí capaz de hacerlo».

Siempre había esperado que su monstruo no fuera necesario. Siempre se había imaginado que la profecía se haría realidad de una forma u otra, que la guerra acabaría y que toda esa masacre de dragones terminaría por fin... sin que él tuviera que herir a ningún dragón.

«Pero es demasiado pronto para la profecía. Y es culpa nuestra, por haber huido antes de tiempo».

«Aun así, tenemos que resistir, tenemos que salvar a Gloria...».

—¡BUUUUUUUUUU! —gritaron más dragones del público—. ¡Una oveja podría haber ganado ya esta pelea! ¿Qué estás haciendo? ¿Pensar? ¡Menos pensar y más matar! ¡Desgárralo! ¡Desgárralo! ¡Desgárralo!

«Se parecen mucho a Rapaz».

Cieno era incapaz de adivinar si lo estaban animando a él o a Fjord o si lo único que querían era que alguien muriera.

Fjord se puso de nuevo a cuatro patas y corrió hacia Cieno, siseando con la lengua como si estuviera a punto de escupir hielo de nuevo.

La voz de Rapaz le gritaba órdenes a Cieno dentro de la cabeza. Se tiró al suelo y rodó por debajo del cuerpo de Fjord cuando este intentó saltar hacia él. Le dio un rápido tajo a Fjord en el estómago, dejando un reguero de

sangre sobre sus suaves escamas. Se irguió para volver a enfrentarse al dragón.

Fjord gritó, doblándose por la mitad.

—¡AAAAAAY! —gritó la multitud.

—¿Qué demonios te pasa? —le gritó el Ala Helada a Cieno—. ¡Así no es como lucháis los Alas Lodosas! ¡Conozco vuestras técnicas!

—Pero yo no. —Lo peor era que Cieno decía la verdad—. Lo siento.

Se preguntó si aquella era la forma de luchar de los Alas Celestes. Eso era lo que Rapaz siempre había querido. Tenía el presentimiento de que ella le diría que no, que así no era como luchaban los Alas Celestes, que lo que él hacía era luchar como un triste ñu. Aun así parecía que había pillado a su oponente con la guardia baja.

Cieno hundió las garras en la arena, mientras observaba cómo se iba desangrando Fjord. Si atacaba, podría sorprender al otro dragón e incluso ganarle. Pero viendo todo el daño que había hecho se sentía horriblemente mal. No podía imaginarse haciendo algo peor... ¿Como qué? ¿Romperle el cuello a Fjord? Tembló, recordando de nuevo el crujido del cuello de Desierto al romperse.

Él no era así, por mucho que Rapaz y Peligro dijeran que sí.

—Muy bien, dragones —dijo la reina, cuya voz se impuso sobre la del resto de espectadores hasta que el estadio entero se quedó en silencio—. Fjord y Cieno, no tenemos todo el día. Algunos de nosotros tenemos reinos que gobernar. Que uno de vosotros mate al otro ahora mismo o yo misma bajaré ahí para mataros a ambos.

Fjord se volvió de nuevo hacia Cieno. No había tiempo para pensar. Cieno se irguió y agarró los cuernos extra del Ala Helada, apartándole la cabeza a Fjord antes de que soltara otra bocanada de hielo. La explosión de aire helado llegó hasta los asientos más bajos de los balcones. Varios

dragones se echaron unos encima de otros, gritando, para apartarse de su trayectoria de aquel aliento.

Fjord sujetó a Cieno por el pecho, con las garras, y ambos forcejearon sobre la arena. Fjord golpeó a Cieno en las alas con las suyas, que eran plateadas y extrañamente duras. Cieno tenía las garras ocupadas en tratar de mantener la cabeza de Fjord apuntando a otro lado que no fuera él mismo. No podía luchar mientras el dragón le estuviera clavando las garras en los hombros. Un dolor profundo y lacerante se extendió por las escamas del dragonet.

—Llegó tu hora —gruñó Fjord.

Le enroscó la cola entra las patas traseras y tiró con fuerza. Los dos cayeron al suelo, pero el Ala Helada quedó encima. Le rodeó el cuello con las garras a Cieno y apretó con fuerza.

«He vuelto a fallar», pensó Cieno desanimado cuando le empezó a abandonar la fuerza de los brazos. «Por última vez». En unos segundos, soltaría la cabeza del Ala Helada y él lo mataría con uno de sus alientos helados.

Y ahí acabaría todo.

CAPÍTULO 19

Cieno cerró los ojos. No podía soportar ver el círculo de prisioneros por encima de él, sabiendo que Tsunami y Nocturno estaban allí arriba viéndolo morir.

Escuchó un grito en la lejanía y Fjord apartó la cabeza, alarmado. Cieno abrió los ojos y vio que el Ala Helada estaba mirando hacia los prisioneros. Al igual que todos los dragones del estadio. Cieno siguió sus miradas y vio a un dragón azul por encima de sus cabezas, retorciéndose entre el revoltijo de cables que colgaban sobre la arena. Los otros prisioneros estaban gritando e intentando sujetarse con fuerza en sus propias torres de piedra, mientras el peso del dragón azul amenazaba con tirarlos a todos.

Era Tsunami.

Debía de haberse lanzado desde su prisión para intentar llegar a Cieno. Pero los cables la agarraban y no paraba de luchar como un insecto atrapado en una telaraña.

—¡Cogedla! —rugió la reina Escarlata.

Todos los guardias Alas Celestes alzaron el vuelo al unísono.

«Esta es mi oportunidad», pensó Cieno. Fjord estaba distraído. Ahora debía atacar y matarlo. Debía hacerlo. Tenía que hacerlo. Si podía haber matado a sus compañeros mientras estaban en sus huevos, debería ser capaz de matar a este dragón que no conocía de nada.

Aun así no podía hacerlo. Lo único que podía pensar era... «Fjord es tan

prisionero como yo. ¿Por qué debería vivir yo en vez de él?».

«Por eso mismo la profecía está condenada... por mí».

Cieno era el único que estaba mirando al dragón de hielo cuando un reguero de pequeñas gotas negras se estrelló contra la cara y el cuello de Fjord.

Fjord pestañeó, sorprendido, y automáticamente levantó una garra para quitárselas de la cara. Pero antes de que sus zarpas llegaran al hocico, ambos dragones escucharon un siseo. Cieno lo miró estupefacto mientras veía cómo las gotas negras empezaban a burbujear y a echar humo. Las escamas azules empezaron a derretirse.

Entonces Fjord gritó.

Era el peor sonido que Cieno había oído en su vida. El dragón al que había matado Peligro había gritado de la misma forma, con la misma agonía, pero era mucho peor estar justo debajo de un dragón moribundo. Sus gritos le taladraron los oídos a Cieno.

Una de las gotas había caído en el ojo del dragón de hielo. Eso fue lo primero que se desintegró, dejando un hueco negro y humeante en su cabeza. Ese lado de la cara se le empezó a deshacer poco a poco como si fuera hielo fundiéndose. Fjord se apartó de Cieno y empezó a arañarse el cuello. Las escamas derretidas se le estaban metiendo en las heridas.

Cieno se cubrió los ojos, reprimiendo las ganas de vomitar. ¿Por qué la muerte no podía ser limpia, indolora y rápida? Ya que tenía que ocurrir, al menos que fuera así.

Al final se le ocurrió preguntarse quién podría haber atacado al Ala Helada. Debía de haber venido de algún lugar del balcón de la reina. Alzó la mirada y solo vio tres caras allí, que los observaban fijamente a Fjord y a él. El resto de los guardias estaban en el cielo, ocupándose de Tsunami y de los otros prisioneros.

La reina Escarlata que parecía complacida.

Gloria que parecía dormir plácidamente.

Y Peligro que parecía... aterrorizada.

Después de que Fjord muriera y de que se apagaran los gritos de alegría y diversión, a Cieno lo llevaron de nuevo a su torre y desde allí miró hacia abajo. Podía ver las nuevas cadenas extras y los cables que ahora sujetaban a Tsunami. Los prisioneros que estaban a su lado no paraban de gritarle cosas, furiosos, y la acusaban de haber estado a punto de matarles. Ella lo saludó con la cola y Cieno se sintió un poco mejor, aunque no demasiado.

Su victoria no había sido justa. No había podido encontrar dentro de él la fuerza necesaria para matar a otro dragón. Ni siquiera había deseado que Fjord muriera. Algo... alguien... lo había matado por él. Una bola enorme de culpabilidad le pesaba en el estómago. Se sentía culpable por lo que le había pasado a Fjord; a Desierto; por el estado tan extraño en el que se encontraba Gloria, como si estuviera drogada; por Sol, donde quiera que estuviera; por Nocturno, que jamás sobreviviría a un combate en la arena; y por Tsunami, que sí podría sobrevivir si conseguía que no la mataran antes.

Fue incapaz de comerse el cerdo que le habían traído los guardias aquella tarde. Se limitó a mirarlo con tristeza mientras el animal corría por la plataforma, chillando de terror, hasta que se cayó por el borde. Luego se sintió culpable también por aquello.

«Sentirte culpable por la comida. Menudo héroe estás hecho».

Cieno le dio la espalda a la pelea de la tarde entre un Ala Marina y un carroñero que la reina había encontrado en el bosque. Creía que las reinas serían más cuidadosas con los carroñeros después de lo que le había ocurrido a Oasis, pero ahora que sabía lo patéticos que eran, entendía por qué a la reina Escarlata no le preocupaban. Al carroñero le permitieron

conservar sus divertidas y pequeñas armas, pero no le sirvieron de mucho. La pelea acabó enseguida.

Cieno se cubrió las orejas para no tener que escuchar el ruido que el dragón hacía al masticar, los crujidos que le arrancaba al carroñero y los gritos de júbilo que emitía el público.

Durmió un poco aquella tarde, pero sus sueños estuvieron plagados de pesadillas y dragones muertos.

Casi resultó un alivio despertarse después del atardecer y encontrarse a Peligro en el mismo sitio que había ocupado antes. Incluso el calor que emitían sus escamas era bienvenido, ya que los vientos soplaban más fuertes y fríos que nunca.

—Oh, hola —dijo con rapidez—. Hoy has estado alucinante. Aunque no tengo ni idea de cómo lo hiciste. Estaba mirando a los prisioneros y, de repente..., bueno, genial. Diste más miedo que yo. Es decir, yo doy bastante miedo, pero... caray. ¿Cómo lo has hecho? No tienes que decírmelo si no quieres. Bueno, puede que tengas que hacérmelo a mí. Probablemente lo harás. Es lo más terrorífico que he visto nunca. Fue como... Nunca se me había ocurrido pensar en cómo sería sentarse aquí arriba y verme matar a otros dragones. Y resulta que hoy era yo la que estaba mirando y pensando que eso era lo que me iba a ocurrir a mí. Bien. Pero aun así fue alucinante. ¿Me lo puedes decir? No, no tienes que hacerlo.

—Para —la interrumpió Cieno, llevado por la culpa y la preocupación—. Peligro, no fui yo. Yo no... yo no le he hecho eso a Fjord.

Ella soltó el aire que estaba aguantando y una pequeña llama le salió de la nariz.

—Está bien —le contestó—. No creía que me lo fueras a decir. Yo también lo mantendría en secreto.

—No, en serio. Creo que ha sido la reina Escarlata. Ella quería que yo

ganara. Ha debido de hacer algo mientras los otros no estaban mirando.

Peligro parecía no creérselo.

—Nunca la he visto hacer nada así —dijo—. Pero supongo que podría haberlo hecho. A ella no le importa hacer trampas —añadió, encogiéndose de hombros. Le mostró las garras, como si quisiera dar a entender que ella misma era buen ejemplo de ello—. Supongo que ha encontrado el veneno en alguna parte de su tesoro.

—¿Has visto a mi amiga Sol? —le preguntó Cieno.

Le estaban empezando a doler los arañazos de la espalda y las heridas de la garganta.

—¡Oh! ¡Sí! —le dijo la dragona. Lo miró con sus astutos y brillantes ojos azules—. He venido justo por eso. Te diré dónde está, pero antes necesito que hagas algo por mí. Y si no lo haces, no te lo diré.

Cieno intentó mover sus doloridas alas, pero las notó rígidas y adormecidas. Notaba perfectamente la sangre seca que tenía bajo las escamas y en la cresta picuda de la espalda.

—No tienes que hacerlo, Peligro. Te ayudaría de todas formas.

—Sí, seguro. Bueno. Ya veremos. No es algo fácil y puedes meterte en problemas. Yo sí que me meteré en líos si su majestad se entera —dijo, arañando la roca que tenía bajo los pies.

—No me importa —le aseguró él—. Ya estoy metido en suficientes problemas. ¿Está bien Sol?

Peligro frunció el ceño y respondió.

—Sí, está bien. Sin un solo rasguño y comiendo como una reina. Está haciéndose amiga de todos los guardias. Es un poco repugnante, si quieres mi opinión.

—Así es Sol —dijo Cieno, mientras suspiraba aliviado—. ¿Qué quieres que haga?

—¡Me dijo que no se me permitía mirar! —soltó—. Soy la única dragona en todo el Reino Celeste que se supone que tiene que alejarse mañana de la arena. ¡No es justo!

—¿Por qué? —dijo Cieno. El miedo volvió a atenazarle el estómago. ¿Qué nueva y horrible batalla había planeado la reina para el día siguiente? —. ¿Qué está ocurriendo?

—¡Ni siquiera lo sé! —estalló Peligro—. ¡Es alguna especie de juicio! ¿No suena aburrido? ¿Por qué me querría mantener lejos de eso? Ni siquiera me importaba hasta que me lo ha prohibido. Escuchar a todos esos dragones hablar sobre leyes es tan emocionante como sacarse trozos de oveja de entre los dientes. Además, siempre acaba igual. A la reina simplemente le gusta todo el rollo de los juicios y las ejecuciones formales. Nunca se declara inocente a nadie.

—Rapaz —dijo Cieno—. Debe de ser el juicio de Rapaz. La reina Escarlata dijo algo sobre ese tema.

—Bueno, sea quien sea, quiero mirar —se empecinó Peligro—. Así que pensé que quizá, si me escondía aquí arriba, detrás de ti...

Cieno miró a su alrededor. El Ala Helada de su izquierda estaba dormido y la celda de su derecha seguía vacía. Si él se quedaba al borde de su plataforma con las alas extendidas y Peligro se agachaba lo suficiente, quizá pudiera esconderla de los ojos de la reina.

Intentó volver a abrir las alas y emitió un gritito de dolor. El cepo le doblaba la parte exterior hacia dentro, como si las tuviera enrolladas y sujetas con algo. Aun así, tendría que ser capaz de abrirlas un poco, aunque no pudiera volar con ellas.

—Me duelen demasiado —le dijo a Peligro—. Lo intentaré, pero ahora mismo no puedo abrirlas, así que no sé si podré esconderte.

Peligro frunció el entrecejo.

—Déjame ver —dijo, señalando los hombros de Cieno.

Cieno se giró hasta darle la espalda y ella reprimió un grito de sorpresa.

—Eso no suena demasiado bien —dijo Cieno, volviendo el cuello para intentar verse la espalda—. No puede ser tan malo. Rapaz cree que el dolor te enseña cosas, así que créeme, me han arañado y herido antes.

—No por un Ala Helada, supongo. Tienen garras dentadas, así pueden agarrarse al hielo mientras caminan. Es como si te clavaran cuatro garras en vez de una. ¿Te haces una idea?

—Mmmm, más o menos. Me siento mejor contigo cerca.

—¿En serio?

—Sí, por el calor, creo. —Cieno se sintió avergonzado, aunque no sabía muy bien por qué—. Es mejor que el viento.

—No sé cómo arreglarlo —le dijo la dragona, que se sentía frustrada e impotente. Cieno sintió la proximidad de su calor—. Supongo que podría quedarme aquí, si eso ayuda.

Cieno se acordó del veneno de la cueva bajo la montaña y del dolor punzante que tenía bajo las escamas. Se preguntó si funcionaría el mismo tratamiento en ese caso.

—Hay algo —dijo dudoso—, que si no es mucho pedir... Creo que ponerme un poco de lodo en las heridas me ayudaría.

—Dios mío, claro —gritó—. ¡Eso es! ¡Puedo embadurnarte de lodo! Quédate aquí.

Dio un salto de la torre y salió volando.

—Quédate aquí —repitió al aire—. ¿Adónde podría ir si no? ¿A pasear?

Volvió a recoger las alas e intentó resguardarse del viento, pero lo golpeaba desde todas partes, y la torre era aún más fría desde que se había ido Peligro. El dolor empeoraba con el paso de los minutos y las lunas se

elevaban más en el cielo. Estaba tiritando cuando vio por fin aproximarse a Peligro por el cielo.

Entre sus garras delanteras llevaba un enorme caldero de piedra lleno de lodo marrón. Cieno se quedó mirando cómo aterrizaba delante de él.

—¿Dónde has conseguido eso? —preguntó.

Peligro señaló con la cabeza a uno de los muros más lejanos del palacio de la reina. Cieno agudizó la vista y vio el reflejo de la luna sobre el agua de una cascada.

—El Río de Espuma Diamantina nace al final de aquel muro —le explicó Peligro—. Y desemboca en el mar. Al menos eso es lo que he oído. Nunca he salido del Reino Celeste —reconoció, mientras metía una de las garras en el caldero.

Cieno la observó con curiosidad hasta que vio cómo el lodo empezaba a hervir y burbujear.

—¿Por qué no? —preguntó—. Debes de ser una de las dragonas más poderosas de aquí. ¿Por qué no puedes ir adonde quieras?

Peligro parecía bastante sorprendida.

—¡Nunca debo desobedecer a su majestad! Esa es la razón por la que mataron a mi madre —dijo. De pronto, a Cieno se le ocurrió algo, pero la dragona continuó antes de que pudiera recabar un poco más de información —. Además, tengo que comer rocas negras cada día o moriré. La reina se asegura de que siempre haya suficientes para mí.

—¿Rocas negras?

—Es parte de la maldición de tener demasiado fuego —le contó ella encogiéndose de hombros—. Tengo suerte de que la reina se tome tantas molestias para mantenerme con vida.

—¿Alguna vez has intentado no comértelas? —le preguntó Cieno.

—Una vez, cuando era mucho más joven —dijo Peligro, moviendo las

garras con aire incómodo—. Me enfadé con su majestad porque no quería contarme nada de mi madre. Quería huir, así que dejé de comer rocas para ver qué pasaba y me puse muy enferma. Casi tan enferma como para morirme del dolor.

—Oh.

Había algo en aquella historia que no encajaba demasiado bien. Parecía bastante conveniente que la reina hubiera encontrado una forma de tener controlada a la dragona más peligrosa de su reino. Pero él no era ningún experto en Alas Celestes con extrañas y mortales características.

—¿Esa también es la razón por la que no la retas por el control del trono? —le preguntó—. Me apuesto lo que quieras a que podrías ganarle en un combate.

Peligro lanzó un extraño chillido y a punto estuvo de golpear a Cieno con la cola.

—¡Yo no quiero ser reina! ¡Qué cosa más horrible! Deja de decir tonterías y date la vuelta.

Cieno le dio la espalda y abrió las alas todo lo que pudo. Una parte de él esperaba que Peligro le aplicara el lodo con sus garras, pero entonces se dio cuenta de que no había forma de hacerlo sin que ella lo quemara. Intentó darse la vuelta para decírselo, pero justo entonces la dragona le echó todo el contenido del caldero sobre las escamas.

—Aaaay.

Cieno apretó los dientes con fuerza, intentando no gritar. El lodo estaba tan caliente como el aliento de Rapaz y tuvo la sensación de que las escamas se le iban derritiendo a medida que las tocaba.

Entonces, una vez pasado el susto inicial, el calor se volvió soportable. Cieno sentía cómo el lodo se le iba introduciendo en las heridas y, al

instante, se reducía el dolor. Desearía haber tenido algo así después de cada sesión de entrenamiento con Rapaz.

—Mucho mejor —dijo con satisfacción.

Cieno se desperezó y movió los hombros. Sentía los músculos más fuertes y recuperados.

—Caray. ¿Funciona esto con todos los Alas Lodosas?

—Claro. ¿Cómo podías no saberlo?

—¿Qué me dices de los otros dragones? —le preguntó el dragonet, dándose la vuelta para mirarla a la cara.

Se preguntó si podría usar aquel truco para curar a sus amigos, si alguna vez salían de allí, claro.

—No lo creo —le contestó Peligro—. No estoy segura de que lo hayan intentado. Sería muy raro. ¿Qué Ala Celeste te dejaría ponerle lodo en las escamas? Puaj.

—Es lo mejor del mundo —le dijo Cieno—. Bueno, sin contar lo que se siente al volar. Y comer. Dios, tengo hambre.

—Iré a cazar para ti toda la noche, ¿vale?

—Oh, no, no tienes que... —empezó a decir, pero ella ya se había ido.

Cieno se sentó y enroscó la cola alrededor de sus patas traseras, pensativo.

Tenía una idea bastante aproximada de por qué Peligro no podía ver el juicio del día siguiente. La reina Escarlata había dicho que Rapaz la había desobedecido. Además, estaban esas marcas de quemaduras que tenía Rapaz en las garras.

No costaba mucho imaginarse a Rapaz intentando asesinar a su propio dragonet. Sobre todo, cuando descubrió que había algo malo en ella.

Peligro creía que su madre estaba muerta. ¿Cómo reaccionaría cuando descubriera que era Rapaz... y que aún seguía con vida?

CAPÍTULO 20

Peligro le trajo tres conejos y dos calderos más de lodo a lo largo de la noche. Se quedó en el borde de la plataforma de piedra, pero el calor que desprendían sus escamas ayudaba a que el lodo en la espalda de Cieno se mantuviera caliente.

También ayudaba a ahuyentar las pesadillas. Cuando le hablaba, el peso de la culpabilidad de Cieno se aligeraba. Lo cual era bastante extraño... y Cieno lo sabía. Peligro era responsable de más muertes que él, pero eso parecía no importarle. El dragonet deseó poder estar tan tranquilo como ella. Por si tenía que volver a luchar en la arena, quizá debería pedirle que le diera algunas clases de cómo utilizar a su monstruo interior y lidiar con él.

—¿Nadie te estará buscando? —le preguntó cuando el sol empezó a salir sobre la línea distante del mar.

Ella negó con la cabeza.

—Se supone que voy a pasarme todo el día en las cuevas buscando rocas negras —le contestó—. Mientras esté aquí arriba, detrás de ti, nadie me descubrirá, espero.

—¿Ni siquiera los guardias?

—No dan de comer a los prisioneros hasta mediodía. El juicio será al amanecer. Mira, ¿ves lo que te decía? —dijo, acercándose un poco más a él, echando un vistazo por debajo de su ala.

Cieno miró hacia abajo y vio a un montón de dragones llenando los

asientos de la arena. Parecían mucho más silenciosos y sumisos que en las peleas. Los soldados Alas Celestes llevaron dos piedras enormes a la arena. Uno de ellos arrojó tres enormes anillos de hierro al suelo, que formaron una especie de triángulo, y luego les enganchó unas cadenas gruesas.

—Abre las alas, ¡rápido! —siseó Peligro—. Ahí viene.

Cieno desplegó las alas en el preciso instante en que la reina Escarlata salía a su balcón. Se percató de que la soberana había cambiado su cota de malla de oro por un chaleco hecho de pequeñas cadenas negras rematadas con diamantes. Ni siquiera se dignó a mirar a los prisioneros, aunque Peligro no se movió de su escondite tras las alas de Cieno. En aquella ocasión no habían llevado a Gloria hasta allí y Cieno supuso que un adorno no pintaba gran cosa en un juicio.

Tras unos minutos, llevaron a Rapaz al círculo de arena. La Ala Celeste no paraba de gruñirle y escupirle a los guardias que la rodeaban. Una cadena alrededor del hocico les salvaba de su aliento de fuego. Tenía muchas más cadenas rodeándole las patas y la cola, así que le resultaba imposible atacar.

—Qué raro —le susurró Cieno a Peligro—. Siempre he odiado a Rapaz, pero no soporto verla así.

—¿De qué la conoces? —le preguntó la Ala Celeste.

—Es uno de los tres dragones que nos criaron bajo la montaña —le explicó—. No les gustábamos mucho, pero se suponía que tenían que mantenernos con vida hasta que los Garras de la Paz volvieran para que pudiéramos cumplir la profecía.

Calló un momento y tragó saliva con dificultad al acordarse de Desierto. ¿Habría sobrevivido Membranas en el río?

—Al menos teníais a alguien. Supongo que tener unos padres horribles es mejor que no tener padres.

Cieno miró hacia abajo, a la reina, y se preguntó si aquello sería verdad. Ella había sido lo más parecido a una madre que Peligro había tenido, pero ¿qué clase de madre hace que su hija asesine a otros dragones de formas tan horribles, día tras día?

Quizá Peligro hubiera estado mejor sola. Desierto y Membranas tampoco estaban tan mal, pero Cieno no sabía qué era mejor, si la vida que había llevado con Rapaz o haberse criado solo.

Aun así, si estaba en lo cierto, Rapaz era la madre de Peligro. ¿Habría sido Rapaz mejor madre para ella que la reina Escarlata? No si había estado dispuesta a tirarla montaña abajo. Al menos la reina la había mantenido con vida.

Esperaba que Peligro no se enfadara mucho al presenciar el juicio. Dudó entre si debería confesarle sus sospechas acerca de si Rapaz era su auténtica madre o no. ¿Y si estaba equivocado?

—Yo tengo padres de verdad, ¿sabes? —fue lo que dijo en su lugar—. En algún lugar del Reino Lodoso hay un par de dragones que se mueren porque vuelva con ellos. Algún día los encontraré.

No se atrevió a mirar a Peligro a la cara, pero su silencio habló por ella. La dragona pensaba que Cieno no sobreviviría a aquel sitio. O quizá pensaba que, si lo hacía, sería a costa de su propia vida.

Mejor dejaba de darle vueltas al tema.

El Ala Celeste que hacía de presentador en las peleas trepó a una de las rocas que habían dejado en la arena y abrió las alas rojo sangre.

—Ese es Bermellón —susurró Peligro tras él—. El hijo mayor de su majestad. Siempre hace de abogado de la acusación.

—¿Por qué Escarlata hace todo este paripé de un simple juicio?

—Solo los Alas Celestes pueden tener un juicio —le explicó Peligro—.

A su majestad le gusta ver toda la puesta en escena... Cree que eso le hace parecer una dirigente justa e imparcial.

Cieno reprimió un bufido de incredulidad.

El murmullo del público se acalló cuando otro Ala Celeste se subió a la otra piedra. Tenía las escamas de un rojo desvaído, como si lo hubieran restregado con arenisca durante mucho tiempo. Se movía despacio, arrastrando su cola como un pellejo inerte.

—Y ese de ahí es Pescador —señaló Peligro—. Él es el abogado defensor. No puede ser demasiado bueno o perdería la cabeza. Es muy viejo y está casi ciego. Es amable conmigo, ¿sabes?, porque escucho todas sus historias sobre los viejos tiempos. Una vez me dijo que en otros tiempos tenía un tesoro enorme, pero que un carroñero intentó robárselo y le destrozó la cola antes de que Pescador se lo comiera. Así que ya no puede volar. Además, le dio todo su tesoro a su majestad para que le permitiera vivir aquí.

—Un trato bastante injusto —dijo Cieno.

Apenas había acabado de decirlo cuando notó una ola de calor a su espalda, mientras Peligro gruñía indignada.

—En los viejos tiempos, antes del Ardor —empezó a explicarle—, antes de que tuviéramos reinas y ejércitos, hubiera muerto. Los carroñeros mataban a muchos dragones por aquel entonces. Pero ahora, gracias a nuestras reinas, dominamos el mundo y los dragones obtienen ayuda cuando la necesitan.

—Pareces Nocturno —soltó Cieno—. ¿Me harás un examen cuando acabe el juicio?

—Hablando de eso... tu amigo se negó a hablarme. Ni siquiera dijo una sola palabra cuando le pedí que me contara la historia del Ardor, tal y como me sugeriste. Simplemente escondió el hocico bajo el ala y me ignoró.

—Caray —dijo Cieno, mientras le dirigió una mirada al dragón negro, al otro lado del círculo—. Debe de estar realmente deprimido.

Peligro volvió a guardar silencio. Cieno deseó poder gritarle a Nocturno y asegurarle que encontrarían una forma de salir de allí. Si gritaba con todas sus fuerzas, tal vez Tsunami estuviera lo suficientemente cerca para oírlo, pero Nocturno no. Además, gritar a los cuatro vientos sus planes de escape no era, seguramente, la mejor idea que se le podría haber ocurrido.

En cualquier caso, el juicio estaba a punto de comenzar. La reina Escarlata batió las alas para captar la atención de todos los dragones que tenía a su alrededor.

—Leales súbditos —dijo—: Esta dragona, Rapaz, perteneciente una vez al reino de los Alas Celestes está acusada de alta traición... Me desobedeció. Bermellón expondrá los argumentos de la acusación.

—Su majestad —dijo el dragón, haciendo una reverencia y cruzando las garras—. Los hechos son claros. Disteis una orden y Rapaz se ha pasado los últimos siete años viviendo bajo vuestra montaña, ayudando y siendo cómplice de los Garras de la Paz, que también se niegan a seguir vuestras órdenes. Rapaz se merece una ejecución larga y dolorosa. No hay necesidad de alargar este juicio mucho más.

Los dragones del público emitieron un siseo y movieron las alas. Rapaz miró a la reina. El humo se le escapaba del hocico amordazado y de los orificios de la nariz.

—Bien dicho —asintió la reina—. Ahora, Pescador hablará en nombre de la defensa. O no, quizá prefiera dormirse también durante este juicio.

El público se rio ante la broma.

Pescador giró el cuello hacia la reina y luego hacia Rapaz, como si estuviera intentando acercarse lo suficiente para verles la cara desde su roca.

—Su majestad —dijo con una voz rota por la edad pero lo suficientemente potente como para llegar hasta los prisioneros—, tengo una o dos cosas que decir en favor de la prisionera.

La reina Escarlata movió lentamente la cola tras ella, sin dejar de observar fijamente a Pescador.

—Muy bien —dijo llanamente—. Estás aquí justo para eso. Adelante.

Pescador se aclaró la garganta y tosió una bola de humo negro. Todos los dragones se inclinaron hacia delante para escucharlo. Cieno podía sentir el calor de Peligro acercarse peligrosamente a sus escamas cuando intentó echar un vistazo por debajo de sus alas.

—Hablaremos primero de la acusación por desobediencia. Rapaz no hizo lo que le ordenasteis, aun así... ¿no revocasteis esa orden cuando se marchó?

¿Qué? Cieno apenas podía seguir aquella historia. ¿Aquello no era sobre Peligro?

—Pescador —siseó la reina—. Habla claro o no hables. Y déjame que te recuerde que una de esas opciones sería mucho más inteligente que la otra.

—Perdonadme, majestad —dijo el viejo dragón, enderezando las alas—. Debo hablar. Rapaz era uno de vuestros más leales soldados. Fue enviada al programa de cría, bajo vuestras órdenes, y puso un huevo. Cuando eclosionó, resultaron ser dos dragonets gemelos.

Tras Cieno, Peligro jadeó tan alto que los dragones que tenían más abajo podrían haberla oído perfectamente. Cieno movió torpemente las alas, intentando disimular el ruido, pero nadie los miró. Todas las miradas estaban pendientes del juicio.

—Todos sabemos la historia —bostezó la reina—. Sáltate hasta la parte en la que la ejecutamos.

—Los dragonets resultaron inservibles —siguió diciendo Pescador,

tozudo—. Uno nació con demasiado fuego. El otro no tenía suficiente. Según la costumbre de los Alas Celestes, ordenasteis a Rapaz que los matara a ambos y abandonara el programa de cría para siempre.

—Eso no tiene sentido —susurró Peligro a la espalda de Cieno. El dragonet giró el cuello para mirarla. Ella le devolvió la mirada y negó con la cabeza, confusa—. Soy la única Ala Celeste que nació con un gemelo en los últimos diez años, pero Pescador no puede estar hablando de mí. Mi hermano estaba muerto cuando yo salí del huevo. Yo lo maté antes de nacer. Entonces mi madre intentó matarme a mí y la reina Escarlata se lo impidió.

—O puede que eso sea lo que te han dicho —le susurró Cieno.

La reina se irguió cuan alta era y extendió las alas para que la luz del sol se reflejara en los rubíes que tenía engarzados en los bordes.

—Muy razonable —dijo.

—Pero Rapaz intentó escapar —siguió la defensa—. Cogió a sus dos dragonets de la cueva de los huevos y trató de escapar con ellos volando hacia el pie de la montaña.

—Así que admites que me desobedeció —sentenció la reina—. Creo que entonces ya hemos terminado aquí.

—La atrapasteis en el Río de Espuma Diamantina —le contestó Pescador —. Y decretasteis una nueva orden. Le dijisteis que perdonaríais su desobediencia con una condición. Rapaz debía de elegir a uno de sus dragonets para que muriera y entonces le perdonaríais la vida al otro y a la propia Rapaz.

—No —susurró Peligro.

—Y ella obedeció, ¿verdad? —preguntó Pescador, aunque ya sabía la respuesta—. Rapaz mató al dragonet que tenía muy poco fuego, ahí mismo, en el río y con sus propias garras.

—Y entonces volví a cambiar de opinión. Soy la reina. Puedo hacerlo.

—Les dijisteis a vuestros guardias... lo sé porque yo era uno de ellos... Les dijisteis que mataran al otro dragonet y que cogieran a Rapaz para juzgarla. Ella intentó coger a su hija y escapar volando de allí, pero el calor de las escamas del dragonet le quemó las palmas de las garras antes de que pudiera alzarse y salir volando, así que tuvo que dejarla caer. Rapaz se alejó de allí, dejando a su única dragonet viva a vuestra merced.

Se produjo un momento de silencio.

—A mí eso me suena a que sigue siendo culpable —dijo la reina, que parecía estarse divirtiendo—. La ejecutaremos mañana. Y ya que estamos, lo ejecutaremos a él también. Me aburre —señaló a Pescador.

—¡No!

Cieno estuvo a punto de caer de su torre cuando Peligro salió a toda prisa de detrás de él. Batió las alas para recuperar el equilibrio, mientras ella salía disparada hacia la arena. De repente, se dio cuenta de que tenía la pierna derecha libre y, cuando miró hacia abajo, comprendió que Peligro había quemado accidentalmente el cable al salir volando.

—¡Eso no es verdad! ¡No puede serlo! —gritó, aterrizando sobre la arena al lado de Pescador—. ¡Dime que no es cierto!

Rapaz emitió un rugido amortiguado por las cadenas de su hocico. Por la expresión de su cara, Cieno estaba seguro de que Rapaz había creído muerta a Peligro durante todos aquellos años.

—Oh, sí —se dirigió la reina Escarlata a Rapaz, con malicia—. ¿No he mencionado que seguía viva? ¿Y que además trabaja para mí? —dijo, mientras volvía sus fieros ojos amarillos hacia Peligro—. Se supone que tú no deberías estar aquí.

—¡Me mentiste! ¡Me dijiste que estaba muerta!

La reina Escarlata suspiró.

—Mira los problemas que has ocasionado —le dijo a Pescador—.

Peligro, querida, ¿te hubiera gustado saber que tu madre seguía viva por ahí, criando a otros dragonets y deseando haberte matado a ti en vez de a tu hermano?

Peligro dudó.

—Podría haber huido con tu hermano —añadió la reina—. Tú eres la que la quemó cuando intentó salvarte. Creyó que se había equivocado al elegirte. Esa es la razón por la que no volvió a por ti.

Rapaz volvió a rugir algo ininteligible a través de las cadenas.

—¿No te he mantenido yo viva todos estos años? Te he proporcionado rocas negras cada día para alimentarte, te he convertido en mi Campeona. ¿No valoras todo lo que he hecho por ti? ¿No soy una madre mejor de lo que ella ha sido jamás?

—Quiero pelear por ella —dijo Peligro, en un tono tan bajo que Cieno apenas la oyó.

Volutas de humo se escaparon de la nariz de Escarlata, para después enredarse en sus cuernos.

—¿Qué? —le preguntó, despacio.

—Me acojo al derecho de hacer uso del Escudo de la Campeona —la desafió Peligro—. Según esto, la Campeona de la reina puede luchar por cualquier dragón sentenciado. Si venzo al próximo dragón con el que me obligues a luchar, debes dejarla libre —dijo, mirando a Rapaz a los ojos por primera vez—. Quiero pelear por mi madre.

CAPÍTULO 21

Los ojos amarillos de la reina Escarlata eran dos pequeñas hendiduras entre escamas naranjas.

—¿Dónde —siseó— has oído hablar de esa ley?

Peligro bajó la mirada hasta sus garras.

—Lo leí en un libro. Las...

—Apuesto a que sí —dijo la reina, visiblemente enfadada—. Con esas garras que prenden el papel en cuanto lo tocan. Alguien te está llenando esa cabecita de cosas demasiado importantes para una dragona tan pequeña como tú.

—¡No! —contestó Peligro demasiado rápido—. Nadie...

La reina estaba en el aire mucho antes de que Peligro tuviera tiempo de añadir una sola palabra más. Escarlata cogió a Pescador por el cuello con las garras y se elevó en el aire con él.

—¡Detente! —le gritó Peligro—. ¡No es culpa suya!

Peligro desplegó las alas y empezó a volar, intentando alcanzarlos.

Cieno vio a la reina subir más y más por encima de la arena. Pescador no era más que un peso muerto entre sus garras, con la cola colgándole inerte del cuerpo. Escarlata casi había alcanzado la red de cables cuando, de pronto, aflojó su agarre y dejó caer al viejo dragón.

Pescador cayó en picado como una roca. Cieno nunca se había parado a pensar en lo mucho que necesitaba un dragón su cola para mantener el

equilibrio cuando volaba. Las alas de Pescador se abrieron demasiado despacio y, al hacerlo, dio una horrible sacudida, para después verse arrastrado hacia abajo por el peso inútil de su cola.

Peligro voló hacia él, con las garras listas para cogerlo, pero él se alejó de ella y Peligro retiró las garras, desamparada. Si lo cogía, las quemaduras lo matarían tanto como la caída, pero posiblemente de una manera más dolorosa. Cieno vio cómo volvía a intentar cogerlo, pero ya era demasiado tarde.

Pescador batió las alas en un último arrebato de energía, pero no pudo enderezarse. Se golpeó contra la arena, quedando en un ángulo muy extraño. Todos los dragones que estaban en la arena oyeron el crujido de los huesos y de las alas al romperse. Pescador se levantó y se arrastró hasta uno de los muros de la arena antes de desplomarse. Peligro aterrizó a su lado.

La reina Escarlata volvió a su balcón.

—Espero que esto sirva de lección a cualquier otro dragón que estuviera pensando en enseñarle malos hábitos a mi Campeona —dijo, mirando a todos y cada uno de sus súbditos.

—No está muerto —dijo Peligro, mientras hundía las garras en la arena.

—Lo estará pronto —dijo la reina, moviendo una garra con desdén—. En fin, no pienso discutir una sola palabra más sobre lo del Escudo de la Campeona. La campeona ha pedido luchar por la prisionera, muy bien. Yo elegiré a su oponente y lucharán cuando acaben los juegos de mañana. Si gana, Rapaz quedará libre. Si no, bueno, tendré una campeona muerta pero al menos ejecutaremos a Rapaz de una vez por todas. Ocurra lo que ocurra, mañana la reina Brasas y yo tendremos un maravilloso y sangriento día.

Un aire frío envolvió a Cieno, se le clavó en las heridas de la espalda y se le coló bajo sus escamas. Brasas iba a venir. Mañana. Y cuando se fuera, se llevaría a Sol con ella.

—Está bien —dijo Peligro, bajando la mirada a Pescador y viendo cómo se le escapaba la vida en unos últimos espasmos—. Mañana, entonces.

Se acercó para tocarle las garras a Pescador y frenó. Las zarpas le temblaron sobre las del dragón moribundo, dolorosamente cercanas pero sin llegar a tocarlo.

—Por supuesto que tendremos que encerrar a Rapaz —añadió la reina—. No querríamos que intentara escapar de nuevo. Ya me entiendes.

—Vale.

Peligro se giró para mirar a Rapaz. Se observaron mutuamente, mientras Bermellón dispersaba al público y los dragones salían de la arena, bullendo de emoción.

Cuando la mayoría de los dragones se marcharon, Rapaz se señaló las cadenas de la boca. Quería hablar con Peligro.

—No —le soltó Peligro, cuando uno de los guardias se acercaba. Miró a Rapaz a los ojos—. Mataste a mi hermano. Me dejaste aquí. Y es culpa tuya que mi amigo haya muerto. Puede que no quiera que mueras, pero tampoco quiero conocerte.

Se giró y abandonó la arena sin mirar atrás. Los guardias se llevaron a Rapaz bajo la atenta mirada de la reina. Escarlata sonrió, triunfante.

A Cieno le daba vueltas la cabeza. Intentó captar la atención de Tsunami, pero ella no paraba de caminar de un lado para otro sobre su plataforma, furiosa, arañando el aire. Frente a él, Nocturno estaba sentado muy tieso, mirando al cielo.

El Ala Lodosa trató de pensar. Si Peligro conseguía liberar a Rapaz, seguramente esta intentaría liberar también a los dragonets. Quizá fuera a pedirle ayuda a los Garras de la Paz. Pero puede que para entonces fuera ya demasiado tarde, al menos para alguno de ellos. Para Sol, seguro, que ya estaría camino del reino de los Alas Arenosas entre las garras de Brasas. Y

puede que para Nocturno, que tendría que luchar al día siguiente en la arena. Puede que incluso para Tsunami y para el mismo Cieno, si también tenían que luchar.

No, pasara lo que pasase no podían esperar a Rapaz. Tenían que escapar antes de los juegos de mañana. Cieno se preguntó si Peligro los ayudaría ahora que había descubierto que la reina la había traicionado.

Esperó a que ella volviera, pero el día siguió su curso sin que ocurriera nada en la arena. El sol caliente le secó el lodo de la espalda hasta convertirlo en polvo, al tiempo que el viento le mecía la cola y las alas como un dragonet jugando con su presa. Peligro no volvió a visitarlo.

Cuando el guardia le trajo otro cerdo a mediodía, Cieno le pidió que le llevara un mensaje a Peligro. El guardia le escupió fuego, asustando al cerdo y empujándolo a las garras de Cieno, tras lo cual se alejó sin responderle. La única buena noticia era que no se había dado cuenta del cable roto que tenía atado a la garra derecha.

Cuando el sol empezó a descender tras los picos occidentales, Cieno empezó a impacientarse. ¿Peligro estaba bien? ¿Y si la reina había decidido deshacerse de ella antes de que pudiera luchar por Rapaz?

El sonido de unas alas pesadas moviéndose en la distancia lo distrajo de sus preocupaciones. Alzó la mirada cuando una bandada de Alas Arenosas apareció por el oeste, delineados por el brillo rojizo del sol del atardecer. La más grande de los dragones estaba al frente de la comitiva, mientras los otros dragones la seguían en formación de V. Se precipitaron para aterrizar a uno de los lados del palacio, donde Cieno sospechaba que estaba la pista de aterrizaje para los visitantes.

Brasas acababa de llegar.

La reina Brasas era la más grande y cruel de las tres dragones rivales que se disputaban el trono de los Alas Arenosas. Ella era la que ahora

custodiaba la fortaleza de los Alas Arenosas. Por lo que Cieno podía recordar, era la que más posibilidades tenía de ganar la guerra... y la más dispuesta a asesinar a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Desierto les había advertido que era la dragona más peligrosa de Pirria, mucho más cruel incluso que la reina Escarlata. Todos sabían lo que le había hecho al huevo de Ala Celeste mucho antes de que ellos salieran del cascarón. Escarlata era mala, pero Brasas posiblemente fuera la peor dragona en cuyas garras podían llegar a caer los dragonets del destino.

Se encontró a sí mismo agachándose mientras ella alzaba la cabeza. Brasas fue girando el cuello para mirarlo directamente, mientras volaba en círculos por encima de él. Cieno no sabía qué hacer. Era incapaz de leer la expresión del rostro de la Ala Arenosa.

Tras un minuto de desconcierto, le siseó con su lengua bífida negra. Se alejó para volar por encima de Tsunami y luego de Nocturno. Incluso Tsunami parecía asustada ante aquella inspección silenciosa. Los tres dragonets se quedaron paralizados, observándola, hasta que Brasas se alejó volando de nuevo y desapareció en el palacio.

«Tenemos que salir de aquí —pensó Cieno—. Ahora. Esta noche». No podía ni imaginar lo que aquellos ojos oscuros verían en cuanto se posaran sobre Sol. Cieno tenía el horrible presentimiento de que Brasas se llevaría a Sol para matarla, disecarla y colgarla en su pared como un trofeo más.

Imposible. Aquello era mucho peor que su vida bajo la montaña. Allí, al menos, habían podido estar juntos. Cieno no era el pensador inteligente del grupo. A él solo no se le ocurrían ideas geniales ni brillantes planes de huida.

De repente, se dio cuenta de que Peligro no había cumplido con su parte del trato y no le había dicho dónde tenían retenida a Sol. Así que, incluso

aunque pudiera bajar de su prisión, no tenía ni idea de por dónde empezar a buscar a Sol en aquel enorme palacio.

¿Se había olvidado Peligro de él? ¿O quizás estaba enfadada por alguna razón?

Cieno deambuló por su plataforma, inquieto, mientras el cable suelto le golpeaba las patas. Lo miró. El sol era una fina raya dorada tras las montañas y las lunas empezaban a alzarse en el cielo, así que no tenían demasiada luz.

Levantó su pata libre para verla mejor a la última luz del día. El cable tenía un cierre que lo sujetaba alrededor de la pata, siempre y cuando estuviera tenso, pero ahora que estaba suelto por uno de los extremos, creyó que podría quitárselo con una garra. Por el otro extremo, el cable lo había unido a Horizonte, el Ala Arenosa prisionero que Peligro había asesinado. Ahora estaba sujeto a una anilla de metal en el centro de la plataforma de piedra vacía, razón por la que nadie se había dado cuenta de que se había soltado.

Tras unos instantes de juguetear con el cierre, Cieno fue capaz de quitarse el cable de la pata. Ahora tenía en su poder un trozo de cable del tamaño de su cola. Estaba hecho de un metal duro que despedía un brillo gris rosáceo bajo la última luz de la tarde... el mismo material de las bandas que le sujetaban las alas. Seguramente fuera a prueba de fuego, porque, de lo contrario, otros prisioneros ya habrían quemado los cables. Lo que significaba que, para haberlos quemado tan fácilmente, las escamas de Peligro debían de ser más calientes que el fuego normal.

Cieno miró a su alrededor. La mayoría de los prisioneros se habían enroscado sobre sí mismos para dormir. Acababa de ponerse el sol, pero no había mucho más que hacer por allí. No había ni un guardia a la vista. Debía de haber algún tipo de banquete de bienvenida en honor de Brasas.

Con suerte, todos los soldados Alas Celestes estarían allí, comiendo y haciendo apuestas sobre las peleas del día siguiente. Y, con mucha más suerte aún, Peligro estaría en su habitación, la cueva más cercana a la arena. Si pudiera llamar su atención de alguna manera... si pudiera hablar con Peligro, tal vez ella encontrara la manera de salvarlos.

Se ató los extremos del cable a las garras delanteras y lo deslizó una y otra vez, como si fuera una sierra, contra el cable que le salía del cuello y se perdía en la red. Cieno esperaba poder cortar el otro cable, pero los dos cables parecían intactos cuando dejó de hacerlo.

Cuando intentó de nuevo serrar un cable con el otro, sonó una nota fantasmagórica por toda la arena, como el triste canto de un pájaro o la última nota tocada por la cuerda de un arpa.

«Ha sido guay». Cieno se preguntó si podría tocar diferentes notas. Probó a estirar los brazos y tocar las notas más lejos de él, luego más cerca de su cuello y, por último, con los otros tres cables atados a las piernas. Los sonidos eran diferentes, más agudos o más graves, pero seguían conservando ese toque espeluznante y melancólico.

«Puede que Peligro lo oiga y venga a hablar conmigo», pensó. Pero ¿cómo podía saber ella que no era más que el viento o el ulular de los búhos?

«Una canción». La única canción que sabía era la que Tsunami cantaba a veces para molestar a los guardianes. Aquella que hablaba de los dragonets y de cómo salvarían la vida a los dragones. «Aun así, puede que eso le haga saber que soy yo quien la llama».

Probó los cables otra vez hasta que dio con las notas que necesitaba. Estaba completamente oscuro; la única luz era la del brillo lejano de la luna entre las montañas. No veía a los otros prisioneros, pero esperaba que Tsunami y Nocturno pudieran oírlo.

Cieno se concentró y tocó las notas en orden.

Oh, los dragonets se acercan...

Calló. Iba demasiado despacio. Cuando Tsunami la cantaba, la canción era más rápida y fiera, tanto que podías imaginarte una cueva llena de dragones rugiéndola a pleno pulmón. Pero Cieno no podía cambiar lo suficientemente rápido de cable para tocar las notas correctas y mantener el ritmo.

Lo volvió a intentar.

Vienen a salvarnos la vida...

Las notas resonaron por toda la arena, suaves y tristes. ¿Cómo iba Peligro a reconocerlas? Sonaban como si los fantasmas de los antiguos dragones estuvieran susurrando una canción eterna.

Quizá, si practicara un poco más...

Vienen a luchar... por lo que saben que es correcto... los dragonets...

Cieno paró. El último «¡Hurra!» sonaría demasiado ridículo como el susurro de un fantasma. Aquello no tenía sentido.

Oh, se acercan los dragonets...

Cieno se inclinó por el borde de la plataforma. ¿Qué era ese eco que le llegaba desde el otro lado de la arena? Palabras. Sí, eran palabras... de eso estaba más que seguro.

Vienen a salvarnos la vida...

Inclinó la cabeza hacia la izquierda. Eso era, sin lugar a dudas, una voz y otra.

Y ninguna de ellas era la de Tsunami, porque quien quiera que estuviera cantando sabía perfectamente cómo hacerlo.

Vienen a luchar... por lo que saben que es correcto... los dragonets...

Ahora podía distinguir al menos seis voces distintas, todas tan dulces y

fantasmales como las notas de los cables. Se fueron apagando lentamente tras susurrar el último «hurra» justo cuando Cieno lo tocaba.

Los prisioneros estaban cantando.

Cieno juntó los cables y volvió a tocar. Esta vez, más voces se fueron uniendo al coro, una tras otra. Mientras la arena quedaba bañada por la luz de la luna, Cieno miró al prisionero que tenía a su izquierda, el Ala Helada: tenía la plateada cabeza inclinada hacia el cielo y cantaba.

Consiguió alcanzar el ritmo de la canción la cuarta vez que la tocó, aunque las notas seguían teniendo ese aire fantasmagórico. Aunque no consiguiera llamar la atención de Peligro, aquella canción lo llenó con un sentimiento salvaje de esperanza. Estaba bastante seguro de que incluso era capaz de oír la voz cascada de Tsunami y el timbre de tenor de Nocturno.

Aquella canción significaba algo, incluso para los dragones endurecidos en el campo de batalla y en la arena. Creían en los dragonets y en la profecía. Por primera vez en su vida, los sueños que Cieno albergaba de poder hacer algo grande, legendario y útil para frenar la guerra, parecían más reales que imaginarios.

Estaban cantando la canción por sexta vez, todos cantándola de corazón, cuando una llamarada de fuego salió disparada de las puertas de la arena y la reina Escarlata irrumpió en la arena, con Brasas tras ella.

—¡Parad ese ruido infernal ahora mismo! —rugió.

La canción se cortó en el acto. Cieno escondió rápidamente el cable en un pliegue de su ala, aunque no creía que las reinas pudieran ver a los prisioneros demasiado bien desde su posición, teniendo en cuenta que estaba muy oscuro.

—Tú —gritó Escarlata, señalando a Tsunami—. Y tú —señaló a Nocturno—. Y... bueno, probablemente tú no, pero de todas formas baja aquí ahora mismo —le gritó a Cieno.

Varios soldados Alas Celestes salieron del túnel y volaron hacia los tres dragonets. Cieno se dio cuenta de que estaban a punto de descubrir lo del cable roto. Intentó huir de los dos guardias que habían llegado a por él, golpeándoles la cabeza con las alas.

—Maldita sea, para o te dejaremos caer —gruñó uno de ellos.

—Pero él es un... —empezó a decir el otro.

—Chitón —le reprendió el primero—. Ya has oído a la reina. No debemos llamarlos así.

Aquello fue suficiente. Entre la discusión de los guardias y la oscuridad, los dos pensaron que su compañero le había liberado la pata que no estaba sujeta al cable. Luego cogieron entre los dos a Cieno y lo bajaron hasta la arena sin reparar en su error.

Tsunami y Nocturno le dedicaron a Cieno un par de miradas preocupadas. En ese momento, Cieno cayó en la cuenta de que debía de estar cubierto de sangre y lodo.

—Traedlos por aquí —espetó la reina Escarlata, internándose en el túnel con Brasas.

Cieno se adelantó y restregó las alas con las de Tsunami mientras los arrastraban al interior. Ocurriera lo que ocurriese a partir de ese momento, al menos volvía a estar con sus amigos.

CAPÍTULO 22

Pararon ante la cueva de Peligro. La dragona tenía la cabeza apoyada en el alféizar de una de las estrechas ventanas de las paredes y miraba fijamente al cielo. Se giró y le dedicó a su reina una mirada glacial.

Cieno se percató de que el retrato de cuerpo entero de la reina había desaparecido de la pared. Una montaña de cenizas descansaba en el suelo justo bajo el lugar que había ocupado el cuadro. La reina también se dio cuenta de aquel pequeño detalle, lo que hizo que le saliera más humo de la nariz.

—Fuera —le dijo a Peligro.

—¡Esta es mi habitación! —contestó ella.

—Yo soy la reina y tú haces lo que yo te ordene. Vete a dormir a la arena. Si alguien más intenta cantar, alza el vuelo y achichárrale la lengua.

Peligro movió la cola, furiosa. Un momento más tarde, salió en estampida por la puerta. Las dos reinas se apartaron rápidamente de su camino de una manera muy poco digna. Cieno vio a varios guardas Alas Celestes reprimir unas cuantas sonrisas.

El calor que desprendía Peligro los envolvió, mientras salía a toda prisa por el túnel, sin apenas fijarse en Cieno cuando pasó por su lado. Él se la quedó mirando, preocupado. «Puede que esté enfadada conmigo, pero... ¿por qué?».

—Por aquí —dijo la reina Escarlata, empujando ella misma a Nocturno

al interior de la cueva de Peligro.

El dragonet trastabilló al intentar saltar el estanque de agua, pero se le enredaron las piernas y acabó cayendo. Tsunami se deshizo de sus guardias y saltó al agua. Cieno la siguió.

—No interrumpiréis mi banquete otra vez —siseó la reina—. Estoy segura de que os habéis divertido de lo lindo.

—¿Por qué no los matas? —le preguntó Brasas.

Era mucho más grande que Escarlata; tanto, que rozaba con la cabeza el techo de la cueva. Sus garras eran dos veces del tamaño de las de Cieno. No llevaba ninguna piedra preciosa ni cota de malla, pero sus garras y dientes estaban teñidos de rojo por toda la sangre que había derramado. Una fea cicatriz de quemadura le recorría el lado izquierdo, bajo el ala. En sus ojos no se veía ni una pizca de blanco, solo una enorme y amenazadora pupila negra.

—Porque eso no sería nada divertido —respondió Escarlata—. Quiero verlos luchar. He preparado para mañana un día repleto de entretenimientos. ¡Es mi día de la salida del cascarón! Quiero que sea emocionante.

Cieno empezaba a odiar la palabra «emocionante».

Brasas le dedicó una mirada a los guardias y rápidamente desaparecieron de la habitación, a algún lugar donde no pudieran oírlos. Ella bajó la voz para que solo Escarlata y los dragonets pudieran oírla.

—Pero si de verdad son los dragonets de la profecía, la mejor forma de romperla es matándolos.

—Bueno —dijo la reina Escarlata, mientras mostraba la lengua entre los dientes sin dejar de mirar a Nocturno. Cieno se dio cuenta de que la reina aún deseaba ver luchar a un Ala Nocturna—. Quizá, pero a ti eso no te funcionó demasiado bien, ¿verdad? Todo el mundo sabe lo que le hiciste al huevo de Ala Celeste... a todos los huevos de Alas Celestes, de hecho.

Cieno prestó atención. «¿Qué había querido decir con eso?».

Brasas golpeó la roca con la cola, con tanta fuerza que hizo temblar el suelo bajo las garras de Cieno.

—Al contrario, funcionó de maravilla. No tienen a ningún Ala Celeste, ¿verdad? Solo hay cuatro dragonets... la profecía está incompleta.

Cieno y Tsunami intercambiaron una mirada. «No le ha dicho a Brasas que Gloria es una de los nuestros. Quiere quedarse a su nueva "obra de arte" para ella sola».

—Y aun así, tus ignorantes súbditos no paran de hablar sobre los dragonets que salvarán al mundo —dijo Escarlata—. Ellos creen en la profecía, no importa lo que hayan oído sobre huevos rotos. Si matamos a los dragonets ahora, sin que los vean, no nos reportará ningún beneficio. Incluso si colgamos sus cadáveres de los muros del palacio, nadie creerá que se trata de ellos.

Brasas hizo una mueca, dejando ver sus dientes.

—El mundo no necesita una profecía. Lo único que necesita es que yo sea la reina de los Alas Arenosas.

—Escucha —le dijo Escarlata con suavidad—. Si lanzamos a los dragonets a la arena, todo el mundo los verá morir. Verán lo débiles que son. Perderán su fe en los dragonets y lo que es más importante, en la profecía. Todo se acabará. Y será mucho más impactante que simplemente hacerlos desaparecer —dijo la reina Ala Celeste, mientras le dedicaba una mirada ladina a su invitada—. ¿No estás de acuerdo?

—¿Y si ganan? —preguntó Brasas.

—No lo harán. Pero claro, matarlos nosotros mismos es un buen plan B.

—Perdonadme —las interrumpió Tsunami—. Sabéis que estamos aquí, ¿verdad? ¿No preferís tramar vuestros horribles planes en algún otro lugar?

Cieno pensó que la fuerza conjunta de las miradas de ambas reinas sería

suficiente para amedrentarla, pero Tsunami se limitó a devolverles la mirada.

Escarlata abrió una bolsa que tenía colgada bajo el ala y esparció varias rocas negras en la puerta de la cueva de Peligro. Abrió la boca, las cubrió con su aliento de fuego y todas las rocas empezaron a arder. En cuestión de segundos, los dragonets estaban atrapados por un muro de fuego.

—Dormid bien y así estaréis geniales mañana en la arena —les deseó la reina Escarlata—. Pensé que podría jugar con vosotros un poco más, pero supongo que mañana al anochecer ya estaréis muertos —suspiró—. Nunca me dejan divertirme.

Cieno prestó atención y oyó las fuertes pisadas de las reinas alejándose de allí. Se volvió para mirar a sus amigos, justo en el preciso instante en que Tsunami lo embistió.

—¡Ay! —se quejó Cieno, pero no intentó quitársela de encima cuando ella enroscó su cola con la de él y lo abrazó con las alas.

—Me alegro tanto de que estés vivo —le dijo—. A pesar de que seas un enorme e insufrible idiota.

—Sí que lo soy —exclamó Cieno—, pero estoy aún más contento de que vosotros dos estéis vivos.

Desplegó un ala y rodeó con ella a Nocturno, atrayéndolo hacia sí. El Ala Nocturna apoyó un momento la cabeza en el hombro de Cieno y este volvió a preocuparse por lo que le ocurriría a Nocturno en la arena.

—Necesitamos un plan para salir de aquí —fue lo que dijo.

—Primero tenemos que limpiarte —dijo la Ala Marina apartando a Nocturno de su camino—. Al agua. ¡Vamos!

—Eso no importa. Me siento...

Tsunami lo empujó al estanque.

Cieno volvió a salir a la superficie, tosiendo y escupiendo. El estanque

medía casi lo mismo de hondo que él de alto. Podía apoyar las patas en el fondo y sacar la cabeza si mantenía el cuello completamente estirado. El agua estaba fría, pero con el fuego de las rocas negras tan cerca, empezaba a calentarse.

—¿Ves? —le dijo Tsunami—. Mucho mejor.

Tsunami se echó sobre la orilla del estanque y le acarició la espalda a Cieno, limpiándole la suciedad, la sangre y el lodo. Cieno decidió que no merecía la pena discutir con ella.

—Has sido muy inteligente —comentó Nocturno dirigiéndose a Tsunami —. La canción. No tengo ni idea de cómo conseguiste que sonara la melodía con ese lamentable oído musical que tienes.

Ella parpadeó.

—Yo no he sido. ¡Creía que lo habías hecho tú!

—Fui yo —admitió Cieno.

Se sacó el cable de debajo del ala y lo tiró al suelo.

Nocturno lo cogió y lo examinó.

—¿Cómo lo has roto? —preguntó Tsunami.

A Cieno le gustó el tono de admiración que se percibía en la voz de Tsunami. Deseó poder decirle que había hecho algo inteligente.

—Conté con ayuda —admitió—. La dragona que estaba aquí hace un momento... Peligro. Un simple roce suyo basta para quemar el cable. Lo hizo sin querer.

Nocturno se acercó y pasó un dedo por las bandas de sus alas.

—Esa dragona es una psicópata —le espetó Tsunami—. ¿No la visteis matar a ese Ala Arenosa? Y encima es la hija de Rapaz, lo que, por otro lado, tiene bastante sentido.

—Sí —dijo Nocturno—. No me extraña que Rapaz nos odiara. Supongo que los Garras de la Paz pensaron que querría ocuparse de cuidar a los

dragonets por haber perdido a los suyos. Pero nosotros solo le recordábamos a sus hijos muertos día tras día.

Cieno tuvo un escalofrío. No se le había ocurrido verlo de aquella manera.

—Peligro no está loca. No del todo, al menos —la defendió—. Es bastante dulce cuando no está matando a alguien. Me trajo lodo para la espalda. Y además me dijo que había encontrado a Sol.

Nocturno alzó la cabeza.

—¿Dónde?

—¿Puede llegar hasta ella? —preguntó Tsunami—. ¿Puede liberarla?

—No sé si Peligro querrá ayudarnos —dijo Cieno, mientras volvía a hundir los hombros en el agua—. No he hablado con ella desde el juicio. Me temo que está enfadada conmigo.

—No estoy enfadada contigo —dijo Peligro, que en ese momento asomó la cabeza a través del muro de fuego y miró directamente a Cieno.

Tsunami siseó y retrocedió de un salto, asustada. Nocturno se quedó paralizado en el sitio, mirando fijamente a Peligro con sus enormes ojos.

—Ah, vale —le dijo Cieno a la Ala Celeste.

Se preguntó cuánto tiempo llevaba allí detrás escuchando. ¿Los ayudaría si había escuchado a Tsunami llamándola loca? No podía decirse que le estuviera dedicando a Tsunami la mirada más amistosa del mundo.

—¿Dónde has estado?

—No quería ponerte en peligro —le espetó ella.

Peligro movió las alas y el fuego se avivó a su alrededor.

—Entra —la animó el dragonet—. Es raro hablarle a alguien que está ardiendo.

Hundió la cabeza bajo el agua y Peligro se lanzó al estanque. Tanto

Tsunami como Nocturno retrocedieron hasta las ventanas, alejándose de Peligro todo lo que pudieron.

Cieno salió del agua y extendió las alas para que el calor de Peligro las secara. La dragona se agarró la cola para acercársela y miró fijamente a Cieno, ignorando a los otros dos.

— Tenía miedo de que la reina te hiciera daño como se lo hizo a Pescador —dijo Peligro, que parecía muy triste—. Ni siquiera debería estar hablando con vosotros. Si se entera de que me caes bien, te hará algo horrible para castigarme.

Tsunami le lanzó a Cieno una mirada significativa que él no entendió.

—¿Puedes ayudarnos a escapar? —le preguntó a Peligro esperanzado.

—Ojalá —le contestó—. Eso la enfadaría más que cualquier otra cosa. Pero no puedo haceros pasar a través del fuego —señaló con la cola el muro de fuego.

—¿No podríamos apagarlo con el agua? —le preguntó Nocturno.

Se sobresaltó cuando Peligro se giró para mirarlo.

—No... Esas rocas tienen que seguir ardiendo hasta convertirse en ascuas. No hay otra forma de apagarlas.

—¿Qué me dices de Sol? —le preguntó Cieno—. ¿Hay algo que puedas hacer para liberarla? Tenemos que rescatarla antes de que Brasas se la lleve.

Peligro entrecerró sus llameantes ojos azules.

—No paras de hablar de esa tal Sol. ¿Tan importante es?

—¡Sí! —respondieron los tres dragonets a la vez.

Peligro movió la cola, inquieta. Cieno no tenía ni idea de por qué parecía tan enfadada.

—Peligro —intervino Tsunami—. Escúchame. Para nosotros, Sol es como nuestra hermanita. Para todos nosotros.

Nocturno se miró las garras, en silencio.

—Piensa en tu hermano —continuó Tsunami—. ¿No lo habrías salvado si hubieras tenido la oportunidad?

La expresión de Peligro se suavizó y asintió.

—Una hermana. Sí. Lo entiendo. Vale. Os ayudaré.

—¿Dónde está? —le preguntó Nocturno—. ¿Está bien?

—Está encerrada en una especie de jaula para pájaros colgada del techo del salón del banquete. Todo el mundo está allí de fiesta esta noche, pero mañana, mientras estén viendo el espectáculo de la arena, puedo colarme y liberarla.

—¡Gracias!

Cieno estuvo a punto de entrelazar su cola con la de ella, pero en el último momento recordó que no debía tocarla.

—¿Y qué pasa con Cieno y Nocturno? —volvió a preguntarle Tsunami —. Yo puedo sobrevivir en la arena, pero ellos no.

—Mmm... yo también puedo —protestó Cieno—. Ya lo he hecho, ¿sabéis?

—Y, exactamente, ¿cómo lo hiciste? Resulta que sé de buena tinta que no tienes veneno en las garras.

—¡Ya sé qué podemos hacer! —gritó Nocturno poniéndose en pie de un salto.

—¿En la arena? —preguntó Tsunami escéptica.

—No, ahora —dijo—. Sé cómo podemos salir de aquí.

CAPÍTULO 23

Nocturno señaló las llamas que se elevaban de las rocas negras.

—Peligro, a ti el fuego no te hace daño, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Me hace cosquillas, pero nada más.

—Y el fuego viene de las rocas. ¿Y si coges las piedras y las mueves a un lado? Podrías poner el fuego en cualquier otro sitio y así podríamos pasar por la puerta, ¿verdad?

A Cieno le empezó a latir el corazón con rapidez. Peligro inclinó la cabeza hacia Nocturno.

—Sí que es listo —soltó la Ala Celeste—. Tal y como me dijiste. Supongo que sí podría hacerlo —afirmó, aunque el plan no parecía convencerla del todo—. Si de verdad estáis seguros de que queréis escapar esta noche.

—Claro que lo estamos —intervino Tsunami poniéndose en pie—. Salgamos de aquí.

—Pero Sol...

—Nocturno, nos esconderemos en algún sitio y esperaremos hasta que Peligro pueda liberarla mañana.

Esa era la Tsunami que Cieno conocía, la que tomaba el control de cada situación.

—Y Gloria —les recordó Cieno—. También tenemos que rescatarla a

ella.

—¿Gloria? —dijo Peligro, frunciendo el ceño.

—Ala Lluviosa. La nueva obra de arte de la reina Escarlata.

—Oh, ella... Es muy bonita.

Peligro entrecerró los ojos y miró a Cieno, a quien no podría haber confundido más su reacción.

—Vayámonos ahora y preocupémonos por eso después —intervino Tsunami—. ¿Sabes dónde podríamos escondernos?

Peligro abrió las alas y las batió.

—Bajo la cascada. Allí abajo hay una cueva que solo yo conozco.

Se giró, golpeando casi a Cieno con la cola, y saltó por encima del estanque en dirección al fuego.

Asombrado, Cieno la vio coger dos rocas negras con sus garras. Se internó en el túnel y el fuego de las rocas la siguió, ardiendo alrededor de sus garras.

Con cuidado, Peligro fue apartando el fuego y dejando las rocas en el suelo de piedra de la cueva hasta que hizo un agujero lo suficientemente grande para que los dragonets pudieran pasar sin quemarse. Tsunami fue la primera en pasar, seguida de Cieno; Nocturno fue el último. Cuando estuvieron todos en el túnel, Peligro volvió a dejar las rocas donde estaban, reconstruyendo el muro de fuego.

—Mejor así —dijo la Ala Celeste, que parecía satisfecha—. Así no tendrá ni idea de cómo habéis salido.

—¿Puedes quitarnos esto de las alas? —susurró Nocturno, señalando las bandas que se las sujetaban.

Peligro le dedicó una larga mirada no muy amistosa.

—Quizás —se limitó a decir—. Pero mejor me espero hasta saber que no os iréis sin despediros.

—No nos iríamos sin nuestros amigos —le aseguró Cieno.

Ella volvió a fruncir el ceño.

—¿Por dónde se va a la cascada? —preguntó Tsunami.

Peligro señaló el túnel y se deslizó hasta ponerse la primera y poder así abrir la marcha.

—Deja de enfadarla —le siseó Tsunami a Cieno mientras la seguían.

—¿Yo? —Cieno estaba sorprendido—. ¿Qué he hecho?

—Pues... supongo que ser un idiota muy guapo —le contestó la dragonet con cariño—. Te lo explicaré después.

Aquello no le aclaró nada.

Un poco antes de que alcanzaran el salón principal de los balcones, el túnel giraba hacia la izquierda y empezaba a subir. Peligro les indicó que se movieran lo más silenciosamente posible y se dirigieron hacia el sonido de dragones que gritaban, cantaban y destrozaban cosas.

Peligro volvió la cabeza por encima del hombro y miró a Cieno, que estaba demasiado concentrado tratando de moverse sin hacer ruido con las garras sobre aquel suelo de piedra veteado de oro.

—Eh —le susurró—. Una vez que estéis libres... ¿qué vais a hacer?

—Iremos a buscar a nuestros padres —le contestó él, también en un susurro—. Nunca he ido al reino de los Alas Lodosas. Me muero por verlo.

—¿De verdad? ¿Iréis directamente allí? ¿Vosotros cinco solos?

—Por supuesto. Tan pronto como sea posib... —empezó a decir Cieno, pero entonces Tsunami le pisó con fuerza la cola.

El dragonet reprimió un grito de dolor y la miró enfadado. Cuando volvió a mirar al frente, Peligro ya estaba muy lejos de él.

Cieno supuso que habían subido dos niveles, rodeando los balcones, cuando llegaron a una puerta tan alta como cinco dragones adultos e igual de ancha. Se escondieron en un rincón del túnel y echaron un vistazo.

La puerta daba a una meseta plana en forma de medio círculo, entre los riscos, que en aquel momento estaba repleta de Alas Celestes y de Alas Arenosas e iluminada por esferas flotantes de fuego. La mayoría de los Alas Celestes llevaban piezas de oro y cobre, o piedras preciosas que refulgían bajo las llamas. Los Alas Arenosas del desierto, en cambio, parecían pobres y vulgares a su lado. Muchos de ellos parecían bastante incómodos en aquel banquete, como si hubieran preferido estar luchando en una batalla antes que en una fiesta, manteniendo conversaciones formales con otros dragones.

Había estatuas de la reina Escarlata en diferentes poses reales repartidas por la sala, algunas hechas de mármol, otras de oro, otras de suave roca negra con ojos de rubíes. Las mesas estaban a reventar de comida y varios animales vivos corrían entre las garras de los invitados. Una pequeña barrera de piedra impedía que los animales se escaparan por el túnel. La meseta estaba rodeada de riscos empinados, así que, de una forma u otra, estaban atrapados.

Cieno vio a una Ala Celeste dejar una conversación a medias, agarrar una cabra montesa, metérsela en la boca y seguir hablando con el Ala Arenosa que tenía frente a ella. También vio a un par de carroñeros corriendo entre los invitados. En vez de correr por ahí como pollos aterrorizados, uno estaba intentando escalar el risco y el otro estaba escondiéndose bajo una mesa. Aquello le hizo preguntarse si los carroñeros eran más inteligentes de lo que parecían.

Ahora que veía que el banquete estaba celebrándose al aire libre, entendía por qué los dragones habían oído cantar a los prisioneros. Se había preguntado cómo era posible que el sonido se hubiera abierto paso por los túneles, pero la arena estaba solo a dos riscos de distancia de allí, es decir, un pequeño salto de dragón.

La reina Escarlata estaba sentada en un enorme trono de oro, mirando desde su posición a los otros dragones. Brasas, a su lado, ocupaba un trono algo más pequeño, aunque el enorme tamaño de la Ala Arenosa hacía que sus cabezas estuvieran a la misma altura. Brasas no paraba de moverse y gruñir, como si el asiento que le habían reservado fuera demasiado incómodo.

Nocturno agarró a Cieno por el hombro y señaló la enorme jaula de pájaros que colgaba en el centro de la meseta. Estaba sujeta por cables como los que los prisioneros tenían en las patas, atados a altos troncos situados a los lados de la meseta. De vez en cuando, un dragón volaba hasta la jaula, daba un par de vueltas en torno a ella para echar un vistazo al interior y volvía a la fiesta.

Acurrucada dentro de la caja, con las alas sobre la cabeza, estaba Sol. Sus escamas doradas brillaban bajo la luz de las llamas, como si fuera parte del tesoro de la reina.

—Detente —lo frenó Tsunami, cuando Cieno intentó acercarse a la jaula —. Lo sé. Yo también quiero rescatarla.

—Pero si lo hiciéramos ahora mismo, sería un acto suicida —convino Nocturno—. Es mejor que crean que la hemos abandonado. Si saben que nos preocupamos por ella, lo usarán en nuestra contra —añadió, moviendo la cola en un gesto de frustración.

—Pero está tan sola... —murmuró Cieno.

Si al menos supiera que estaban allí, que seguían preocupándose, que no estaban muy lejos... Se estiró e intentó buscar con la mirada a Gloria, pero no la veía por ningún lado. Quizás Escarlata la había escondido para que no la viera Brasas.

—Id vosotros primero —dijo Peligro—. Agachaos y corred. Con suerte no nos verán.

Tsunami fue la primera en cruzar, seguida por los otros de uno en uno. Cieno deseó tener las escamas oscuras para poder camuflarse entre las sombras como Nocturno. Una vez que hubieron cruzado, se quedaron esperando a Peligro.

—Lo siento —les dijo cuando apareció unos momentos después—. He tenido que esperar a que la reina dejara de mirar.

En aquel punto, el túnel se dividía en varias direcciones. Peligro eligió el camino que se pasaba bajo el risco donde se desarrollaba el banquete. Conforme avanzaban, las antorchas de las paredes estaban cada vez más separadas entre sí, de modo que el túnel empezó a oscurecerse. No pasó mucho tiempo hasta que Cieno pudo oír un rugido ensordecedor sobre su cabeza. Esta vez, sabía que se trataba de la cascada.

Desembocaron en un estrecho saliente de la montaña, a mitad del alto y escarpado risco. Gracias a la luz de las lunas, pudieron ver el en las profundidades el curso sinuoso y centelleante de un río. La cascada estaba justo delante de sus ojos, ruidosa y temible. El aire les lanzaba gotas de agua helada en la cara.

Nocturno se apartó del borde.

—¿Estás segura que no quieres liberarnos las alas? —le preguntó, cerrando los ojos.

—Estaréis bien —le contestó Peligro—. Es fácil bajar por la cuesta. No os preocupéis. Lo he hecho muchas veces cuando estoy demasiado cansada para volar. ¿Veis? La cueva está justo ahí.

Cieno echó un vistazo inclinándose por el borde y, algo más abajo, vio un pequeño agujero en la montaña, como una pequeña hendidura en el muro, detrás de la cascada. Sin duda, preferiría hacer ese viaje con sus alas funcionando a la perfección. Pero si ese era el precio que tenían que pagar para que Peligro estuviera feliz...

—Veo algunas marcas de garras —dijo—. Y podemos descansar en esa enorme piedra que hay a mitad del camino... —prosiguió, pero se interrumpió un momento.

Por encima del ruido de la cascada oyó el batir de muchas alas.

Alguien se acercaba.

Se giró hacia sus compañeros.

—¡Escondeos! —Sin pensar en nada más, empujó a Peligro de vuelta al túnel—. Si descubren que nos has ayudado, las reinas te matarán, seas o no su Campeona.

Peligro se paró en la boca del túnel, mirándolo sorprendida. Cieno se giró y comprobó que tanto Tsunami como Nocturno tenían la misma expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Cómo has hecho eso? —susurró la Ala Celeste.

—¿Hacer...? —intentó preguntarle Cieno, pero en ese momento notó el calor de sus escamas en las palmas de las garras.

Había tocado a Peligro sin darse cuenta. Miró hacia abajo, esperando encontrar oscuras marcas de quemaduras y las garras convertidas en cenizas. Pero solo advirtió un cálido resplandor rojizo en las zarpas. Mientras las miraba, el rojo y el calor que sentía desaparecieron, volviendo a recuperar su aspecto normal.

—Deja de poner esa cara de tonto —le ordenó Tsunami, empujándole de vuelta al túnel—. ¡Corred!

—No lo creo —les llegó la voz glacial de la reina Escarlata, desde atrás.

Cieno se giró lentamente y vio a la reina Ala Celeste, que descendía desde lo alto del risco con sus alas enjoyadas abiertas de par en par.

—Gracias, Peligro —agradeció la reina con maldad—. Puedes retirarte.

Cieno no lo entendía. «¿Gracias por qué?». Peligro le dedicó una última mirada cargada de pena y desapareció por el túnel.

La reina Escarlata sonrió a los dragonets, al tiempo que un montón de soldados Alas Celestes empezaban a caer del cielo.

—¿Ibais a alguna parte?

CAPÍTULO 24

La reina suspiró con desaprobación. No le hizo ninguna gracia encontrar su muro de fuego intacto cuando llevaron de vuelta a los dragonets a su celda.

—Habéis descubierto lo que los Alas Lodosas salidos de un huevo rojo sangre pueden hacer —dijo—. Supongo que solo era cuestión de tiempo.

Cieno miró a los otros, confundido, mientras los guardias usaban enormes palas para apartar las rocas a un lado. ¿Qué es lo que creía la reina que había hecho? Tsunami y Nocturno parecían tristes, como si entendieran algo que a él se le escapaba.

—Encuentra a los diez guardias más sobrios —le ordenó Escarlata a Bermellón— y apuéstalos en la puerta. Estoy harta de que los dragonets me arruinen la fiesta. Se acabó. —Los miró a los tres una última vez mientras volvían a meterlos en la cueva y recolocaban el muro de fuego—. Sois muy egoístas. Mi día de la salida del cascarón solo ocurre una vez al año. Llevo meses planeándolo. Así que dejad de ser tan odiosos o seguiré el consejo de Brasas y os mataré aquí mismo.

Esperaron a que la reina se hubiese ido y , cuando vieron en el pasillo los lomos repletos de púas de diez enormes guardias Alas Celestes, Tsunami empujó a Cieno y a Nocturno hasta el rincón más alejado de la cueva, donde el viento que se colaba por las estrechas ventanas podría camuflar sus palabras.

—No recuerdo que los pergaminos hablaran de ello —le susurró a

Nocturno.

—Hay una referencia a una leyenda que existía mucho antes del Ardor —le explicó Nocturno, también en susurros—. Pero no creía que significara nada. Los guardianes nunca mencionaron que los huevos rojos tuvieran algo especial. De hecho, creo que no son tan raros.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Cieno.

—De ti, enorme zopenco —dijo Tsunami, mientras le daba unos golpecitos con la zarpa— y de tu novia malvada.

—De... ¿quién?

—Peligro —le aclaró Nocturno—. La que nos ha traicionado y se ha chivado a la reina en vez de ayudarnos a escapar.

Cieno por fin lo entendió.

—¿De verdad creéis que lo ha hecho? ¿Por qué haría algo así?

—Porque quiere mantenerte aquí, obviamente —gruñó Tsunami—. Eso es lo que ocurre cuando eres demasiado amable con dragonas asesinas psicópatas.

—Sigo confuso. ¿Qué tienen que ver los huevos rojos de dragón con todo esto?

—¿No te acuerdas de la profecía? —le preguntó Nocturno.

Cieno pestañeó. Que se aprendieran la profecía de memoria era algo que los guardianes habían intentado inculcarles día tras día, pero él nunca había logrado retenerla el tiempo suficiente para aprendérsela.

—«Para unas alas de tierra, buscad en el lodo» —recitó Nocturno—. «Un huevo del color de la sangre de dragón».

Calló y miró ansioso a Cieno. Durante un momento, nadie dijo nada.

—¿Qué? ¿Yo?

—Háblanos de la leyenda —le pidió Tsunami, impaciente, a Nocturno.

—Hablaba sobre cómo los Alas Lodosas que eclosionaban de un huevo

de sangre de dragón podían andar a través del fuego —explicó Nocturno.

—¿Eso es todo? —dijo Tsunami, con una voz cargada de sarcasmo—. Bueno, no me parece demasiado útil, la verdad. No tanto como para tener que mencionarlo.

—Oye, si tuviera aquí mis pergaminos podría encontrar algo más que nos sirviera.

—Esperad, hay algo que no encaja —señaló Cieno—. Rapaz solía quemarme muy a menudo en las prácticas de combate.

—Pero no tienes ni una cicatriz —corroboró Tsunami—. Intentó prenderte fuego en muchas más ocasiones que al resto de nosotros, pero tú siempre solías curarte en... no sé. ¿Un día?

—Aun así me dolía —dijo Cieno, que recordaba claramente todas las quemaduras.

—El lodo —soltó Nocturno—. Los dragones adquieren su fuerza de sus hábitats naturales. Los Alas Marinas son más poderosos en el océano. Supongo que tenías que hundirte en el lodo antes de poder desarrollar completamente tu inmunidad al fuego. —Calló un momento, pensativo, y la esperanza le iluminó el rostro—. Puede que mis poderes se activen con la luz de la luna o algo así.

—Si eso es cierto, los Garras de la Paz han sido unos estúpidos por mantenerte bajo una montaña —le dijo Tsunami.

—Hemos estado en esas torres-prisión de noche los últimos dos días. ¿Te sientes diferente?

Nocturno contempló las estrellas que brillaban al otro lado de la ventana.

—No —admitió—. Pero puede que simplemente no sepa cómo debería sentirme.

Siguieron sentados unos minutos, en silencio.

—¿De verdad crees que Peligro nos ha traicionado? —preguntó Cieno.

—Estoy segura de que sí —contestó Tsunami—. No quiere perderte.

—Oh. Eso es muy triste. Supongo que no tiene más amigos.

—¡Cieno! —exclamó Tsunami, exasperada—. No sientas pena por ella. Nos acaba de vender a la reina. Y para que conste, está claro que le gustas y no solo como amigo. —Cieno pestañeó, sorprendido, y Tsunami le tapó las alas con las suyas—. Eh, es normal. Eres un amor, bueno y bondadoso, pero no puedes perdonarla por esto. Peligro se volverá más posesiva si se sale con la suya.

—Deberías alejarte de ella —agregó Nocturno, negando con la cabeza—. No puedes confiar en ella.

—Supongo que tampoco va a rescatar a Sol —dijo Cieno, embargado por la pena.

—No. Tendremos que hacerlo nosotros mismos.

—Mañana —añadió Nocturno.

Todos miraron a los guardias que custodiaban el túnel. Incluso si Cieno podía mover las rocas de fuego, ni entre los tres podrían enfrentarse a aquellos guerreros tan fieros. Estarían atrapados el resto de la noche.

—Ya se nos ocurrirá algo —dijo Tsunami, que parecía segura de ello.

Cieno estaba exhausto, ya que había dormido poco y mal desde la pelea con Fjord. Se enroscó en el suelo, mientras los otros dos se tumbaban encima de él... tal y como solían dormir cuando eran pequeños, antes de que Rapaz insistiera en que tenían que dormir en los dormitorios y cada uno en su cama de piedra.

El calor y el peso de los otros dos era justo lo que Cieno necesitaba. A pesar de sus miedos respecto a lo que pudiera depararle la mañana siguiente, la culpabilidad que sentía por haber confiado en Peligro y la tristeza por su traición, se durmió enseguida. Y aquella noche no tuvo ninguna pesadilla.

CAPÍTULO 25

El rugido de los dragones los despertó a la mañana siguiente. Los tres dragonets apenas tuvieron tiempo de levantarse antes de que los guardias irrumpieran en la cueva. Las rocas negras se habían consumido hasta convertirse en ascuas, así que los Alas Celestes las empujaron con la cola al estanque. Unos cuantos cogieron a Tsunami y la arrastraron hasta la arena; el resto empujaron a Cieno y a Nocturno a través del túnel.

—¡Esperad! —gritó Cieno—. ¿Adónde la lleváis? ¿Por qué no podemos ir con ella?

—Escuchadle. «Por favor, por favor, daos prisa y matadme» —se burló uno de los guardias Ala Celeste.

—No te preocupes, dentro de poco te llegará tu turno —dijo otro y todos estallaron en carcajadas.

A Cieno y a Nocturno los llevaron en volandas por una escalera negra, larga y ancha, y salieron pestañeando a la brillante luz del sol.

Estaban en el balcón de la reina, observando la arena. La reina Escarlata ya estaba allí, holgazaneando en su trono. Les sonrió con maldad.

—Pensé que nadie mejor que vosotros apreciaría las mejores vistas de todo el palacio —dijo, mientras señalaba con la cabeza hacia la arena, donde Tsunami no paraba de morder y arañar a los guardias que la rodeaban.

Tenía unas cadenas gruesas atadas alrededor del cuello. A Cieno y

Nocturno los sujetaron a unas anillas de metal en el suelo. Brasas estaba de pie al lado de Escarlata, ignorando deliberadamente el trono que le habían preparado. No paraba de lanzar a los dragones miradas amenazadoras. Cieno tenía el presentimiento de que la Ala Arenosa prefería luchar ella misma en un combate que ver a otros hacerlo en la arena.

Tiró de la cadena que lo tenía preso cuando vio que sacaban a Gloria a la luz del sol. Seguía lánguidamente tumbada entre las ramas del árbol de mármol, y las escamas verde esmeralda y azul pavo real refulgían en su piel. Tenía los ojos cerrados, pero mientras la arrastraban, Cieno estaba seguro de que los había abierto solo un poco y había visto a sus amigos encadenados. Al menos esperaba que eso fuera lo que había visto.

Brasas tenía los negros ojos fijos en Gloria.

—Oh, ahí está mi nuevo juguete —dijo en voz alta Escarlata—. Preciosa, ¿verdad? Me apuesto lo que quieras a que soy la única reina que posee un Ala Lluviosa.

—Comida malgastada —murmuró Brasas, pero en sus ojos se reflejaba la envidia que sentía.

—No come demasiado —le contestó Escarlata—. Parece más una planta exótica que un dragón. Agua, mucho sol, un poco de fruta y un mono de vez en cuando. Vale la pena hasta que me canse de ella.

Brasas la miró, pensativa.

Cientos de dragones —todos pertenecientes al reino de los Alas Celestes, por lo que Cieno podía ver desde su posición— llenaron los asientos. Rugieron y empezaron a golpear el suelo con los pies, exigiendo un poco de entretenimiento sangriento.

Bermellón aterrizó justo en el centro de la arena.

—Compañeros dragones —llamó—. Leales Alas Celestes, visitantes

Alas Lodosas y honorables invitados Alas Arenosas. Tenemos un cartel lleno de emocionantes juegos para hoy. ¡Así que empecemos con ellos!

Se giró para señalar a Tsunami justo en el momento en que esta se deshacía de sus guardias y cargaba contra él.

Con un grito de terror, Bermellón alzó el vuelo, escapando por los pelos de sus garras.

—Parece que alguien me ha confundido con su oponente —anunció Bermellón con una risa nerviosa—. Siento decepcionarte, pequeña Ala Marina, pero hay un dragón mucho más terrorífico al que vas a enfrentarte.

El presentador señaló al cielo. Varios guardias estaban luchando contra un Ala Marina de color verde guisante en una de las torres.

—Y aquí abajo, en la arena, tenemos a uno de los conocidos dragonets de la profecía —siguió diciendo Bermellón en el aire—. ¿De verdad son tan majestuosos y poderosos? Hoy lo averiguaremos. Os presento a... ¡Tsunami de los Alas Marinas!

El sonido del batir de alas y el siseo del aliento de fuego llenó la arena. Era mucho más ruidoso de lo que Cieno hubiera esperado, como si los dragones de verdad estuvieran animando a Tsunami. Desde su posición, oyó algunas de las voces del público.

—¡De verdad son ellos! ¡Los dragonets del destino!

—Bueno, ¡ya visteis lo que el Ala Lodosa le hizo a Fjord! ¿Qué narices fue eso?

—¿Escuchasteis cómo cantaba anoche la montaña?

—Una fiesta maravillosa...

—... debe de ser un presagio.

—... fantasmas en los riscos... los dragonets están aquí...

—... ¡llevaba el mismo medallón de rubíes! Fue muy embarazoso.

—... espero que gane...

Cieno miró a la reina Escarlata, que tenía los cuernos envueltos en anillos de humo. Movió la cola hacia Bermellón, como si quisiera decir: «Empieza de una vez».

—EJEM —continuó Bermellón—. Alguno de vosotros quizá recuerde a un dragón que se negó a luchar hace unos meses.

—¡BUUUUUUUU! —coreó el público obedientemente.

—De hecho, intentó encabezar una pequeña rebelión entre los prisioneros. Intentó hacer que todos los dragones dejaran de luchar. Bueno, estaba claro que tenía que aprender una lección porque, si no, ahora mismo estaríamos todos en nuestras cuevas muertos de aburrimiento. ¿Tengo razón?

—SÍÍÍÍÍÍÍÍ.

—¿Y cuál es la mejor forma de castigar a un Ala Marina?

Bermellón sobrevoló al público, como si quisiera dar a entender que se sentía cómodo en el aire en vez de en la arena, donde normalmente hacía sus presentaciones.

—¡Cortarle la cabeza!

—¡Meterle hierba en las agallas!

—¡Ahogarlo!

Bermellón suspiró.

—Muy buenas sugerencias —dijo—, pero no. La mejor manera de castigar a un Ala Marina es privarle de agua. Toda el agua. Durante meses.

Tsunami alzó la vista hacia el balcón de la reina y miró a Cieno a los ojos. Tenía las escamas pálidas de terror.

El Ala Marina deshidratado aterrizó con fuerza en la arena, custodiado por los guardias. Era dos veces más grande que Tsunami, con las garras afiladas y curvas como anzuelos. Tenía sangre seca alrededor del hocico, como si hubiera intentado beber sangre de sus propias venas. Las escamas,

resquebrajadas, habían perdido el brillo y tenía los ojos verde oscuro inyectados en sangre. Desquiciado, los movía sin descanso hacia uno y otro lado.

Parecía completamente loco.

—Deshidratado, mentalmente inestable y listo para la última pelea. ¡Agallas de los Alas Marinas! ¡Garras arriba, colas listas! ¡Luchad!

Agallas no esperó la orden de Bermellón. Empezó a correr por la arena en dirección a Tsunami en cuanto recuperó el equilibrio. Tenía la boca abierta como si estuviera a punto de rugir, pero no le salía ninguna clase de sonido. La lengua, morada e hinchada, le colgaba a un lado de la boca.

Tsunami saltó por encima de su cabeza y se encogió, formando una bola, antes de caer al suelo. Se giró para enfrentarse de nuevo a él, pero entonces se dio cuenta de que Agallas también se había girado y ya cargaba contra ella.

—Es rápido —le susurró Nocturno a Cieno—. Está desesperado.

—Tsunami también lo es.

Cieno se preguntó si Tsunami estaría sintiendo lo mismo que había sentido él cuando había luchado en la arena. Al enfrentarse a su primer combate a muerte, ¿tendría también dudas a la hora de matar a otro dragón? Porque Agallas no dudaría ni un segundo en matarla a ella. A él no se le podía distraer como a Fjord. Lo habían vuelto loco de sed y destrozaría a Tsunami sin ser plenamente consciente de ello.

El enorme dragón verde se alzó sobre las patas traseras, con las alas extendidas, y trató de subirse a la espalda de Tsunami. Ella le arañó el estómago con las garras. Un chorro de sangre roja brillante le manchó las escamas azules. Agallas apartó las garras de la espalda de Tsunami y, cuando esta se apartó, cayó de cara a la arena.

Agallas se puso en pie de inmediato, cargando de nuevo contra ella. La

agarró de la cola y tiró con fuerza, levantándola del suelo. Tsunami se retorció en el aire y clavó los dientes en los dedos membranosos de las garras del otro dragón.

Agallas volvió a rugir sin emitir sonido alguno. Había algo antinatural cuando veías luchar a los dragones en silencio. Cieno notó cómo se le erizaban las escamas de la espalda.

Agallas soltó a Tsunami y ella se recuperó de inmediato, enredándole la cola entre las patas. El gran Ala Marina cayó al suelo con la fuerza de una enorme roca. El golpe de su cuerpo al chocar contra la arena retumbó por todo el estadio.

Tsunami se colocó encima de su cabeza y le atrapó las alas con las patas traseras. Se agarró a sus cuernos con las garras delanteras y le restregó la cara contra la arena. Agallas movió la cola, sin demasiadas fuerzas. Tsunami pesaba demasiado para poder quitársela de encima.

—He ganado —gritó Tsunami—. Todos podéis verlo. Podemos acabar con esto ahora mismo sin matar a nadie. ¡Os pido a todos que lo dejéis vivir!

Un silencio pesado se apoderó del estadio. Cieno miró a la reina Escarlata, preguntándose si se levantaría para discutir con Tsunami. Pero su expresión era de auténtica petulancia, como si supiera lo que estaba a punto de suceder.

—¡MÁTALO! —gritaron a la vez varios Alas Celestes—. ¡Rómpele el cuello! ¡Arráncale los dientes! ¡Sácale los ojos! ¡Hazle algo asqueroso! ¡Cruel! ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

De pronto, todos los dragones estaban gritando lo mismo.

Tsunami agachó la cabeza, respirando con dificultad. Parecía estar estudiando a Agallas, quizá preguntándose si había alguna forma de devolverle la cordura.

—No tiene otra opción —murmuró Nocturno—. Es su vida o la de él. Si lo deja ir, él la matará. Tsunami lo sabe.

«Sí, pero saberlo no hace que sea más fácil», pensó Cieno.

—Puede que nuestra «dragonet del destino» no tenga las agallas necesarias para el combate —señaló la reina con malicia—. Puede que la guerra sea demasiado terrorífica para ella. ¿Quizá prefiera volver a su escondite y pasar allí el resto de sus días?

Tsunami alzó la barbilla y miró a la reina Escarlata directamente a los ojos. Con un movimiento brusco de las garras, le rompió el cuello a Agallas de un golpe limpio. En la expresión de su rostro se leía claramente lo que en realidad pensaba: «Me estoy imaginando que te lo hago a ti».

CAPÍTULO 26

—Decepcionante —le dijo la reina Escarlata a Brasas, cuando todos los dragones del público estallaron en aplausos y gritos.

—Catastrófico —rugió Brasas—. Míralos. Ahora esos idiotas la aman.

Los dragones se inclinaban sobre la barandilla de la arena y le lanzaban pequeñas joyas a Tsunami. Un par de pequeñas esmeraldas rebotaron contra sus escamas mientras soltaba la cabeza inerte de Agallas y se alejaba de su cuerpo sin vida.

Tsunami les dedicó a los dragones una mirada de asco, pero eso no les frenó.

—No te preocupes, tengo un plan —le aseguró Escarlata, frotándose las garras—. ¡Pero ahora le toca al Ala Nocturna! ¡Mi regalo por mi día de la salida del cascarón!

Los ojos aterrorizados de Nocturno se clavaron en Cieno. Toda esa seguridad de sabelotodo que lo embargaba se esfumó en un simple latido.

—¡Esperad! —le gritó Cieno a los guardias cuando empezaron a desencadenar a Nocturno—. ¡Dejadme luchar en su lugar!

—Estos dragonets —dijo la reina Escarlata con desdén, moviendo una garra hacia Brasas—. No paran de ofrecerse voluntarios para intentar salvarse mutuamente. Es la cosa más rara que he visto en mi vida.

Le hizo una seña a los guardias con la zarpa y estos se llevaron a

Nocturno a través del túnel. Cieno usó toda su fuerza para tirar de las cadenas, intentando liberarse, pero no sirvió de nada.

—Esta vez no me lo vas a estropear, Ala Lodosa —lo amonestó la reina —. Me muero de ganas de ver luchar al Ala Nocturna. Es tan brillante y guapo. Creo que cuando muera, le cortaré las alas y las colgaré de la pared de mi sala del trono. ¿No es magnífico? Todas esas escamas plateadas brillando como diamantes contra un fondo de obsidiana. Me encanta.

Brasas dejó escapar un gruñido desde lo más profundo de su garganta.

—¡Qué palacio más frívolo! —murmuró.

—Ten cuidado con lo que dices de tus aliados —le contestó Escarlata—. Recuerda que nos necesitas.

Brasas plegó las alas y mantuvo la boca cerrada.

Nadie había encadenado a Tsunami después de la pelea. Seguía en la arena, dándole la espalda al cadáver del Ala Marina, que ya empezaba a oler a pescado podrido.

En ese momento, sacaron a Nocturno del túnel y Cieno se dio cuenta de cuál era el plan de Escarlata. La esperanza se avivó en su interior. Tsunami jamás mataría a Nocturno. Ni en un millón de años. Ni siquiera para evitar uno de sus sermones sobre la ciencia del aliento de fuego.

—El más raro de todos los dragones —gritó Bermellón, a salvo en un saliente justo enfrente del balcón de la reina—. Un Ala Nocturna de carne y hueso. ¿Es acaso el dragonet de la profecía? Veamos qué pasa cuando dos de ellos tienen que luchar entre sí. ¡Tsunami de los Alas Marinas y Nocturno de los Alas Nocturnas! ¡Garras arriba, dientes preparados! ¡Luchad!

Tsunami y Nocturno se quedaron en su sitio, mirándose el uno al otro. La dragonet no podía parar de jadear, cubierta aún por la sangre de Agallas. Daba bastante más miedo que de costumbre. Nocturno hundió las garras en

la arena, como si no estuviera demasiado seguro de que su amiga no fuera a embestirlo y matarlo.

Lentamente, Tsunami se acercó a Nocturno. Él abrió las alas y ella se dejó caer sobre él, apoyando la cabeza en su hombro.

—BUUU... ¿uuu? —gritó una voz solitaria del público, pero guardó silencio al ver que nadie más se le unía.

—Oooooooh —dijeron unos cuantos dragones de los asientos superiores, lo suficientemente lejos de la reina para que no pudieran reconocerlos.

—Esto va de mal en peor —siseó Brasas, con los dientes apretados.

—¿Vais a luchar? —gritó la reina Escarlata desde su trono. Ni Tsunami ni Nocturno se dignaron a mirarla—. Esto es muy irritante. Venga. Habéis estado encerrados bajo la misma montaña muchos años. Deberías estar preparado para matarla, Ala Nocturna. ¿Acaso no te pone de los nervios? ¿No te vuelve loco esa Ala Marina?

Cieno desvió su atención hacia Gloria, deseando que le sonriera. Cuántas veces había bromeado la dragonet sobre la forma de hacer callar a Tsunami y a Nocturno. Pero sus ojos permanecían cerrados.

—¿No? —Escarlata se inclinó hacia delante—. ¡Está bien, podéis ser los peores gladiadores de la historia si queréis! ¡Soltad a los carroñeros!

Bermellón batió las alas y una jaula enorme salió del túnel. El hijo de la reina voló hasta la parte superior de la jaula y deshizo de un mordisco la cuerda que la mantenía cerrada. La puerta se abrió y cuatro carroñeros salieron en estampida a la arena, agitando las garras y gritando con ferocidad.

—¿Carroñeros? ¿Para matar a los dragonets de la profecía? ¿Estás loca? —gruñó Brasas.

—Solo hizo falta uno de ellos para acabar con tu madre —apuntó su compañera.

Brasas se volvió enfadada, con la cola venenosa apuntando directamente a la reina de los Alas Celestes.

—Vaya, cálmate —dijo Escarlata, soltando un bufido—. Será divertido. Tengo un par de ases más guardados bajo las alas por si esto no funciona. Posiblemente, este sea el único Ala Nocturna que conseguiré tener en mi arena y quiero verlo luchar con todo.

Cieno se recostó, preocupado. No les habían enseñado a cazar carroñeros ni a luchar contra ellos. Los carroñeros solo atacaban a los dragones que poseían un tesoro y los dragonets no tenían nada de valor. Se preguntó si Nocturno habría leído algo acerca de sus técnicas de lucha en alguno de sus pergaminos.

Sin embargo, los carroñeros no eran más que comida, solo que un poco más fieros y picudos que los cerdos y las vacas a los que estaban acostumbrados. Los guardianes solían soltar animales por las cuevas para que ellos los persiguieran y pudieran así practicar sus técnicas de caza. ¿Serían los carroñeros distintos de los lagartos, cabras o avestruces con los que se solían enfrentar?

Tsunami empujó a Nocturno y lo colocó a su espalda, contra el muro.Luego abrió las alas delante de él y enseñó los dientes a los carroñeros. Tres corrieron directamente hacia ella, el cuarto les dedicó una mirada y trató de volver al túnel.

Bueno... no era normal que la comida corriera *hacia* los dragones. Así que quizá, después de todo, los carroñeros sí que fueran un poco diferentes.

Tsunami se deshizo del primer carroñero lanzándolo a los asientos del público con el ala. Los dragones más cercanos se pelearon por él, arañando, gritando y escalando para cogerlo. El carroñero aterrizó, gritando, sobre la garra de un Ala Celeste que se lo zampó de un bocado.

Los otros dos carroñeros dejaron de correr y se alejaron rápidamente del

alcance de Tsunami. Ella siseó y les mostró la lengua.

Mientras tanto, el carroñero que había intentado huir volviendo al túnel, regresó a la arena empujado por tres soldados Alas Celestes armados con lanzas. Corrió por toda la arena, gritando de terror, hasta que se chocó contra el muro que los rodeaba y cayó al suelo. No volvió a levantarse.

—Qué divertido y útil es todo esto —murmuró Brasas—. El Ala Nocturna no está haciendo nada.

—Los otros dos carroñeros son hembras —señaló Escarlata—. Normalmente suelen durar un poco más.

Una de las carroñeras señaló a un lado y se separaron, rodeando a Tsunami desde diferentes ángulos. Se acercaron lentamente, cada una sujetando una garra plateada. Tsunami las miró hasta que salieron de su campo de visión. Luego se giró y se lanzó a por la de la izquierda.

Esa se le coló bajó las garras y la apuñaló en el estómago. Tsunami gritó e intentó atrapar a la carroñera, pero ya había desaparecido.

Al mismo tiempo, la otra carroñera salió corriendo a espaldas de Tsunami y se dirigió a Nocturno. El Ala Nocturna intentó arrojarla bien lejos, como había hecho Tsunami, pero la carroñera se revolvió entre sus garras. De repente, le empezó a escalar por la pata delantera y antes de que pudiera quitársela de encima, ya le había llegado a la espalda.

Cieno se puso tenso. Nunca había visto un movimiento como aquel. Definitivamente, una vaca no intentaría jamás nada parecido.

Nocturno intentó girar la cabeza sobre los hombros para morder a la carroñera, pero se movía demasiado deprisa y le escalaba por las escamas como una salamandra por la roca. Sacudió la cabeza, furioso, e intentó alcanzarla con las garras. Ella se soltó, resbaló por un lado y Nocturno se arañó sin querer a sí mismo. Un hilo fino de sangre le empezó a brotar del cuello.

—No está siendo demasiado impresionante —bufó la reina Escarlata—. Supongo que no pueden leer la mente de los carroñeros. Me aburro.

Cieno cerró las garras en un puño. La carroñera se estaba acercando demasiado al hocico de Nocturno. Si conseguía hincarle la garra en un ojo...

—¡Tsunami! —gritó.

Tsunami estaba al otro lado de la arena, persiguiendo a la carroñera que la había atacado a ella. Tsunami era más rápida, pero la carroñera cambiaba de dirección una y otra vez y se le metía por debajo. Cuando Cieno la llamó, Tsunami se giró en redondo y vio a Nocturno en peligro.

Corrió hacia él, pero antes de que llegara, Nocturno apretó los dientes y golpeó la cabeza contra el suelo. La carroñera se le había colgado de los cuernos y, tras el fortuito movimiento del dragonet, cayó al suelo y se fue rodando hasta el muro. Al instante, se puso en pie y se apartó de los dientes de Nocturno, que mordieron el aire.

Nocturno no le dio caza. Se quedó masajeándose la cabeza y mirando cómo la carroñera se tambaleaba sobre la arena. Cuando Tsunami pasó por su lado, la agarró de la pata y la retuvo. La carroñera de Tsunami se había acercado a la de Nocturno y la estaba ayudando a apoyarse contra el muro. Las dos carroñeras miraron a su alrededor, reparando en todos los dragones del estadio. Unos gritos furiosos salieron de sus boquitas.

—Tienes razón —admitió Escarlata con un suspiro—. Esto no es tan emocionante como imaginaba. ¡Pasemos directamente a los Alas Heladas! —le gritó a Bermellón.

Su hijo hizo una seña y los guardias salieron volando desde distintos rincones del estadio. Asustado, Cieno los vio dirigirse directamente a todos los prisioneros Alas Heladas. Supuso que habría al menos ocho de ellos allá arriba. De pronto, y gracias a una de las lecciones de Nocturno, se acordó

de que los Alas Heladas odiaban a los Alas Nocturnas por una guerra que había sucedido hacía muchísimo tiempo.

—Por fin haces algo inteligente —siseó Brasas.

—¡Dejadme luchar a mí también! —rogó Cieno—. ¡Dejadme bajar con mis amigos!

Aunque sabía que tres dragonets no tendrían nada que hacer contra ocho Alas Heladas, prefería estar allí abajo con sus compañeros que allí quieto en el balcón, incapaz de echarles una mano.

De pronto, una nube pareció cubrir el sol. El ruido de muchas alas hizo que los dragones alzaran la vista y vieran la ola de oscuridad que volaba sobre sus cabezas. Un trozo de oscuridad se separó del resto y bajó en espiral hacia la arena, esquivando la red de cables.

Cuando descendió con su característico aire de grandeza, Cieno lo reconoció.

Por fin había llegado Oráculo.

CAPÍTULO 27

Cieno se debatía entre el alivio y la rabia. ¿Por qué el Ala Nocturna había tardado tanto?

Un silencio sepulcral se apoderó de todo el estadio. Los guardias Alas Celestes permanecieron en el cielo, con las cadenas de los Alas Heladas a medio quitar. Todos los dragones miraban a Oráculo, cuya vasta figura negra parecía llenar toda la arena. Su oscuridad absorbía toda la luz a su alrededor.

Señaló a Nocturno y se dirigió a la reina Escarlata.

—Ese dragonet es nuestro.

«¿Solo él? —pensó Cieno—. ¿Y nosotros?». Tenía miedo de que la reina lo matara si hablaba antes de que Oráculo pudiera salvarlo. Quizá pudiera colarse en los pensamientos de Oráculo...

—¿Nuestro de quién? —dijo la reina—. Lo encontramos con algunos revolucionarios pertenecientes a los Garras de la Paz. ¿Me estás diciendo que finalmente los Alas Nocturnas habéis escogido bando?

Brasas soltó un gruñido.

—¿Os estáis aliando con un movimiento clandestino por la paz en vez de con una verdadera reina?

Oráculo miró hacia el cielo, donde una bandada de dragones oscuros daba vueltas sin descanso.

—No —sentenció con su voz profunda—. He venido a reclamar a

nuestro dragonet. Nos lo llevaremos y nos iremos.

—¿Ah, sí? ¿Bajo la autoridad de quién? Puede que a vuestra misteriosa reina le apetezca salir y discutirlo conmigo.

Los ojos de Oráculo brillaron con una chispa peligrosa.

—No os atreváis a enfadar a los Alas Nocturnas, dragón del cielo. Dadnos a nuestro dragonet.

«¡Y al resto de nosotros! —pensó Cieno lo más alto que pudo—. ¡Aquí! ¡Dragonets del destino! ¡Somos cuatro más además de Nocturno! ¡Todos formamos parte de la profecía! ¡Nos necesitas!». Quizás Oráculo se hubiera olvidado de que estaban allí. Pero podía leerles las mentes... ¿acaso no oía cómo Cieno no paraba de pedirle ayuda?

La reina Escarlata se puso en pie, furiosa.

—¡No! ¡Quiero verle luchar contra los Alas Heladas! ¡Es mi día de la salida del cascarón!

Durante un momento, en el cual todo el mundo guardó silencio, Cieno tuvo miedo de que Oráculo se rindiera y se fuera volando. Entonces, el dragón negro movió la cola, solo un poco, y en ese mismo instante varios Alas Nocturnas descendieron en picado del cielo.

Cieno no podía apartar la mirada, fascinado. «Debe de haberlos llamado con la mente».

Sin una palabra ni una señal visible, los Alas Nocturnas rodearon a los prisioneros. Los guardias se apartaron de su camino, aterrorizados. Cada pareja de Alas Nocturnas cayó sobre uno de los prisioneros Alas Heladas con las garras listas para atacar. En apenas unos segundos, todos los Alas Heladas estaban muertos. Sus cuerpos plateados cayeron inertes sobre las plataformas de piedra. Regueros de sangre roja azulada empezaron a gotear, lentamente, desde las torres.

«Eso no ha sido justo —pensó Cieno—. Todos los Alas Heladas estaban

encadenados... no podían luchar. Si los Alas Nocturnas son tan fuertes, ¿por qué no los han liberado en vez de haber asesinado a más dragones?».

Miró a Oráculo y creyó ver al dragón dirigirle una mirada dedeñosa.

«Uy. Quiero decir, ¡gracias, Alas Nocturnas! Estamos muy contentos de que estéis aquí. ¡LOS CINCO LO ESTAMOS!».

Le estaba saliendo tanto humo de la nariz a la reina Escarlata que era muy complicado verle los ojos. A su lado, Brasas no paraba de mover la cola de un lado a otro, inquieta. Parecía lista para saltar y atacar a Oráculo.

El gran Ala Nocturna sonrió fríamente.

—Ahí tenéis —dijo—. Nos hemos ocupado de vuestro problema con los Alas Heladas. Ahora nos vamos.

Batió sus alas una vez, elevándose en el aire, y voló hacia Nocturno.

—¡Espera! —gritó Nocturno cuando Oráculo lo sujetó con las garras—. ¿Qué pasa con mis amigos?

«¡SÍ! —gritó Cieno mentalmente—. ¿QUÉ PASA CON NOSOTROS?».

Oráculo ni siquiera miró a los dragonets. Se elevó en el cielo, llevándose a Nocturno con él. El resto de los Alas Nocturnas sobrevolaron el estadio una vez más y luego lo siguieron hacia el sur.

Cieno se sintió como si un Ala Marina lo hubiera golpeado con la cola. Un salvador había llegado de entre las nubes... y había decidido no rescatarlos. Miró a Tsunami a los ojos... y vio en ellos una mirada aún más amarga y furiosa.

Y no era la única.

—¡Guardias! —rugió la reina Escarlata—. Quiero que al menos algo salga bien hoy. Traed a mi Campeona. Y limpiad todo ese desastre.

Brasas estaba demasiado enfadada como para hablar. Las reinas miraron en silencio a los Alas Celestes mientras estos se apresuraban a aterrizar sobre la arena y se llevaban los cuerpos de Agallas y del carroñero. Luego

metieron de nuevo en la jaula a las dos carroñeras que seguían con vida y se las llevaron de allí. Otros guardias sujetaron a Tsunami con cadenas y, por primera vez, la dragonet no se resistió, demasiado sorprendida y enfadada para malgastar energía.

Un sentimiento de estupefacción invadió a todos y cada uno de los dragones del estadio. Cieno supuso que hacía mucho tiempo que no habían visto a su reina perder un combate, aunque fuera verbal.

—Como todos sabéis —dijo Escarlata de repente con voz tranquila y serena, como si una bandada de misteriosos dragones no hubiera descendido del cielo y le hubiera robado su juguete—, ayer mi Campeona, Peligro, se ofreció a luchar en nombre de mi prisionera, Rapaz, en una pelea a vida o muerte. Ahora luchará con el dragón que yo elija. Si gana, Rapaz queda libre. Si pierde... entonces supongo que tendré que buscarme otra Campeona.

Calló, esperando la reacción del público, pero no ocurrió nada. La reina frunció el ceño.

—Está bien —dijo—. Creéis que Peligro no puede perder, ¿verdad? Bueno, resulta que hoy tenemos a un invitado muy especial. Un dragón cuyas escamas son resistentes al fuego. ¿No es emocionante?

Cieno apenas había comprendido que estaban hablando de él cuando los guardias lo rodearon.

Mientras lo arrastraban por el túnel, reparó en la sonrisa que iluminaba la cara de Escarlata y se dio cuenta de que sabía exactamente lo que hacía.

Sabía que Peligro y él eran amigos. O que lo habían sido, al menos, antes de que Peligro lo traicionara.

La reina estaba obligando a Peligro a elegir entre su madre y él.

Y ahora Cieno tenía que elegir entre matar a Peligro... o morir.

CAPÍTULO 28

La arena, pegajosa de sangre, se le metía a Cieno entre las garras. El sol caía sin piedad sobre él, brillante y caliente, cegándole los ojos. Caminó despacio sobre la arena, intentando pensar. ¿Había alguna forma de librarse de aquello?

No podía confiar en que Peligro le perdonara la vida, de eso estaba seguro. Ya lo había traicionado una vez. Seguro que estaría dispuesta a hacerlo otra vez. Y más si eso significaba salvar a su madre.

Cieno la escuchó moviéndose por el túnel y se giró para mirarla a la cara cuando saliera. Peligro se detuvo y Cieno tuvo la sensación de que una multitud de sentimientos se agolpaban en su expresión al mismo tiempo.

—Tendría que habérmelo imaginado —susurró, furiosa, para que solo Cieno pudiera oírla—. El único dragón que puede tocarme. No me extraña que quisiera mantenerme alejada de ti.

—Supongo que deberías haberlo hecho —le contestó el dragonet.

Peligro se encogió.

—Ahí lo tienes, Peligro —le habló la reina. Tras ella, los guardias arrastraban a Tsunami de vuelta al balcón, sujeta con cadenas y temblando de rabia—. Ese es el dragón al que tendrás que matar si quieres liberar a tu madre. ¡Diviértete!

Peligro se deslizó hacia Cieno y él voló hasta el muro contrario. Peligro dudó, luego empezó a correr y salió detrás de Cieno. Él esperó hasta que

estuviera a menos de un latido de distancia, luego se echó hacia atrás y ella acabó con el hocico en el suelo.

La multitud rugió con sorpresa y placer.

Peligro se quedó ahí tumbada, jadeando, mientras él se levantaba y corría hacia el lado opuesto de la arena. «No está acostumbrada a que sus oponentes le hagan frente», pensó. Notó un calor abrumador en el hombro, justo donde Peligro le había rozado, pero desapareció enseguida.

Se giró, de espaldas al muro, y esperó a que ella se levantara. Despacio, Peligro se puso en pie y se acercó a él. Esta vez se paró a cierta distancia.

—Lo siento —dijo llanamente—. Sé que estás enfadado. Cometí un error. Solo... simplemente creía que intentabas deshacerte de mí.

—Bueno, ahora sí lo estoy haciendo.

—No quiero matarte —insistió ella, apretando las garras en un gesto de frustración.

—Peeeeeeeeero tienes que hacerlo —terminó Cieno por ella.

—Tenía un plan. Un plan en el que te salvaba después de salvar a Rapaz y me convertía en tu preferida.

—Peligro, eso es una locura. Me da igual que me salves a mí. Lo que quiero es que salves a mis amigos. Eso es lo único que me importa.

Ella rugió.

—¡Yo soy tu amiga! ¡No los necesitas!

Peligro lo agarró de la cabeza y él se alzó sobre sus patas, lanzándola por encima de su cuerpo. La dragona se estrelló contra el muro.

Cieno volvía a estar al otro lado del estadio cuando ella consiguió recuperarse y ponerse en pie.

—Prefiero quedarme con los amigos que no intentan matarme, gracias.

—Yo no... bueno —dijo Peligro, mientras volvía a golpear el suelo con

las garras—. ¡No es justo! ¡Los otros pueden tener al dragón que quieran! ¡Yo solo te tengo a ti!

Peligro extendió las alas y se irguió sobre las patas traseras antes de volar hacia Cieno con las garras extendidas.

Cieno cogió un puñado de arena y se lo lanzó a los ojos. Peligro gritó de dolor y se retorció en el aire. Cieno se puso a dos patas, la cogió de los hombros y la arrastró de nuevo al suelo. La hizo girar hasta quedar boca arriba y luego se sentó sobre su estómago, inmovilizándola, y la miró directamente a la cara.

—Sé que no sé mucho sobre nada —dijo—, pero creo que así no es como deberían suceder las cosas.

—Sí que lo es —dijo Peligro. Se retorció bajo su cuerpo e intentó quitárselo de encima, pero no sirvió de nada—. Los dragones se matan los unos a los otros todo el tiempo. En la guerra, aquí, en cualquier sitio. Y sin ninguna razón. Así es como somos. Especialmente tú y yo. Somos iguales. Somos peligrosos.

—Yo no soy así —le explicó Cieno—. No importa lo que hice cuando salí del huevo. No puedo sentir al asesino que se supone que llevo dentro. Quizá la profecía hable de eso. Quizá los dragonets deban enseñar a los dragones cómo convivir sin tantas matanzas.

Los dragones del público que estaban más cerca se inclinaron hacia ellos para oír mejor. No había pretendido que todo el estadio escuchara lo que estaba diciendo, pero al menos había conseguido llegar hasta unos pocos.

La reina Escarlata no se encontraba entre ellos.

—Entonces date prisa y acaba con ella —le gritó desde su balcón—. La tienes a tu merced. ¡Utiliza tu veneno! Fue alucinante... ¡y no pude verlo la primera vez!

Cieno y Peligro se miraron el uno al otro durante un momento.

—¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir? —preguntó el dragonet.

—Pero si el veneno no era suyo. Entonces ¿de quién...?

Cieno se giró de inmediato hacia el balcón de la reina, a tiempo de ver a Gloria levantarse y convertirse en una llamarada dorada y azul cobalto. Rompió la fina cadena que la mantenía presa como si no fuera más que papel y saltó del árbol de mármol. Tenía la boca abierta de par en par, como si fuera una serpiente. Siseó y un chorro de líquido negro salió disparado de sus colmillos más largos.

Brasas arrastró a la reina Escarlata delante de ella y salió volando hacia el cielo. El veneno de Gloria golpeó a la reina en un lado de la cara.

Escarlata empezó a gritar.

El caos se apoderó del estadio entero. Todos los dragones trataron de salir volando a la vez, chocando los unos con los otros y arañándose desesperadamente para huir de Gloria y de los gritos de la reina.

—¡Espera!

Peligro agarró a Cieno justo cuando él se alejaba de ella. Se puso en pie y le tocó las bandas de sus alas, rompiéndolas al instante. Por primera vez en el Reino Celeste, Cieno desplegó libremente las alas.

—Gracias —le gritó, alejándose de allí.

Todos los guardias del balcón habían salido volando tras Brasas, así que cuando Cieno aterrizó al lado de Gloria, no había ninguno a la vista. Solo quedaban Tsunami, Gloria y él, además de la reina Escarlata, que no paraba de mover las alas y se acercaba cada vez más al borde del balcón.

—¡Gloria! —gritó el dragonet—. ¡Estás despierta!

—¡Claro que lo estoy! —gritó, tirando de las cadenas de Tsunami—. ¿No sabías que estaba fingiendo? Solo estaba esperando el momento adecuado para hacer algo. ¿De verdad pensabas que todo este tiempo estaba dormida?

—Esto...

—Parecías bastante dormida —lo ayudó Tsunami.

—Vale. Genial. Por primera vez en mi vida finjo ser tan vaga como todo el mundo piensa que son los Alas Lluviosas y os lo creéis. Me alegro de que mis amigos tengan tanta fe en mí.

—Eh, no nos habías dicho que pudieras hacer algo así —dijo Cieno, mientras señalaba aquellos colmillos que escupían veneno.

Tras ellos, la reina Escarlata se chocó contra su trono y gritó aún más fuerte. La cota de malla de oro se le estaba empezando a derretir sobre las escamas.

—No podía hacerlo —aclaró Gloria—. ¿Vais a ayudarme con esto?

Cieno cogió el árbol del mármol e intentó hacer palanca con él colocándolo bajo las cadenas de Tsunami.

—Entonces ¿cómo lo hiciste? —preguntó.

—Oh —dijo Gloria, que parecía calmada—. Bueno, hay una explicación lógica y científica para todo esto y... ¿en serio quieres tener esta conversación ahora mismo?

—Has asustado a Brasas, pero no creo que eso dure mucho —señaló Tsunami.

Cieno lanzó al cielo una mirada preocupada.

—¡Peligro! —gritó—. ¡Ven aquí!

—¡No! ¡Ella no! ¡Mantenla bien lejos de mí!

—Necesitamos su ayuda, Tsunami —afirmó Cieno, mientras Peligro aterrizaba a su lado—. Quítale las cadenas y las bandas de las alas —le pidió. Peligro dudó—. Por favor, Peligro. Si de verdad somos amigos...

—Está bien —dijo, sin quitarle el ojo de encima a la reina.

Peligro tocó las cadenas de Tsunami y estas se rompieron, para después caer al suelo con gran estrépito. Cieno cogió las ataduras de las alas de su

amiga y se las apartó de las escamas, para que Peligro también pudiera quemarlas.

—Ahora a por Sol — dijo, alzando el vuelo.

El aire estaba lleno de alas que no paraban de moverse, frenéticas. Alas doradas y rojas y otras del color del desierto, chocando las unas con las otras y desviándose mutuamente del rumbo. Peligro volaba por delante de él, despejando el camino de dragones que, al verla, se apartaban aterrorizados. Rozó accidentalmente con la cola la pata de un Ala Celeste. El dragón gritó de dolor, tocándose la quemadura, y huyó hacia un lado de la montaña, envuelto en el humo que le salía de las escamas.

Tsunami y Gloria seguían a Cieno de cerca mientras se dirigían al salón del banquete, sobre los acantilados. El viento bailaba bajo sus alas y, a pesar del miedo que le tenía a Brasas, sintió la alegría que solo volar podía proporcionarle. Tras días aterrorizado ante la idea de caerse de su celda, era maravilloso saber que eso ya no era posible... que ahora todo el cielo le pertenecía.

Peligro fue la primera en llegar a la jaula de Sol. Cieno vio a Sol mirando hacia todas partes a través de los barrotes, intentando averiguar qué era todo aquel ruido procedente de la arena. Entonces, posó sus ojos verde grisáceo en Cieno y una expresión de alegría le iluminó la cara.

—¡Sabía que estaríais bien! —gritó, al tiempo que los tres dragonets hundían el hocico entre los barrotes para saludarla—. Sabía que no tenía de qué preocuparme. Lo único que hacía era pensar en la profecía: sabía que no podemos morir porque tenemos que poner fin a la guerra.

Tsunami soltó un bufido. Peligro se colocó delante de la jaula y cortó los barrotes con su garra. El metal crepitó y echó humo un momento, para acto seguido caer al suelo del salón.

Sol salió volando por la puerta y fue a parar directamente a los brazos de

Cieno.

—Un momento —dijo, mirando más detenidamente a su alrededor—. ¿Dónde está Nocturno?

—Lo hemos perdido —respondió Gloria.

—¿Qué?

—Calla —dijo Tsunami, golpeando a Gloria con la cola—. Gloria quiere decir que Oráculo vino y se lo llevó. Pero está bien. Mejor que nosotros, de hecho, sobre todo cuando a los dragones se les pase el susto y empiecen a buscarnos. Dirijámonos al río.

Tsunami se encaminó hacia los acantilados, quitándose pegotes de arena y sangre de debajo de las alas.

—Pero... ¿se ha ido? ¿Sin más? —preguntó Sol. Le cogió una garra a Cieno y lo obligo a pararse en mitad del aire—. ¿Sin nosotros?

—No tuvo otra opción, Sol —le contestó él, palmeándole las garras.

—Cieno, espera —lo llamó Peligro. Le temblaron las alas cobrizas temblaron y se agarró ambas manos, con fuerza, como si temiera estar a punto de partirse en dos—. Mi madre. Si la reina Escarlata no ha muerto, lo primero que hará será matarla.

—Tiene razón —dijo Cieno cuando Tsunami y Gloria se acercaron para ver por qué tardaban tanto—. Tsunami, tenemos que rescatar a Rapaz.

—¿Por qué? —demandó Tsunami, altiva—. ¿Qué nos importa a nosotros esa Ala Celeste? Rapaz se ha portado horriblemente mal con nosotros.

—Aun así tenemos que hacerlo. Rapaz nos importa —respondió Sol dulcemente—. No podemos evitarlo. Ni siquiera tú.

—Yo sí —la cortó Gloria—. Iba a matarme. ¿Te acuerdas tú de eso?

Cieno sí que se acordaba. Recordaba cada palabra cruel que le había dedicado y cada mordisco malicioso que le había dado. Pero también se acordaba de que Rapaz se había ofrecido a sí misma a la reina Escarlata

para ocupar el lugar de los dragonets. También se acordaba de las cicatrices en las palmas de sus garras y de la expresión de su cara al descubrir que Peligro no estaba muerta.

—No nos crio para que nos preocupáramos por ella —protestó Tsunami —. Rapaz solo nos mantenía con vida y si eso es lo que quiere, lo mejor que nosotros podemos hacer es huir ahora mismo.

—A mí me gustaría estar algo más que vivo —contestó Cieno con vehemencia—. Me gustaría ser la clase de dragón que ella no cree que soy... la clase de dragón del que hablan las profecías. Ese dragón la rescataría sin importarle lo mala dragona que hubiera sido ella.

Tsunami meneó la cola y estuvo a punto de darle a Gloria con ella en las costillas. Aunque estuviera cubierta de sangre, las escamas azules le brillaban bajo la luz del sol como zafiros enterrados. Miró a Peligro durante un largo minuto.

—Está bien —accedió a regañadientes.

—No contéis conmigo —dijo Gloria, que no estaba dispuesta a cambiar de opinión—. Haced lo que queráis, pero yo no soy una gran bola sentimentaloide rellena de perdón como tú, Cieno.

Gloria parecía calmada cuando lo dijo, pero las escamas se le estaban volviendo negras y de un tono rojo brillante, como ascuas en medio de una tormenta.

—Entonces llévate a Sol y dirigíos a la cueva que hay bajo la cascada. Esperadnos allí —le indicó Tsunami.

—¿No puedo ayudar? —preguntó Sol—. Creo que podría...

—Sí, puedes evitar que te maten —dijo Gloria.

Batió las alas hacia Sol y se alejó en dirección al acantilado. Sol dudó, pero después le apretó las garras de Cieno y la siguió.

—Por aquí es más rápido —soltó Peligro.

Empezó a mover las alas, planeando sobre el acantilado que rodeaba el salón del banquete. Tsunami le hizo un mohín a Cieno y la siguió. El dragonet aún podía oír los gritos y los rugidos procedentes de la arena. Se preguntó si la reina seguiría gritando. Había dragones volando por todos lados; ninguno de ellos estaba buscando a los dragonets, pero no tardarían en hacerlo.

Mientras volaban, Cieno pasó al lado de una cornisa de piedra en la que crecía un arbusto. Para su sorpresa, vio un carroñero colgando del acantilado varios metros por encima de la cornisa. Era uno de los carroñeros que habían servido de comida en el banquete, que de alguna forma había conseguido escapar sin que nadie lo viera. Aún le quedaba bastante para alcanzar la cima. El pobre carroñero no paraba de jadear, en busca de un poco de aire, ni de temblar por culpa del cansancio. Cieno alzó la vista y le preocupó que aún le quedara tanto para llegar, sobre todo teniendo en cuenta lo pequeño que era.

No sabía por qué sentía pena por él. De acuerdo con todo lo que le habían enseñado, los carroñeros eran una molestia deliciosa, nada más. Aun así, él iba en aquella dirección... y el pobre bicho le había puesto tanto empeño...

Cieno retrocedió, cogió al carroñero entre las garras y voló de nuevo hacia el lugar por donde habían desaparecido Tsunami y Peligro. El carroñero gritó y empezó a retorcerse entre las zarpas de Cieno, pero no llevaba ningún arma y, por lo que Cieno sabía, los carroñeros no tenían ningún tipo de defensa natural en sus cuerpos. Era bastante más pequeño que los otros que había visto, tenía una mata de pelo negro sobre la cabeza y la piel suave y casi del mismo tono marrón como las escamas de Cieno.

La pobre bestia luchó e intentó clavarle a Cieno sus pequeñas garras durante los pocos segundos que tardaron en alcanzar la cima. Desde allí, solo se veían montañas por todas partes. Cieno no sabía cuál era el hábitat

natural de los carroñeros, pero aquello era lo mejor que podía hacer por él. Peligro y Tsunami estaban internándose por el enorme agujero que era el techo abierto del salón principal del palacio. Cieno dejó suavemente al carroñero detrás de una roca.

—Y a partir de ahora, mantente lejos de los dragones, ¿entendido? —le dijo con severidad, aunque sabía de sobra que el carroñero no podía entenderlo. Este lo miró, abriendo y cerrando la boca sin parar.

«Ni un solo instinto de supervivencia», pensó. ¿Por qué no había echado ya a correr?

Bueno, eso ya no era asunto suyo. Se despidió de él, se giró y se dirigió al agujero por el que habían desaparecido sus amigas. Al fondo del salón, Cieno vio a Peligro y a Tsunami dando vueltas sobre la rejilla que tenía Rapaz justo encima de la cabeza.

Desde su posición, Cieno también podía oír el clamor de los túneles. La mayoría de los Alas Celestes estaban fuera, escondiéndose en el cielo cerca de los picos de las montañas cercanas. Pero en los túneles atronaba el sonoro retumbar de los pies de un gran número de dragones, unido al entrechocar de garras y dientes.

Brasas solo tenía que reunir a sus soldados y formar con ellos un escudo entre Gloria y ella. Entonces comenzaría su búsqueda de los dragonets.

CAPÍTULO 29

Cieno aterrizó al lado de Tsunami sobre la rejilla. En cuanto Rapaz posó en él sus ojos amarillos, a través de los barrotes, dio un salto hacia atrás, asustado.

—¿Qué se supone que estáis haciendo aquí? —gruñó.

—Rescatarte —le espetó Tsunami—. Aunque debo decirte que no estoy aquí por voluntad propia.

—Atrás —les advirtió Peligro acercándose a la cerradura de metal.

Entrelazó la garras a través de los gruesos barrotes y el olor del hierro fundido llenó el aire.

Cieno nunca había visto a Rapaz tan insegura. La dragona miró a Peligro, incómoda, sacando su lengua bífida sin parar. Peligro no apartó la mirada de los barrotes. Eran mucho más gruesos que la delicada reja de la jaula de Sol y le costó mucho más tiempo derretirlos.

—Creía que habías muerto —susurró Rapaz finalmente.

—Yo creía que tú habías muerto —respondió Peligro sin ningún tipo de calidez en la voz.

—Había oído que Escarlata tenía una nueva campeona muy letal. No sabía que se trataba de ti.

Peligro se encogió de hombros.

—Supongo que llegué a no necesitarte. Me las he arreglado bastante bien sin ti.

Cieno y Tsunami intercambiaron un par de miradas. «Bastante bien» no era exactamente como Cieno lo hubiera definido.

—La reina Escarlata se hizo cargo de mí —continuó—. Ella se encargaba de buscarme las piedras negras que necesitaba y me dio un propósito en la vida, además de un lugar para vivir.

—¿Piedras negras? —la interrumpió Rapaz—. ¿Qué piedras negras?

—¡Eh! —Un par de guardias Alas Celestes salieron corriendo del túnel —. ¡Quietos!

Uno de ellos hizo ese ruido siseante que emitían todos los Alas Celestes antes de lanzar una bocanada de su aliento de fuego, que dirigió hacia Tsunami. Cieno se interpuso entre el fuego y la dragonet y lo paró con su cuerpo. Notó un dolor agudo y abrasador, que se esfumó acto seguido. Sacudió el cuerpo e hizo desaparecer el tono rojo encendido. Luego alzó la vista y se fijó en la cara sorprendida del guardia.

Tsunami embistió al otro guardia, arañándole un costado y luego golpeándole la cabeza con la cola. El Ala Celeste trastabilló, alejándose, y entonces se lanzó a por ella batiendo las alas para neutralizar sus defensas.

En ese preciso instante, el guardia de Cieno lo atacó. Se enzarzaron en una pelea cuerpo a cuerpo y el dragonet sintió que las garras del guardia se le hundían en las heridas que aún tenía abiertas en la espalda. Lo empujó con fuerza. El guardia chocó contra la pared del túnel al mismo tiempo que el último barrote de la celda de Rapaz se deshacía entre las garras de Peligro. Rapaz salió de su prisión, imponente y rabiosa, lista para la acción.

Cieno no recordaba lo enorme que era su guardiana. Tenía escamas rojas rotas y manchadas allí donde la habían herido las cadenas. Las garras no parecían afiladas, como si no hubiera dejado de arañar las paredes de su celda.

—¡Matadlos y salgamos de aquí! —rugió.

Peligro salió disparada hacia el guardia que tenía arrinconada a Tsunami. Él la soltó, pero ya era demasiado tarde. Peligro llegó hasta él y le rebanó el cuello con las garras, dejando tras de sí marcas de quemaduras negras que empezaron a burbujear y a echar humo. El guardia intentó gritar, pero ella le rajó de nuevo el cuello. La carne y las escamas se convirtieron en cenizas, como si fueran papel quemado.

Cieno sufrió una arcada. Se alegraba de no haber comido nada en las últimas horas. Miró al guardia contra el que había estado luchado. En sus ojos de color naranja, fijos en Peligro, apareció una mirada de terror. Solo era un soldado que luchaba por su tribu y por su reina.

—Corre —le urgió el dragonet.

Cieno lo ayudó a ponerse en pie y lo empujó hacia el túnel. El guardia no lo dudó ni un instante y se marchó de allí dejando tras de sí una estela roja y dorada.

Tras esto, Cieno se giró y vio la expresión de Peligro: sabía que Cieno había protegido al guardia —un completo desconocido— de ella. Y también sabía lo que Cieno pensaba de ella.

—Larva estúpida —siseó Rapaz tras él—. Ahora dará la alarma. La reina aparecerá en cualquier momento.

—Seguramente la reina está muerta —le dijo Tsunami secamente—. Y no vuelvas a hablarle a Cieno así. Limítate a seguirnos y no hables.

Se alzó y salió volando de allí. Cieno miró a Peligro de nuevo a los ojos. No paraba de abrir y cerrar las garras, como si quisiera tocarlo, pero finalmente hubiera decidido no hacerlo.

—Vamos —le dijo, intentando reflejar en su voz un poco de la simpatía que no sentía.

Ambos salieron detrás de Tsunami, que ya no era más que un par de alas cobre, marrón y rojo que brillaban bajo la luz del sol. A Cieno le encantó

sentir el aire en las escamas mientras se dirigía a la cascada. Podía sentir perfectamente el calor de Peligro cerca de la cola.

Los picos de las montañas se irguieron a su alrededor cuando descendieron hacia la parte de abajo de la cascada. Tsunami los guio hasta que estuvieron al lado del sonido ensordecedor del agua. Cieno cerró un segundo los ojos y giró el rostro hacia la lluvia de gotas procedente de la cascada.

Los sonidos del palacio parecían cada vez más lejanos, engullidos por el rugido del agua, mientras seguían descediendo. Aquella cascada era más alta que la que Cieno y Tsunami habían encontrado en su huida de la montaña. Varias piedras enormes, incrustadas en la laderas, la dividían en varias cascadas más pequeñas, que caían hasta chocar con la orilla. El estruendo del agua era digno del ruido que harían varios dragones jugando a salpicarse agua unos a otros.

Bajo él, Cieno vio un lago de agua clara del cual salía el Río de Espuma Diamantina, para después correr hacia el sureste y atravesar multitud de colinas, camino al mar. En la base de la montaña, el lago estaba rodeado de árboles pequeños y gruesos y de un montón de maleza desigual, marrón y verde.

Tsunami se dirigió al agujero oscuro del muro, cerca del final de la cascada. Mientras se acercaba, Cieno vio algo dorado que brillaba a lo lejos cuando Sol salió corriendo de su escondite.

Se internaron en la ribera lodosa del lago. Cuando Peligro aterrizó, la hierba se convirtió en cenizas entre sus garras. Bajó la mirada hacia la tierra negra y retrajo la cola, acercándosela al cuerpo e intentando hacer el menor daño posible.

—Rapaz —gritó Sol—. Estás bien.

—No gracias a vosotros cinco —gruñó la guardiana, moviendo la cola de

un lado a otro—. Queríais ser libres, ¿verdad? ¿Ahora entendéis por qué teníamos que protegeros?

Golpeó la rama de un árbol con una de las alas y la partió.

—De nada –le espetó Tsunami—. Podríamos haberte abandonado en el Reino Celeste. Yo lo hubiera hecho.

Cieno no pudo evitar chapotear en el lodo. Se tiró al suelo y empezó a revolcarse en él, dejando que el calor sanara sus doloridas escamas.

—¡Por amor de Dios, Cieno! ¡Qué asco! —le dijo Gloria.

Se acercó al lago y abrió las alas bajo la luz del sol.

—Ten cuidado —advirtió Tsunami mientras la volvía a ocultar—. Si nos están buscando, sin duda desde allí arriba le será fácil ver a un dragón de color morado brillante.

Gloria refunfuñó.

—No soy de color morado brillante. La reina Escarlata lo llamó mi humor morado, muchas gracias.

—Lo siento —se disculpó Tsunami—. Lo que quería decir era que, sin duda, verán a un malhumorado dragón morado desde el aire.

—Me troncho contigo. En fin, puedo arreglarlo —dijo.

Las escamas de sus alas centellearon como si estuvieran coloreándolas bajo la luz del sol. Entonces, el tono morado empezó a difuminarse como si le hubieran echado un cubo de agua a la pintura. No tardó mucho en volverse del mismo color que el lodo que tenía bajo los pies.

—¿Contento?

—Quiero saber cuál es mi nuevo poder —murmuró Tsunami—. Tú tienes escamas de camuflaje y escupes veneno por los dientes. Cieno es inmune al fuego. Por lo visto, Nocturno tiene una horda de dragones enormes esperando a que se meta en un lío para salvarlo. ¿Y yo qué?

—¿Cieno es inmune al fuego? —preguntó Sol—. ¿Qué? ¿Has dicho que

Gloria escupe veneno por los dientes?

—Sí —le aclaró Cieno—. Me temo que tendrás que ser más amable con Gloria de ahora en adelante.

Sol movió las alas, preocupada.

—Yo siempre soy amable con... oh, vale, me estás tomando el pelo —dijo antes de estallar en una carcajada.

Cogió un puñado de lodo y se lo tiró a la cara.

Cieno retrocedió un paso y se dio cuenta de que Peligro los miraba cabizbaja, con una expresión triste en el rostro.

—¿Lo ves? Podemos cuidarnos nosotros solos —le dijo Tsunami a Rapaz —. Ni siquiera sabíais lo que Cieno y Gloria eran capaces de hacer. Ni siquiera pensabas que fuéramos buenos en algo, pero todo esto es culpa vuestra, por retenernos bajo la montaña y tratarnos como a huevos.

—Así que lo hicimos muy mal, ¿verdad? —contraatacó la guardiana, mordaz—. Adelante, echadnos la culpa de todo, pero solo hicimos lo que los Garras de la Paz nos pidieron. Seguramente todos estaríais muertos ahora mismo si no lo hubiéramos hecho.

Tsunami alzó la barbilla.

—No vamos a volver con los Garras de la Paz.

—¿Ah, no? —chilló Sol.

Gloria le lanzó una mirada amenazadora.

—Vaya —dijo Rapaz. Bajó la cabeza para no golpeársela con las ramas, mientras le dedicaba a Tsunami un fiera mirada naranja—. Y, si no es mucho preguntar, ¿cuál es vuestro magnífico plan?

—Vamos a volver a casa, a la de verdad. Con nuestros padres. Vamos a ver esta guerra desde primera fila, en vez de leer sobre ella en los pergaminos. Y después, seremos nosotros mismos quienes decidamos si vamos a hacer algo o no.

—Pero, Tsunami... —susurró Sol, tirándole del ala—. ¡La profecía! ¡Tenemos que cumplirla!

—Shhhh —la silenció Cieno, alejándola de allí por si a Rapaz le daba por lanzar fuego.

En privado, Cieno estaba de acuerdo con Sol. No podían ignorar la profecía. Tenían que hacer algo con la guerra. Todo el mundo esperaba a los dragonets del destino. Cieno no podía dejar de acordarse de los prisioneros cantando la canción de los dragonets como si creyeran que de verdad eso les salvaría.

Pero Tsunami también tenía razón... no podrían hacer nada hasta que salieran al mundo real y pudieran planear algo. Ellos solos, sin los Garras de la Paz alejándolos de su familia y de todo lo que importaba.

Hubo un momento de silencio en el que Tsunami y Rapaz se miraron fijamente la una a la otra. A Rapaz le salía humo de la nariz y se disipaba en el aire, sobre su cabeza. Cieno miró a Peligro, pero sus ojos estaban fijos en su madre.

—Bien —cedió Rapaz—. ¿A mí qué me importa? Ya he acabado con vosotros. He hecho todo lo que me pidieron que hiciera y todo lo que he obtenido a cambio es un montón de lagartos desagradecidos. Id a buscar a vuestras preciadas familias. No me importa lo que os pase de ahora en adelante.

—Oh, Rapaz —murmuró Sol, mientras se le acercaba y se abrazaba a una pierna—. Sabemos que no sientes lo que estás diciendo. Sabes que apreciamos todo lo que has hecho por nosotros.

Cieno pilló a Tsunami y a Gloria poniendo los ojos en blanco.

—Ahora estáis solos —dijo, quitándose a Sol de encima y volviendo al lago—. ¡Qué alivio! Peligro, ¿vienes?

La Ala Celeste dudó.

—Creía que ibas a venir con nosotros —soltó Cieno.

A Peligro se le iluminaron los ojos.

—Por encima de mi chamuscado cadáver —gruñó Tsunami, golpeando a Cieno con una de sus alas.

—¿Por qué no? —intervino Gloria con los ojos fijos en el vuelo de una mariposa—. Puede que Peligro sea el dragonet que os falta, el que necesitáis para cumplir la profecía... vuestro «alas del cielo».

Cieno pestañeó.

—Vaya. ¿Eso crees?

A Gloria se le cubrieron las orejas de pequeñas llamas de color escarlata. La Ala Lluviosa se encogió de hombros.

—¿En serio? ¿Tú crees? —dijo Peligro, que no se lo podía creer.

—¡No! —escupió Rapaz.

—«El huevo más grande de la más alta montaña» —recitó Gloria—. Si tenías un gemelo, tu huevo debía de ser enorme —dijo.

Sus ojos seguían el vuelo de la mariposa en vez de mirar a los otros dragonets.

—¡Eso es verdad! —gritó Peligro—. ¡Quizá soy parte de vuestro destino!

Miró a Cieno, esperanzada.

—No puede ser —la reprendió Rapaz—. Peligro y su hermano eclosionaron casi un año antes que vosotros, larvas. La profecía habla de cinco dragonets saliendo del cascarón a la vez durante la noche más brillante. Asumidlo, vuestro Ala Celeste murió en el huevo. Vi el cascarón roto y al dragón que contenía.

Cieno se miró las garras llenas de barro. Rapaz tenía razón. No había pensando en las palabras exactas de la profecía. Era imposible que Peligro fuera el quinto dragonet.

—Lo siento —se disculpó. Dejó caer las alas cobrizas—. Aun así puedes

venir con nosotros.

—No puedo —dijo—. Tengo que quedarme aquí para conseguir rocas negras.

—Háblame de esas rocas —exigió Rapaz.

—Ya sabes. Tengo que comérmelas cada día si quiero seguir con vida.

Rapaz dio un latigazo con la cola, destrozando un arbusto sin darse cuenta.

—Más mentiras de Escarlata. No las necesitas.

—Pero... una vez dejé de tomarlas y enfermé.

—Veneno en la comida. Uno de los trucos favoritos de Escarlata.

Peligro alzó la mirada y miró el palacio en la montaña. Le salía humo de las escamas y de las garras.

—Ven conmigo —dijo Rapaz, en un tono más rudo de lo que pretendía —. No tengo demasiado, pero soy mejor que Escarlata.

Intentó acariciar a Peligro, pero entonces vio las marcas de quemaduras en sus palmas y retiró el brazo.

Peligro agachó la cabeza, hundiéndola aún más entre las alas.

—¿Adónde irás, Rapaz? —le preguntó Sol.

—No es asunto tuyo.

Sol se sentó, triste por lo que Rapaz acababa de decirle. La guardiana se acercó a una de las rocas del lago y empezó a afilarse las garras en ella. Volvió a mirar a Sol.

—Pero, supongo —dijo—, que cuando me necesitéis, podéis mandarme un mensaje a través del dragón de la Montaña de Jade. No es que vaya a acudir corriendo, ya lo sabéis. Os merecéis todos los problemas en los que os vais a meter.

—Antes de que te vayas —la llamó Tsunami—, dinos lo que sepas sobre la procedencia de nuestros huevos.

Rapaz bufó.

—Bueno, tú no eres ninguna sorpresa. Membranas robó tu huevo de la incubadora personal de la reina de los Alas Marinas.

—¡Tsunami! —jadeó Sol—. ¡Perteneces a la realeza! ¡Igual que en la historia!

Tsunami movió la cola, sorprendida y emocionada.

—Oráculo nos trajo el huevo de Nocturno —continuó Rapaz—. Desierto encontró el huevo de Sol en el desierto, escondido cerca de la Madriguera del Escorpión. Y nuestro gran héroe salió de algún lugar cercano al Delta de Espuma Diamantina, cerca del mar, donde moran y reptan los Alas Lodosas de la peor calaña.

Cieno se giró y contempló el río que salía del lago. El corazón se le desbocó dentro del pecho por la emoción. Su hogar... su familia... estaban más cerca de lo que nunca había imaginado.

—¿Y yo? —preguntó Gloria.

Rapaz se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Membranas te sacó de algún sitio después de perder al huevo de Ala Celeste. Nunca me preocupé por saber dónde te había conseguido. Para mí nunca fuiste importante.

—¡Lárgate ya! —le espetó Tsunami—. Todo lo que dices es hiriente y mezquino.

—Todo lo que digo es verdad.

—No creo que seas buena para mí —intervino Peligro, mirándola fijamente—. Nunca te imaginé así.

Rapaz enderezó los hombros.

—Soy lo que la vida ha hecho de mí. O lo tomas o lo dejas —dijo, mientras abría las alas—. Porque me voy y puedes venir conmigo o no.

—Recuerda —le dijo Cieno a Peligro— que intentó salvarte. No es el

dragón más amable del mundo, es cierto, pero mira. Se preocupó por ti lo suficiente como para hacer esto.

Le cogió una de las garras a Rapaz y la abrió para que Peligro pudiera ver las marcas de quemaduras en ellas. Rapaz le gruñó, enseñándole los dientes, y apartó el brazo.

Peligro negó con la cabeza.

—Aún no estoy preparada. Quizás algún día nos volvamos a encontrar.

Rapaz volvió a mover la cola con fuerza, de un lado a otro, golpeando el suelo.

—Vale. Tú misma. —Recorrió con sus ojos de color naranja a cada uno de los dragonets, hasta posarlos finalmente en Cieno—. Escucha, Ala Lodosa. A pesar de tus galantes palabras, no vas a servir de nada si no eres capaz de luchar y matar para defender a tus amigos. Acuérdate de eso.

Sus palabras resonaron entre ellos, como siempre solían hacerlo. Sus esperanzas se tambalearon un poco. Cieno notó que Sol le apretaba el brazo, como si quisiera darle su apoyo.

Tsunami dio un paso amenazante hacia Rapaz, pero antes de que pudiera decir nada más, la enorme dragona roja abrió las alas y se elevó en el cielo. Sobrevoló el lago y se dirigió al oeste sin mirar una sola vez atrás.

CAPÍTULO 30

Cieno miró a Peligro a los ojos.

—Menuda reunioncita —dijo la Ala Celeste mirando fijamente la tierra negra que tenía a sus pies.

—Aún puedes venir con nosotros —le ofreció Cieno—. Aunque no formes parte de la profecía.

—No —contestó ella despacio—. No creo... no creo que me lo merezca.

Cieno inclinó la cabeza hacia ella.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es lo que dijiste —le explicó—. Sois la clase de dragonets sobre los que se escriben profecías. Sois héroes y salvadores y yo... bueno, soy todo lo contrario. Soy la chica mala.

—Yo no soy ningún héroe —le respondió Cieno, sincero—. Tú eres la que nos ha sacado del Reino Celeste.

—Solo gracias a ti. —Negó con la cabeza—. Pensaba que había nacido siendo una asesina, pero resulta que no es cierto. La reina Escarlata me hizo así... o yo misma se lo permití. Es como si lo hubiera elegido sin saber que lo estaba haciendo. Pero tú sí naciste así —añadió. Cieno frunció el ceño y notó las miradas de los otros dragonets fijas en él—. Tú sabías exactamente cómo eras y elegiste ser algo diferente. Supongo que no me sentiré digna de ser una de vosotros hasta que yo también pueda hacerlo.

Peligro pestañeó y observó con sus llameantes ojos azules a cada uno de

los dragonets.

—Voy a volver al Reino Celeste —continuó—. Allí es donde pertenezco. Además, necesito saber si la reina ha muerto.

—¿No quieres irte? ¿No quieres ver el mundo de ahí fuera, lejos del Reino Celeste?

Peligro removió las cenizas que tenía bajo la garra.

—No hasta que esté segura de que puedo mantener al mundo a salvo de mí.

—¿Podemos darnos prisa y llegar a la parte de la emotiva despedida? —les urgió Tsunami—. Tenemos compañía.

La Ala Marina señaló con la cabeza hacia el risco de las montañas.

Dos escuadrillas de dragones, formando en espiral, despegaban en ese momento. Un grupo refulgía de rojo y oro, el otro era marrón pálido. La inconfundible forma de Brasas se distinguía perfectamente sobre ellos. Después de un momento, se separaron y los dragones empezaron a volar en todas direcciones. El batir de sus alas llenó el aire y empezaron a girar el cuello de un lado a otro buscando algo... o a alguien.

La caza de los dragonets había comenzado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sol en voz baja.

—Deberíamos ir al delta —propuso Tsunami—. Podremos encontrar a la familia de Cieno allí. Puede que ellos se presten a protegernos.

—Y luego nos dirigiremos al mar y allí encontraremos a la tuya. Quizá Nocturno nos busque por allí. ¿Creéis que nos estará buscando?

—Lo dudo —aportó Gloria. Sol se desanimó—. Ahora está con sus maravillosos Alas Nocturnas. Y odio tener que ser yo la que os lo diga, pero tenemos a doscientos dragones volando por encima de nosotros, buscándonos. En cuanto abandonemos la protección de estos árboles se abalanzarán sobre nosotros como lobos hambrientos sobre una ardilla.

—Bueno, tengo una idea —dijo Cieno, dudoso—, pero no os va a gustar.

—Genial. Me encantan esos planes —le espetó Gloria con amargura.

Cieno buscó su mirada e intentó regalarle una sonrisa, pero ella no lo miró.

«¿Qué he hecho ahora?».

Cieno señaló hacia el río.

—Nadaremos hasta el delta.

Gloria puso mala cara. Sus garras pasaron del marrón al azul pálido y de vuelta al marrón.

—Yo no soy muy buena nadadora —dijo Sol, que parecía preocupada—. Pero supongo que puedo intentarlo.

—Nos verán desde el aire —puntualizó Tsunami.

—A Gloria no. Puede camuflarse en el río y si se sube en tu espalda, también te camuflará a ti.

Ni Gloria ni Tsunami parecían demasiado emocionadas por lo que acababan de oír.

—Podemos cubrir a Sol de lodo y ponerla sobre mi espalda —continuó explicando Cieno—. No me alejaré mucho de la orilla y, desde el cielo, pareceremos parte del lecho del río.

Peligro abrió mucho los ojos, ansiosa por decir lo que estaba pensando.

—Yo esperaré hasta que os vayáis y luego saldré volando en la dirección contraria. Quizá pueda confundirlos y hacer que vuelen hacia otra parte. Tampoco es que puedan tocarme ni hacerme daño. Así vosotros estaréis a salvo —dijo, observando a Cieno un segundo antes de volver a desviar la mirada.

—Vale —cedió Tsunami—. Es nuestra mejor oportunidad. Vamos, pues. Rápido —dijo, mientras se metía en el río seguida de Gloria.

Cieno se giró hacia Peligro.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —le preguntó—. ¿Y si Brasas la paga contigo?

—¿Y exactamente cómo crees que lo hará? Solo tengo una cosa buena y es que ningún dragón puede herirme. Excepto tú, supongo.

Cieno le cubrió las garras con las suyas y notó el calor que se le colaba entre las escamas.

—Eso no es lo único bueno que tienes, Peligro.

Enroscó su cola con la de la Ala Celeste y la rodeó con las alas. Ella se apoyó en su hombro.

—Haces que desee que sea verdad.

—Cieno —lo llamó Tsunami—. Tenemos que irnos.

Cieno se separó de Peligro y ella dio un par de pasos hacia atrás, acariciándose allí donde él la había tocado.

—Ten cuidado, ¿vale? —le dijo.

Ella asintió.

—Cuando le pongáis fin a esta guerra, ven a visitarme.

Sol se tumbó sobre el lodo y dejó que Cieno le cubriera las escamas, hasta que el brillo dorado desapareció bajo una gruesa capa marrón. Se aseguró de que sumergía bien la cola en el lodo y de que los huecos entre las púas de la espalda quedaban bien cubiertos. Cuando estuvo lista, no se parecía exactamente a una Ala Lodosa, pero tampoco se parecía demasiado a Sol.

—Me siento pesada y pringosa —dijo.

Sin embargo, apenas pesaba más que una vaca cuando se subió a la espalda de Cieno, antes de que él se metiera en el río.

Las otras dos ya estaban flotando en el agua, esperándoles. Resultaba bastante espeluznante ver tan solo aquella mancha borrosa que se suponía que eran sus amigas. Con las alas extendidas, Gloria escondía casi por

completo a Tsunami, aunque se apreciaran escamas azules de la cola y de las alas por aquí y por allá. Cieno esperó que no fuera suficiente para que los vieran desde el cielo.

Sol se giró para mirar por encima del hombro hacia Peligro.

—Gracias por ayudarnos.

—Después de traicionarnos primero —murmuró Tsunami.

Gloria hundió la cabeza en el agua.

—Buena suerte —les deseó Peligro.

—A ti también —se despidió Cieno—. Adiós, Peligro.

Cuando Cieno se sumergió en el lago, notó los ojos de Peligro clavados en su espalda y deseó con toda su alma que Peligro estuviera bien.

Nadaron a lo largo de la orilla del lago, intentando no enturbiar demasiado el agua helada que discurría alrededor de las garras de Cieno. Al llegar al comienzo del río, percibió la fuerza de una corriente y, en unos segundos, empezaron a nadar siguiendo el Río de Espuma Diamantina, lejos de las montañas.

Cieno sentía que el agua le estaba limpiando de las escamas el polvo y el dolor de la arena. Sus alas se extendieron, libres al fin, contento por volver a estar con sus amigos. Puede que aún no estuvieran a salvo, pero al menos ahora tenía otra oportunidad de protegerlos.

Dejaron el Reino Celeste detrás.

Ante él, se abrían las ciénagas del Reino Lodoso, el Delta de Espuma Diamantina, sus padres y su hogar.

Por fin.

TERCERA
PARTE
UN HUEVO DEL COLOR
DE LA SANGRE
DE DRAGÓN

CAPÍTULO 31

Los dragonets nadaron y flotaron, flotaron y nadaron, durante el resto del día y hasta bien entrada la noche. Cuando oscureció por completo y repararon en que hacía mucho tiempo que no habían visto ninguna ráfaga de fuego por encima de sus cabezas, se arrastraron hasta la orilla cubierta de lodo para poder comer y descansar un poco.

Resultó que cazar a campo abierto era mucho más complicado que hacerlo en la cueva. Cieno maldijo a los guardianes varias veces cuando se le escaparon dos conejos y un coyote de entre las garras. Pero, al final, consiguió darle caza a una especie de cerdo más grande de lo normal y con la piel curtida, que compartió con los otros.

Sol se ofreció voluntaria para ayudarle a cargar con el cadáver.

—Tsunami ha atrapado algunos peces —informó—. Y yo he desenterrado esas deliciosas zanahorias, pero nadie parece querer comérselas.

—¿Zanahorias? —dijo Cieno arrugando el hocico—. ¿Quién se comería eso sin que le obligaran?

—A mí me gustan. Además, estas son crujientes y grandotas. Estoy segura de que te gustarían si las probaras.

—No, gracias —dijo Cieno—. Ahora somos dragones libres. A partir de ahora, solo comeré lo que me apetezca.

«Al menos, mientras sea lo suficientemente lento para que pueda

atraparlo», pensó para sus adentros.

Estaba demasiado oscuro para que pudieran distinguir el paisaje que les rodeaba, excepto por las sombras de los árboles más cercanos, pero la luz de las tres lunas dibujaba el contorno de las montañas que los rodeaban. Brasas no había abandonado la búsqueda y, tal y como había señalado Tsunami, pasaría mucho tiempo antes de que se rindiera.

—¿Por qué quiere matarnos? —preguntó Sol—. No le hemos hecho nada.

—No confía en las profecías. Y menos aún en la nuestra. Se supone que dos de las hermanas morirán. Dos de aquellas que «hieren y queman y arden», pero no especifica cuáles. Solo se quedaría tranquila si la profecía hubiera dicho literalmente que ella iba a conseguir una victoria aplastante. Ahora mismo todo es demasiado vago y críptico, así que prefiere quitarnos de en medio y ganar la guerra a su manera.

—Así que cuando tengamos que elegir quién gana, no la elegiremos a ella —espetó Sol temblando.

—Puede que a Llamas —tanteó Tsunami arrancando un trozo de carne con los dientes—. Nocturno dice que es un poco tonta, pero al menos los Alas Arenosas la quieren.

—A mí me gusta Ampolla —dijo Gloria—. No hay nada de malo en una reina inteligente. Aunque tampoco es que mi opinión cuente mucho.

Cieno la miró, sorprendido, pero Tsunami le contestó antes de que pudiera preguntarle qué había querido decir con eso.

—Ampolla no es solo inteligente —dijo la Ala Marina, mientras apoyaba la cabeza en las garras delanteras—. Si confiamos en lo que decían los guardianes y los pergaminos, también es astuta y manipuladora y hará lo que sea para convertirse en reina. Incluso si eso significa tener que aniquilar a las otras tribus y al mundo entero.

Los dragonets guardaron silencio. La enormidad del cielo que los cubría hizo que Cieno se sintiera muy pequeño. Era de locos pensar que serían ellos los que eligieran a la próxima reina Ala Arenosa. Aunque mucho más lo era creer que serían ellos los que terminaran con aquella guerra. ¿Quién los escucharía?

Las reinas rivales no. Eso seguro.

¿Qué podían hacer cinco dragonets ellos solos?

Sol contempló las lunas, ensimismada. Cieno sabía exactamente cómo se sentía. Él también quería que Nocturno bajara inesperadamente de las estrellas y se reuniera con ellos de nuevo. Nunca hubiera creído que echaría tanto de menos a su amigo sabelotodo, pero le resultaba extraño que no estuviera allí con ellos. Sobre todo porque seguramente hubiera podido contestar a muchas de sus preguntas. Como, por ejemplo, de dónde había salido el inesperado veneno de Gloria.

—¿Crees que todos los Alas Lluviosas pueden hacerlo? —le preguntó cuando Tsunami y Sol se quedaron dormidas, enroscadas la una en la otra.

Gloria estaba tumbada un poco más lejos, separada de los demás. Tenía la cola sobre la nariz y contemplaba fijamente a las montañas.

—¿Cómo voy a saberlo? —le preguntó ella—. ¿Acaso alguien me ha hablado alguna vez de los Alas Lluviosas? ¿Algo que no fuera sobre lo vagos que son y cómo no forman parte de la profecía?

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó.

La dragonet apenas le había dirigido la palabra desde que habían escapado del Reino Celeste.

Gloria cerró los ojos y no se molestó en contestarle, lo que Cieno interpretó como un rotundo sí.

El dragonet, a pesar de lo cansado que estaba, no durmió demasiado. Todos se habían puesto de acuerdo en seguir avanzando mientras estuviera

oscuro. Cuando se obligó a abrir los ojos, dos de las lunas ya estaban ocultándose tras las montañas, mientras la otra seguía brillando en lo alto del cielo. El río fluía y burbujeaba silenciosamente cerca de él y el lodo que sentía bajo las garras empezaba a calentarse.

Solo entonces se dio cuenta de que Gloria se había ido.

El corazón le empezó a latir con fuerza.

«No, no estoy dispuesto a perder a nadie más», pensó.

Cieno despertó a los demás.

—¿Dónde está Gloria? —susurró.

—Lo sabía —gruñó Tsunami, poniéndose en pie—. Sabía que estaba enfadada por algo.

—¿Por qué? —preguntó Sol. Empezó a inspeccionar la oscuridad por si Gloria seguía allí—. ¿No está contenta por haber escapado?

—Puede que no se sintiera bienvenida —puntualizó Tsunami—, todo gracias a un zoquete sin cerebro. —Calló un momento y entonces lo golpeó con la cola—. Me refiero a ti, idiota.

—¿Qué? —preguntó. Cieno estaba intentando averiguar qué era un zoquete—. ¿Y ahora qué he hecho?

—Buf, veamos... —le espetó Tsunami—. ¿No sería maravilloso que la psicópata de Peligro fuera nuestra «alas del cielo»? Quizás ella sea la quinta dragonet que hemos estado esperando toda nuestra vida. Dejemos de lado a Gloria, como Oráculo quería que hiciéramos, y reemplacémosla por la primera Ala Celeste que aparezca.

—Yo no quería sustituir a Gloria —dijo Cieno. Parecía desolado—. Yo solo... pensé que Peligro encajaría con nosotros... ¡con todos nosotros! ¡No quería que Gloria se fuera! Además, espera —dijo, ladeando la cabeza—. Fue idea de Gloria. Ella fue la que dijo que Peligro podía ser nuestra Ala Celeste.

—Sí, bueno. Se suponía que no deberías haberte emocionado tanto.

—¿Qué? —balbució el dragonet—. Eso no es justo. Me siento como si me hubiera metido en un lío por suspender no sé qué examen secreto que solo conocen las dragonas.

—Yo no sabía nada —objetó Sol.

—No, te has metido en un lío por elegir a la Ala Celeste loca en vez de a Gloria —contraatacó Tsunami.

—¡Nunca haría eso! —dijo, casi gritando—. No lo haría jamás. Nadie me avisó de que era una o la otra.

—Eso es verdad —intentó ayudarlo Sol—. Yo nunca pensé que alguien estuviera insinuando que invitar a Peligro significaba abandonar a Gloria. Creía que iríamos todos juntos a cumplir la profecía.

—Claro que sí —dijo Tsunami, mirando a Sol—. Todos sabemos siempre lo que estás pensando.

A Sol se le erizaron las púas de la espalda.

—¿Ah, sí? —preguntó con una voz más parecida a un gruñido que a otra cosa.

Cieno nunca la había escuchado hablar así.

Tsunami le dio la espalda a Cieno.

—Probablemente, Gloria ya esté de camino al bosque tropical. Supongo que pensó que estaríamos mejor sin ella.

—Pero eso no es verdad —protestó Cieno—. Ella es una de nosotros. La profecía no dice que no podamos preocuparnos por nadie más. Ella es la razón por la que hicimos todo esto, por la que nos escapamos... ¿acaso no lo sabe?

—Dios mío —exclamó Tsunami—. ¿Se supone que eso debe hacerla sentir mejor? ¿Saber que todo esto es culpa suya?

—No estoy diciendo eso. Quiero decir... lo haría otra vez. Lo haría todo

igual otra vez, incluso haría mucho más. Haría cualquier cosa para asegurarme de que Gloria está bien. Haría lo mismo por cualquiera de vosotros —dijo, mientras se miraba el lodo que le cubría las zarpas—. Tenemos que ir a por ella. Olvidaos del delta y de mi familia. Ahora mismo nos vamos al bosque tropical a buscarla.

Las ranas croaban en la oscuridad, a su alrededor. Sol no paraba de mirar a Cieno y a Tsunami.

—Te lo dije.

—Sí, vale. Está bien —se oyó la voz de Gloria—. Tenías razón. Por una vez y sin que sirva de precedente.

Cieno notó la caricia de sus alas y, de repente, las escamas de Gloria se hicieron visibles bajo la luz de la luna.

—Gracias, Cieno. Eso ha sido muy dulce.

—¿Has estado aquí todo el tiempo? —dijo, retrocediendo de un salto.

—Solo estaba decidiendo si debería irme —contestó ella—. Creía que querías que lo hiciera, pero Tsunami me dijo que no. Lo siento. Estaba... supongo que estaba muy enfadada.

—Bueno, ahora soy yo el que está muy enfadado —siseó Cieno—. Ha sido un truco muy mezquino.

—¡Fue idea de Tsunami! —estalló Gloria—. Enfádate con ella.

—Vaya, gracias.

—¡Estoy enfadado con las dos! —dijo Cieno, dirigiéndose al río—. Vamos, Sol, vamos a planear una trampa inteligente y asquerosa nosotros mismos.

—Cieno —lo llamó Gloria.

Echó a correr tras él, pero la verdad es que no parecía demasiado preocupada.

«Sabe que, haga lo que haga, siempre la perdonaré —pensó—. Saben que

no puedo evitarlo».

—Deberíamos seguir nadando —oyó que Tsunami le decía a Gloria.

Sol lo alcanzó en la orilla del río.

—Eso ha sido muy mezquino —le dijo—. No creo que debamos engañarnos los unos a los otros así.

—La próxima vez que paremos, deberíamos echarle lodo encima —propuso Cieno.

Sol soltó un risita y arrugó el hocico.

—¡Hablo en serio! Siempre has dicho que debemos permanecer unidos. Siempre evitas que los otros se peleen. Deberías decirles a esas dragonas malas que tenemos que confiar los unos en los otros siempre. Y también deberías decirles que tienen que escuchar más en vez de actuar. Ya sabes... a todo el mundo.

—Creo que ya lo saben —le dijo el dragonet, echándole otra capa de lodo encima.

También sabía que Tsunami y Gloria se reirían de él si las regañaba y les decía cómo ser unas buenas amigas.

Sol suspiró y se subió a su espalda. Se metieron en el agua y Cieno notó las ondas que provocaban Tsunami y Gloria tras ellos.

El río parecía volverse más cálido a medida que se dirigían al sureste, al mar. Después de un rato nadando, el sol empezó a salir por el horizonte y vieron el brillo del gran océano a lo lejos.

Cieno se olvidó de preocuparse por los posibles dragones que pudieran estar buscándolo desde el cielo; se olvidó de preocuparse por dónde estaría Nocturno; se olvidó de estar enfadado con Gloria. Sus alas seguían el ritmo de su corazón, cada vez más rápido, y lo impulsaban en el agua. El Reino Lodoso estaba muy cerca. Los dragones de su tribu, el mundo que él siempre había imaginado.

El sonido de una cascada más adelante tampoco le preocupó. Se impulsó con las rocas que sobresalían del agua y le pidió a Sol que se agarrara fuerte. Cuando la velocidad de la corriente los hizo pasar por la cresta de la montaña, Cieno desplegó las alas y voló.

Durante un instante, lo único que sintió fue la euforia de cabalgar sobre el viento. Justo delante de él, pudo ver cómo el río se dividía en cientos de pequeños riachuelos que bañaban las ciénagas antes de llegar al mar. Entonces vio el hogar de los Alas Lodosas. Grandes montículos hechos de lodo, tan altos como varios dragones y varias veces más anchos, que sobresalían del cenagal como enormes dientes marrones.

En ese momento, Sol dejó escapar un grito de horror y Cieno miró hacia abajo.

Justo a sus pies, entre la cresta de la montaña y las ciénagas, se extendía un campo de batalla lleno de dragones muertos.

CAPÍTULO 32

Cieno permaneció en el aire, sobrevolando lentamente en círculos el campo de batalla. El río donde desembocaba la cascada era turbio y oscuro, salpicado con sangre, y el agua no volvía a correr clara hasta donde alcanzaba la vista. Cieno no pensaba meterse en ese río.

La tierra estaba embarrada, pero no con el tipo de lodo que invitaría al dragonet a revolcarse en él, no. Todo el terreno estaba bañado en sangre. Había huesos y alas rotas que sobresalían por todas partes, como ramas de árbol arrancadas por una tormenta. Los cadáveres estaban tan cubiertos de lodo que todos parecían pertenecer a Alas Lodosas, pero, de vez en cuando, Cieno distinguía un brillo azul helado y unas escamas tan pálidas como la arena del desierto. Habían arrojado el cuerpo de un Ala Helada al pie del acantilado, cerca de la cascada. Las salpicaduras de agua dibujaban un hermoso arcoíris sobre sus destrozadas alas plateadas y sobre sus escamas cubiertas de sangre.

—Esta batalla debe de haberse librado hace poco —le dijo Sol—. Hace pocos días, me refiero. Mira, hay algunas hogueras ardiendo todavía.

Señaló por encima de su hombro hacia las llamas naranjas que ardían en varios puntos de la ciénaga y llenaban el aire de un horrible humo negro.

Cieno bajó hasta quedar por encima de uno de los fuegos y vio una extremidad de escamas marrones que sobresalía entre las ruinas. Volvió a

subir al cielo en espiral, intentando con todas sus fuerzas no vomitar. Eran los cadáveres en llamas de los Alas Lodosas.

Gloria y Tsunami lo alcanzaron, volando cada una por su lado. Gloria había dejado atrás el color del río y había adoptado un verde pálido salpicado de escamas que se asemejaban al rocío de la mañana. Las agallas de Tsunami refulgieron y su mirada recorrió el campo de batalla. Ambas parecían tan descompuestas como Cieno.

—¿Quién creéis que ganó? —preguntó Tsunami.

—¿Ganar? —gritó Sol—. Nadie. Nadie puede mirar este lugar y pensar: «¡Viva! ¡Hemos ganado!». Es simplemente imposible.

Su voz sonó apagada, triste y furiosa. Todo a la vez.

—El ejército de Llamas debe de haber atacado a los Alas Lodosas —razonó Tsunami—. Mirad, ahí hay Alas Heladas y Alas Arenosas... ambos son aliados de Llamas.

—Supongo que los Alas Lodosas mandaron un mensaje a la reina Escarlata pidiendo ayuda —gruñó de nuevo la dragonet— y me temo que decidió abandonarlos a su suerte antes que interrumpir su estúpida fiesta de cumpleaños.

A pesar de que la mayor parte del hielo ya se había derretido, Cieno podía ver las pruebas del aliento helado de los Alas Heladas. Algunos de los cuerpos parecían intactos, pero estaban retorcidos en horribles posiciones de agonía, con la boca abierta, como si los hubieran asesinado en mitad de un grito. Varias zonas estaban cubiertas de pequeñas y brillantes partículas de hielo, allí donde los alientos habían fallado su objetivo y habían congelado el terreno. Además, había muchos cuerpos con partes cercenadas que habían sido congeladas y luego se habían desprendido, como trozos de carne muerta.

—Aquí no vamos a encontrar ninguna ayuda —concluyó Cieno.

Sol se bajó de su espalda y lo rodeó hasta quedar justo delante de él.

—¿Por qué no?

—Los Alas Lodosas no se van a fiar de nosotros. Los cuatro juntos somos sospechosos —le contestó.

Los otros también lo rodearon, moviendo las alas arriba y abajo para quedarse en su sitio.

—Eso es cierto —dijo Gloria lentamente—. No se fiarán y menos aún de ti, Tsunami. Los Alas Marinas están de parte de Ampolla.

—Debería ir yo solo —soltó Cieno—. Si mis padres siguen con vida...

Lo distrajo un resplandor blanco más abajo y guardó silencio. Se le revolvió el estómago al darse cuenta de que era un hueso pelado que sobresalía de una montaña de desperdicios y lodo.

—... tendrás más posibilidades de encontrarlos tú solo que acompañado de un par de enemigos de los Alas Lodosas —terminó Tsunami por él—. Pero no tenemos ni idea de qué puedes encontrarte allí. Puede que te hagan prisionero, exactamente igual que la reina Escarlata.

—Aquí no es donde vive la reina de los Alas Lodosas —le dijo Gloria—. Vive más al sur, en las ciénagas. Estas son las afueras del Reino Lodoso, aunque eso no quiere decir que estemos más a salvo.

Cieno se acordó de lo que Rapaz había dicho sobre los Alas Lodosas «de la peor calaña» que vivían en el delta. Pero a Cieno no le importaba que sus padres fueran unos campesinos o unos zoquetes o cualquier otra cosa que se le pudiera ocurrir. Él no necesitaba que su familia perteneciera a la realeza. Solo quería tener una familia.

—Si mañana al amanecer no he vuelto—dijo—, venid a buscarme.

—¿Y si nos necesitas antes? —preguntó Sol, preocupada.

—Yo puedo ir contigo —se ofreció Gloria de inmediato—. Si descubren

que soy una Ala Lluviosa, a nadie le importará. No nos hemos inmiscuido en la guerra. Además, mira lo que sé hacer.

Planeó unos segundos, agitando las alas. Entonces, las escamas se le empezaron a volver marrones. Entre los huecos y el bajo vientre aparecieron tonos ámbar y dorados, como si el amanecer quisiera volverla del color de la tierra.

—Creo que todavía eres demasiado hermosa para ser una Ala Lodosa —dijo Cieno, que no parecía muy convencido.

Gloria era demasiado larga y grácil y la gorguera que tenía en torno a las orejas tampoco era muy propia de los Alas Lodosas, aunque supiera ocultarla tan bien que era difícil verla. Incluso si mantenía la cola recta en vez de retorcerla como un Ala Lluviosa...

—Menuda tontería —le espetó Tsunami—. Tú eres tan hermoso como Gloria, Cieno.

Sol asintió con fuerza.

—No estoy muy seguro de cómo interpretar eso.

—Yo tampoco —añadió Gloria—. Larguémonos de aquí antes de que los Alas Lodosas nos vean volando sospechosamente sobre el campo de batalla.

—Nosotras os esperaremos al lado de la cascada. Tened cuidado —dijo Tsunami.

Luego se giró y se alejó de allí. Cieno la observó, mientras Sol la seguía.

—Gracias por venir conmigo —le dijo a Gloria.

La dragonet se encogió de hombros y él se acordó de que se suponía que tenía que estar enfadado con ella.

¿Cómo era capaz de olvidarse de algo así?

Mientras bajaban hacia las ciénagas, Cieno se preguntó por qué nadie había ido a enterrar o quemar los cuerpos. No podía imaginarse cómo alguien podía dejar a un dragón allí tirado, aunque fuera su enemigo.

—Allí —le señaló Gloria suavemente, girando las alas.

Cieno vio un pequeño círculo de siete Alas Lodosas en el suelo, cerca de una de las torres de lodo. Parecía que estaban practicando una formación militar. Giraban, atacaban y defendían los flancos sin perder su posición.

Respiró hondo. Ahí estaban. Era el momento de conocer a los dragones de su propia tribu.

Un viento que olía a mar le acarició las orejas mientras descendían. Los juncos se torcieron y quedaron aplastados cuando aterrizaron. Cieno notó que las garras se le hundían en la tierra húmeda y pantanosa, y un escalofrío de alegría le recorrió toda la columna vertebral.

Los Alas Lodosas los oyeron aterrizar y se giraron hacia ellos, con los dientes apretados y bien visibles. Cieno extendió las alas y levantó las garras delanteras, intentando parecer inofensivo.

Los siete dragones marrones lo miraron fijamente, para después mirar a Gloria un momento, confusos. Entonces, la más grande de los dragones movió las alas e hizo un ruido despectivo que le salió de lo más profundo de la garganta. Todos a la vez, les dieron la espalda y volvieron a retomar sus prácticas de formación.

Cieno pestañeó, confundido, mientras los dragones se desplazaban a la izquierda y fintaban todos a la vez, golpeando a un enemigo imaginario. La dragona más grande no paraba de gruñir órdenes, aunque parecían más sugerencias que órdenes de verdad.

—Cuidado con la cola. Guardad un poco de energía para el siguiente golpe. No os olvidéis de las pistas que os pueden dar las alas internas.

Era como si se hubieran olvidado de que Cieno y Gloria estaban allí. El dragonet le dedicó a su compañera una mirada de impotencia.

—Quizá podamos encontrar a otros dragones a los que preguntar —susurró.

—EJEM —dijo Gloria, aclarándose la garganta sonoramente—. Perdonen.

La dragona que estaba al mando los miró, arqueando las cejas.

—Seguid —les indicó al resto de los soldados, mientras se acercaba a Gloria.

Su forma de caminar sobre el lodo la hacía parecer grácil, por mucho que fuera tan voluminosa como Cieno. Tenía parches de lodo y hierba en los costados y en el cuello, que le tapaban varias heridas recientes. Además, le faltaba la mitad de uno de los cuernos.

—Mirad, siento que solo hayáis sobrevivido dos —les dijo la Ala Lodosa sin rodeos—, pero nosotros no estamos buscando a nadie. Solo hemos perdido a uno en tres años y la razón es porque estamos centrados. Practicamos cada día al amanecer y no aceptamos a ningún descolgao.

—¿Descolgao? —repitió Cieno.

La Ala Lodosa le dedicó una mirada sorprendida y Gloria le pisó un pie. «Actúa como si supieras de lo que están hablando», se recordó Cieno a sí mismo.

—Solo estamos buscando a alguien —intentó desviar la atención Gloria —. Una pareja Ala Lodosa que perdió un huevo hace unos seis años.

—¿Una pareja Ala Lodosa? —repitió la dragona, confusa.

Cieno notó cómo le caían sobre la cabeza las gotas de rocío procedentes de las hojas de los árboles que tenía encima. Removió el lodo del suelo con la cola, para aparentar que estaba acostumbrado a estar en las ciénagas. Lo único que quería era tirarse al suelo y revolcarse como un dragonet recién nacido, pero tenía la impresión de que si lo hacía, los demás lo tomarían por un dragón muy raro y sospecharían de él.

—Debieron de tener un huevo rojo —aventuró Gloria—. Lo robaron cerca de aquí.

—¡Robado! —siseó la Ala Lodosa—. ¡Me gustaría ver a algún dragón intentándolo!

Flexionó las garras y se dedicó a abrirlas y cerrarlas sin parar.

Gloria retrocedió un paso.

—Bueno, quizá se lo llevaron. Puede que lo hiciera una dragona llamada Asha.

La dragona relajó las púas de la espalda.

—Oh, Asha —dijo—. Sí, claro. Su hermana Totora tuvo un huevo de sangre hará unos seis años. Pero te aseguro que nadie lo robó.

La dragona bufó.

A Cieno le empezó a latir el corazón con fuerza. ¡Totora! ¡Había descubierto el nombre de su madre!

—¿Está bien? —preguntó—. Me refiero a Totora. ¿Sigue viva?

—Sí, por raro que parezca. Esa tropa no posee ninguna clase de disciplina. Y sus alasgrandes no han sido los mismos desde que Asha se marchó. Ya solo quedan cuatro de ellos.

Era como si hablara una lengua desconocida. Cieno se moría de ganas por preguntar qué era un «alasgrande», pero no se atrevió.

—¿Dónde podemos encontrarla? —dijo Gloria, tomando la palabra.

La Ala Lodosa alzó una garra y señaló un agujero entre los montículos.

—Aún estarán dormidos. Su tropa suele dormir en los catres de la choza que tiene un agujero en el lateral, al final del camino seco.

—Gracias —le agradeció Cieno mientras ella se giraba de nuevo hacia su tropa.

La dragona no contestó, pues había vuelto a centrar toda su atención únicamente en sus soldados.

Un sucio camino de tierra discurría entre los montículos y las ciénagas. El viento mecía los juncos del camino. La mayoría de los árboles estaban

cubiertos de enredaderas, aunque en cuanto Cieno echó un vistazo más de cerca, se dio cuenta de que algunas de las enredaderas eran en realidad serpientes rojas y verdes. El croar de las ranas flotaba en el aire.

Mientras recorrían el camino, Cieno se metió en uno de los charcos gigantes de lodo, intentando cazar un sapo particularmente grande. De repente, un par de ojos se abrieron en medio del lodo. Cieno retrocedió de un salto y estuvo a punto de chocar con Gloria, que se hallaba al otro lado del camino.

—¡Cuidado! —siseó.

—Hay un dragón ahí dentro —susurró el dragonet.

Ahora podía ver, además, dos orejas tiesas tras los ojos y dos orificios nasales que sobresalían del lodo.

Los ojos miraron a Cieno fijamente, estudiándolo. Luego se volvieron a cerrar. El dragón volvió a hundirse en el charco.

—Ahí hay otro —le susurró Gloria, al cabo de unos segundos.

Cieno se giró y comprobó que, lo que en principio parecía un tronco sumergido, en realidad era la espalda rugosa de un dragón que sobresalía de la superficie. Con la nariz apoyada en una roca y los ojos cerrados, roncaba plácidamente.

—Dios... parece muy cómodo.

Gloria se encogió de hombros.

—Yo nunca podría dormir en el lodo. Soñaría con arenas movedizas, mosquitos y fango asqueroso que no podría quitarme de encima jamás, por mucho que lo intentara.

Al fijarse mejor, vieron a más dragones sumergidos en cada uno de los estanques de lodo. El sol estaba cada vez más alto en el cielo. Cuando los rayos se extendieron por las ciénagas, los dragones empezaron a salir del

lodo, abriendo las alas y disfrutando del calor. Otros emergieron de los montículos del sendero que conducía a las chozas.

Ninguno parecía haberse percatado de la presencia de Cieno ni de Gloria, lo que les pareció la mar de extraño. Los dragones no parecían muy interesados en los extraños que visitaban su hogar. Cieno se fijó en que todos se quedaban con sus tropas, que oscilaban entre los cinco y nueve dragones cada una. Solo hablaban con los otros Alas Lodosas de su grupo. Un grupo de seis dragones salió del mismo estanque y formaron un círculo a su alrededor, estirando las alas, el cuello y las colas al unísono.

Otro grupo de ocho dragones emergieron de las profundidades de un lago de lodo y alzaron el vuelo, uno a uno, siguiendo al más grande del grupo. Tras unos minutos dando vueltas sobre las ciénagas, el líder bajó en picado hacia los juncos y volvió a ascender con su tropa, llevando un cocodrilo entre las garras. Aterrizó en una isla de tierra seca y los ocho dragones destriparon al cocodrilo y se lo comieron juntos.

—Los pergaminos no decían nada de todo esto. Supongo que no teníamos ningún buen pergamino que hablara de la vida de los Alas Lodosas. Puede que vivan como tropas del ejército —aventuró Gloria—. Viven con sus soldados. Puede que ese sea el motivo de que sean tan buenos luchadores. Gracias a estas pequeñas unidades que forman dentro de un ejército mucho más grande.

—Puede.

A Cieno le gustaba que los dragones de cada grupo estuvieran tan unidos, pero le ponía muy nervioso que ninguno les hubiera saludado o les hubiera preguntado quiénes eran.

Aun así, una vez que su madre supiera quién era, estaba seguro de que lo recibiría con las alas abiertas.

Dio una vuelta, mirando a su alrededor, y finalmente se encontró con un

par de ojos que los miraban fijamente. Los únicos que lo hacían. Eran unos ojos ambarinos, pálidos, y pertenecían a un pequeño Ala Lodosa que llevaba un parche medicinal de lodo sobre la nariz. Sus cuernos no habían alcanzado aún todo su máximo tamaño, pero tampoco podía considerársele un dragonet joven. Miraba a Cieno con osadía, curioso.

El dragonet sonrió y lo saludó agitando el ala.

El pequeño Ala Lodosa pestañeó y volvió a hundirse en el lodo.

El camino les condujo hasta los árboles llenos de serpientes, lejos del centro del pueblo, a un área de las ciénagas donde había muchos menos montículos, que estaban más separados entre sí. Después de un trecho más, el camino terminaba en un lago lleno de juncos. Al lado del lago, se veía una especie de montículo torcido con un agujero cerca del techo.

Cieno se dio cuenta en ese momento, mientras se acercaban, de que había dejado de respirar. ¿Ahí era donde debería haber eclosionado? Era un lugar mucho más cálido y húmedo que la fría cueva bajo la montaña donde había nacido. Pero también se percibía un fuerte olor a plantas muertas y no había ni rastro de vida alrededor. Se pararon al llegar al montículo y miraron fijamente las aguas estancadas del lago.

—Esta debe de ser la choza a la que se refería la dragona —dijo Gloria —. Así que supongo que tu madre estará ahí dentro.

—Totora —susurró Cieno, saboreando el sonido de aquella palabra entre los labios.

Se sentaron un momento.

—¿No vas a entrar?

A Cieno no le apasionaba demasiado la idea de meter la cabeza en un sitio oscuro lleno de dragones desconocidos.

—Estoy seguro de que alguien está a punto de salir... —empezó a decir.

Justo en ese momento, un hocico enorme asomó por el hueco de la

puerta. Un par de ojos amarillos lo miraron.

—Son un par de dragonets —gruñó el Ala Lodosa—, graznando como cuervos mientras intentamos dormir.

—¡Pues deshazte de ellos! —rugió una voz desde el interior del montículo.

—Lo siento —balbució Cieno—. No era nuestra intención despertaros. Estamos buscando a Totora.

Deseó con todas sus fuerzas que aquel no fuera su padre.

El dragón le lanzó una mirada despectiva antes de desaparecer de nuevo entre las cuatro paredes del montículo. Escucharon varios gruñidos y se oyó refunfuñar a alguien. Luego se escuchó el batir de unas alas, como si el Ala Lodosa estuviera moviéndose dentro de la choza para dejar que otro dragón saliera pisoteando a los demás.

Al fin, una pequeña dragona marrón salió de dentro. Estiró las alas, que tenían escamas moteadas de un tono marrón más pálido, y miró a Cieno y a Gloria con el ceño fruncido.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Qué queréis?

Cieno sintió como si tuviera las garras ancladas al suelo. No podía creerlo. Después de tanto tiempo imaginando, preguntándose y esperando, ahí estaba... finalmente cara a cara con su propia madre.

CAPÍTULO 33

Lo único que podía hacer Cieno en aquellos momentos era abrir y cerrar la boca en silencio.

Gloria hizo una mueca, poniendo los ojos en blanco y, por último, habló.

—¿Eres Totora? —preguntó—. ¿La hermana de Asha?

La pequeña dragona siseó y ladeó la cabeza.

—Sí. ¿Quiénes sois vosotros?

Gloria golpeó a Cieno con fuerza con una de sus garras.

—Soy Cieno. Creo que soy tu hijo.

Totora lo miró. Tenía los ojos marrones como los de él, pero una línea amarilla le rodeaba el iris negro. Cieno esperó en silencio, con el corazón a punto de salírsele del pecho. Se había imaginado aquel momento mil veces. En *La Princesa Desaparecida* , ese era el momento en el que se dejaban llevar por la alegría y comenzaba la fiesta.

—¿Y? —repuso Totora.

Cieno pensó que no lo había oído bien.

—Que creo que eres mi madre —repitió.

—Sí, una cosa parece estar conectada con la otra —soltó ella—. Repito. ¿Y?

—Tú no lo entiendes —intervino Gloria—. Este es el dragonet que perdiste hace seis años.

Totora estiró lentamente las garras sobre el lodo.

—No he perdido a ningún dragonet —dijo.

No parecía ni confusa ni preocupada ni contenta por la noticia. En realidad, parecía que solo estaba aguantando hasta que los dragonets se marcharan y la dejaran volverse a dormir.

Cieno no tenía ni idea de qué decir.

—Escucha. Quizá nos hayamos equivocado. Cieno eclosionó de un huevo rojo sangre que fue robado de aquí hace seis años por una dragona llamada Asha. Y ahora ha vuelto buscando a su...

—Oh, ese huevo. —Totora bostezó—. Asha estaba muy emocionada. No tengo ni idea de por qué. En el pueblo aparece un huevo rojo cada pocos años. Pero a mí no me lo robaron.

—¿Qué le pasó entonces? —consiguió preguntar Cieno.

—Se lo vendimos a los Garras de la Paz —contestó la Ala Lodosa. De pronto, les dedicó una mirada afilada y furtiva—. Esto no será porque quieren recuperar las vacas, ¿verdad? Porque no las van a tener. Ya sé que se suponía que teníamos que criarlas, pero nos las comimos. Se siente.

—¿Tú me vendiste? —gritó Cieno.

Sentía como si unas garras enormes lo estuvieran abriendo por dentro.

—¿Y por qué no? Había otros seis huevos en el nido. No te necesitaban. —Se sacó una pluma de pato de entre las zarpas—. ¿Asha no te habló de ello?

—Asha está muerta —le espetó Gloria—. Murió intentando salvar el huevo de Cieno.

—¿Muerta? —por fin Totora parecía molesta—. ¡Le dije que no nos abandonara! Nuestros alasgrandes se pondrán furiosos —dijo, tras lo cual sacó la lengua y emitió un gruñido—. Supongo que se lo tiene merecido, por elegir a los Garras en vez de a nosotros.

—Intentaba ayudar a que se cumpliera la profecía —le espetó Gloria—.

Al menos los Garras de la Paz se preocupan por algo más que ellos mismos.

Cieno se hubiera reído si no se sintiera tan abatido. Aquello era lo más bonito que había dicho Gloria jamás sobre los Garras de la Paz.

—Sí, parece muy propio de Asha. Era demasiado blanda y bondadosa con esas tonterías. Le encantaba cuidar y mimar a los dragonets, contándoles aquella historia sobre la profecía. Cuando se fue del pueblo, dejó atrás a muchos dragones estúpidos de mirada soñadora. Ya te digo. Aún siguen hablando sobre el destino y la paz y todas esas tonterías.

Los dragones no lloraban con facilidad. Cieno no había derramado ni una sola lágrima en su vida, sin importar lo mucho que Rapaz lo hubiera herido con sus palabras o sus garras. Pero ahora, de repente, tenía una ligera idea de cómo habría sido su vida si Asha no hubiera muerto. Habría habido otra dragona bajo la montaña para cuidarlos. Una dragona amable y dulce, idealista y llena de esperanza. Una guardiana que les hubiera proporcionado esperanza en la profecía y en ellos mismos. El perfecto contrapunto a la crueldad de Rapaz.

—¿Y mi padre? —dijo Cieno, apenas le salía la voz—. ¿No intentó evitar que me vendieras?

Totora echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Una carcajada alta y aguda parecida al sonido que harían miles de ranas croando a la vez.

—Se nota que no sabes nada de los Alas Lodosas —dijo cuando pudo volver a hablar—. Ni siquiera sé quién era tu padre. Y te aseguro que a él no le hubiera preocupado lo más mínimo. Cada mes, tenemos una noche de apareamiento tras la cual cada uno vuelve a su choza. No, cariño, aquí no hay ningún padre para ti.

—Y por lo que parece, tampoco ninguna madre —le espetó Gloria fríamente.

Pero Totora se limitó a asentir, como si no le importara lo más mínimo.

—Eso es. Os deseo suerte, no hay hueco en nuestra tropa para dragones canijos como vosotros.

Su voz era serena. Cieno se dio cuenta de que la dragona no intentaba ser mezquina, lo que le dolió aún más. Su madre acababa de herirlo más que los ataques de Rapaz, más que las garras del Ala Helada en su espalda, más que ver a Sol en una jaula y más que saber que Peligro los había traicionado. Sentía cómo todos sus sueños se hacían añicos delante de sus ojos.

Siempre había creído que había alguien ahí fuera esperándolo. Se había imaginado que encontraba a su madre y a su padre y que vivían todos felices, como en el cuento que a Sol tanto le gustaba. Ninguno de los pergaminos que habían estudiado hablaba de las familias Alas Lodosas, pero sabían que tanto los Alas Nocturnas como los Alas Marinas tenían madre y padre, así que siempre había creído que el resto de las tribus se comportaban igual.

Nunca se le había ocurrido pensar que nadie sabría quién era su padre. Y tampoco se había esperado que a su madre él le importara tan poco ni que se lo quitaría de encima nada más conocerlo.

«Otra cosa sobre la que Asha me podría haber advertido», pensó con amargura. Si hubiera sobrevivido, podría haberle contado muchas cosas del Reino Lodoso y haberle ahorrado muchos sueños sin sentido.

—Vamos, Cieno —lo animó Gloria, envolviéndolo con el ala y llevándolo de nuevo al pueblo.

Las escamas de Cieno parecían pesar tanto como las rocas y la cola le colgaba tristemente tras el cuerpo.

—¡Decidle a los Garras —les gritó Totora— que hicimos un trato! ¡No importa lo que digan, no vamos a devolverles sus vacas!

—¿Quieres probar a hablar con alguien más? —le preguntó Gloria cuando llegaron al pueblo—. Puede que esté equivocada y tu padre sí que quiera conocerte.

Cieno negó con la cabeza.

—No tiene sentido. Aquí no hay hueco para mí.

De repente, Gloria frenó, siseando. Señaló al claro que había delante de ellos y salió corriendo hacia las enredaderas que colgaban más cerca de ellos. Cieno corrió tras ella.

Un Ala Arenosa bastante corpulento no paraba de levantar las zarpas del suelo en el centro del pueblo, intentándose quitarse el lodo de entre los dedos. Le faltaba una oreja y dos dientes y no paraba de gesticular a los dos Alas Lodosas que estaban delante de él.

—¿Qué? —bramaba—. ¡Hablad más alto!

Uno de los dragones alzó la voz.

—He dicho que no hemos visto a nadie con ese aspecto.

—¿Estás seguro? Son cuatro. Un Ala Lodosa, una Ala Lluviosa, una Ala Marina y algo parecido a una Ala Arenosa.

El Ala Lodosa arrugó el hocico.

—No —dijo—. Te aseguro que nos hubiéramos fijado en una Ala Lluviosa, una Ala Marina y «algo parecido a una Ala Arenosa» paseándose entre nuestras chozas.

El Ala Arenosa bufó, como si dudara de que estuviera diciendo la verdad.

—Bien, si los veis, avisad de inmediato a la reina Brasas.

Los dos Alas Lodosas inclinaron la cabeza respetuosamente.

—Por supuesto.

Gloria y Cieno trataron de esconderse mejor bajo el árbol, cuando el Ala Arenosa alzó el vuelo.

—Tenemos que salir de aquí —susurró Gloria.

—Había olvidado que los Alas Lodosas estaban de parte de Brasas. Hemos tenido suerte de que Totora no sepa que Brasas nos está buscando. Me hubiera entregado de inmediato.

A pesar de lo que acababa de decir, no se sentía nada afortunado. En realidad, se sentía bastante miserable.

—Rodeemos el pueblo —sugirió Gloria, mientras se deslizaba entre los juncos. No había dado ni dos pasos cuando se hundió en un charco de lodo que le llegaba hasta la barriga—. ¡AAAARGH! —gritó.

Cieno vio a un hocico sobresaliendo de la ciénaga a poca distancia de ellos. El dragón les dedicó una mirada recelosa.

—Recuerda que tienes que actuar como un Ala Lodosa —le susurró Cieno, hundiéndose en el lodo junto a ella—. Mmmmmmm, ¡lodo!

—Viva —dijo Gloria, que no parecía nada entusiasmada.

Se adentró un par de pasos más en la charca y empezó a salpicar lodo con las alas.

Iba a ser un camino bastante largo si continuaban a ese ritmo. Cieno miró hacia el cielo.

—Vale. Se ha ido. Podemos volver volando adonde nos esperan Tsunami y Sol.

Se subió a un islita seca, seguido de Gloria. Ambos sacudieron las alas para quitarse los pegotes más grandes de lodo, y alzaron el vuelo, dejando rápidamente los árboles atrás. Cieno vio a su izquierda el río, que serpenteaba hacia el acantilado, y voló en esa dirección. Ya estaba preparado para abandonar el Reino Lodoso para siempre.

—¡Eh! —les gritó una voz desde atrás—. ¡Vosotros! ¡Los dragonets! ¡Deteneos!

CAPÍTULO 34

El pánico invadió a Cieno y aceleró el vuelo, moviendo las alas con desesperación. Gloria intentó alcanzarlo.

—¡Detente! —le susurró—. Si corremos, sabrán que pasa algo malo.

Cieno sabía que tenía razón pero, de pronto, dar media vuelta y volar tranquilamente hacia el pueblo de los Alas Lodosas y hacia la voz que les gritaba desde atrás se le antojaba una tarea tremendamente complicada.

Había cinco dragones en el cielo, mirándolos fijamente. Mientras se acercaban a ellos, Cieno se dio cuenta de que eran dragonets, no dragones adultos. El más grande era solo un poco más pequeño que Cieno; tenía unos cálidos ojos de un tono entre el ámbar y el dorado, y una herida reciente de garras en la cola. El más pequeño era el dragón con el parche en la nariz que se había quedado mirando a Cieno en el pueblo.

—Eh —los saludó Cieno. Esperaba que el saludo sonara informal y nada amenazante—. Estábamos a punto de irnos.

Los dragonets Alas Lodosas se miraron los unos a los otros.

—Hemos oído que estabais preguntando por un huevo de sangre de uno de los nidos de Totora —le dijo el más grande.

—Así es —contestó Gloria.

—¿Sabéis lo que le ocurrió? —murmuró el más pequeño de los recién llegados—. ¿Eclosionó? ¿Quién estaba dentro? ¿Dónde está el dragonet?

Gloria golpeó a Cieno con la cola antes de que este pudiera responder.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Junco —se presentó el más grande—. Estos son Sora, Faisán, Pantano y Pardo.

El más pequeño, Pardo, había vuelto a clavar los ojos en Cieno. Los otros tres no paraban de mirar a su alrededor, nerviosos.

—Yo soy Cieno y esta es Gloria —contestó el dragonet.

Faisán inclinó la cabeza hacia Gloria.

—Ese no es un nombre corriente para una Ala Lodosa.

«Uy», pensó Cieno.

—Yo no lo elegí —dijo Gloria. Se encogió de hombros y se dejó balancear un poco por las corrientes de aire.

—¿Alguno de vosotros eclosionó del huevo de sangre? —preguntó Junco —. ¿Alguno es nuestro hermano perdido?

—¡Hermanos! —soltó Cieno casi en un grito—. Por eso lo de los «descolgaos» —dijo. Se lanzó hacia delante y sujetó a Junco por las garras delanteras—. ¿Es cierto eso? ¿Venimos del mismo nido?

—¡Lo sabía! —rugió Pardo—. ¡Sabía que había algo familiar en él! ¡Te lo dije!

Golpeó a Pantano en un hombro y a punto estuvieron los dos de perder el equilibrio en el aire.

—Eres nuestro hermano —exclamó Junco. Su expresión de felicidad le transmitió a Cieno una calidez que nunca antes había sentido—. Deberías haberte criado con nosotros.

—No es solo nuestro hermano —señaló Faisán—. Mírale. Debería haber sido nuestro alasgrande.

La sonrisa se le borró a Junco de la cara mientras examinaba a Cieno desde la cabeza hasta la punta de la cola.

—Es verdad —admitió.

Cieno quería que la sonrisa volviera. No entendía qué era lo que la había hecho desaparecer. Señaló una isla en medio del pantano.

—Hablemos —dijo.

Sus hermanos y hermanas no podían creer lo poco que sabía sobre la vida de los Alas Lodosas, pero estuvieron más que dispuestos a explicárselo todo. Los cinco parecían muy cómodos sentados sobre la hierba alta, con las colas, las garras y las alas entrelazadas, mientras Pardo se dedicaba a treparles a la espalda o a ponerse de pie encima de la cabeza de alguno de los dragones, para que lo oyeran bien.

Le contaron que los Alas Lodosas dejaban sus huevos en nidos de lodo caliente protegidos por muros de roca ardiendo. Estaban tan seguros allí que la madre nunca necesitaban cuidarlos y los dragonets solían nacer cuando ella no estaba. El primero que nacía siempre era el más grande y su primera tarea era la de ayudar a los otros dragonets a salir del cascarón, rompiendo sus huevos desde fuera.

Cuando llegaron a aquella parte de la explicación, Gloria jadeó y se giró hacia Cieno.

—¡Eso es! —le dijo—. Cuando salimos del huevo, los guardianes no sabían nada de los Alas Lodosas, así que pensaron que nos estabas atacando. Pero lo único que hacías era intentar ayudarnos. Tu instinto te dijo que nos sacaras a los demás de nuestros cascarones. Cieno, ¿sabes lo que eso significa? No intentabas matarnos.

De repente, Cieno se sintió como si estuviera relleno de cálidas nubes de verano. Rapaz estaba equivocada, muy equivocada, y siempre lo había estado. Su fuerza no estaba destinada a la violencia y al asesinato, sino a la protección de sus hermanas y hermanos. No estaba destinado a ser un monstruo. Ningún asesino vivía dentro de él.

Era un alasgrande.

Entrelazó su cola con la de Gloria y le sonrió, tan feliz que no podía hablar.

—Así que, desde ese momento, los alasgrande se hacen cargo de los otros y los cuidan —le explicó Faisán, abrazando a Junco con cariño—. Algunos de ellos pueden resultar muy mandones o demasiado débiles, pero a nosotros nos tocó uno muy bueno. —Calló, al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Quiero decir que... tú también hubieras sido bueno, estoy segura...

Junco se puso en pie y arrancó un trozo de hierba que dejó caer entre las garras, sin mirar a Cieno.

—Y luego todos permanecemos juntos —dijo—. Para siempre. Aprendemos a cazar y a sobrevivir juntos, crecemos juntos y vivimos juntos durante el resto de nuestras vidas. Y cuando estamos en guerra, luchamos como un grupo. Cada tropa de los Alas Lodosas está formada por hermanos, excepto aquellas que han perdido demasiados e intentan encontrar a más descolgaos para formar un nuevo grupo.

Faisán miró a sus hermanos: el nervioso Pardo, la silenciosa Sora y el inquieto Pantano. Preferiría morir antes que reemplazar a alguno de ellos con descolgaos.

—¿Cuántos habéis... hemos perdido?

—Dos —informó Junco—. A ti y a nuestra hermana Grulla hace dos días en la batalla del acantilado —dijo, señalando en dirección a la cascada.

A Cieno se le revolvieron las entrañas cuando cayó en la cuenta de que uno de los cadáveres sobre los que había volado era el de su propia hermana.

—Fue nuestra primera batalla —susurró Sora.

—Fue horrible —añadió Pardo.

Junco suspiró.

—No fui todo lo buen alasgrande que tendría que haber sido.

—¡Sí que lo fuiste! —protestaron los demás a la vez—. Estuviste increíble, Junco.

—Si no hubiese sido por ti, todos habríamos muerto —agregó Pantano.

Todos tenían la misma expresión en el rostro mientras miraban a Junco.

Cieno reconoció aquella confianza... la fe en que su alasgrande haría todo lo que estuviera a su alcance para cuidar de ellos, sin importar lo que le sucediera a él.

—Ahora eso ya no importa —continuó Junco—. Has vuelto y tú debes ser nuestro alasgrande.

Junco miró a Cieno y en sus ojos ambarinos descubrió las mismas preocupaciones que él tenía: el miedo a que le pasara algo a sus amigos, todas las cosas que había hecho y las que haría por protegerlos, la ferocidad con la que cuidaría de ellos.

Cieno también se preocupaba por sus verdaderos hermanos y hermanas, aunque no hiciera más de un par de horas que los había conocido. Instintivamente, sentía como si fueran extensiones de sus propias garras y alas. Aquella era la familia que siempre había deseado.

Y si se quedaba, aquello no saldría bien.

Podía verlo en sus ojos. Ellos lo querían, pero también lo temían. Si se convertía en su alasgrande, ¿qué pasaría con su lealtad hacia Junco? ¿Qué le pasaría al propio Junco, forzado a seguirlo pero desesperado por protegerlos a su manera?

Cieno no sabía nada de la vida de los Alas Lodosas, ni tampoco sobre tropas y formaciones. Ni siquiera sabía cazar en una ciénaga. ¿Cómo podía liderarlos en la batalla? Jamás se sentirían tan cómodos como con Junco, por mucho que lo intentaran.

Solo había una forma de proteger a sus hermanos. Si de verdad era su

alasgrande, tenía que marcharse y dejar que Junco siguiera con aquel trabajo. Tal y como había sido siempre. Él podría mantenerlos a salvo mucho mejor que Cieno y sus hermanos no se verían obligados a tener que elegir entre uno u otro.

Gloría también lo miraba.

Cieno negó con la cabeza.

—No —les dijo a sus hermanos y hermanas—. Junco es vuestro alasgrande. Vosotros confiáis en él y lo necesitáis. Jamás podría reemplazarlo, por mucho que lo intentara.

Su hermano levantó la cabeza; una expresión de orgullo e incredulidad le iluminó el rostro. Los otros dragonets parecían tan aliviados como tristes.

—Además —intervino Gloria—, no puede quedarse con vosotros. Él es nuestro alasgrande.

La dragonet le acarició las alas con las suyas. Cieno se alegró de que sus escamas no cambiaran de color como las de ella o se hubiera vuelto rojo carmesí de la cola a la nariz.

—¿Estás seguro? —le preguntó Junco—. Aún podrías unirte a nosotros, alasgrande o no. Habrá muchas más batallas y siempre nos viene bien un dragón fuerte de nuestro lado.

Cieno estuvo tentado. Quería conocer a sus hermanos y hermanas. Además, sería tremendamente fácil dejarse llevar y convertirse en un guerrero, sin profecías de las que preocuparse ni reinas Alas Arenosas que estuvieran buscándolo. Pero recordó los cuerpos achicharrados del campo de batalla. Pensó en sus amigos y en cómo intentarían seguir adelante con su misión sin él.

—Me temo que tengo un destino —dijo, arrepentido—. Vamos a intentar parar la guerra.

Pardo abrió los ojos de golpe.

—¿Cómo en la profecía? —jadeó—. ¿Habla de ti?

Faisán miró a Gloria no muy convencido.

—Sí, somos nosotros —dijo Cieno, mientras le apretaba una garra a Gloria.

—Eso parece —añadió Gloria—. Más o menos.

—Aun así, lo intentaremos —sentenció Cieno—. Pero quizás, una vez que acabe la guerra... ¿podría volver?

—Eres de los nuestros —le dijo Junco—. Puedes volver cuando quieras.

—Espero que lo hagas —dijo Pardo y los demás asintieron.

Cieno los miró a todos lentamente, preguntándose cuántos de ellos sobrevivirían a la siguiente batalla.

¿Podría detener la guerra a tiempo de salvarles la vida a todos?

CAPÍTULO 35

Ni Tsunami ni Sol parecieron muy sorprendidas cuando escucharon la explicación sobre por qué Cieno les había atacado antes de salir del cascarón.

—Pues claro —le espetó Tsunami. Había salido a cazar, mientras ellos se dirigían al Reino Lodoso, y le lanzó un pato muerto a Cieno—. Jamás creí que hubieras intentado matarnos.

—¡Como si pudieras hacerlo! —exclamó Sol.

—Bueno, no lo sabía —dijo Cieno.

Habían encontrado una pequeña arboleda sobre el acantilado, lo suficientemente lejos de la cascada y del campo de batalla como para que no les llegara el hedor de los cuerpos quemados. El dragonet clavó las garras en el pato con un hambre voraz.

—¿Y ahora qué, alasgrande? —preguntó Gloria, cogiendo un faisán para ella—. Nunca me cansaré de llamarte así.

—Seremos como los Alas Lodosas —exclamó Cieno con orgullo—. Seremos una piña, sin importar lo que ocurra. Somos un equipo y cuidaremos los unos de los otros. Lo que significa que lo primero que vamos a hacer será encontrar a Nocturno. Los Alas Nocturnas no pueden llevárselo sin más. Es uno de los nuestros y pondremos el mundo entero patas arriba si hace falta para encontrarlo. Es hora de que recuperemos a nuestro ami...

Se calló cuando notó una fuerte sacudida bajo los pies, seguido del batir de unas alas cuando alguien aterrizó tras él. Los otros miraban fijamente un punto por encima de su hombro.

—Espero que no sea quien creo que es.

—¡Ya lo hemos encontrado! —chilló Gloria con alegría.

Cieno se giró. Tras él se encontraba Nocturno, pestañeando, justo en la linde de la arboleda. La luz del sol le arrancaba destellos morados y azul oscuro de las escamas negras. En el cielo, el gran bulto que era Oráculo se alejaba volando de allí.

—¡Adiós! —le gritó Tsunami—. ¡Gracias por todo! ¡Nos has sido de MUCHA AYUDA!

Sol se abalanzó sobre Nocturno con un grito de alegría.

—¡Nos has encontrado! —dijo, acariciándole las alas con las suyas—. Sabía que lo harías.

Él le devolvió el abrazo y sonrió con timidez.

—Hola —lo saludó Cieno—. ¿No podías haber esperado a que acabara mi discurso? O tal vez un día o dos, que al menos hubiéramos fingido que te estábamos buscando.

—Oráculo os vio salir volando de las ciénagas. Me ha pedido que os diga que os podría haber visto cualquier otro dragón. Deberíamos tener más cuidado.

—Genial —bufó Tsunami—. Menudo consejo más útil. Me alegra ver que está tan preocupado, ahora que hemos conseguido salvarnos a nosotros mismos unas cien veces y todo eso. ¿Algún otro consejo o sugerencia para cumplir la profecía?

Nocturno bajó la mirada, incómodo.

—Siento que solo me llevara a mí —dijo—. Le pedí que volviéramos a por vosotros, pero no me hizo caso. Me dijo que no podía permitirse el lujo

de perder a ningún Ala Nocturna, ni siquiera a... —Tragó saliva—. Ni siquiera a los que son peculiarmente pequeños.

—¿Qué narices significa eso?

—¡Tú no eres peculiar! —lo intentó animar Sol—. La que es peculiar y pequeña soy yo.

—Bueno, un poco sí que lo es —intervino Gloria—. Pero no nos importa.

Tsunami parecía pensativa.

—¿Que no podía permitirse perder a ningún Ala Nocturna? —repitió—. ¿Les pasa algo malo? ¿Has notado algo?

—No —dijo Nocturno, alzando la mirada hacia el cielo—. No me llevó al reino secreto de los Alas Nocturnas, si eso es lo que os estáis preguntando. Ni siquiera me presentó a ninguno de los dragones que trajo consigo para rescatarme. Simplemente nos quedamos en los picos de las montañas, esperando. Supongo que quería ver qué os pasaba a vosotros.

—Tampoco es que fuera a hacer nada —murmuró Gloria.

—¿Así que no le importa lo que hagamos a continuación? —preguntó Cieno—. ¿No nos va a obligar a volver con los Garras de la Paz?

—Me temo que no está muy contento con los Garras de la Paz en estos momentos.

—Entonces podemos hacer lo que queramos —repitió Cieno—. Yo voto por visitar a la madre de Tsunami quien, según Rapaz —le dijo a Nocturno —, resulta ser la reina de los Alas Marinas.

—¿En serio? —dijo Nocturno, mirando a Tsunami—. ¿Como en el pergamino? Se supone que Coral es una gran reina. No está loca como Escarlata.

Tsunami parecía extrañamente nerviosa.

—¿Creéis que se alegrará de conocerme? ¿Y si es como la madre de Cieno? No te ofendas, Cieno.

—*Sé* que se alegrará de conocerte —le aseguró Nocturno—. ¿No te acuerdas de lo que te comenté sobre *El linaje real de los Alas Marinas, desde el Ardor hasta el presente* ?

Los cuatro dragones gruñeron.

—Recuérdame por qué queríamos que volviera —le pidió Gloria a Cieno.

—¡Esto es muy importante y ciertamente fascinante! ¡Escuchad! La reina Coral no tiene ninguna heredera. Ninguna de sus dragonets ha sobrevivido hasta la madurez. Según un rumor, hay una maldición que recae en sus hijas. Esa es la razón por la que se alegrará de conocer a Tsunami. Eres la heredera perdida del Reino del Mar.

Tsunami se llevó la garra al pecho.

—¿Yo? ¿En serio?

—¡Dios mío, Tsunami! ¡Podrías llegar a ser reina de los Alas Marinas algún día! —gritó Sol.

La Ala Marina sonrió.

—¿A que sería genial? Siempre he pensado que sería una reina maravillosa.

—Chica, no estoy tan segura —le dijo Gloria—. Quiero decir, si quieres llegar a ser reina algún día tendrás que ser mandona, controladora y pagada de ti misma... Un momento...

Tsunami le dio un azote suave con la cola.

—Pórtate bien o tendré que cortarte la cabeza —le contestó, alzando el hocico.

—Entonces vamos a buscar a los Alas Marina. Ellos no están de parte de Brasas, ¿verdad?

Nocturno dejó escapar uno de sus profundos suspiros.

—No, Cieno. Son aliados de Ampolla, la hermana mediana, de la cual los

pergaminos dicen que...

Gloria, Tsunami y Cieno se abalanzaron sobre él a la vez. Sol intentó salir en su ayuda, pero los cinco acabaron revolcándose sobre la hierba, riendo.

Cieno miró un momento hacia el cielo, tan azul y dorado y vacío de dragones. Al menos, por el momento. Aún no sabía cómo iban a cumplir la profecía y terminar la guerra. Tampoco sabía cómo reaccionarían las otras familias de los dragonets. Lo que sí sabía era que Brasas los estaba persiguiendo y era probablemente que muy pronto lo hicieran también otros dragones peligrosos.

Pero Cieno sabía cuál era su cometido allí: proteger a sus amigos sin importar lo que ocurriera. Lo había sabido desde que salió del cascarón, aunque entonces no lo hubiera entendido. Ya no tenía que preocuparse por encontrar a su monstruo interior ni por ser alguien que no era. La profecía tendría que conformarse con él tal y como era.

«Gran Destino Heroico —pensó—. Allá voy».

EPÍLOGO

El viento aullaba en la pequeña isla rocosa con la fuerza del grito de mil dragones y golpeaba a los tres dragones del acantilado como si quisiera arrancarles las alas.

Uno de los dragones era negro como la noche, otro rojo como el fuego y el otro pálido como la arena del desierto.

—¿Por qué me has traído aquí? —gritó Rapaz, hundiendo las garras en los huecos de la roca.

El viento se llevó la voz bien lejos.

Oráculo la ignoró. Se acercó un poco más a la Ala Arenosa, juntando su cabeza a la de ella bajo las alas, para que pudieran oírse el uno al otro.

—Confía en mí. Eres la elegida —dijo—. Brasas y Llamas serán las dos que mueran. Te hemos elegido para que seas la reina Ala Arenosa.

Las olas rugieron bajo ellos, en la base del acantilado.

Ampolla lo miró con sus brillantes ojos negros. Era más pequeña que Brasas, tenía un rostro alargado y de expresión astuta, y lucía un dibujo de diamantes negros en la columna vertebral. Poseía una calma inquietante, como la que debía de poseer una serpiente venenosa a punto de atacar. Al contrario que sus hermanas, no poseía ninguna cicatriz, pues era demasiado inteligente como parar participar en las batallas.

—Y los dragonets lo harán realidad —dijo—. Los mismos dragonets que ahora están dando vueltas por el campo.

—Los vigilaremos —le prometió Oráculo—. Es mucho mejor así. Una vez que se corra la voz, todo el mundo los vigilará... esperando ver cómo se cumple la profecía.

—¿Y si ellos tienen sus propias ideas sobre quién debe ser la reina? —preguntó la dragona.

—Eso no pasará. Además —dijo Oráculo, extendiendo las alas para que la luz de la luna se reflejara en sus escamas plateadas—, el dragonet Ala Nocturna ahora tiene órdenes. Ya sabe lo que debe hacer.

—¿Qué? —gritó Rapaz—. ¿Qué estás diciendo?

La Ala Celeste intentó unirse a la conversación, pero los otros dos siguieron hablando como si ella no estuviera allí.

—Me gusta —admitió Ampolla con una sonrisa—. Un traidor entre sus filas. Destruirlos desde dentro. El típico plan que yo encabezaría.

—Somos buenos en eso —dijo Oráculo. Una corriente de aire hizo que el mar chocara contra las rocas y le empapara la cola al dragón. Los truenos resonaban tras las nubes, a lo lejos—, pero también esperamos que tú cumplas con tu parte y recibamos lo que se nos prometió.

—Eso no será ningún problema —dijo la reina, deslizando su lengua bífida entre los dientes—. Dime, ¿te dicen tus poderes adónde irán ahora los dragonets?

Oráculo la miró con amargura.

—Así no es como funciona.

Ampolla parecía estar divirtiéndose.

—Esperemos, entonces, que vayan a buscar ahora a los Alas Marinas —dijo—. ¿Y ella? ¿Es el problema del que me hablabas?

Señaló con la cabeza a Rapaz.

La Ala Celeste había escuchado la última pregunta.

—Sí —rugió—. ¿Por qué estoy aquí? Oráculo, me dijiste que los

dragonets estaban en peligro.

—Y has venido corriendo —le dijo él—. Bueno, teóricamente sí que están en peligro. Más de lo que creen. Pero la razón por la que estás aquí es porque me fallaste.

Rapaz cerró un momento sus ojos naranjas y retrocedió un paso, mirándolo fijamente.

—¿Que yo te he fallado a ti? —rugió—. Yo trabajo para los Garras de la Paz, no para los Alas Nocturnas. Que sean ellos los que me digan si tienen algún tipo de queja. He mantenido a esos mocosos con vida, como se suponía que debía hacer.

—Pero ellos ya no te necesitan. Y nosotros tampoco.

Antes de que Rapaz pudiera gritar, Ampolla le rajó el cuello con las garras. Rapaz se llevó las zarpas a la sangre que le manaba de la garganta y cayó hacia atrás, empujada por el viento. Ampolla dio otro paso y le clavó su aguijón venenoso en el corazón.

La Ala Celeste se golpeó contra las rocas, retorciéndose de dolor. Abrió la boca dispuesta a maldecir a sus asesinos o puede que a lanzarles una bocanada de fuego, pero lo único que salió de ella fue la sangre oscura que se le escapaba del cuerpo.

Oráculo bajó la vista y la clavó en ella. Luego empujó su cuerpo y lo tiró por el acantilado. El viento se le enredó en las alas y la empujó hacia las rocas, hasta que se aburrió de ella y la dejó hundirse en el océano.

El sonido del impacto contra el agua no llegó hasta la cima, donde los otros dos dragones continuaban hablando como si no hubiera sucedido nada.

—Hay uno más —le advirtió Oráculo—. Un Ala Marina llamado Membranas. Si consiguió salir de la montaña, seguramente esté

buscándolos. Necesitamos que muera para que se pongan en marcha el resto de los planes.

—Sin problema —le aseguró Ampolla. La dragona miró hacia el gran océano que tenían a sus pies—. ¿Qué importa la muerte de otro dragón en mi camino hacia el trono?

Oráculo sonrió.

—Entonces nos entendemos mutuamente.

—Dame a los dragones y ambos conseguiremos todo lo que queremos.

TUI T. SUTHERLAND

Nació en Venezuela y ha vivido en Paraguay, República Dominicana y Estados Unidos, donde estudió secundaria. Su nombre, Tui, viene de un extraño y ruidoso pájaro de Nueva Zelanda. Es escritora de libros infantiles y juveniles, y tiene varias series de libros de fantasía publicadas, algunas bajo el seudónimo de Erin Hunter. Actualmente vive en Boston con su marido, sus dos hijos y su perro.

Si quieres saber más sobre ella, visita la página web:
www.tuibooks.com

SIGUE NUESTRO CATÁLOGO EN:

www.editorialmolino.com